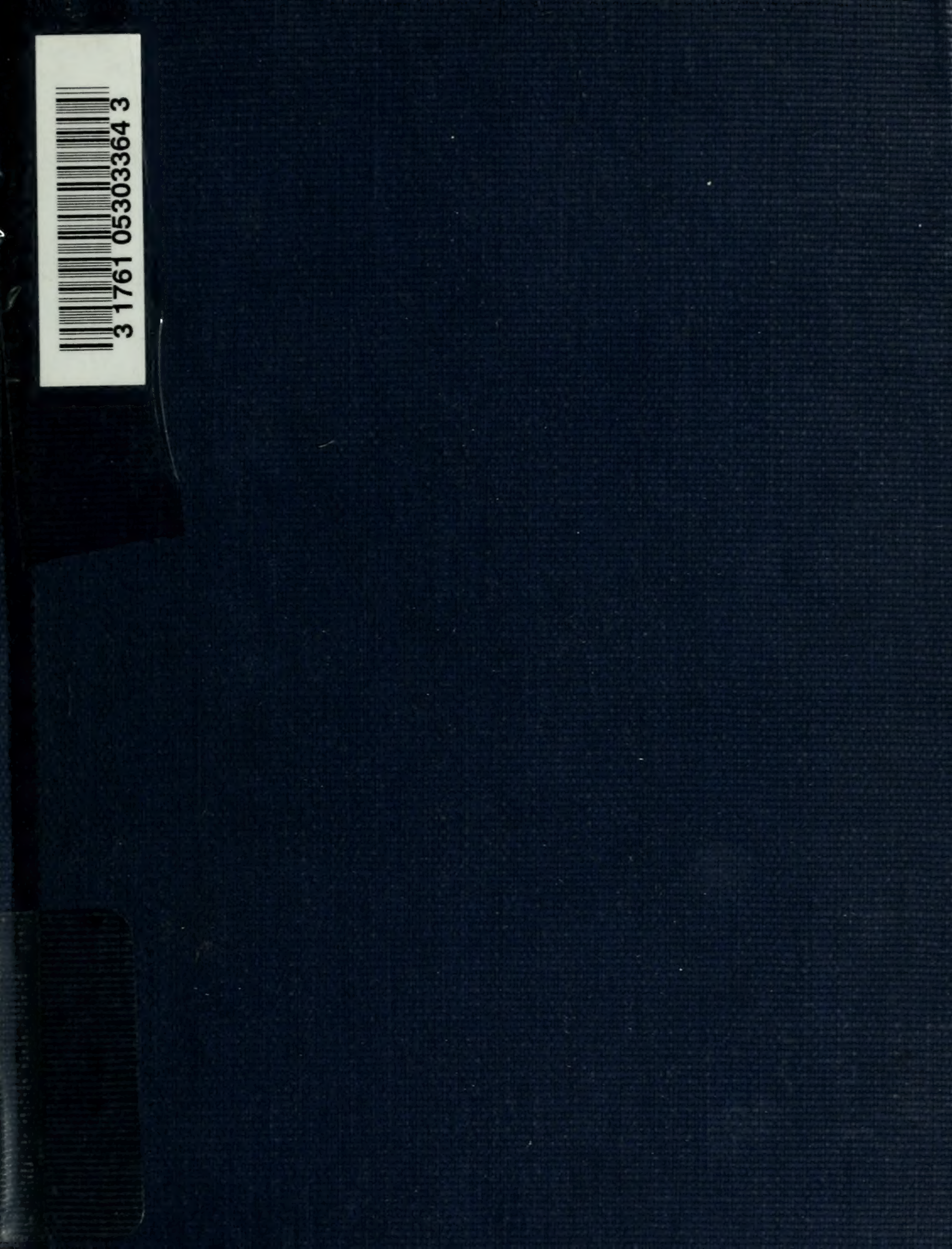

3 1761 05303364 3

MI DIARIO

POR EL MISMO AUTOR:

DEL NATURAL, ESBOZOS CONTEMPORANEOS, 3ra. edición, (6000)	1 volumen
APARIENCIAS, (2000), agotada	1 ,,
IMPRESIONES Y RECUERDOS, nueva edición, (2000).	1 ,,
SUPREMA LEY, nueva edición, (15000)	1 ,,
METAMORFOSIS, nueva edición, (10000)	1 ,,
SANTA, 11a. edición, (62000)	1 ,,
RECONQUISTA, nueva edición, (4000)	1 ,,
LA LLAGA, nueva edición, (6000)	1 ,,
MI DIARIO, 1ra. serie, (5000)	3 ,,
MI DIARIO, tomo I de la 2da. serie, (2000)	1 ,,
LA NOVELA MEXICANA, conferencia, (1000)	1 folleto
EL EVANGELISTA, novela corta, **"Pictorial Review"**, editor, Nueva York, EE. UU. de América; 2da. edición. "Librería Guadalupana", México, D. F.	1 ,,

TEATRO:

LA SEÑORITA INOCENCIA, arreglo del vaudeville-opereta. **Mamz-lle Nitouche"**, (1000), agotada	1 folleto
LA MORAL ELECTRICA, arreglo del vaudeville **"Le Fiacre 117"**, (1000), agotada	1 ,,
LA ULTIMA CAMPAÑA, comedia original en 3 actos y en prosa (2000), agotada	1 ,,
DIVERTIRSE, monólogo original en prosa, (1000), agotada	1 ,,
LA VENGANZA DE LA GLEBA, drama original en 3 actos y en prosa, (1000), agotada	1 ,,
A BUENA CUENTA, drama original en 3 actos y en prosa, (1000)	1 ,,
ENTRE HERMANOS, tragedia mexicana contemporánea, original, en 3 actos y en prosa	1 ,,

EN PRENSA:

APARIENCIAS, nueva edición	1 volumen

PROXIMO A PUBLICARSE:

MI DIARIO, tomo III de la 2da. serie	1 volumen

EN PREPARACION:

LA CONFESION DE UN PALACIO, ensayo sobre historia nacional	3 volúmenes
EL HIDALGO, novela	1 volumen
EL PERDON DE LOS HIJOS, drama	1 ,,

FEDERICO GAMBOA
DIRECTOR DE LA ACADEMIA MEXICANA

V

MI DIARIO

Mucho de mi Vida y Algo de la de Otros

SEGUNDA SERIE, II

*"Outlines of scenes and
"thoughts, perhaps worthy
"of memory, in my past life"*
JOHN RUSKIN



1938

1909

1o. DE ENERO—La mañana se fué en el tedioso desempeño de las felicitaciones oficiales; y la tarde en el de las felicitaciones diplomáticas y particulares.

Por la noche, a solas en casa, trato de adivinar ¡necio empeño! qué traerá en sus alforjas este año nuevo. . . Con tal que a mis gentes no me las dañe mayormente, conmigo que haga lo que mejor le plazca. ¿Salud? Ojalá que, siquiera, me devolviese la mucha que sus últimos antecesores me han arrebatado. ¿Dinero? No lo he menester, es decir, no he menester de riquezas, pero sí apetezco que no me prive del bienestar que al fin he afianzado. Dichosamente, la situación nacional, aunque aquí y allí se adviertan cuarteaduras y lacras, —el edificio porfiriano es ya viejo,— la verdad es que en jamás de los jamases nuestra tierra se vió ni más próspera ni más sólidamente encarrilada en la relativa buena senda que, allá cada dos o tres siglos, logran alcanzar los países que se la dan de archicivilizados y archicultos.

Hoy por hoy, es un honor declarar en voz alta que es uno mexicano; cosa que no nos ocurrió siempre, si miramos hacia atrás, y que quizá no

vuelva a repetirse, si miramos hacia adelante, así nada columbremos en el porvenir incógnito y misterioso.

Los augurios, pues, tienen que ser optimistas a la fuerza.

17 DE ENERO—"El Mundo Ilustrado" de hoy, publicó la carta abierta de Balbino Dávalos, —escrita en Londres con fecha 30 de septiembre del año pasado,— sobre mi novela RECONQUISTA. Es un juicio inteligente como su autor; por lo que los muchos elogios con que generosamente me favorece a mí y magnifica los pocos méritos que la novela pueda encerrar, mucho también he de agradecérselos.

28 DE ENERO—Por la variedad y multiplicidad de alifafes que me atormentan de continuo, témome que mis reservas de salud no me alcancen para seguir desempeñando las agobiadoras labores de esta subsecretaría de Relaciones Exteriores que, por otra parte, me encanta y satisface. Hay, además, un factor capaz por sí solo de arruinar la salud de un atleta. El señor Mariscal observa un régimen de vida; en las comidas más que nada, enteramente europeo: almuerza antes de irse al ministerio, al que llega entre 11 y 11.30, y come cuando regresa a su casa, a eso de las 5 ó las 6 de la tarde; con lo que resulta que permanece despachando a horas que contrarían el sistema que en México observamos todos. Y en ocasiones, la comida me cae de perros, pues la tomo sonadas las 3, y aun más tarde, si cabe.

4 DE FEBRERO—Por el cable me dijo hoy Amado Nervo, desde Madrid: —"Nombrósete miembro Sociedad Escritores y Artistas."

12 DE FEBRERO—Todos estos días, la prensa íntegra de la ciudad de México ha venido comentando, con elogio, la para mí grata nueva de mi nombramiento de miembro de la Sociedad de Escritores y Artistas de España. Ardo en deseos de conocer pormenores.

24 DE FEBRERO—Llegaron los detalles en la siguiente carta de Amado:

—"Madrid, 4 de febrero de 1909.—Muy que-
"rido Federico: — Juzgando que te sería grato
"pertenecer a la Sociedad de Escritores y Artis-
"tas de Madrid, donde hay hombres tan eminen-
"tes como don José Canalejas (Presidente), el
"maestro Bretón, Mariano Benlliure, los Quinte-
"ro, etc., me tomé la libertad de pedir que te pro-
"pusieran para miembro honorario, enviando un
"recordatorio de todas tus obras literarias, de tu
"labor dramática, etc. Naturalmente, fuiste acep-
"tado desde luego, por unanimidad absoluta, por
"aclamación mejor dicho, pues para ello tenías
"todos los derechos y merecimiento.

"Así pues, hoy que me avisaron del acuerdo,
"te puse un telegrama. La proposición se hizo el
"31 de enero, y yo ya sabía el resultado desde an-
"tes de ayer, pero no quise comunicártelo sino
"cuando se me hubiese participado.

"El socio que llevó la voz en la proposición fué
"mi querido amigo Mariano Miguel de Val, Di-
"rector de la hermosa revista literaria que ya co-
"noces. Te incluyo una carta suya, en la que por
"cierto me promete que se ocupará de "RECON-
"QUISTA (de la cual le envié uno de los dos
"ejemplares que me mandaste), en uno de los
"próximos números de su importante publicación.

"Vale la pena de que le escribas dos líneas
"dándole las gracias y de que cuando tengas algún

"cuento inédito se lo mandes para "Ateneo". Te "lo agradecerá mucho.

"Por mi parte, te felicito muy sinceramente "por la merecidísima honra que has recibido, y "quedo con todo afecto tu cariñoso compañero "de letras, y adicto subordinado y amigo".

Además, una tarjeta del propio Amado, y la comunicación oficial de la Asociación, que dice:

—"La Junta general, en sesión celebrada el "día 31 de enero último, acordó por aclamación y "en virtud de las excepcionales circunstancias que "en V. E. concurren, nombrarle socio honorario "de esta Corporación.

"Lo que tengo el honor, etc. Dios guarde a "V. E. muhos años. Madrid, 4 de febrero de 1909. "—El Secretario — (f) Anto. Guerra y Alarcón".

4 DE MARZO—En muy cuidada edición, fuera de comercio, acaba de ver la luz en nutrido folleto, la "Disertación" que nos leyera su autor "Don Querubín de la Ronda" (Victoriano Salado Alvarez), la noche del 12 de octubre del año ppdo., en sesión solemne del Liceo Altamirano. Es decir, cumplió su generosa promesa Joaquín D. Casasús, de costear de su peculio tan deliciosa réplica a la implacable crítica que de mi novela RECONQUISTA hizo el Pbro. español don Nicolás Serra y Caussa.

Ratifico mi vaticinio de entonces:el amenísimo trabajo va a disfrutar de enorme y muy merecida demanda conforme el tiempo vaya aquilatando sus primores. No resisto a transcribir aquí, cuando menos la "Advertencia" con que se abre el folleto:

—"Por primera vez, en los largos años que "cuenta de vida, el Liceo Altamirano determinó "celebrar sesión solemne en honor de uno de sus "miembros, don Federico Gamboa, con motivo de

"la publicación de la novela RECONQUISTA. El digno Presidente de la sociedad, don Joaquín "D. Casasús, me invitó a escribir para esa junta "algo relativo a la labor de Gamboa; y como no "soy de los que

"Niegan el habla a un amigo
"Cuando aquél escribe bien,

"burla burlando compuse el trabajillo que va en "seguida y que tuvo la suerte de ser muy celebra-"do por los distinguidos literatos que oyeron la "lectura. Hoy lo saco en estampa en esta edición "privada, que destino sólo a los miembros del Li-"ceo, a fin de que pueda circular sin daño ni pe-"ligro de barras".

7 DE MARZO—¡Qué mentís tan sonado y elocuente el que ha dado "El Tiempo Ilustrado" de hoy, a los que acostumbran a torcer el gesto y sonreír compasivamente siempre que se menciona a las Academias, y entre nosotros, para no apartarse de aquella regla, a la Mexicana Correspondiente de la Española!... Torcedura y compasión que comprueban la verdad profunda que se encerraba en la opinión a este respecto del ilustre historiógrafo centroamericano don Agustín Gómez Carrillo:

—"Convénzase, amigo Gamboa, de que los "maldicientes de las Academias se expresan como "se expresan, porque no son académicos ni han "de llegar a serlo nunca; y si al más rabioso de "ellos se le propusiese hacerlo del gremio, en un "abrir y cerrar de ojos, hasta públicamente se "arrepentiría de sus maledicencias y se declara-"ría más papista que el Papa..."

A dos planas desplegadas publicó el semanario de don Victoriano Agüeros los retratos de los veintitrés individuos que, según él, integran hoy por hoy la Academia Mexicana. Y a fe que la ca-

si totalidad de éstos son, sin disputa, de las más altas y cultivadas mentalidades nacionales, desde el señor Mariscal, su director actual, hasta el último en número. Figuran ahí, tres prelados, don Atenógenes Silva, don Joaquín Arcadio Pagaza y don Ignacio Montes de Oca y Obregón; Emilio Rabasa, Juan de Dios Peza, Justo Sierra, Joaquín D. Casasús, Manuel Sánchez Mármol, Joaquín Baranda, Porfirio Parra, Francisco Pascual García, Silvestre Moreno Cora, José López-Portillo y Rojas, Francisco Sosa, Victoriano Salado Alvarez, Balbino Dávalos, Rafael Delgado, Manuel G. Revilla, Victoriano Agüeros, Primo Feliciano Velázquez y Ambrosio Ramírez. Por un error, también se mira mi efigie, puesto que no formo parte de nuestra docta corporación, aunque una graciosa invitación que en mucho tengo, me autorice a concurrir a sus sesiones; sólo soy correspondiente extranjero de la Matriz, cual varios lo fueron y otros varios lo somos. Suprimido yo de esa lista de honor ¿qué pero puede ponérseles a los señores que la componen?...

La dirección de la Academia, recaída por unanimidad en las hábiles y dignísimas manos del señor Mariscal,—que viene a ser el quinto,—por el reciente fallecimiento del señor don José Ma. Vigil,—que fuera el cuarto—ocurrido no hace todavía un mes, el 18 de febrero, ha sido causa de que vuelva yo a ver, en mi pensamiento, aquel hombre sabio y bueno, poeta, dramaturgo, historiador, humanista y crítico de quien fuí discípulo de Lógica en la Escuela Nacional Preparatoria el año de 1882, al que tuve la suerte de tratar después, con muy relativa y respetuosa intimidad de mi parte; intimidad que se afianzó más aún, en sus últimos días.

No voy a hablar de su obra literaria, copiosa y meritísima, en la que hay de todo, desde traducciones admirables de Persio y de Marcial, de

Petrarca, Schiller, Ponsard, hasta muchedumbre de editoriales,—boletines llamábaseles entonces—en "El Siglo XIX" y más particularmente en "El Monitor Republicano", ambos diarios ultrarrojos para la época en que florecieron, y puede que también para ésta que alcanzamos. Dejo a un lado sus versos, las "Realidades y Quimeras", sus piezas dramáticas, las impresiones que dirigió y vigiló con gran esmero, de Las Casas y de Tezozomoc; su, por desgracia inconclusa, "Historia de la Literatura en México", desde sus más remotos orígenes,—en ella aparecen, traducidos del inglés el "Himno a Huitzilopoxtli", el "Himno a Tláloc", y el "Himno a la Madre de los Dioses", la Teteoinan o Corazón de la Tierra,—hasta los "Cantos del Príncipe Netzahualcóyotl", que es el capítulo XXIII de la "Historia" y donde el libro se interrumpe; y su magistral estudio sobre Lope de Vega, que modestamente bautizó de "Impresiones literarias". Estas dos últimas obras y el ejemplar elzeviriano impreso por Escalante, de sus "Sátiras de Persio" con que me obsequió cuando seguí su curso de Lógica, los guardo como preseas que son de mi modesta biblioteca.

Tampoco he de ocuparme en su carrera política: su presencia en el Congreso de la Unión, al que vino diputado por uno de los cantones de su tierra jalisciense, su magistratura en la Suprema Corte de Justicia, etc. Más me interesa su actuación en el magisterio: profesor de Filosofía en el Liceo de Varones, de Guadalajara, y de Lógica mucho después, en 1882, en la Preparatoria. Dió el señor Vigil esta clase, en la misma aula pequeña en que se daban la de Geografía y la de Cosmografía, una habitación situada a mano derecha del tránsito que lleva, —antigua nomenclatura,— del Colegio de Pasantes al Colegio Chico, que se veía, toda ella, colgada de mapas terrestres y celestes. Ese año, si mal no recuerdo,

se desterró la enseñanza del Positivismo; la "Lógica Deductiva e Inductiva" de Alejandro Bain, filósofo escocés de la escuela experimental, fué substituída por la lógica racionalista (?) del autor belga G. Tiberghien.

Aunque por aquellos días el señor Vigil andaba en los 53, —había de vivir casi 80 años,— su cabello y su barba eran menos grises que blancos; y su estatura, más bien aventajada, ya se la habían vencido los años y los desengaños. Su corteza, antojábase amarga, pero a poco de frecuentarlo resultaba suave y acogedora. Para leer, —luego hubo de gastarlos de continuo,—gastaba espejuelos, que en la ternilla hacían maromas: o se le resbalaban o se torcían. Su pergeño era severo, como su vida, y tan huérfano de ostentaciones, que ni siquiera usaba cadena para el reloj. Acusaba su físico,—pongo aparte su cráneo dolicocéfalo, abovedado y amplio, de caucásico de talento,—porción de características indianas, el bronce de la tez, lo cenceño del cuerpo; y moralmente, lo modesto de su porte, lo poco que reía y los destellos de recóndita tristeza que por las ventanas de sus ojos negros, penetrantes y vivísimos, se le escapaban. Su voz era grave, y fácil su palabra impregnada de doctrina y de muchos asuntos amenos e instructivos. Fumaba sin parar, unos purillos recortados, de la fábrica de Monzón, muy gustosos y muy baratos, que al igual de otras cosas nuestras de veras, ya no existen...

Dos conquistas logró don José María, a las cuantas clases, en la treintena de alumnos que seríamos sus discípulos aquel año: nuestro respeto y nuestro cariño; sentimientos ambos que se mezclaban a su poco de azoro y entusiasmo,—las juventudes gustaron siempre de los excesos, así la mayoría de las veces éstos sean perniciosos,— por culpa de sus antecedentes de liberal y jaco-

bino extremista, principalmente cuando la guerra de Reforma y el Imperio.

En pago a nuestra dedicación manifiesta, el señor Vigil acabó por fijarse en el grupo muy unido que formábamos Pablo Bustamante, Gustavo E. Campa y yo. De ahí salió el regalo de sendos ejemplares de sus "Sátiras de Persio", que con algo de emoción recibimos y no hojeamos hasta la casa de Gustavo, un **rez-de-chaussée** en la esquina de los Rebeldes y López, donde tarde a tarde nos juntábamos a estudiar y donde a la hora bruja del crepúsculo, mientras la fámula no se aparecía con la lámpara de petróleo encendida, Gustavo sentábase a su piano,—¡ya apuntaba el maestro!—y en la media luz de la estancia echaba a volar recuerdos o improvisaciones musicales que nos prometían quién sabe cuántas cosas encantadoras, sólo creíbles cuando tenemos 17 años... ¡Ah, **"gioventu, primavera della vita!"**...

Luego, nos separó esa misma vida. Mientras yo conocía el mundo, el señor Vigil escribió el tomo V,—La Reforma—del "México a través de los Siglos", con gran conocimiento de causa y notoria serenidad, aunque su criterio enseñe en más de una página persistente jacobinismo ya por dicha muy atemperado, gracias a la experiencia que los años nos acarrean; y se hizo cargo, además, de la dirección de la Biblioteca Nacional, en la que ha dejado imperecedera huella, pues, sin agravio de nadie, es el mejor director, desde cualquier punto de vista que se le considere, que dicho centro de cultura nunca tuvo hasta hoy. Y cuenta, que entre sus predecesores hubo hombres de veras ilustres, pero que ora por una causa, ora por otra, apenas si acertaron a consagrarse en cuerpo y alma, como él, a la Biblioteca.

A ella iba yo a visitarlo a la vuelta de cada una de mis ausencias diplomáticas, y en cada vez le descubría nuevos merecimientos y virtudes; y a contar de cuando se me invitó a las sesiones de la Academia Mexicana, por mi calidad de correspondiente extranjero de la Española, pude justipreciar, todos los martes, sus vastos conocimientos en Historia y Literatura, y sus varias prendas individuales ¡así resaltaban su tino y su maestría para dirigir la marcha de la respetable casa! Lo que yo le agradecí la cálida defensa que dispensó a mi drama: "A buena cuenta", leído en tres sesiones de la Academia, y excomulgado por el señor Mariscal, no obstante su alteza de pensamiento, quien al fin me recomendó seriamente que no pensara yo en ponerlo en escena mientras fuese subsecretario de Relaciones Exteriores.

De súbito, empezó el señor Vigil a sentirse muy enfermo y, sin embargo, hasta que materialmente ya no pudo hacerlo, siguió bajando a la dirección de la Biblioteca, casi a rastras, y se empeñó en que nuestras sesiones no se interrumpieran por causa suya. Tan a ojos vistas fué empeorando, que todos hubimos de darlo por perdido; pero el señor Mariscal, que como todos los ancianos siente su fatal acercamiento a la muerte y finge una filosófica conformidad frente al constante y sucesivo desaparecer de amigos y conocidos, sus contemporáneos muy particularmente,—en un cajón de su ancha mesa de la Secretaría acostumbra a guardar cuanta esquela de defunción le envían, y se las envían a centenares; siempre acompaña al ademán esta frase defensiva y agorera, aunque el difunto sea notoriamente menor que él: "¡Pobre viejo!...—esta vez no ha podido, ni querido, disimular la impresión hondísima que la progresiva gravedad del señor Vigil le causa. Es que han sido amigos de

veras, durante porción de años, y mucho se han querido y estimado. Precioso detalle, que contrasta con la mala costumbre de los que seguimos a esa generación anterior a la nuestra; a pesar de la intimidad que los une, de que se llaman por su nombre de pila: "Nacho" y "Pepe", qué señorío en su comercio, qué urbanidad espontánea y manifiesta, cuánta caballerosidad y cuánto respeto mutuo!... Lo que es nosotros, si a viejos llegamos, mucho témome que nos tratemos sin estos miramientos tradicionales, sino a la pata la llana, no embargante los fueros que aparejados llevan consigo las canas y las ancianidades que a sí mismas se respetan y se dan su lugar. Las costumbres degeneran, y Dios sepa a qué extremos de llaneza y pésima educación no llegaremos con el tiempo.

Los primeros días de la gravedad, casi a diario visitábamos al ilustre enfermo el señor Mariscal y yo. Tristes visitas, por cierto, con silencios prolongados, diálogos que truncaban puntos suspensivos, fragmentarias añoranzas de ellos y mutismos míos, proyectos para cuando sobreviniere el alivio en que no creíamos ni el enfermo ni nosotros, la familia atribulada, entrando y saliendo después de propinarle a él potingues y drogas... A lo último, la renuencia del señor Mariscal:

—"Vaya Ud. a enterarse de cómo sigue Vigil, a mí me aflige mucho verlo..."

En aquellas visitas postrimeras, dos o tres a lo sumo, supe de labios de su hija María,—viuda del cultísimo abogado Maximiliano Baz y mi condiscípula de niñez en la "Amiga" de la señora doña Hortensia Seguí de Oviedo,—que al fin habían logrado que el señor Vigil se allanara a hacer confesión de sus pecados, aunque previas dos condiciones, por supuesto obsequiadas acto con-

tinuo: que el sacerdote no perteneciera a la Compañía de Jesús, ni fuese español...

Y cierta tarde, a punto de obscurecer,—paréceme que fué la antevíspera del fallecimiento,—el señor Vigil me recibió en la sala de la casa, sentado en mecedora austríaca y de espaldas a los balcones que miran a la calle del Arco de San Agustín. Hizo que me sentara a su lado y después que cruzamos unas cuantas palabras sin mayor enjundia, entró en hondo silencio, que se prolongaría escaso cuarto de hora. Ya era anochecido, y en la vivienda comenzaban a encender las luces.

Para su completa reconcentración, el señor Vigil había apoyado su cabeza venerable y encanecida, en una de sus manos, cuyos dedos le oprimían sus ojos cerrados. Ex abrupto, se enderezó y me dijo:

—"Es extraño cómo, en la antesala de la "muerte, se palpa la inconsistencia de muchas cosas fundamentales que uno suponía verdades ave-"riguadas e inconmovibles... todo se viene aba-"jo... ¡todo!..."

Y al subrayar el segundo "todo", dibujó en la penumbra de la estancia, con su brazo temblorosamente rígido, amplio ademán rumbo al pasado, en que sin duda cupieron holgadamente,—yo a lo menos, creí verlo a las claras,—sus radicalismos de juventud y el jacobinismo de toda su vida de patriotismo, de probidad y de sabiduría.

19 DE MARZO—Sigue la prensa de la República, y algunos periódicos del exterior, "batiendo el cobre" en pro y en contra de mi novela RECONQUISTA.

Si supieran los que la atacan, y a mí de paso, lo agradecido que les quedo y lo que ansío que no cesen en sus ataques... Sobre que libro del

que nada se dice, o al que sólo elogios se le prodigan, es libro al agua.

27 DE MARZO—En expresiva esquela de esta fecha, Pepe López-Portillo, secretario perpetuo de la Academia Mexicana y muy querido amigo mío, me comunica la grata nueva de que, a propuesta suya, en sesión del 22 del mes en curso, quedé nombrado miembro de número en la docta corporación.

2 DE ABRIL—De asistencia oficial en la solemne apertura del Congreso de la Unión. El mensaje presidencial, como todos sus hermanos mayores y como todos sus muchísimos hermanos menores que habrán de sucederlo en el enigmático futuro, luce el propio aire de familia, trapalón y embustero, despachándose a su sabor a fin de que, mañana, los historiadores **concienzudos** lo acepten y citen como auténtico y guardián insobornable de la verdad absoluta... en política, que, desde que el mundo es mundo, ha sido la ciencia, o el arte, o lo que se quiera, más mentiroso que se conoce.

4 DE ABRIL—Muchos días me resistí por la desconfianza apriorística que, a reserva de rectificar a posteriori, en más de una ocasión me inspiran los "foráneos" de cualquier origen, por algo llamados "aventureros"; en cuenta, estos bravos españoles en cuyas entrañas hay siempre sus miajas de hidalguía, de conquistador y de logrero, que desde los felices tiempos del Virreinato, con menos escrúpulos que audacia vienen lanzándose a "hacer su América", donde con idéntico desparpajo y suficiencia asumen las arduas funciones de sabios, banqueros o profesionales, que las muy modestas de abaceros o maestros de obra prima; siendo lo extraordinario que en el desem-

peño de aquéllas o de éstas, la gran mayoría llega al bienestar o la riqueza (lo que probaría que atesoran por dentro virtudes innegables, o que nuestros hospitalarios aires americanos los vuelven del revés y en hombres de provecho metamorfosean a los que ocultan un pasado de diabluras y fechorías hasta del orden penal, consumadas en sus sendos terruños.)

Mas en mi ansia de alivio, y cediendo a instancias amistosas que acerca de sus curas "asombrosas" **(sic)** en personas conocidas de nuestra mejor sociedad, me narraron maravillas, al fin me puse en manos de un curandero gallego, don N. R. de M., que se dice ilustrísimo, y caballero de la Orden del Santo Sepulcro, y bailío de Jerusalén (?), **s'il vous plait!** Un fino sujeto de atildado pergeño, irreprochables maneras y no escasa cultura, que se declara íntimo y aun medio vinculado con muchedumbre de títulos de la "grandeza" de su noble tierra. **Ainda mais:** jura que me sanará pronto y se ha rehusado a cobrarme honorarios.

Descubridor de un secreto curativo infalible, —ciertas píldoras emparentadas por color y volumen con la endiantradas del Doctor Jenkins, de Daudet,—finca lo curioso en su extravagante manera de propinarlas: dos o tres veces a la semana, según el caso, y a las 4 de la madrugada precisamente, cuando el enfermo duerme a pierna suelta o a pierna encogida!... Son las tales, de drástico efecto purgativo. Yo he ido a él, porque en esto de medicinas y de médicos hace siglos que profeso y practico una doctrina de mi fábrica: si es la Medicina,—no confundir con la cirugía, ciencia experimental y que por experimental progresa a ojos vistas,—ciencia obscura si las hay, por lo que nada o poquísimo ha adelantado desde Hipócrates a la fecha, tanto monta recurrir a especialista de renombre notorio, y

si es extranjero y se impone ir a consultarlo hasta el fondo de la Transcapia, miel sobre hojuelas, que a curandero ignaro, brujo o herbolario,—piénsese en la no usurpada fama de que gozan los algebristas, en lo antiguo curanderos y cirujanos, y en lo moderno humildes componedores de huesos estropeados,—con gato negro, lechuza, retortas y mugre en su fementido consultorio.

Los médicos nos cuestan un sentido, los curanderos se avienen a todos los precios, y médicos y curanderos se hallan igualmente a ciegas ante el caso que se les presenta: unos y otros están expuestos a errar o acertar, pues ambos tropiezan con iguales imposibilidades; ambos son, se me figura a mí, como personas a quienes se exigiera que, entrando por primera vez en habitación completamente a obscuras, sin vacilaciones, yerros ni tanteos encontraran a poco de buscarla una aguja perdida... En ocasiones, contadas, la encuentran por mera casualidad, pero comúnmente jamás llegan a descubrirla y, en cambio, por culpa de la búsqueda a tientas, han hecho añicos muchos muebles, colgaduras, espejos y aun objetos delicados y preciosos cuya reposición ¡qué digo reposición! cuya reparación es del todo imposible. Si lo que anhelamos, y con justicia de sobra, es recuperar nuestra salud perdida, o cuando menos un alivio que con la vida nos reconcilie, y esa salud pueden indistintamente procurárnosla los médicos que los adivinos, charlatanes, magos o la cocinera de la casa con cataplasma y bizmas no de su invención, sino sancionadas por heredada experiencia vulgar, venga la salud, y adelante con los faroles.

Sin embargo, como con el peregrino tratamiento del bailío mi precaria salud ha seguido empeorando, Antonio de la Peña y Reyes me llevó a consultar con Rafael Martínez Freg, médico concienzudo ¡rara avis! y hombre inteligentísimo,

que es, por añadidura, muy buen amigo mío. Y Rafael ha empezado su cura, la mía, mejor dicho, con mano atinada y prometedora de probable restablecimiento integral.

16 DE ABRIL.—Repentina invasión de escalofríos y alta fiebre, que me inutilizan y obligan a encerrarme en casa.

29 DE ABRIL.—Todos estos días en clausura monacal, postrado con severo ataque de "influenza". Y ahora, que diz que comienzo a convalecer, no puedo tenerme en pie, por la suma debilidad que me ha reducido al estado de guiñapo.

Excusado consignar que en mis ociosidades de enfermo, en mis noches insomnes, en las melancolías crepusculares que a todas las dolencias exacerban, mucho me examiné por de dentro, y como advirtiera sinnúmero de telarañas en los techos, paredes y rincones de esta casuca en que mora mi alma, traté de sacudirlas... Porque hay que sacudirlas a diario, con todas mis fuerzas conforme éstas vayan volviendo a mi individuo físico, que si no, las arañas de pensamiento, de visión y de audición que las tejen y retejen a furto mío, no han de darles reposo a sus telares invisibles y callados, y Dios sabe a los extremos a que llegarían...

¡No y no! Mucho aseo, eso es, mucho aseo, y a vivir con mis gentes lo más plácidamente que se pueda.

Por mi encierro, perdí entre otras cosas, el banquetazo de 425 cubiertos con que en los salones de su Casino la colonia española obsequió al Gral. Díaz la noche del 24, a las 8.30. Mi asiento era el número 3 de la mesa letra A. ¡Lo que se habrá visto y oido!...

En compensación, ya me fué dable concurrir al que, anteanoche, se ofreció en palacio, "de uni-

forme y condecoraciones", al ministro de Rusia, Gregoire de Wollant. Insípido yantar, como todos los de su especie.

30 DE ABRIL—Artículo de Francisco Villaespesa, escrito en Madrid a propósito de mi RECONQUISTA, que reprodujo la "Revista Moderna", correspondiente al mes que hoy termina.

1o. DE MAYO—Aparecido desde el 17 del mes pasado, hasta hoy no recibí el nutrido folleto de 50 páginas, que el licenciado don Leonardo S. Viramontes se ha servido consagrarme bajo el siguiente título: "La Novela en México y el Realismo en el Arte. — A través de RECONQUISTA, último libro del señor don Federico Gamboa."

Un estudio documentado y serio, en el que mucho se me favorece, y al que la prensa ha dispensado benévola acogida, que de sobra se merece. Es lo extraño, que yo no conocía a su joven y talentoso autor, quien desempeña un empleo en el ramo penal, no sé si en el grupo de defensores o en el de agentes del Ministerio Público; circunstancia que hará que los maleantes no puedan hincarle el diente, saliendo con la flor de que lo escribió y publicó por medro. En persona se sirvió llevarme su estudio a casa, y de lo poco que hablamos se me impuso el convencimiento de que, en cuestiones literarias, sabe bien lo que trae entre manos.

Coincidió tan grato regalo con mi alivio, en aumento a tal grado, que hoy también reanudé mis labores oficiales en la Subsecretaría.

2 DE MAYO—Se ha reconstituído una agrupación que se inició hace tres lustros y que se llama: "Sociedad para el cultivo de las Ciencias y las Artes", título un poquillo comprometedor. Me favorecieron con el encargo, que desde luego

acepté, de presidente de su consejo ejecutivo. A ver qué realiza y cuánto dura.

15 DE MAYO—De almuerzo semi oficial en la casa del Ministro de Relaciones. Sigo yo tan cojitranco que Julio Limantour no pudo menos de soltarme cuando pasamos a tomar el café a la biblioteca del señor Mariscal, la siguiente frase de origen cinegético, pero harto desconsoladora por cierto:

—**"On dirait que vous avez du plomb sous l'aile!"**... ¡Vaya si lo tengo, bajo el ala y en todo mi cuerpo!

28 DE MAYO—Decididamente, empeoro día tras día... Mientras veo cómo logro que la Secretaría me favorezca con alguna comisión en Europa, pues pensar que de mi peculio puedo pagarme viaje tan costoso es pensar en lo excusado, Martínez Freg,—que es el que me encarece una temporada de baños y tratamiento médico en Alemania,—dispuso que, por lo pronto, me traslade a San Angel o Tlalpan. Y hoy me instalé, acompañado de mi mujer y de mi hijo, en la casa número 2 de la Plaza del Carmen, de San Angel, domicilio del doctor José de la Vega, esposo de mi sobrina María Teresa.

Las negociaciones emprendidas para ver de realizar aquel otro viaje, no van mal; diséñase la posibilidad de que se me nombre representante de México en la próxima Conferencia de Leyes Marítimas Internacionales, a punto de celebrarse en la ciudad de Bruselas y para la que en un principio se nombró a Pancho de la Barra, entonces ministro nuestro en Bélgica y Holanda, y hoy impedido de asistir por su promoción a embajador mexicano en los EE. UU. Quedan sólo por vencer las repugnancias del señor Mariscal a que interinamente vayan a nombrarle como Subsecre-

tario, algún afiliado al grupo científico, que en la actualidad es el que está "cortando el bacalao", y con el cual mi ilustre jefe no simpatiza ni un poquito. Me ha citado "para resolución", como dicen los jueces de lo civil antes de fallar en definitiva.

3 DE JUNIO—Cuéntame Pepe Vega, al regresar de su visita facultativa en el clandestino convento de las carmelitas, de las rarezas de las pobrecitas monjas; histéricas casi todas,—**et pour cause,** le respondo yo,—hasta en sus modos de expresarse se descubre la "tara" fisiológica. Una de ellas le aseguró hace días, que estaba muy enferma "de la basca de las piernas" (?). Y me jura que por más que lo ha procurado, no logra descifrar el enigma de la incomprensible frase.

4 DE JUNIO—Todas las mañanas, apenas comienza a haber luz, despiértame un himno de gorjeos con que los centenares de pájaros que noche a noche duermen en los árboles de la Plaza saludan el nuevo día. Y el coro de los alados, resulta sencillamente delicioso, tanto, que hasta me fuerza a sonreír, bajo el embozo de las sábanas y mientras me acurruco en su tibieza para reconciliar mi sueño interrumpido...

Al atardecer de hoy, excursión con mi hijo por la nueva Colonia del Carmen, la vieja y umbrosa huerta profanada de los monjes.

5 DE JUNIO—Hasta Chimalistac. Las dos presas, sin agua; el poético y humilde cementerio, clausurado, ya ni las vacas van a pacer las hierbas de las tumbas...

La noche me sorprende en la casa de mi viejo amigo Esteban Eslava, rico-home del pueblo, dueño de magueyales, sementeras, casas, y de un tinacal instalado en su propia vivienda desde

hace porción de años, que él mismo vigila y aun atiende para matar el tedio de sus horas ociosas.

6 DE JUNIO—A Tlacopac, o Tlacopaque como le dicen algunos. Bordee la hostería de Mme. Roux, la agradable y nada vulgar Mme. Roux que por bastante tiempo bregó con su "Villa de Roses", y aquí se ha venido con el loable propósito de aumentar sus ganancias. En el departamento que para sí se ha reservado y al que no todo el mundo tiene acceso, sólo sus pocos amigos,—entre los cuales se sirve contarme,—hay su pequeña y escogida biblioteca y muy curiosas piedras que pacientemente viene acumulando por compras de ocasión y como producto de muy superficiales excavaciones por los aledaños de esta finca agreste que ahora ocupa y que albergó, antaño, nada menos que a don José Zorrilla, muy enfermo entonces, de mal de amores; resuelto, como todos los desengañados a raíz del desengaño, a soterrarse en cualquier rincón perdido donde poder llorar sin testigos ni curiosos maldicientes la dicha que se les fué, maldecir a voces de la ingrata fementida, y contar a los árboles, las mariposas, los pájaros y las flores, su designio, inquebrantable según ellos, de jamás volver a amar a mujer ninguna... Y quiere la tradición, que el egregio poeta, para no renunciar del todo al mundo y sus pompas vanas, se dedicara tesoneramente a curar a los peones de la hacienda,—"San Angel Inn" fué hacienda en sus mocedades y hasta en su edad madura,—y a los indios de los contornos, con hierbas y raíces cuyas curativas virtudes aprendió de esos mismos indios.

Las piedras que Mme. Roux colecciona, sin alardes ni bombo, son la prueba de sus aficiones a la Arqueología; y los libros de su pequeña biblioteca, de que las horas lentas y mudas que en el campo acaban por sobrecogernos, ella, Mme.

Roux, las bien emplea, ya a solas, digo no, en la grata compañía de sus amigos los libros, en leer historia y, de preferencia, la antigua nuestra, en la que es muy versada. Lectura a la que se entrega después del tráfago y algazara no siempre pacífica y muchas veces pasaderamente báquica, de los banquetes; después de los almuerzos sentimentales a dúo, que los interesados suelen sazonar con besos furtivos y dulcísimos; de que la música y el bailoteo se apagaron con las luces de los salones, patios y corredores; de que los recién casados, que en la hostería de moda fueron a saborear su luna de miel, se atrincheraron ya en sus habitaciones; de que la servidumbre se marchó liquidada y recontando jornal y propinas; de que la cocina ya no respira el tufo acre de viandas y condimentos, y los heliotropos han vuelto a perfumarlo todo; de que el silencio de las altas horas ,apenas si lo trunca el desmayado glú glú de algún regato, el latir agresivo de perros invisibles y distantes, los aletazos de los murciélagos que se recatan de la luz de plata de la luna, y el graznido estridente y lúgubre de huraña lechuza...

7 DE JUNIO—Lluvia, afuera, y neurastenia en mis adentros; me acosté a las 9.30, y en la cama acabé la lectura de la "Correspondencia" de Taine, cuatro tomos deleitables en cuyas páginas no hay, de más, ni una sola línea.

Estoy contento: cuajó mi negociación privada, y se me nombrará delegado de México a la Conferencia de Bruselas, que se inaugurará conforme al aviso oficial recibido en la Secretaría, el 28 de septiembre próximo.

8 DE JUNIO—Juan Zaldívar, mi amigo de la infancia y mutilado quirúrgicamente de entrambas piernas; mutilación que sobrelleva con ejem-

plar filosofía, pues siempre fué un caballista de primera fuerza, un elegante apasionado de la vida y un **homme á femmes** de muy singular fortuna, se ha echado a cuestas la samaritana tarea de traerme y llevarme a diario, dentro del automóvil en que quieras que no, camina día y noche, a todas sus andanzas y a las mías inclusive; muchos días me detiene a almorzar en el lindo rancho de San José,—ubicado en las afueras de Mixcoac,—que pertenece a la familia desde que vivía el señor su padre don José Ma., abogadazo de merecidas campanillas y acendrado patriota,—fué de los regidores del Ayuntamiento de la ciudad de México, que cuando la huída de Santa Anna el 13 de septiembre de 1847, acordaron a una voz, a las 11 de esa noche,"... despachar una comisión al jefe enemigo, pidiéndole garantías para "la ciudad, protestándole que lo hacía (el Ayun- "tamiento) obligado por la necesidad, y no por- "que en su ánimo estuviese el someterse volun- **"tariamente a otras autoridades que no fuesen "las puramente nacionales:** influída por su patrio- "tismo, la corporación municipal pretendió que "Scott no entrase en México, sino previa una ca- "pitulación, que ni en principio ni por sus térmi- "nos podía prestarse a celebrar el jefe enemigo "con una ciudad completamente desarmada, desde "el momento en que la abandonó Santa Anna con "tanto sigilo y cautela en la huída, que los ame- "ricanos se enteraron de ella sólo cuando los ve- "cinos de la capital lo pusieron en su conocimien- "to (de Scott). Scott manifestó, por tanto, al "Ayuntamiento' que no firmaría capitalución al- "guna; que la ciudad había estado virtualmente "en su poder desde la hora en que Worth y Quit- "man el día antes tomaron las garitas; que sentía la silenciosa fuga del ejército mexicano **"(si nota el lector que estas palabras tiran a rojo, no lo atribuya a cambio de tinta, pues es únicamente**

el rubor retrospectivo que quema mi rostro de mexicano y que se me ha corrido hasta las puntas de mi pluma);" que impondría a la ciudad "una contribución moderada **(y un saqueo salva-"je por añadidura, saqueo iniciado para nuestra "perpetua verguenza, por "NUESTROS INDIG-"NOS LEPEROS,** cuando el enemigo entro en Pa-"lacio ya estaban destrozadas las puertas y sa-"queado. Al tercer día, se vendían en el Portal "el dosel de terciopelo galoneado, en cuatro pesos, "y los libros de actas y otros, en dos reales. El "infame y eternamente maldecido Santa Anna, "nos abandonó a todos, personas y cosas, a la "merced del enemigo, sin dejar un centinela; y "que el ejército americano no entraría bajo otras "condiciones que las que él mismo se impusiera: "es decir, las que su propio honor (ejem, ejem)!, "la dignidad de los EE. UU. (¡ejem, ejem, ejem!) "y el espíritu del siglo exigiera e impusieran a su "propio juicio!

Todavía hizo más la corporación municipal:— "La comisión del Ayuntamiento había salido de "México a la 1 y 1/2 de la madrugada del 14, y se "presentó a Scott, según éste, como a las 4. Con-"cluída la entrevista, Worth y Quitman recibieron "orden de avanzar hacia el centro con precau-"ción; y a las 7 de la mañana del martes 14 de "septiembre de 1847 el capitan Roberts, del regi-"miento de Rifleros, enarboló en el Palacio Na-"cional de México la bandera de los EE. UU. en-"tre los saludos entusiastas de las tropas de Quit-"man, que inmediatamente tomó posesión del edi-"ficio, haciendo cesar el saqueo de que era ob-"jeto...."

Dichosamente, el pueblo, el pueblo honrado borró con su valiente actitud la mancha de lesa civilización que los "léperos" arrojaron a la faz adolorida de la patria:

"...desde las 6 había aparecido en las esqui-
"nas una proclama del Ayuntamiento anuncian-
"do la ocupación pacífica de la capital por el ene-
"migo, y excitando al vecindario a conservar una
"actitud digna y tranquila; pero ese pueblo de
"quien Santa Anna decía que con pocas excepcio-
"nes no tomaba parte en la lucha, y en ello se
"fundaba como en una de tantas razones para
"huír de la ciudad, no hizo caso alguno de tal ex-
"citativa, e indignado al ver ondear en el palacio
"la bandera de las barras y las estrellas, por un
"impulso espontáneo rompió sobre los invasores
"fuego graneado de fusil desde las esquinas de las
"calles, desde las puertas, ventanas y azoteas de
"algunas casas; todo aquel día 14 y el siguiente,
"el pueblo continuó batiéndose sin dejarse intimi-
"dar por el enemigo, que esparció su infantería
"por todas las calles y mandó hacer fuego con
"obuses y hasta con piezas de sitio sobre las ca-
"sas de donde salían los disparos. Scott mandó
"que fuesen voladas, lo que no se hizo porque
"la pólvora estaba almacenada en Chapultepec;
"pero según los mismos jefes enemigos, **multitud
"de casas fueron abiertas a hachazos, y fusila-
"dos sus vecinos sin más formalidad.** No era
"tiempo de medidas medias, dice Worth, y mu-
"cha personas inocentes sufrieron incidentalmen-
"te con el castigo que tuvimos necesidad de apli-
"car...".

Para que en nuestros ingratos olvidos "moder-
"nistas" no se hundan por siempre los respetables
"nombres de los patriotas ediles, hélos aquí: Al-
'calde: don Manuel Reyes Beramendi; Conseja-
"les: Don. Juan Ma. Flores y Terán, D. Vicente
"Pozo, D. Lucio Padilla, D. Rafael Espinosa, D.
"José Urbano Fonseca, D. Agustín Díaz (**años
"después mi compañero en el "Diario del Hogar,**
"D. José Ma. Bonilla, D. Mariano de Veraza, D.
"Juan Palacios, D. Pedro Tello de Meneses, D.

"Leandro Pinal, D. Mariano de Icaza, D. José Ma-"riano Aguayo, D. JOSE MARIA ZALDIVAR, "D. Antonio Balderas, D. Antonio Castañón y D. "José Ma. de la Piedra, y del oficial mayor, D. "Leandro Estrada".

Perdónese lo extenso de la citación tomada literalmente del tomo IV del "México a través de los Siglos", por Enrique Olavarría y Ferrari (capítulo XX y páginas 696-97); pero es que se me resiste soslayar la desnaturalizada invasión yanqui sin que no se amotinen las latentes indignaciones que hierven dentro de mi individuo. ¡No en balde y por dicha mía soy hijo legítimo de un condecorado en la gloriosa batalla de La Angostura—donde se le dió por muerto a consecuencia de la herida gravísima que con montura y todo lo echó por tierra,—varias veces mencionado en ese mismo "México a través de los Siglos" y otras historias, y que no teniendo más herencia que dejarnos a sus hijos, sólo nos dejó su nombre sin mancha de mexicano probo y patriota. Bendito sea!

Ni es que yo odie sistemáticamente a los EE. UU., pero sí desearía que en nuestro inevitable comercio con ellos, hasta por razones físicas transmutado en comercio de todos órdenes que nunca ha de acabarse, siempre tuviésemos presente por mero instinto de conservación y dignidad, lo que ayer nos hicieron y pueden repetir mañana con rapacidad mayor y mayores consecuencias imprevisibles de pronto; y que ni hoy ni mañana estemos abriéndoles de par en par las puertas de casa, y no demos paso sin solicitar previamente su venia altanera, con nuestras miradas cuando menos.

Bien visto, no son ellos los únicos culpables de lo que por causa suya nos ocurre y ocurriéndonos sigue y seguirá en lo futuro, a cada vez con más ominosas exigencias y coacciones de su parte: es-

tán dentro de su papel de vecinos podersos que no se cansan de pedir y sacar para su Santo. Los principales culpables somos nosotros, que si pudiésemos, los imitáramos y aun los superaríamos: es la ley! Para la perpetración de los grandes crímenes nacionicidas ¡viejos como el mundo! y en esto idénticos a los pecados de la carne, se ha menester, indispensablemente, de la conjunción de dos voluntades: la del que pide, con un derecho perfecto aunque inmoral, y la del que da, con mengua de su pudor y de su honra. Y ellos, los yanquis, siempre que nos pidieron, salvo contadísimas excepciones, siempre han tropezado con malos mexicanos que principalmente por conservarse en el poder, les dieron aun mucho más de lo que ellos nos pedían.

Así nos ha ido y así habrá de irnos, mientras Dios no lo remedie. ¡Ah, si hubiésemos imitado a la más humilde de nuestras esposas a la antigua mexicana, todas ellas conscientes de sus deberes conyugales y maternales, todas ellas dechado de virtudes hogareñas que saben resistir solicitaciones, promesas y dádivas de amadores, el santo hogar nacional no luciera las grietas, cuarteaduras y manchas que lo afean, sería ejemplo y modelo, no habría en sus adentros duelos, rencores ni lágrimas, y la esposa que es el sagrado guardián del honor de los padres y de los hijos,—léase los gobiernos,—sonreiría de felicidad inefable y al fin moriría sin un solo remordimiento en la conciencia...

¡Y que no se me alegue la mentida y pérfida "razón de Estado", pues Estado sin honra internacional o con ésta esclavizada y rota, es como hogar empañado de sonrojos, por culpa de la esposa y de la madre!

Siga rodando el mundo, que yo no he de atajarlo, y volvamos a nuestros carneros.

Si de la ciudad se viene en coche a San Angel, sólo existe hoy por hoy una carretera transitable, la que arranca de Tacubaya, atraviesa San Pedro de los Pinos y cruza parte de Mixcoac; es la que Juan y yo recorremos casi cotidianamente. A la salida de San Pedro, medio vi ayer una vivienda risueña y modesta, con su verja de hierro y dos pilastras de ladrillo, en una de las cuales por culpa del correr del automóvil, alcancé a deletraear en pequeña lápida de mármol blanco:— ...el poeta...". Hoy hice que nos detuviéramos y pude enterarme de la inscripción íntegra:

—"En esta casa murió el poeta Luis G. Ortiz el día 28 de mayo de 1894."

¿Quién ordenaría su colocación? ¿los descendientes de Ortiz? ¿el dueño de la finca?...

10 DE JUNIO—Vino en la tarde mi secretario particular, don Mauro Durán, que lo fué de mi hermano y del difunto José Algara; un habilísimo taquígrafo del Congreso, profesor de la materia en la Escuela de Comercio, y persona muy estimable por lo discreto, inteligente y serio. Quiero salir de la mucha correspondencia rezagada que me abruma, y resolví dictarle bajo los árboles, en pleno campo, donde no nos interrumpan.

Salimos él y yo, acompañados de mi hijo, que está despuntando un furioso Nemrod, sobre todo desde que le regalé un rifle repetidor y relativamente inofensivo, de municiones. Por el camino que a Contreras lleva la emprendimos, y es el camino tan bello, tan diáfana y tibia la tarde que, no obstante que vamos cuesta arriba, humillamos a la fatiga, y como en los cuentos, henos ahí "anda y anda": mi hijo, en funciones de cazador a cada paso se echa su rifle a la cara y tira contra la muchedumbre de pájaros que a sus disparos responden con trinos, y persisten en perseguir a las hembras, revoloteando por sobre de

nuestras cabezas, rayando el azul del cielo con sus curvas y zigzags y posándose en las ramazones que tiemblan como regocijados con los contactos alados; Durán charlando conmigo de naderías o estimulando las aficiones cinegéticas de mi muchacho, y yo, feliz de que mi vértigo inquisitorial me haya abandonado y me consienta caminar cual si fuese un hombre sano... Transpusimos el puente del Zopilote y la barriada de ese nombre, algunos de cuyos moradores nos contemplaban con hurañía desde las puertas de sus moradas. La tarde empezó a declinar lenta y dulcemente, eran las 5 y ½ y se había puesto el sol tras las crestas de la sierra. Así llegamos a El Batán. A lo lejos, divisábase el caserío de Contreras, cual enclavado en los cerros; y más acá, muy cerca de nosotros, la fábrica de Quién Sabe Cuántos.

—"Hacen camisetas",—nos dijo un rapaz sonrosado, de 13 a 14 años, que llevaba "postales" ilustradas en la mano y que iba a Contreras. Por un momento, nos supuso sus compañeros de camino y aun nos alentó, asegurándonos que en un periquete llegaríamos:

—"Con seguridad, a las 6 y ½ llegamos..."

Y de pronto, echó a correr cuesta arriba.

Nosotros, previo interrogatorio a unos indios huraños,—¿cuáles no lo son?—dimos vuelta a la izquierda, por tupida y larga calle de pinos, a cuyo término y siempre sobre la izquierda, antes de emprender el regreso, nos sentamos en cerca de piedras, frente a heredad humilde, con cocina de humo en funciones y techo acabañado. Oíase que en los interiores de la casuca palmeaban masa para tortillas, y una voz femenina gritó amenazante:

—"Ora lo verás, Manuel.... allá voy a tráirte!..."

Al propio tiempo, Durán me contaba que tiene enfermo a uno de sus hijos, el de dos años, con fiebre intestinal y alta...

La tarde continuaba muriendo lenta y dulcemente. Próximos a nosotros, jugaban unos chicos desarrapados y sucios. De súbito, se oyó ruido de pedrea y vimos que las chinas rebotaban en el techo en declive de la vivienda cerrada .

—¿Quiénes serán los de las piedras?

—"Es que tratan de ahuyentar,—me explica Durán,—al saltapared ése que acaba de posarse en el tejado. Para estas gentes, los saltaparedes son de mal agüero, nuncios de penas y duelos....

Me fijo en la bestezuela de Dios, que es un primor, la pechuga de color distinto del que ensombrece su cuerpecillo; y se me hace imposible que dentro de su debilidad y su belleza quepan augurios torcidos y maleficios inminentes.

—"¿Le tiro?...",—me pregunta mi muchacho, preparando su rifle de viento.

Contagiado por la burda conseja, no sólo autorizo el crimen, sino que yo mismo apunto y disparo. Por suerte, ni mi hijo ni yo dimos en el blanco cantador, que se aferró en no tender el vuelo, cual si la casuca cerrada y florida, particularmente lo atrajese.

—¿Ustedes eran los que apedreaban?—pregunté en voz alta a los invisibles moradores.

—"¡Ay, sí señor!—vuelve a gemir la doliente voz femenina que antes llamara a Manuel,—tengo tendido a mi chiquito, y quién sabe qué otra desgracia vendrá a anunciar este pajarraco...".

Al fin, mi hijo le ha atinado con una peladilla, y el saltapared, con marcada desgana, se parte del techo bajo el cual yace el cadáver del inocente.

Anochece a gran priesa y la emprendemos de vuelta, atravesamos Tizapán, y algo molidos con la caminata hicimos alto en el paradero de San

Jacinto, donde Durán toma el tranvía de las 7. No dicté carta ninguna, pero en compensación aprendí la leyenda del saltapared.

11 DE JUNIO—"El Imparcial" de hoy vuelve del dominio público mi próximo y anhelado viaje a Europa.

Mauro Durán me avisó que no podría venir, porque anoche murió su hijito enfermo...¡Mire Ud. que es coincidencia!

12 DE JUNIO—Segunda junta en mi casa de México, con el doctor Philippe Gracieux, quien me lee las primeras páginas ya traducidas por él al francés, de mi SUPREMA LEY. ¿Será cierto que está a punto de realizarse mi grande y viejo anhelo literario de que en Francia se publique cualquiera de mis libros?... Gracieux lo asegura.

Con carta de Nervo, llégome, de Madrid, el número de "Ateneo" correspondiente al mes de abril, en que apareció muy favorable artículo sobre RECONQUISTA, por Mariano Miguel de Val. Que "El Imparcial" quiera reproducirlo y que sirva de respuesta al agresivo desahogo de que me hizo objeto el señor don Ricardo García Granados.

13 DE JUNIO—Caigo en cama con virulenta infección laringeo-intestinal. 40 grados de temperatura!...

Antonio de la Peña se llevó consigo, para su reproducción, el artículo de Mariano Miguel de Val.

14 DE JUNIO—Cortada la infección, me levanto convertido en harapo. En la soberbia huerta de Hilario Elguero, al lado de casa, y gracias a su jardinero que nos franqueó la entrada, apo-

yado en mi hijo fuí y me receté estupendo baño de sol que me reanimó de veras. Apenas si puedo tenerme en pie.

15 DE JUNIO—Aturdido ante la fúnebre e inesperada noticia, a pesar de mi extrema debilidad fuí a México después de anochecido, a ver a la pobre familia de mi compadre y amigo Alfred Cabuis, muerto a las 5 de esta tarde .El siniestro cuadro de rigor en estos casos: atribulados la viuda y los huérfanos, él, yerto y rígido en su cama...

Desvanecidas nuestras comunes ilusiones respecto del negocio hacedero y honesto de unos ferrocarriles yucatecos, que, de haberlo afianzado, nos hubiera puesto a flote a él y a mí. Era un roble, y helo ahí, ya sin vida, no obstante su juventud y fortaleza...

En el tranvía, de regreso, me asalta esta verdad como un puño:

—El poder y el presidio, prolongan la vida! Véanse las estadísticas respectivas.

16 DE JUNIO—Muy maltrecho, volví a mis labores de la Subsecretaría; y a la noche estuve en la sesión de la Academia Mexicana, hoy por hoy instalada en Tacubaya, donde el señor Mariscal acostumbra a pasar ios veranos.

17 DE JUNIO—Más ataques acerbísimos al General Díaz, ahora en "The Sun", de Nueva York, que pertenece a poderoso consorcio de banqueros.

Quizá el General Díaz haya equivocado la fecha de su desaparecimiento; hace diez años, habría muerto en plena y muy merecida gloria. En tanto que si logra vivir mucho tiempo todavía ¡quién sabe lo que tenga que soportar y que sufrir!...

Las lluvias de la estación, persisten en caer, tarde a tarde, y mi neurastenia, o lo que sea, en subir minuto a minuto. ¡Cuánto no envidio a las encinas y los brutos!

18 DE JUNIO—Despierto a las 5 menos 1/4 por un dolor intempestivo de que se quejó mi hijo, me levanté y fuí a verlo en su cuarto. Nada serio, dichosamente.

Al volver al mío, me ocurrió abrir las maderas del balcón: mis gorriones despertadores, apenas si están afinando para lanzar su coro diario de trinos. Alcé el **brise-vue** de la vidriera: la Plazuela del Carmen, aun no se despierta; la luz mañanera, apunta lentamente, es todavía pálida claridad auroral; todo se ve gris, los árboles, los bancos de hierro, las casas mudas. En el portal de la Prefectura, velan dos foquillos incandescentes, y a los medios de su asta-bandera, ondea blandamente la nuestra, enlutada a causa del reciente fallecimiento del Presidente Penna, del Brasil...

Los cientos de pájaros, inquilinos fijos de los árboles, ya están cantando todos, hasta desgañitarse; diríase que, materialmente, le agradecen a Dios el que les haya permitido asistir al prodigio de un nuevo amanecer en los campos. Y con ideas buenas, de hombre dichoso, volví a dormirme.

23 DE JUNIO—Trajéronme pruebas de las ilustraciones que llevará la nueva edición de SANTA.

Dos chicos españoles, Segarra y Juliá, han editado a todo lujo en la imprenta alemana de Madrid, y con profusión de ilustraciones, un libro que se titula "La Ruta de Hernán Cortés". Es a guisa de anticipo que la colonia española dedica a México con motivo del primer centenario de nuestra independencia, cuya conmemoración habrá de celebrarse el año entrante. Juliá me en-

tregó en persona mi ejemplar, que es el número 29, porque Segarra se halla en Monterrey, víctima de neurastenia cardíaca. Cuéntame, además, que la esposa del General Díaz, les comprará buena cantidad de ejemplares, para ayudarlos.

En el Ministerio, me dieron esta mañana mis viáticos hasta Bruselas.

1ro. DE JULIO—Hoy volvimos a la ciudad, pues urge levantar la casa. Apenados de veras, le decimos adiós a San Angel, que operó el milagro de devolverme algo de mi salud perdida y que a mí, personalmente, tanto me habla por modo sentimental, de días sepultados y de seres y sucesos idos.

Antes de partirnos, leí en la huerta un número de "Current Literature", correspondiente al mes de junio, de ese magazine neoyorquino. Es increíble la suma de insultos graves que en artículo especial le endereza al General Díaz. El magazine nos lo remitió, con una nota, nuestra embajada en los Estados Unidos.

Náuseas me provocó el tal artículo; y más que el artículo, la frecuencia de los virulentos ataques que de algún tiempo acá la prensa yanqui viene lanzando a nuestro Presidente. Síntoma inequívoco, antójaseme, de que los Júpiter,—no hay manera de pluralizar este nombre—de la Casa Blanca ya no quieren verlo en el solio que por tantos lustros ha sabido honrar, después que esa misma prensa, tan indecente, venal e interesable como sus congéneres del resto del mundo, lo ha elogiado hasta la bajeza y el ditirambo. La maniobra ha de traer gato encerrado, y en romance significa que preparan en la sombra alguna perrería mayúscula, aunque ostensiblemente pretendan con su fariseísmo sistemático, resultar ajenos a lo que nos ocurra por culpa exclusiva de ellos. Indignado todavía,—y no porque yo juzgue a Por-

firio Díaz un excepcional e inmaculado ¡quiá! Ningún ser humano lo fué nunca, y menos en las vertiginosas alturas del poder casi absoluto; pero ¡hombre! es mucho cuento que ahora que les estorba para la realización de Dios sabrá qué maquiavélicos planes, le regateen merecimientos y virtudes que en medio a sus errores y defectos de humano y de gobernante, es inconcuso que posee a porrillo. ¿Por qué no, mejor, se quitan la máscara de amigos y panegiristas con que lo han aturrullado oficial y privadamente?—indignado todavía, repito, seguí hojeando el magazine íntegro, y en su sección de "Literatura y Arte" tropecé con otro artículo consagrado a la memoria del novelista Francis Marion Crawford, recién fallecido en Italia a los 53 años de edad; artículo que me indemnizó, con creces, de la bilis que el artículo trapero me derramara. Véase qué descripción de la muerte del escritor:

—"La casa de Mr. Crawford se hallaba en Sorrento (como es sabido, Crawford nació en Ro-"ma,—aunque fuese yanqui de pura sangre, agre-"go yo—y pasó gran parte de su vida en Italia), "pero en los últimos años había acostumbrado es-"cribir mucho en una antigua 'torre' de la costa "de Calabria, descubierta al realizar uno de sus "cruceros a bordo de un yate de su propiedad. "Cuando llegó su fin, un fin rapidísimo, Crawford "parecía la personificación de la salud y del vigor. "Clásica por su hermosura fué la muerte: senta-"do en sillón de brazos, contemplaba desde una "ventana abierta la bahía de Nápoles, en cuyas "aguas hundíase un sol color de sangre; una de "esas puestas de sol italianas, de rara belleza, en "que cielos y tierra combínanse en soberbio con-"junto de un color extraordinario. En plena luci-"dez estaba la mente del novelista, y su cuerpo "de atleta no experimentaba dolor ninguno. Al-"guien de su familia acababa de leerle el "Diálogo

"sobre la inmortalidad del alma", de Platón, y el "Viernes Santo se aproximaba. De pronto, el no-"velista murmuró:

"—Muero con Cristo..."

"Entonces, el sol zozobrando ya en el horizon-"te, su familia oyó que decía suspirando:

"—Entro serenamente en la eternidad!..."

"El sol acabó de hundirse, y Francis Marion "Crawford rindió su espíritu".

3 DE JULIO—Sesión en casa, que probablemente será la última por ahora, con el doctor Philippe Gracieux, que ya tiene traducidos al francés unos cuatro capítulos de mi SUPREMA LEY.

8 DE JULIO—Galantería del ministro de Alemania, Herr Karl Bünz, que la noche de hoy me obsequió con una comida en su legación. ¡Ay, estas reuniones oficiales o diplomáticas!... Mme. L.: sus opiniones sobre la trágica siciliana Mimí Aguglia y sobre París!!!

10 DE JULIO—Otra función gástrica: la legación del Japón ofrece hisoriado almuerzo a todo el Gabinete, Subsecretarios inclusive.

11 DE JULIO—Por el nocturno de Veracruz, partimos hacia Europa.

12 DE JULIO—A las 11 y 1/4 de la mañana, y a bordo del viejo arriero del mar, "La Normandie", zarpamos de Veracruz.

13 DE JULIO—Paso revista visual de pasajeros. El total es poco estimable... en cantidad.

14 DE JULIO—Como si no navegáramos en barco francés; ni quién recuerde en ningún sentido la memorable fecha de hoy.

A las 8 de la noche, frente a la Habana; y como fondeamos dentro de su bahía a eso de las 9, ya no fué posible saltar a tierra.

Tumbados en nuestras sillas de lona, admirando el espectáculo encantador de la ciudad iluminada, de la que nos llegan truncos y desmayados ecos de su alegre vivir nocturno, Fidel Rodríguez Parra y yo, enhebramos larga charla evocadora de Guatemala, a la que ambos estamos tan estrechamente vinculados.

15 DE JULIO—En la Habana.

Con el Secretario y el Subsecretario de Estado. El Secretario lo es hoy por hoy, García Vélez, uno de los hijos del prócer de la independencia cubana, el valiente general don Calixto García Iñiguez, que por no caer vivo en las garras españolas atentó contra su vida, disparándose en la boca un tiro de revólver que le salió por la frente, sin morir a pesar de ello; yo alcancé a ver la cicatriz honrosa.

Nos identificamos mutuamente, resucitamos nuestros días neoyorquinos: él y su familia, padeciendo destierro; yo, con mi padre y mi hermana, viviendo muy modestamente en un hotel español de la Ciudad de Hierro, y ellos en una casa de la calle cuarenta y tantos, donde traté a su familia y a porción de emigrados cubanos en vísperas de aventurarse a nueva intentona de independencia; donde mis dieciséis años de entonces, se prendaron con el apasionamiento que sólo se registra a esas bajas alturas, de su hermana Nonatilde (Leonor Matilde), una encantadora virgen tropical que apenas si se dolió, sin corresponderla, de esa pasión de adolescente impresionable: una de las ilusiones más puras de mi vida...

El resto del día, con José F. Godoy, Arturo Palomino y Angel Algara.

Me llena de morriña ver cómo Cuba, después de tanto sacrificio y tanta sangre, se halla a la merced yanqui: espiada, vigilada, amenazada...

De vuelta a bordo, noto aumento del pasaje; en el entrepuente, 470 inmigrantes españoles en su mayoría, que retornan a sus lares con algunos dineros trabajosamente apañados después de las zafras, y entre ellos hasta 45 criaturas de pecho, de las que vi varias, dos en cueros. El lamentable rebaño, amontonado, me lleva a consideraciones mentales sobre la psicología del anarquismo. Gallegos y canarios son casi todos.

En la serenidad de la bahía, la gloria de la tarde.

Entre los inquilinos de la 1ra. clase, se denuncia una pareja de recién casados, en su viaje nupcial. Ambos, jóvenes y guapos:ella, voluptuosísima; él, rendido, bebiéndole el aroma de sus palabras, en sus labios casi... A propósito de ellos, algo en broma ocúrreme decirle al capitán, que serio y convencido me replica:

—"Ils vont nous porter bonheur!...

—Pues que ¿eso trae la dicha?....—le pregunto de buena fe.

—Cuando de recién casados se trata, sí!—me responde, aun más serio y afirmativo.

A eso de las 9 de la noche, levamos anclas; y cuando a las 11 me encamino al camarote, el espectáculo que ofrece la Habana me retiene unos instantes asido a la borda. A la distancia corónala, como a todas las grandes ciudades modernas, el halo de su iluminación eléctrica, que a mí se me antoja imploración que subiera a los cielos... Y la imploración aparte, qué pequeño se me figura todo lo restante: el barco que nos conduce, la propia Habana, el mar, el mundo, nuestras luchas y ambiciones, nuestros dolores y goces.

¡Barro es la tierra y barro nosotros!

16 DE JULIO—La verdadera travesía ha comenzado, por varios días sólo habremos de ver agua y cielo. Hay que reglamentar la temporada. Las mañanas, ejercicio sobre cubierta y lecturas tumbado en el sillón plegadizo; las tardes, poker en el comedor, con el capitán, Fidel Rodríguez Parra, otro partner cualquiera y este cura. El general Mondragón, que viene delicado, presencia nuestra partida sin participar en ella; y las noches, después de más ejercicio a pie, aislamiento en algún rincón perdido, y el deleite de pensar y pensar, sin otros testigos que las estrellas y las olas.

Naturalmente, mis soliloquios mentales y mudos se orientan hacia México, cuya situación política me inquieta, a pesar de que en la apariencia ¡en la apariencia nada más! el total de ella no debiera de provocar mis inquietudes.

Paso revista a los síntomas: a raíz de la reunión de los "científicos" de mayor relieve, en la casa del general don Pedro Rincón Gallardo, —frontera a la mía, en la Ribera de San Cosme,— el 8 de febrero, y de la declaración solemne del Círculo Nacional Porfirista, del 22 de aquel mismo mes, acordada la reelección del Caudillo... A esa declaratoria, contestaron dos motines sucesivos, en Colima el uno y en Puebla el segundo; ambos a consecuencia de crueldades llevadas a cabo por el comandante de policía de Tepames y por el jefe político de Tehuitzingo.

En abril, a la zaga de la Convención Nacional Reeleccionista, exhortando a la República entera a reelegir al General Díaz, y sembrando de clubes la nación íntegra, luego de haber proclamado las candidaturas del dicho General, para Presidente, y de don Ramón Corral, para Vicepresidente, —postulaciones ya aceptadas por los dos,—otro motín, también sangriento, en Velardeña de Durango.

En mayo, el día 19, en una casa de las calles de Tacuba, el nacimiento a la chita callando, del Club Antirreeleccionista de México, en que figuran connotados desafectos a la presente Administración, verbigracia, el licenciado Vázquez Gómez, el ingeniero Patricio Leyva, don Luis Cabrera, Pancho Sentíes, Luis Castañeda y Nájera, Filomeno Mata, José Vasconcelos y un señor don Francisco I. Madero, apenas conocido. Díjose que había, además, centenares de personas de pelo en pecho, resueltas a llegar a lo que fuese necesario...

Agréguese a lo anterior, el prestigio en aumento, del general don Bernardo Reyes, que también aspira a la Silla...

La vasija está cargada hasta sus bordes, y puesta al fuego de la pasión política, que es de las pasiones más inflamables. Si el hervor llegase a derramar el contenido ¿qué podría ocurrirnos?... Pregunta inquietante si las hay, e imposible de contestarla todavía.

17 DE JULIO—Concluí la lectura de "Aleluyas del Señor Esteban", por Santiago Rusiñol, con que me obsequiaron en la Habana. Muy bonito libro. ¡Cuántos Estébanes no evoca! Hasta entre varios de los campañeros de viaje.

Corre la especie de que anoche falleció a bordo una criaturita, y que fué arrojada al Atlántico. El capitán me puntualiza el triste sucedido:

—**Oui, que voulez vous?**...

Era un niño de dos meses, hijo de italianos, de los muchos que nos acompañan hacinados en el entrepuente...

Sigo documentándome para mi psicología del anarquismo. Cree el capitán, que el chico fué embarcado muerto ya, porque cuando los padres lo presentaron, estaba helado!... Han de haberlo hecho así,—el capitán continúa en el uso de

la palabra,—para ahorrarse gastos, siempre es más barato que el mar engulla un cadáver, que el que lo cubra la tierra!...

18 DE JULIO—No obstante que vamos a bordo, una nieta de Juárez,—la señora esposa de don Javier Algara,—un senador de la República, don Francisco P. del Río, un general del ejército, don Manuel Mondragón, y un subsecretario de Relaciones Exteriores,—**moi meme,s'il vous plait!**,—la fecha de hoy transcurre inadvertida...

En mis adentros, yo me felicito de hallarme lejos de la conmemoración oficial, y por ende facticia, que a la hora de ésta han de estar llevando a cabo en México. Y no por nada, sino porque ya estoy harto de mentiras y farsas políticas. Me cobijo, pues, en la ausencia y la distancia, y le agradezco a la travesía el que vaya devolviéndome un poco de salud y un mucho de contento.

¿Me engañarán mis observaciones superficiales? Paréceme advertir en los franceses, aun cuando por lo general acusan salud y fuerza, un manifiesto cansancio por haber vivido mucho (guerras, voluptuosidad, intemperancia de siglos en el comer y el beber, etc., etc.) Noto, en cambio, entre los españoles viejos que también observo a diario, un aspecto de robles, hasta en lo rudo de sus cerebraciones. Sin embargo, las dos familias étnicas son más o menos contemporáneas. ¿Acaso los españoles habrán sido menos **jouisseurs** que sus vecinos, más abstemios, más castos, más austeros?...

19 DE JULIO—Al aletazo invariable de melancolía, con que infaltablemente me roza el espíritu la fecha de hoy, aniversario de la muerte de mi madre, se ha sumado en fuerte temporal que nos zarandea de lo lindo. El capitán me da el porqué de ellos: son depresiones...

25 DE JULIO—Nueva defunción, anoche, de un adulto de 38 años, víctima de muy avanzada sífilis. Era también pasajero de 3ra.

26 DE JULIO—Uno de los padres jesuítas que viajan en "La Normandie", con quien hablo de la muerte del pobre emigrante, me comunica que se fué "en pelo", que lo echaron al agua, sin confesión ni cosa que la valga:

—"Nada nos dijeron ni al Padre (**por su com-**
"**pañero**) ni a mí..."

—No lo pediría él,—le respondo.

—"Muy probablemente. Estos españoles, (y
"**mi interlocutor cecea que da gusto**), cuando re-
"gresan de Cuba, nos vuelven herejes casi todos...

—La culpa ha de ser del trópico y del oro, Padre, dos enemigos de cuidado.

Ya noche cerrada, arribamos a La Coruña. Sueño tranquilo y sin balances, fondeados en la mansa bahía gallega.

27 DE JULIO—En tierra española.

El Rey acaba de marcharse. Todo el mundo comenta, y algunos con reconcentrada iracundia, las matanzas perpetradas por los moros, allá, en Melilla; muy particularmente, la muerte de un jefe de innegable valía, al decir de sus paisanos, el coronel Ibáñez Marín.

Paseo por la ciudad alta y la ciudad baja (Pescadería), de remotos y obscuros orígenes, diz que así bautizada: "Coruña", porque su nombre le viene de la palabra latina **columna**, con la que se habría designado la especie de faro, recia y pesada torre de ladrillo y piedra, que se denomina Torre Hércules, edificada, según se cuenta, por los mismísimos fenicios. El singular monumento, que se alza en la extremidad de la península, fué en todo caso restaurado por los romanos, quienes lo dedicaron a Marte. Sus anales no son vulgares;

destácanse, el embarco de Felipe II, rumbo a Inglaterra, el año de 1651; la retirada forzosa, en 1809, de los ingleses capitaneados por John Moore, que hubo de hacerse a la mar, frente al empuje del mariscal francés Soult, no sin haber perdido la friolera de 12,000 hombres, y en 1823, el vencimiento de los constitucionales españoles, que la abandonaron a los franceses, al cabo de varias semanas de estéril y denodada defensa.

Almorzamos en fonda próxima al puerto; y regresamos a bordo con serio peligro de naufragio, por culpa de las aguas de la bahía, muy alborotadas con el brisote vespertino. Inconscientes del peligro que hemos corrido,—el patrón del bote nos aseguraba que "no había novedad",—mucho nos sorprenden los aplausos con que nos reciben en premio a nuestra involuntaria hazaña. Miedo retrospectivo, cuando nos puntualizan cómo se clavaba nuestra barquilla diminuta.

28 DE JULIO—Santander. oteado desde a bordo. Por la premura del tiempo, no hubo licencia para desembarcar; y al cabo de dos horas de anclaje, a las olas de nuevo.

29 DE JULIO—Desde la del alba, frente a Saint-Nazaire, término de esta prolongada y saludable travesía.

A recibirnos en los muelles, el doctor don Salvador Quevedo y Zubieta, actual cónsul de México, y Peñaflores, vicecónsul. En las oficinas del consulado, me curó y me sanó Salvador, del mal de garganta que venía molestándome.

A las 7 de una tarde incomparable, nuestra llegada a París, pero sin nuestro equipaje, que nos dará alcance mañana. En la estación, amigos y funcionarios consulares. Un señor Sedano, de Puebla, y de antiguo avecindado en Lutecia, me

saludó de parte de la casa editorial de Ollendorff (?).

Hoy ha sido cumpleaños de mi hijo; él ajusta 10 de venido al mundo, y yo 19 de haber venido a París por la primera vez, y 16 la segunda.

¡Cuánto año ya! París, es siempre París, y yo ya soy casi un viejo!

30 DE JULIO—De vagancia por estas calles y avenidas encantadoras que, diríase, le dan a uno expresiva y callada bienvenida...

De tiendas, con mi mujer y mi hijo.

Don Julio Sedano estuvo a visitarme en el hotel. ¡Qué extraño y acentuado parecido físico tiene con el infortunado Maximiliano de Habsburgo!... Siempre en nombre de la casa Ollendorf, de la que se dice representante o agente, me afirma que en ella se tiene resuelto editar alguna de mis novelas. ¡Si fuese cierto!...

Por la noche, en "Varietés", a ver "Le Roy", una espiritual nadería, admirablemente montada y mejor representada.

A la tarde, fuí a nuestra legación. Con don Sebastián Mier se hallaba el bueno de Albert Hans. Sabrosa charla, intercambio de impresiones sobre los mexicanos de allá y los mexicanos de acá. Mostróme Mier el nuevo peso, mandado acuñar por encargo de Limantour. No me gusta su aspecto; el del peso, se entiende.

31 DE JULIO—En el Bosque, en el Jardín de Aclimatación,—mi hijo es un enamorado de todos los animales ¡buen síntoma que yo le fomento!—en el Museo Grevin luego, el de las famosas figuras de cera, y a lo último, en la Taberna Pousset (¡memento!)

¿Por qué, de súbito, me embistieron ráfagas de tristeza? ¿la vuelta de la neurastenia o comienzos de vejez?...

1ro. DE AGOSTO—A misa en la Magdalena. Decididamente, los suizos o pertigueros uniformados con exceso de galones, y tocados con bicornios que mucho se asemejan a los de nosotros los diplomáticos, restan devoción en su ir y venir por las naves y en su acompañamiento, a la hora de la limosna, a los pedigüeños. Van, los suizos, con aires de cobradores laicos de contribuciones.

A la salida, encuentro y saludo a porción de compatriotas de antiguo aquí radicados o de paso por París; una buena parte de la "colonia mexicana", que, por su intransigencia y chismorreo, es el coco de los recién llegados o de los que se preocupan por la opinión del prójimo, que son los más.

De vuelta al hotel, por los boulevares, presenciamos un desfile más tristemente grotesco que pintoresco; diríase que la quimérica Ciudad de Liliput se quedó sin gente y que todos sus pobladores se han dejado venir hasta "estas partes". Un desfile monstruoso de enanos, por su cantidad y por el lamentable aspecto físico de los que lo componen. Los enanos son, si bien se los mira, una caricatura de nosotros los normales; de ahí que su vista, a los sentimentales nos ponga serios, y a los indiferentes los mueva a risa. Lo mismo ocurre con los monos y con los loros, **toute proportion gardée.**

2 DE AGOSTO—Volvió Sedano, a reiterarme la propuesta de la casa de Ollendorf, de traducir y editar alguna de mis novelas. ¡Qué más quisiera yo!

Me anunció, también, que está preparándoseme para el próximo sábado, una comida literaria, por subscripción, en uno de los restaurantes más principales (???...)

6 DE AGOSTO—Encerrados desde el día 3, en que mi hijo cayó con un ataquillo combinado de

garganta y estómago, que a él le dan con calentura y todo, y a mí me ponen de un humor negro.

Fuí por la tarde a la legación, y en ella, Mier y Pepe Vega Limón me hablan de la comida en proyecto, anunciándome que ambos se excusaron de asistir, porque el organizador ha sido Julio Sedano, quien, según los dos,—que son autoridades respetables y nada sospechosas,—no disfruta de buena reputación en "la colonia". Y me precisan hechos y rumores, que, de ser ciertos, y ciertos han de ser por venir de quienes vienen, no dejan en muy buen lugar que se diga a Sedano, que a mí me ha sido muy simpático. Llegan a más: a insinuarme que yo mismo debiera de rehusar el agasajo... Parece que Sedano, hasta ha perdido su ciudadanía mexicana!!!

Mis inquietudes suben de punto, al encontrarme en el hotel los papeles que me ha dejado Sedano, quien ha llevado lo del banquete a paso de carga; hay lista de adherentes, de los que se han excusado ¡y hasta el proyecto de menu!... son los adherentes, siempre en concepto de Sedano, Paul Feval, León Claretie, Henri Frantz, Delpeuche, Boyer, Yerique (?), Bustamante, Rémy de Gourmont, du Frenois, Lavergne, Casanova, Bianqui, Ventura García Calderón, Bedoya, redactores de "Le Figaro", "Le Matin", "Le Temps", "The New York Herald" (edición parisiense), "L'Illustration", "Le Monde Ilustré", "La Revue Diplomatique", "Le Nouveau Monde", A. Capus, C. de Batle, Gumersindo Rivas, Manuel Ugarte, y Echagüe.

Se han excusado: Luis Torres Rivas, Rómulo Castañeda, José Ma. Vega Limón, Francisco de P. Pasalagua, Rómulo Farrera, Manuel Echave, N. Gosselin Olivier, Block (Roberto y Juan), Cretenié, Donnamette, Fourcade, Hartman Ernesto, J. Olivier, J. Roberts, J. C. Tron, Alberto Hans,

Weil Felix, Anzorena, Hölzbacher, L. More y Avelino Delalande.

Aun figura otro grupo, de "amigos y admiradores" (sic): Rafael Dorantes, R. Peón del Valle, Francisco Carral, S. Quevedo y Zubieta, Roberto Gayol, Luis Quintanilla, Ramos Martínez, Crisanto Medina, Horacio Espinosa, Manuel Lazo, R. Uribe, R. Pérez, F. Sierra, Hausser-Zivy, Julio Sedano, N. Rondero, Federico Mariscal, F. Uriarte, general Mondragón, Gustavo A. Salas, doctor Carlos Aubry, Ernesto Mayer y Antonio Pérez Berruecos...

No paran ahí las actividades: ya se eligió restaurante, el Riche, en el boulevard de los Italianos número 16; ya lo anuncian los periódicos y, para que nada falte, hasta me encuentro con el brindis de ofertorio, ya redactado.

Estoy sobre ascuas... ¡Y pensar que apenas si conozco a una media docena de los firmantes y adherentes!...

7 DE AGOSTO—Invitados por Pepe Vega Limón, comimos mi mujer y yo en Ledoyen, y rematamos la grata velada en el "Alcázar d'Eté", donde mucho nos distrajo una preciosa Revista, y donde yo dí al fin con el pretexto que buscaba para que el "banquete literario" no se efectúe: el delicado estado de mi salud, que me veda ésa y otra porción de honores y satisfacciones. Así se lo escribo al dinámico Sedano, en cuanto volvemos al hotel.

8 DE AGOSTO—Segunda misa en la Magdalena; y a la noche, en los "Ambassadeurs". Mañana la emprenderemos rumbo a Alemania.

9 DE AGOSTO—Cómodamente instalados a bordo de un wagón-lit, camino de Berlín. A poco, la frontera belga. Muy grata la impresión que

por este lado produce Bélgica, contemplada al correr del tren. Las ciudades que atravesamos a toda carrera, por lo bien encaradas despiertan apetitos de conocerlas, y a la vez experimento gusto de ignorar sus nombres y me resisti a buscar éstos en mi mapa de bolsillo. Las prefiero así, vistas a distancia, huyendo de nosotros en sentido inverso, dejándome un vago deseo de conocerlas... Esta Bélgica es un respetable hormiguero humano.

En Aix-la-Chapelle, vieja residencia de Carlomagno, actual cabecera de regencia en la Prusia renana, y que en español se denomina Aquisgrán, todo cambia, todo acusa que hemos entrado en Alemania, clásica tierra, especialmente del 70 acá, del militarismo y de la espada. Adviértese, asimismo, inequívoca prosperidad, riqueza y dicha de vivir. Hercúleas las anatomías masculinas, espléndidos los colores de las mujeres, comercio abundante y próspero, abundancia de chimeneas humeantes, calles muy aseadas, espadañas y torres, movimiento, ruido y disciplina, muchísima disciplina de la que yo doy fe por culpa de terco aduanero que no entiende mis razones, por mucho que bilingüemente se las aduzco, ora en francés, ora en inglés. A todas ellas me replica con unos **nichts** tudescos e inflexibles como rocas, que me obligan a capitular y trasladarme hasta el carro de equipajes, en el que le abro mis baúles para que él fisgue y palpe a su sabor cuanto dentro de ellos llevamos... Probablemente, el aviso de mi arribo aun no lo habrá recibido nuestro cónsul aquí, y por eso las autoridades no me dispensan consideración ninguna. Y pensar que este bárbaro aduanero hubiera entendido que se las había con un Subsecretario de Relaciones de país amigo del suyo, es pensar en lo excusado... ¡Qué le vamos a hacer!

10 DE AGOSTO—Después de magnífico sueño en las confortables literas de este wagón-lit, cerca de las 7 de la mañana paramos dentro de soberbia estación con proporciones de basílica, en la que ¡ay de mí! tampoco me entienden jota de lo que yo digo en mis idiomas para estas gentes extranjeros. Desesperado en el ancho andén, rodeado de mis deudos y mis maletas como un mísero inmigrante, acudo al jefe, que me resultó muy cortés y a quien algo se le alcanza de la lengua de Byron. Ajustado ya un carruaje de punto en que cargadores bastante bien vestidos empezaban a izar maletas, sombrereras, etc., se nos apareció a modo de ángel salvador Francisco A. de Icaza, actual ministro de México en este poderoso Imperio, y muy antiguo conocido mío, seguido de un lacayo que cargó con la impedimenta. En el elegante automóvil de Pancho cruzamos no sé cuántas calles amplias, limpias y reveladoras de que nos hallábamos en una gran ciudad, y no nos detenemos hasta el soberano Hotel Adlon,—hoy por hoy el primero de Berlín,—enclavado en la encantadora y merecidamente famosa **promenade** de **Unter den Linden**, frente por frente del palacio de la embajada de Francia, y a unos cuantos pasos de la Plaza de París. El mejor elogio que puede hacerse de esta hospedería a la moderna, es compararla a cualquiera de las estupendas con que, justicieramente, se envanece Nueva York. ¡Mire usted que hay lujo, y ostentación, y comodidad sobre todo! Desde ahora tiemblo al pensar en el importe de la cuenta, vivo lo han de desollar a uno...

Nos sirven el desayuno en el "Patio de Goethe", y en seguida nos instalan en nuestra habitación, que no tiene desperdicio.

El día íntegro, lo pasamos en las calles, a pie unos ratos y en automóvil otros. La ciudad es vasta, ostentosa, con vistas a la magnificencia

aquí y allí; participa, a un tiempo mismo, de dos características: de ciudad **parvenue** y de capital de un trono y de un cetro que se han ganado, a tiros, el respeto y hasta el temor del universo entero. El escritor alemán Weber dice de ella que: "como Palmira y como las Pirámides de Egipto, se halla situada en medio a un desierto de arena, y que no hay que buscar en ella monumentos que hablen del pasado, que sean la encarnación de un arte o de una época..." Algo rencoroso se me antoja juicio tan severo. Vargas el del refrán averigüe qué reconcomias nutriría el señor de Weber cuando lo estampó en letras de molde. Lo que nosotros vamos viendo como que borra o atenúa aquellos conceptos. Hay avenidas suntuosas, como la majestuosa **Friedrichstrasse**; la bella **Unter den Linden**; el palacio del Príncipe de Prusia; el Castillo Real; el monumento de Federico el Grande y la estatua del Gran Elector, que nada piden a los de otras partes. El mismo río Spree, del que un poeta indígena dijo, "que entra en Berlín, semejante a un cisne, pero que a su salida parece una marrana" **(sic)**, en cierto modo la embellece y le inyecta vida; sus cuarteles son verdaderos edificios; la Fundición Real, imponente y considerable; el extenso y muy cuidado parque del **Thiergarten;** el Teatro Alemán, etc., todo ostenta el sello de grandeza que no por ser de ayer, cual lo afirman sus malquerientes, deja de ser grandeza.

Pero, suponiendo sin conceder, que fuese de veras una ciudad insignificante en lo material, le basta y sobra para ufanarse de sí misma con el envidiable, merecido y altísimo lugar que ocupa en el culto que de antiguo rinde a la inteligencia y a las ideas. Ahí está su Universidad, fundada en 1810, con un cuerpo docente de más de 200 profesores de primera fuerza, y con cerca de 12,000 estudiantse; ahí están sus treinta y

tantos establecimientos secundarios, de los que se destacan las escuelas prácticas de industria y sus 200 escuelas elementales; ahí están su Academia de Bellas Artes y su Museo Real, que atesoran positivas preseas, aunque éstas, en cantidad, no puedan hombrearse con las que guardan los museos ingleses, franceses, italianos, españoles y belgas; ahí están sus sociedades sabias, que aumentan día tras día; ahí están su Sociedad de Geografía de Berlín, una de las más abundantes y mejor abarrotadas del mundo, y su Biblioteca Real, que encierra más de 1.000,000 de volúmenes y más de 20,000 manuscriptos de importancia innegable... ¿Qué más ha de pedírsele?

Me llevó Pancho Icaza a conocer la legación y su casa particular, el número 10 de la Kurfürstendam, frente por frente de un lindo templo. Su esposa y sus hijas, andan veraneando fuera de Alemania. Su casa habitación, puesta con mucho gusto, y su biblioteca alhajada con enorme cantidad de obras, un vargueño auténtico y que yo para mí quisiera, e infinidad de muy interesantes fotografías. Ahora anda muy enfrascado en la preparación de dos nuevos libros.

Por consejo suyo, resuelvo consultar mi caso no con el doctor Boas,—especialista afamado,—sino con el maestro de éste, el doctor C. A. Ewald, profesor ordinario honorario de la R. Universidad Federico Guillermo, director del Hospital Augusta, etc. Un medicazo de muchísimas campanillas, suntuosamente instalado en el número 78 de la **Kaiserin Augastastrasse.**

Almorzó Pancho con nosotros, en el Adlon, y a la tarde nos llevó a los Jardines Zoológicos, y a comer en la **Terrasen au Halensee**, restaurante enorme y de lujo, con jardines, lagos y músicas, donde una rubia Gretchen, no obstante la compañía de mi costilla y de mi párvulo, y mi aspecto de enfermo y de extranjero, me brinda con sus sonri-

sas. ¿Se las habrá provocado mi palidez de tropical o el panamá legítimo que mal defiende mi incipiente calvicie?... No me inspiró apetitos, no, me inspiró ternura. ¡Pobrecilla!

11 DE AGOSTO—Crueles reconocimientos muy minuciosos, acompañados de interrogatorios inquisitoriales, los que esta mañana sufrí en el consultorio del doctor Ewald; un sujeto alto, fuerte, en albores de vejez, serio, escrutador y de elegante vestimenta. En un inglés bastante puro, me formuló diagnóstico y pronóstico, tan consoladores ambos, que por un momento dudé de su sinceridad; supuse que serían el natural producto de la piedad profesional de los galenos, quienes rara vez le espetan al paciente el verdadero estado de sus males. Y se lo dije. Y no fuí a Roma por la respuesta.

—"Si lo hubiese encontrado herido de muerte, "se lo habría dicho con idéntica franqueza, aun "a riesgo de que muriera usted a la puerta de mi "casa. Es usted para mí, una persona que ha "emprendido largo viaje para averiguar la causa "de sus padecimientos y si éstos son curables. "Fiado en mi ciencia, ha venido usted a mí, y "tengo que ser honrado. Lo que le he dicho es la "verdad pura o lo que yo creo la verdad..."

Estupefacto frente a sus palabras, mezcla de probidad y de brutalidad de sabio,—pero en el fondo encantado,—le alargo con la mejor de mis sonrisas, un billete de cien marcos, precio de la consulta.

Debo hacer una cura de aguas, donde yo lo prefiera: o en Kissingen, Baviera, más allá de la Selva Negra, o en Homburg vor der Hohe, provincia de Hesse-Nassau, muy próximo a Frankfort-sobre-el Mein. Elegimos Francfort, porque su acceso resulta mucho más cómodo, por ferrocarril. Y el mismo doctor Ewald me escribe de su puño y

letra la hora de la salida de los trenes, la de nuestro arribo, y el precio de los pasajes en primera y en segunda clase. (Es de advertir que en los ferrocarriles alemanes hay hasta IV clase, y que sólo los príncipes, los millonarios, los "arrastracueros",—**rastaquouére**, en francés,—y nosotros los americanos, que mucho tenemos de "rastas" cuando viajamos y hasta cuando no viajamos, nos damos el pisto de ocupar la primera clase.

Tarde interesante, después de nuestro almuerzo en el Adlon con Pancho Icaza, en cuyo automóvil la emprendimos hasta el histórico castillo de **Sans-Souci**, que Federico el Grande hizo construir en una eminencia que domina a Potsdam, la miserable aldehuela que varios príncipes convirtieron en la arrogante ciudad actual, cuna del físico Helmholtz y del naturalista Haeckel, en la que se levanta el magnífico Palacio Nuevo, llamado "la Residencia". Pancho actúa de **cicerone**, con lo que se dice que el paseo conviértese en instructiva y espiritual conferencia. **Sans-Souci**, habitación predilecta del Gran Federico, donde su protegido, Voltaire, abandonó su ironía acerada para dejar el campo a un cortesano de aquel rey soldadón y leído y escribido; jaula de oro, pero jaula al cabo, de ese maestro escritor genialoide, que no quiso adorar a Dios y no tuvo inconveniente en adorar a un monarca extranjero que acabó por menospreciarlo... Todo lo anduvimos, la Gran Fuente, las seis Terrazas, el molino de viento, para luego recorrer el castillo-palacio, en cuya preciosa biblioteca, donde predomina la estatua del famoso soberano, en la que todos los libros están en francés, y en francés está y puede hojearse el testamento regio, se me echó encima una tentación que pudo más que la seriedad de mis años y de mi investidura: me senté, delante de testigos, en el tallado sillón de tapicería que era el preferido del amo del castillo, y

amo de Prusia, y amo temporero de Voltaire!... ¡Fué una típica puerilidad irresistible!

Y de oír de labios de Pancho Icaza cómo fueron los últimos momentos de aquel Rey, no puedo menos de sacar una conclusión pasaderamente irrespetuosa. ¿Caquéxico Federico el Grande?... ¡Qué ironía!

12 DE AGOSTO—Solicité audiencia del Kaiser, para presentarle mis respetos, pero se halla ausente de su capital. Sólo visité, pues, acompañado de Pancho, al Subsecretario de Estado; visita breve y de mero ceremonial: el Kaiser me recibirá a su regreso,—siempre que el suyo coincida con el mío. En compensación, nos asomamos al Reichstag; nos detuvimos ante la "kolossal" estatua de **Wilhem der Grossen,** y bien ganado nuestro almuerzo, lo despachamos en el Adlon De pasada, vimos el palacio del Príncipe Imperial, que, como casi todos los monumentos berlineses, luce un exterior de fortaleza: son macizos, pesados, sombríos por culpa de la pátina de la piedra de que están fabricados. Este palacio, guarda su miga histórica: en sus adentros es fuerza que vivan todos los príncipes de la Corona, al saludable propósito de que no se repita la tragedia del que intentó, años ha, derrocar a su padre y señor.

Por la noche, Pancho nos hizo comer en uno de los cafés más principales, el cual, a pesar de su categoría, ofrece los mismos rasgos de todos sus demás congéneres: concurrencia pletórica, en la que no escasean las señoras ¡al contrario!—muchas de ellas, tejiendo y bordando a la vera del cónyuge, y con su vaso al lado de esta exquisita y sin rival cerveza teutona; atmósfera densa, por el exceso del humo de los fumadores; olor a viandas y a **choucroute** sobre todo; excelente música; ruido ensordecedor durante los entreactos del con-

cierto gratuito; y cuando después de cierta hora la orquesta se retira, cantos corales aquí y allí, que por remate se generalizan y producen orfeones admirables.

Estuvimos, luego, en el Teatro Metropol, en el que asistimos a una Revista muy bien montada y mejor musicada; resueltamente los alemanes son hijos de la Armonía. Detalle digno de mención: todos los teatros del Imperio, aun los de tercero y cuarto orden, se encuentran dotados de amplias y muy cómodas butacas, sobre que han sido hechas para que estos cuerpazos se instalen a sus anchas. Ese detalle contrasta con la incomodidad que distingue a los asientos de todos los teatros franceses, inclusive la Comedia Francesa y excepto la Gran Opera.

Como Pancho me ofreciera mostrarme la noche de hoy un espectáculo que las señoras no deben conocer, después de ir a dejar a mi mujer, y en tanto llega la hora, subimos y bajamos **Unter den Linden**, ensarzados nosotros en muy sabrosa charla sobre letras y literatos. Y la vasta erudición de Pancho en la materia, sus gustos y tendencias, sus múltiples relaciones, amistades y enemistades, rivalidades si se prefiere, le prestan a él ¡hasta en su manera castiza de hablar nuestro idioma! me le dan mejor dicho, la fisonomía que en realidad posee de literato más español que mexicano; aunque de vez en cuando, un recuerdo persistente, una nostalgia que de muy adentro le sube a los labios y le empaña la voz, proclaman que su corazón y su memoria siguen siendo nuestros. Hasta me confía su pensamiento de escribir biografías y críticas de nuestros hombres y nuestros libros, que lee y rememora con propósito manifiesto de que su larga ausencia no vaya a jugarle la mala pasada de incomunicárnoslo de raíz.

Y al filo de las 12, enderezamos nuestros pasos hacia el "Cabaret de **Unter den Linden**", que diariamente funciona desde las 11 hasta las 4 de la madrugada. Da principio el programa con música seria, que va descendiendo y descendiendo conforme mueren las horas: tocan y cantan, desde Wagner, Beethoven y Schiller, y paran en los ignorados de ayer y los fracasados de hoy... Animado interior y muy concurrido; pinturas murales con las líneas de puntos hoy tan en boga; buena música (¿dónde la hay mala en Alemania?...); tipos sospechosos en ademanes y fisonomía; mujeres elegantes y desenvueltas; bailoteo a los medios del salón central; camareros diligentes, con bandejas colmadas de bebidas, principalmente cerveza; floristas en ronda pausada y provocativa junto a todas las mesas. Es éste el "panino" de los homosexuales. Fenómeno berlinés: un enano millonario y degenerado que se presenta con su querida rubia y es saludado por parroquianos y **performers,** los músicos, cantores y **diseuses.**

Los homosexuales de ambos sexos, forman ranchos aparte, y como viera yo algunos oficiales, inquiero...

—"Sí—me contesta el literato alemán conocido de Pancho y que nos acompaña a la mesa,—la plaga cunde e invade todas las esferas sociales, en menos cantidad, hoy por hoy, de lo que por ejemplo ocurre en Austria, también entre militares..."

¿Asco?... No precisamente, más bien me provoca el morboso panorama, cierta conmiseración no exenta de repugnancia física. ¡Qué diantre! no es uno de balde, un normal y un amador retirado de la mujer... Tengo para mí que estos desdichados antes reclaman hospital y clínica, que gendarme y cárcel. Enfermos son, quiéranlo o no, y hay que curarlos.

13 DE AGOSTO—Día turístico. Hemos visitado la Catedral, el Museo de Pinturas, el Real Palacio y la espaciosa y nutrida **Konig Bibliothek**; majestuosa su **Lesesaal** o salón de lectura. Precaución que debiera observarse en todas partes: aquí, en museos y palacios, para no estropear los **parquets** impónese a visitantes y curiosos la obligación de ponerse encima del calzado unas enormes pantuflas de fieltro con suelas de ídem. Y como para que no se zafen, dado su tamaño, se hace indispensable caminar muy despacio y arrastrar los pies por sobre los pisos espejeantes, no sólo no se los maltrata, sino que contribuye uno a limpiarlos y abrillantarlos. En el Palacio Real, frente por frente del trono, me asaltó un pensamiento hijo del Eclesiastés:

—Al fin y al cabo, un trono es nada más un gran sillón de madera sobredorada.

Segunda excursión teatral berlinesa, después de comer en otro restaurante; escuché en alemán, y muy bien representado, un drama de Shakespeare... Y he de confesar que no entendí ni jota.

Peregrina costumbre ésta que aquí impera en restaurantes, cafés, cabarets, etc. Una vez que se ha ordenado lo que va a consumirse, se acerca a todas las mesas, una por una, un alto empleado del establecimiento que, con pulcritudes de secretario de embajada en el habla, el pergeño y los ademanes, en almibarado y breve discurso esmaltado de reverencias profundas, rendidamente da las gracias a los parroquianos porque prefirieron esa casa. La mayoría, habituada a la pantomima, no le hacen el menor caso. ¿Vetusta costumbre patriarcal? ¿colmo de adulación y servilismo?...

14 DE AGOSTO—A punto de partir de la Estación Anhalter, a las 8 de la mañana, rumbo a Homburg, llegó a despedirnos Pancho Icaza, quien

previa discreta seña de inteligencia me obliga a bajar al andén: mi sobrino Miguel Angel,—medio hermano de mi mujer,—murió en México anteayer. ¡Pobrecita hermana mía! ¿Dónde resistirá este segundo golpe espantoso? En un año ha perdido dos hijos: de 23 años Mercedes, de 22 Miguel Angel!!!...

El viaje. Yo, fingiendo una tranquilidad de ánimo, que me queda lejísimos...

Antes de Francfort, empiezo a indicar con eufemismos, a mi mujer y a mi hijo, la triste noticia.

Campos y trigales alemanes.

En Francfort, nos esperaban Octavio Barreda, —cónsul nuestro aquí,—y Luisa Ceballos su esposa, que nos llevaron a tomar un helado en el buffet del vasto paradero.

Arribo a Homburg vor de Höhe, o, literalmente en cristiano, Homburgo el anterior a las alturas. ¡Y la suya, apenas si alcanza a 600 pies!

Llegados al sanatorio "Clara Emilia" **(sic)**, del que es propietario y director un cierto doctor Pariser,—judío él como la gran mayoría de los médicos teutones, y por judío muy inteligente y entendido en su profesión,—a quien venimos consignados. Ahí se nos informa de que, por plétora de internados, hasta pasado mañana lunes 16, no seremos admitidos.

Y henos aquí, dentro de fementido simón, sobre cuyo techo anterior oscilan sombrereras, mantas y maletas, en lamentable recorrido crepuscular, una humilde y baldía demanda de alojamiento: en ninguno de sus varios hoteles y casas de asistencia hay un rincón disponible!... Hasta que al cabo se nos instala en una sola habitación muy medianeja del hotelucho "Franziskaner", ubicado en calleja de los arrabales. "Del "Adlon" de Berlín al "Franziskaner" de Homburgo! vaya distancia!...

Ya enterada mi mujer de la muerte de Miguel Angel,—noticia que me la ha deshecho,—vamos ella, mi hijo y yo a la oficina del cable, a telegrafiar nuestro pésame a mi pobre hermana. Y el empleado que me atiende, al leer: "México", me dice muy grave:

—"Ah, sí, en Venezuela!..."

15 DE AGOSTO—Hemos salido a misa ¡misa en latín alemanizado! y a la tarde hemos recorrido lo principal del pueblo, que es delicioso sencillamente. Calles, paseos y alrededores pintorescos; pero por cima de todo, una paz incomparable, una dulce quietud que produce en nuestro ánimo indecible bienestar... El crepúsculo se prolongó hasta cerca de las 9 de la noche.

El "Franziskaner", hablándose de tú con las ventas cervantescas.

16 DE AGOSTO—Nuestra instalación en el "Clara Emilia", uno de los mejores sanatorios en esta tierra especialista en sanatorios de primo cartello. La habitación que se nos destina, amplia, llena de luz y amueblada a pedir de boca.

Auscultación y reconocimiento facultativos en el gabinete del director y propietario del extenso establecimiento curativo, dividido en varios pabellones, y con unos jardines que harto tienen que contribuir al alivio de la brigada de pacientes que lo llenan. De éstos, dominan los rusos y polacos, sin que las restantes naciones europeas carezcan de representantes. Y como nosotros somos los únicos hispanoamericanos, desde luego nos convertimos en objeto de curiosidades, preguntas y sonrisas de bienvenida. Huésped de distinción, con quien me relacionaron en el acto, el excelentísimo Johan Graf Hadik, regio Secretario de Estado en el ministerio de lo Interior, de Hungría.

Hemos perdido el baño matutino, pero en cambio, participamos de la hora de reposo abso-

luto y mudo en estos jardines de maravilla. Para que nada turbe el silencio, echan a la calle a la gente menuda,—mi muchacho inclusive,—y aun el ascensor cesa de funcionar. Bajo las tupidas frondas del ejército de árboles hay, a distancias irregulares, porción de **chaises longues** de mimbre, con arresortados cojines y dos o tres mantas, porque a pesar de que estamos en agosto sopla una brisa fresca y vivificante, que sin la defensa de los abrigos molestaría. Junto a cada **chaise longue** y enclavado en la tierra, hay unos rótulos que suplican no hablar alto ni dirigir la palabra a los enfermos. Sólo los pájaros **et pour cause**, con sus vuelos y sus trinos rompen el mutismo del parque. El silencio, la inmovilidad y el apagado rumor de árboles y plantas, la misma brisa fresca, todo creeríase que fuera un milagroso ungüento que barniza los nervios, y los aquieta y robustece. Yo había soñado con una cura así...

Luego, de paseo por las calles, vimos a un judío ruso que vestía traje muy lleno de colores y perendengues, tocado con gorro sui géneris que dejaba escapar, sin embargo, los rizos negros como azabache, del eslavo.

A las 7.30, la comida en el gran comedor del "Clara Emilia". La mayoría de los internados presentándose de etiqueta, y los que no, es porque se lo impide su propia dolencia. La comida se divide en gran variedad de "menus": para los deudos que acompañan al pariente enfermo y que de nada adolecen, "menu" idéntico al de cualquier restaurante de primera; y para cada uno de los enfermos **¡para cada uno!** "menu" especial. Este refinamiento, en realidad lo es, combinado con el título de "excelencia" que nos prodigan doctores y ayudantes, a Hadik, a mi mujer y a mí, de antemano me hace temblar frente a la cuenta que semanariamente van a presentarnos.

Después de la comida, en el salón principal muy iluminado, "se hace" música y se conversa en varios idiomas, por grupos o por parejas que van determinando las "afinidades electivas" de Goethe.

17 DE AGOSTO.—Hoy se inauguró el tratamiento integral. La cosa comienza temprano. A las 7 tengo que estar en la "Fuente de Elisabeth", ubicada más allá de cuatro o cinco calles y de un pequeño bosque que hay que cruzar diagonalmente. Las fuentes curativas, cinco o seis, cada una con agua distinta y de distintas propiedades, —en forma de **chalets** al cuidado de otras tantas muchachas de cofia, encargadas de custodiar las copas y vasos individuales que hay que pagar, y de cuyas asas cuelga en diminuta tarjeta de celuloide el nombre de su dueño,—se hallan agrupadas en pleno campo. Lleva a ellas, ancha calzada bordeada de árboles corpulentos a entrambos lados y de bancos rústicos de madera y piedra artificial. Al fondo, inmensa concha, también artificial, dentro de la que una soberbia y numerosa orquesta, instalada a sus anchas, ameniza la cura peripatética,—el agua se apura a sorbos, yendo y viniendo bajos los árboles,—a que tiene que entregarse la elegante y nutrida clientela. Figuran en ésta, desde titulados auténticos y príncipes inmediatos y mediatizados, hasta gente de poco más o menos cuanto a prosapia, pero no cuanto a monises, díganlo, si no, los muchos yanquis adinerados que deambulan al igual de cada quisque, con su vaso de agua medicinal en la mano.

Esto de mediatizados e inmediatos, especialidad exclusiva de la tierra, tiene su génesis y data de antiguo: allá, en los buenos tiempos del Sacro Imperio Romano-Germánico (año de 936, reinado de Otón el Grande, imitador de Carlomagno), ha-

bía un emperador electo, príncipes laicos y eclesiásticos, y ciudades libres, representadas en la Dieta Federal. Esos príncipes y ciudades, eran **inmediatos** y dependían directamente del Emperador. Había, asimismo, príncipes y Estados **mediatos**, vasallos directos de un soberano intermedio, a su vez vasallo del Emperador. Eran **inmediatos**, los Electores, las Ciudades Libres, gran copia de príncipes, condes y señores, en Suabia y en Franconia muy particularmente. Rodaron los años por encima de ese caos político de Alemania, que los reyes de Francia fomentaron porque así convenía a sus intereses; en cambio, la Revolución por su parte y Napoleón I por la suya, por razones idénticas a las de los reyes sus antecesores, poderosamente contribuyeron a la unificación alemana, **mediatizando** porción de territorios **inmediatos**, que incorporaron a los grandes Estados principescos: Sajonia, Baviera, Wurtemberg. Ello no obstante, los príncipes **mediatizados** y sus descendientes han conservado determinados privilegios, aun en el nuevo Imperio Alemán; verbigracia, el título hereditario de Par. Y todavía hoy, se llama **mediatizados** a los príncipes de Hohenzollerns,—la dinastía reinante,—que ha tiempo cedieron a la casa real de Prusia, sus propios territorios y su soberanía.

Los rostros de nobles y plebeyos y ricos (¿dónde he venido a caer?...), sin excepción acusan ansia y resolución de vivir; es el despótico instinto de conservación, que salva a la especie. Algo, por no decir algos, mueve a risa el continuo correr rumbo a los retretes, disimulados entre el follaje, de tanto título y tanto millonario, de princesas y damas elegantes y lindas que, sin sonrojos, empujados ellos y ellas por el "imperativo categórico" de estas aguas purgantes, se pierden tras las enramadas, muy al cabo de que todos sabemos a lo que van... Como el efecto de la sali-

na y desagradable bebida es general e inaplazable, por convenio tácito, mutuamente nos desentendemos todos de las fugas repentinas y los risueños reaparecimientos que las siguen.

Los ingleses abundan, y se comprenden; si Bismarck puso de moda el balneario de Kissingen, que año tras año ha visitado; Eduardo VII, desde que sólo fué el Príncipe de Gales, puso de moda a Homburgo, que frecuentaba todos los veranos. A esto se debe la abundancia de británicos y el que en la calzada de las fuentes se miren sucursales de las mejores joyerías de Londres, atestadas de alhajas de altísimo precio. ¡Ah! me aseguran que en Kissingen no se jugó nunca, y que aquí, hasta hace muy poco tiempo, se han perdido y ganado verdaderas fortunas.

Desayuno en "Clara-Emilia" al volver de las fuentes. Y durante el día entero, el imperio del régimen: baño, análisis, inyecciones, etc.

18 DE AGOSTO—Hoy como ayer, mañana como hoy, y siempre igual, por lo que se refiere a nuestro vivir dentro del sanatorio. Tedio...

El reverso de lo bello del entero Homburgo delicioso, y del confortabilísimo sanatorio íntegro, lo que vi de pasada esta mañana: el laboratorio de los análisis minuciosos y sabios. ¡Allí se analizan todas las miserias fisiológicas de nuestros cuerpos! Ah, qué impresión de tristeza inexplicable y nauseabunda...

En la tarde, a la hora en que se nos consiente ausentarnos de nuestra cárcel curativa, la emprendí solitario hasta el vecino Saalburg, atravesando uno de estos incomparables bosques alemanes durante el verano. Qué imponentes y majestuosos resultan, cómo elevan el espíritu y cómo nos reconcentran el pensamiento. Por unos instantes, casi he comprendido a Wagner... Sí, sólo viviendo en este país puede escribirse música

por el estilo de la suya. Son bosques druídicos, con alma misteriosa y acentos extraterrenos. Son nidos de musas y quimeras, con perceptibles orquestaciones de arpas eólicas que no se alcanzan a localizar en parte ninguna precisamente; están saturados de rara poesía, de resucitados y de ensueño. Respírase dentro de sus ámbitos tal cantidad de oxígeno, que a poco de ir andándolos nos asaltan vagas aprensiones involuntarias de que nos intercepten el paso aparecidos en carne y hueso; hamadríadas y bacantes lúbricamente acosadas por sátiros y centauros en brama; bestias feroces y aves agoreras, se siente,—yo, a lo menos, la sentí,—una traicionera embriaguez, tentaciones de echarse a dormir bajo las ramas y las hojas, en medio a la pavorosa e inacabable soledad verde, verde, verde...

19 DE AGOSTO—Quizá sea ésta la primera vez que me alegra ser dueño de una ignorancia: la del idioma tudesco! Acorazado con ella, vivo en un aislamiento desdeñoso, y las vulgaridades de seres y cosas no prostituyen mis pensamientos, visiones y sensaciones; vivo hacia dentro, que es como siempre preferí vivir, hasta que no me exteriorizo en las páginas de mis pobres libros o en los oídos de mi hijo, que ya comienzan a escuchar y entender lo que les cuento y les explico.

Noches atrás, en uno de nuestros diarios paseos, entramos mi mujer, él, mi hijo, y yo, en una de las muchas tiendas de Luissen Strs.; y cuando por mi arraigada manía de regatear precios, ofrecí al vendedor que nos atendía uno más bajo del que me pidiera, observé lo que observando vengo en el resto de Europa donde el comerciante es de suyo codicioso y metalizadísimo, capaz, por asegurarse un puñado de céntimos, de todas las bajezas y de dibujar las más grotescas genuflexiones. En esta poderosa Germania el vi-

cio se agrava porque, siendo el alemán testarudo, corpulento y fuerte, de modo brutal se resiste a rebajar nada. En los ojos del que en la tienda de la Luissen Strs. nos atendía, asomó la violencia, a duras penas sofrenada...

Ya no incurriré en la socorrida y frecuente falacia de generalización, si afirmo que la preocupación de Alemania, a pesar de su sonado triunfo del 71, es Francia!

En su teatro moderno, en sus modas, ciudades, aldeas, cafés, conversaciones, etc., etc., se tiene la prueba de ello: Berlín es más higiénico que París; Goethe vale mucho más que todos los ingenios galos; Schiller deja tamañito a Moliére; los bosques franceses no sirven ni para descalzar a los bosques teutones, y por ese tenor adjudican la palma en comparación con lo de allá, a pensadores, artistas, artesanos, profesionales, gobernantes, funcionarios de acá... Y en el escabroso capítulo de las honestidades mujeriles, las **frauen** dejan untadas en los suelos, a las **madamas**!!!... Craso error este último, que a su vez cometen Inglaterra y otras tierras. Hay que acabar con la leyenda que pone a la mujer francesa por debajo del nivel del mar... de las buenas costumbres. ¡No es verdad! En todas las latitudes, la moral anda no digamos de capa caída, sino pura y simplemente sin capa, es decir, desnuda y luciendo con sin igual descoco las cicatrices, manchas y pústulas con que la sacrosanta civilización y nosotros los civilizados (?) venimos terca y sistemáticamente infamando su delicado cuerpo, muy echado a perder desde la aventura de la manzana bíblica. Y lo que desconsuela es que a cada día ha de ser peor... Londres, Berlín, Viena, Roma, Madrid, Nueva York, Bélgica y hasta las capitales de nuestra tierna (!) y virgen (¡¡¡) América, allá se van con la vieja y sin par Lutecia, en lo de revolcarse y solazarse con la po-

dredumbre y los vicios. Lo que ocurre es que París, el empecatado París, lo mucho que hace en dicho "sector", lo hace sin tapujos ni hipocresías seudo puritanas; lo hace a cara descubierta, pero salpicado de **esprit**, de francas carcajadas, de burbujas espumantes de champagne, de cascabeleo de risas y refinadas desnudeces. En tanto que sus envidiosas y émulas, hacen lo propio y en ocasiones hasta algo peor, a puerta cerrada, imitando a Tartufo, a la sombra nada venerable de sus **Salvation armies** y de sus sociedades protectoras de animales, que al único animal que no protegen es al hombre, animal por excelencia cuando la lascivia lo azuza y el dinero lo libra de censuras y entredichos. ¡No, no y no! Afirmar que la mujer francesa carece de grandes virtudes y que en Francia el hogar ha muerto, es herejía pura. Convengamos y confesemos que todos somos uno.

Hay, por el momento, otra preocupación de orden individual en Alemania: todos sus varones adultos han de usar bigotes arriscados, porque arriscados los gasta el Káiser. Si gastara barba completa como su padre, barba completa usarían todos los súbditos del populoso imperio.

En compensación, Alemania practica una buena costumbre, común a toda Europa, e impuesta por la inclemencia de sus climas: la propina, contra la que no se rebela nadie, ni indígenas ni forasteros. Por todo hay que darla, so pena si no, de ser mal visto y aun peor servido. Lo que varía es su importe, que comienza con billetes o monedas de oro, y termina en níqueles, bronces y cobres. Con ella, los europeos pobres, que son legión, pagan las ropas de lana y la calefacción a domicilio que estos inviernos homicidas imponen, pena de la vida. Así, por ejemplo, hasta los irreprochablemente uniformados conductores de los tranvías reciben la suya, ¡oh, una miseria

que multiplicada cobra cuerpo: cinco **pfenig** de cada pasajero, hacen un centavo oro!

Si en mi tierra se le diese un centavo al más necesitado de nuestros conductores de tranvías, nos regaría de improperios sin aceptarla.

20 DE AGOSTO—Concertado desde anoche con un bondadoso alemán que por vivir en México ha trabado buenas amistades con nosotros y se sirve interpretarnos a cada paso, vamos esta mañana temprano en cómodo automóvil de alquiler y a campo traviesa, hasta Falkenstein de Sajonia, —Círculo de Zwickau,—ciudad de relativa importancia poblada con cerca de ocho mil habitantes, dueña de minas de oro y de estaño, la región es montañosa y muy pintoresca, y de fábricas de encajes. En sus aledaños álzase el venerable y leproso Castillo de Prusia, en que el **Káiser** inaugura una casa de salud para oficiales enfermos.

Linda excursión; hemos costeado a la rauda carrera de nuestro vehículo, Ober-ursel, donde se nos enfrentó tropa de arrapiezos que salían de la escuela; Kronenberg y Koenigstein. A los tres cuartos de hora de ir rodando, Falkenstein, con sus ruinas casi aéreas de viejísimas fortalezas y sus densas cortinas de árboles...

Noto con extrañeza, que la gendarmería montada en pencos soberbios, parsimoniosos y lucios, —sus jinetes uniformados como generales de nuestra América,—y la gendarmería de a pie, además de no oponerse a que sigamos avanzando saludan a nuestro coche, cuadrándose (?)... Nuestro acompañante lo atribuye a mi investidura de Subsecretario de Relaciones; sin duda las autoridades berlinesas notificaron a las de por acá mi pasajera permanencia en Hamburgo, y de ahí los saludos... En mi interior, resístome a creerlo. El sitio, con sus altos y bajos, se halla congestionado de espectadores instalados en sillas de paga. Diera yo precio doble por conseguir

las cuatro que necesitamos. En su busca andábamos, cuando se escuchó a lo lejos música militar, y cuando dispararon desde ruinoso torreón aun enhiesto en medio a las demás eminencias, los primeros cañonazos intermitentes que mi hijo se puso a contar: cuatro de pronto; otros cuatro a poco, y así hasta completar los veintiuno de ordenanza. Los cinco últimos, a tiempo que los automóviles del Emperador y de la Emperatriz,—que encabezaban a los demás del séquito,—desembocaron y detuviéronse en ancho espacio libre y custodiado.

El Kronprince, por su cuenta en distinto coche y acompañado de sus ayudantes, aprovechó los penúltimos cuatro cañonazos para apearse a cierta distancia y que algo le tocara de la ovación a voces guturales que aquella muchedumbre fanatizada, trémula y de pie,—los hombres agitando sus sombreros,—dispensaba al soberano:

—"**Die Kaiser!... Kaiser!... Kaiser!...!**"—gritaban mil bocas, en tanto dos mil manos aplaudían frenéticas.

Ni entonces pudimos nosotros hallar acomodo. ¡Al contrario!, señoras y señores, sin que su entusiasmo amenguara, pusiéronse codo con codo. y con mirar airado nos afeaban nuestra intrusión. Pero fué lo peor, que estando nosotros fuera de la línea, un gendarme montado iba acercándosenos y acercándosenos, hasta no aprisionarnos entre la impenetrable masa humana y los resoplidos de su cabalgadura que llegaron a humedecernos el rostro. Sólo se oía su admonición perentoria:

—"**Bitte!... bitte...!** Pero el caballazo con vistas a bucéfalo, seguía avanzando, y nosotros no teníamos dónde guarecernos. ¡Instantes de positiva angustia!... Al fin. descubierto un huequecillo, por él nos colamos, medianamente magullados y sin entender jota de los improperios con que seguramente nos obsequiaron.

Mal repuestos del sofoco y peor instalados, el imponente desfile nos subyugó sin embargo: el Kaiser, una exhalación de uniforme, la diestra pegada a la visera del refulgente casco imperial que un águila remata, para corresponder, **imperialmente,** a la extremosa salutación de su pueblo, sin detenerse ni volver el rostro. Luego, la Emperatriz, prodigando sonrisas discretas, y sus damas, espetadas y rígidas. El Kronprince, aunque también saluda a la militar, atempera con la expresión del semblante y sus juveniles ademanes, la solemnidad de su padre. Y a lo último el copioso séquito, militar en su totalidad, generales, jefes y oficiales irreprochables dentro de las elegancias de los distintos uniformes. ¡Cuanta marcialidad en todos ellos, qué pulcritud en trajes y tocados, qué saludos, qué andares matemáticos, precisos, gallardos!... Cada uno de ellos, más que soldados, antojáronseme otras tantas joyas ambulantes que acabaran de salir de sus estuches. Hay razón de sobra para que en el vasto y fuerte Imperio medularmente militarizado, hombres y mujeres ¡hasta los niños! se sientan orgullosos de su ejército formidable,—¡perpetua amenaza para el Continente entero!—y por sus generales, jefes y oficiales, todos se perezcan. Es mucho ejército, y de mí sé decir que no obstante mi mala voluntad hacia el militarismo, éste que fragmentariamente he contemplado por su lado superior, me provocó envidias y admiraciones.

21 DE AGOSTO—Entre los múltiples atractivos de esta cura de aguas, no es el menor los soberbios conciertos con que a mañana, tarde y noche nos regalan a los enfermos magníficas orquestas. Por nuestro luto, no los gozamos todos, pero yo no puedo dejar de oír el que mañana a mañana ejecutan muy cerca de la Fuente de Elizabeth, cuyas aguas horrorosas al paladar son

mi diario desayuno. Principia con música sagrada que llaman coral, y que derrama en el bosque íntegro y por sobre los espíritus más o menos acongojados de cuantos venimos a estos manantiales en rabiosa busca de salud, una infinita melancolía que obliga a volverse a Dios y a confiar en el alivio. Dicho estado de ánimo no diré que asome en la fisonomía de los árboles rumorosos y centenarios, porque los árboles no tienen más fisonomía que la que nosotros mismos les prestamos, pero sí que se retrata en todos los semblantes humanos, aun los de quienes se las dan de incrédulos y **espíritus fuertes** (¡),—¿fortaleza espiritual no creer en nada, declararse idéntico a los cerdos, pongo por caso?

El concierto de esta mañana, por ejemplo, se compuso de:

1—Choral, "Wer nur den lieben Gott last walten". . . . .

(palabras que en opinión de los que hablan esta lengua, a cuya ciencia acudí en demanda de luces, han de ser principio de algún salmo, pues de otra suerte, tal como están, carecerían de sentido).

Inmediatamente después, la orquesta descendió de esas alturas místicas.

2—Ouverture z.Optte. "Eine Nacht in Venedig" . . . .**Strauss**
3—Nocturno . . . .**Sitt**
4—"Am Hofe der Zarin", Walzer. .**Ivanovici**
5—Fantasie a.Oper "Romeo und Julie" . . . .**Gounod**
6—"Poesie und Prosa", Mazurca . .**Strauss**

El concierto se ejecutó **an den Quellen**, es decir, en la fuente. El de la tarde a las 4,—otras seis piezas—lo tocarán en la **Promenaden** de Elizabeth

(mi agua y mi fuente), ambos dirigidos por el **Konzertmeister** Wilhelm Meyer. El de la noche a las 8,—dos partes y ocho piezas,—dirigido por Iwan Schulz, se tocarán frente a la terraza de la **Kurhaus.**

A las 8 de la noche, también, hay cotidiana representación teatral en la propia **Kurhaus**, a precios diversos.

22 DE AGOSTO—Muy buenas migas amistosas he amasado en el sanatorio con dos chicos franceses, ambos neurasténicos: el profesor Raymond Simeterre, filósofo, y Paul Peters, redactor de **"Les Débats"** y de **"La Revue des Questions Diplomatiques et Coloniales"**, que llevan tres años consecutivos de repetir esta cura siempre en este "Clara-Emilia". El periodista, a pesar de que sólo cuenta 28 años de edad, padece una neurastenia de la misma naturaleza que la que a mí me tienen diagnosticada, diz que neurastenia cerebral (?).

Todas las mañanas, al volver de nuestras fuentes respectivas, desayunamos juntos; y no hará una semana que se nos incorporó la inquietante divorciada que, con mucha razón, trae alebrestados a los masculinos del sanatorio, médicos inclusive, y muy particularmente a mis dos parisienses. Es una real hembra, guapa de verdad y coqueta por convencimiento; con vistas al "licurguismo", lee o finge leer el día entero, y gusta de provocar y ensarzarse en discusiones históricas y literarias. Muy desaprensiva, hoy prestó a Simeterre, nada menos que el "Banquete" de Platón, traducido al alemán!... En compensación, no supo dónde queda México, ni si era república, monarquía o colonia británica!...

23 DE AGOSTO—Interesante charla la de esta noche, que sostuvimos en la tertulia del salón, después de la comida, el ministro de lo In-

terior, de Hungría, Graf Hadik,—hermano del Ministro de Austria-Hungría en México,—sobre el Emperador Francisco José y sobre el Archiduque heredero.

24 DE AGOSTO—¿Pues no anuncia **Le Journal**" de París, que nuestra disputada isla de Clipperton se ha hundido en el Pacífico, a consecuencia de los temblores de México?... Bien mirada la cosa, quizá valga más que el mar se trague nuestro desolado islote antes que un laudo de conveniencia fuera a arrebatárnoslo!

Desazonado con el notición, escribí carta a Gonzalo A. Esteva, nuestro ministro en Italia, y resolví, aunque ya no haya arbitramento por parte de Víctor Manuel III, ir y realizar de todos modos con mi familia, el viaje a esa tierra de excepción sin el cual no hay cultura completa, y que yo vengo soñando muchos años ha...

25 DE AGOSTO—No obstante sus atractivos y comodidades, qué odiosos se vuelven estos sanatorios a poco de habitarlos...Es que, en el fondo, mucho tienen de esos dos horrores sociales que se llaman hospital y presidio. No es nada grato ¡qué ha de serlo! estar mirando quieras que no, prójimos enfermos, semejantes incurables, tristezas y hasta lágrimas, aspectos de seres y cosas que nos deprimen. (Anteayer, en pleno sorber el agua nauseabunda de la "Elizabeth", allá en el bosque concurridísimo y musical, una pobre señora que al igual de todos nosotros paseaba su enfermedad y su vaso, víctima de colapso cardíaco, entregó su espíritu... Y aunque se nos dijo que aquello no era nada, un accidente pasajero, todos nos enteramos de la defunción subitánea!...)

Luego, la dieta ¡¡la dieta!!... Y los baños, fríos o a temperatura determinada, a hora fija y

así llueva o truene, cual si uno fuera un demente internado en manicomio: hoy, la ducha; mañana, el semicupio; pasado mañana, el baño entero, implacablemente, inexorablemente. Todo ello sin contar inyecciones, píldoras, etc.

Para conllevar en calma un tratamiento de estos, es menester una cultura que yo ¡ay de mí! no poseía...

Las veinticuatro horas de hoy, empapadas en lluvia terca. Frío, no ha hecho precisamente, por más que hayamos requerido gabanes y mantas; ha hecho algo peor gracias al cielo bajo, a la niebla echada encima de los campos y los techos, una niebla insidiosa que se cuela dentro del alma. Hoy, **ha hecho triste!!!**... Y cuenta que yo soy un apasionado del campo, de todos los campos, y de estos bosques y selvas de Germania, muy particularmente. Entiendo que todos los asilados nos hemos sentido menos bien que en otros días. Hasta el idioma tudesco, hoy me ha torturado como nunca, y paro en esta conclusión: los idiomas están en razón directa de los climas en que se les habla. A clima brutal e ingrato, alemán, inglés, ruso, etc.; a clima dulce y bello, francés, español, italiano...

Y la tertulia de la noche, en el salón, me dió un aplastante mentís: a pedido de su abuela, distinguidísima matrona rusa, blanca de canas, alhajada y amable como cuadra a dama de su linaje, respirando señorío y prosapia por todos sus poros,—princesa con la que hemos trabado mi mujer y yo excelentes relaciones,—hizo que su nieto, blondo querubín vestido de terciopelo y no mayor de 12 años, recitara, en mi obsequio especialmente, versos de Alejandro Puchkin, el inmenso lírico que Rusia entera ilolatra todavía. Y aunque no entendí una sola palabra de la recitación estruendosamente aplaudida por el culto auditorio, subyugado con la musicalidad de la lengua

remota e incomprensible, hube de confesarme que el ruso suena mucho más dulcemente que el propio italiano... Por lo menos, me dije a mí mismo para no darme por vencido del todo, en labios adolescentes y de buen origen, si nos recitan versos de Puchkin.

26 DE AGOSTO—Tardes atrás, que torné a Saalburg con mi tropa y que nos asomamos a su viejo castillo romano y a su templo vetusto (diz que construído mil y tantos años antes de Jesucristo???...), extasiado dentro de estos bosques teutones palpé la exactitud de una de las muchas observaciones exactísimas en que abunda el desgarrador y apasionante "Diario íntimo" de Henri Frederic Amiel, caundo habla del campo suizo en Mornex-sur-Salive:

—"Aquí, no más resistencia, ni negación, ni censura, **todo es afirmativo**; se siente uno en harmonía con la naturaleza, con el medio que nos circunda y nos abraza. **Se abre uno a la inmensidad de las cosas**..."

Y eso, en efecto, es el campo: lo afirmativo! Igual en Suiza que en Alemania y que en México. ¡Lo afirmativo!

27 DE AGOSTO—Ayer y hoy, perdido de mi neurastenia o lo que sea. Ayer, para no perdonar ni la burla, en pleno período curativo, sin causa aparente me dió el vértigo, en la calle... El tercero en 15 meses, y como los anteriores, sin llegar a su desarrollo típico; no caí, ni perdí el sentido, ni vi coloraciones. Un vértigo llevadero, aunque muy desmoralizador.

28 DE AGOSTO—Primera excursión a Francfort, que es linda ciudad. Fuimos de compras y visitamos, de paso, la Exposición de Aeronáutica: cañones de Krupp, contra dirigibles y avio-

nes, que por estar apuntados casi en vertical completa y lucir distintas lentes, creeríaseles, de pronto, pacíficos telescopios o sextantes talluditos para tomar la altura del sol; pero pronto vuelve uno al sentido de lo real, en cuanto se ven sus proyectiles: unos animalazos de acero con entrañas meliníticas y endemoniadas que paran los pelos de punta... Los humanitarios aparatos, que pesan quién sabe cuánto, para estar en todas partes y en todas partes llegar a tiempo, son conducidos en automóviles blindados que caminan a una velocidad de 110 kilómetros!!!

Aspecto de Francfort, y en general, de Alemania: salud, poderío, riqueza, dicha de vivir, conciencia del valer propio, cultura media y generalizada, y muy arriba, por sobre la apretada cordillera humana, nada menos que 62.000.000 de pobladores, cumbres y picachos de cultura vasta, alquitarada y refinadísima.

En Francfort vine a conocer uno de sus tipos callejeros más populares y abundantes: el deshollinador de chimeneas, siempre tocado de chistera y casi siempre caballero en bicicleta.

Francfort la ilustre, porque en ella se meciera la cuna de Goethe, habrá que verte más despacio.

Hay que reconocerlo y confesarlo: Alemania es un gran pueblo. Yo, sin embargo, por razones de gratitud elemental y de elemental justicia, le cambiaría su nombre: ni Germania, ni Deutschland, sino "Bismarckland" o "Bismarckmania", pues no fué siempre lo que ahora ha llegado a ser; el autor intelectual y material de la Alemania de hoy es el Canciller de Hierro, postergado por Wilhelm II, el Megalómano, y olvidado por el país que le debe su grandeza y poderío. Si, el autor es Bismarck, que resulta, al contemplar su obra, más grande que ella y mucho más

que la dinastía de los altivos Hohenzollern, pero mucho más...

En la tertulia del "Clara Emilia", después de la comida de la noche, por la enésima vez ensartamos la hebra de substanciosa charla, el filósofo Raymond Simeterre, el periodista Paul Peters y yo. Y como les participara de mis recientes impresiones sobre Francfort, fuímos y paramos en la vieja cuestión franco-alemana, siempre de actualidad candente para franceses y alemanes. De las varias cosas sesudas y bien dichas que a este respecto me dijeron mis jóvenes interlocutores, dolorosamente se me grabaron estas dos:

I.—"Nosotros **(los franceses)** somos los griegos, y ellos **(los alemanes)** son los romanos."

II.—"En una guerra entre nosotros y Alemania, Francia sucumbiría completamente... No "podemos resistirla, no podemos... Hasta pueril "resulta el opinar en contrario...Francia, apenas si cuenta con treinta y tantos millones de "habitantes..."

Mientras se desvanece en los rostros apesarados de estos dos muchachos la trágica realidad que se ha escapado, más que de sus bocas, de sus cerebros cultivados; mientras se deshace en la atmósfera riente y parlera de la tertulia mundana y frívola, la visión pavorosa de lo que de veras sería esa posible hecatombe, yo pienso que mi México opina otro tanto de una guerra nuestra con los EE. UU. Y ello es horrible, sencillamente horrible, pues hombre o pueblo que antes de luchar se supone vencido, ya está derrotado y ya acabó...

—"...que no nos tomen provincias aisladas, "—reanuda Simeterre con tétrica entonación,— "la Champagne o la Normandie, no; sería cruel "y sería impolítico. Que nos tomen por entero, "toda Francia... de ese modo lejos de perecer y

"de acabarnos, transmutaríamos al conquistador "a nuestra imagen y semejanza... es la ley his- "tórica, siempre que el conquistado posee una ci- "vilización más antigua y acendrada, el caso de "nosotros, y una sensibilidad más afinada y ex- "quisita!..."

—¿Y París?—les pregunté acongojado frente al futuro de esa ciudad sin par que nos pertenece a todos.

—"París!... —deletrea Simeterre...

—"¡Nó!,—añadió al cabo de breve medita- "ción de augur que consulta a los astros, vibrante "de idolatría, puesto en pie y tendiendo sus bra- "zos en ademán de protección y amparo,—París "no, París es aparte... París sobrevivirá a to- "dos los cataclismos humanos, porque es inmor- "tal!...

—Nos lo promete su divisa,—tercié yo, para calmarlo,—**Fluctuat nec mergitur**...

Y los tres nos separamos tan tranquilos, confiados en que París nunca ha de sumergirse.

29 DE AGOSTO—Día de sol. Desde temprano, 9 grados centígrado en compensación a los 10 grados, nieblas y lluvias de estos últimos días.

El lindo jardín del sanatorio estaba ebrio de luz, de pájaros y mariposas, de verdura y de avispas, que son su plaga.

Tumbado en mi silla muelle, circuído de silencio, de poesía, de paz, asistí a un drama alado, cruel y rápido, que se me antojó dibujo enrevesado de laca japonesa. De la pureza de los cielos azules, un azul pálido y desvaído, confundiéndose a poco con ramas, hojas y rosas se precipitó un pájaro que perseguía implacable a una mariposa pávida de miedo... No quise ser testigo del desenlace, y cerré mis ojos; cobardemente,—quizá me hubiese sido dable salvar a la mariposa,— me quedé quieto en mi sillón de enfermo: quieto

y triste de que en todos los seres y hasta en todas las cosas palpite el odio. . .Dichosamente, el odio y el amor van siempre juntos.

Esta mañana hubimos de oir nuestra segunda misa dominical aquí. ¡Qué extraña la impresión que me produjeron las oraciones que en alemán musitó el sacerdote! El natural afán de entenderlas, en mínima parte siquiera, lo lleva a uno a intentar su traducción a fin de equipararlas mentalmente con las que nos son familiares. Como la traducción "no nos sale", nuestra devoción se mutila y hay que repetir las plegarias de prisa, para que el Padre no se nos adelante. . .

31 DE AGOSTO—Día de premio. Terminé de corregir las últimas pruebas que de SANTA,—un inminente sobretiro de 10,000 ejemplares,—hasta este rincón tudesco me dieron alcance hará una semana. Incalculable la cantidad de herejías tipográficas, y aun de sentido, que descubrí en el abultado haz de hojas impresas; como que para la segunda edición, la inmediata anterior a ésta de mi afortunada novela, no fuí yo el corrector, sino la casa impresora de Barcelona.

2 DE SEPTBRE.—Segunda visita a Francfort "piloteados" por Octavio Barreda.

La casa en que nació Goethe, recorrida palmo a palmo, desde el patio, con fuente y bomba de mano, hasta los más insignificantes encondrijos. Como museo, es modesto; y si no fuera porque no se aparta la idea de que ahí vió la luz y vivió sus primeros años aquel hombre extraordinario, asombro del mundo, la casa sería inexpresiva.

Almuerzo en el **"Palmgarten"**, atrayente y acogedor, como son aquí todos estos jardines cerveceros y musicales.

Pasamos frente a la soberbia morada "Chapultepec", del principal de los hermanos Diener, joyeros de México.

Extraño. Hoy ha sido el aniversario de Sedán, y ello no obstante, sólo he vista izada una bandera alemana sobre el reloj de la vasta estación de los ferocarriles...

Por falta de tiempo, nos quedamos esta vez sin visitar el afamado jardín zoológico de la ciudad.

3 DE SEPTBRE.—Compraba yo esta mañana como de costumbre mis periódicos a un vendedor de ellos, francés de origen, cuando un grandísimo revuelo entre los vendedores y los muchos parroquianos de las fuentes, llamó mi atención. Mi vendedor, con muy sutiles volterianismos me explicó que quien lo provocaba era nada menos que la augusta consorte de uno de los príncipes de la casa imperial: la princesa de Schlewig-Holstein, esposa de Augusto Guillermo, tercer hijo varón del Káiser. Pude determinarla a su paso cerca de mí; aventajada la estatura, nada desagradable su aspecto de mujer rubia, parca en alhajas, risueña sin afectación, elegante su traje matinal y un poquitín espetada, cual conviene a persona que forma parte de dinastía reinante. ¿Su séquito?... ¡Bah! de muy escasa significación, a pesar de humos y ademanes; los cortesanos, hombres y mujeres, dondequiera son idénticos, como los chinos. El perro de la princesa, harto más interesante que los personajes y personajillos del séquito (?) detuvo a la caravana y contra todo ceremonial,—la princesa llevaba de su mano la correa que sujetaba al lindo bruto lanudo y corpulento,—alzó la pata y se orinó en las afueras de la lujosa "filial" que en Homburg tiene la magnífica joyería londinense de Marx... La princesa, no podía menos, rió la ocurrencia, y el séquito rió a su vez. El público, sombreros abajo, yo inclusive, contemplamos la escena... Y durante cierto trecho, me incorporé a la muche-

dumbre que caminaba a lo último; con mi vaso de agua pestilente en la mano, escolté a su alteza la princesa de Schlewig-Holstein.

De regreso, mi periódico me enteró de que un yanqui, el doctor Cook, ha descubierto el Polo Norte.

En el sanatorio aguardábame la carta anunciada del señor Mariscal desde su telegrama de anteanoche, a deshoras, con gran susto nuestro, pues pocas cosas habrá que alarmen tanto, como recibir, de viaje, un intempestivo mensaje. En él se me conminaba a truncar mi cura y salir en el acto rumbo a México, dejando pendiente mi comisión de Italia para lo de la isla de Clipperton, y mi asistencia a la conferencia marítima de Bruselas!... Tampoco la carta me ha puesto en claro la causa del llamado repentino.

De pura contrariedad entráronme ganas de abandonar cuanto antes el "Clara-Emilia", donde no hemos permanecido ni un mes cabal.

5 DE SEPTBRE.—Partimos a las 10 y 40 de la mañana.

Francfort por tercera y última vez, según toda especie de probabilidades. Con Octavio Barreda y su mujer, paseo en automóvil por calles y plazas. Francfort ha sido cuna de varias celebridades, a la cabeza, Goethe, cuyo espíritu, a pesar de su "Fausto" y de su inmenso talento, nunca me fué simpático. Grande en todo, lo fué asimismo en insensibilidad y egolatría; yo no puedo perdonarle la tranquilidad egoista con que se apartaba de las mujeres por él enloquecidas, así las dejara sin honra, sin esperanza, sin vida... También ha sido tumba de otras celebridades: Arturo Schopenhauer, por ejemplo, cuyo monumento no llegué a ver, ni tampoco su casa mortuoria, aquí vino y vivió sus últimos años, hasta el de 1860 en que se partió de este mun-

do..." el mundo como voluntad y representación"...¿Por qué nos mostrarían una casa inexpresiva y nos asegurarían que en ella nació Lutero, el mal sacerdote católico que sucesivamente había de ir negando la autoridad del Papa, la jerarquía eclesiástica, el celibato sacerdotal, los votos monásticos, el culto de los Santos, el Purgatorio y la Misa? Conforme a mis noticias, Lutero, nació en Eisleben de Turingia, y allí volvió y murió a sus 63 años, después de haber causado tantos perjuicios con sus ideas y sus escritos. ¿Quién está, entonces, en lo justo?...

Bien instalados y bien nutridos en el "Hotel Brandenburg", frontero a la bella estación de los ferrocarriles, en él vamos a parar hoy y mañana.

6 DE SEPTBRE.—Siempre en la grata compañía de los Barreda, a la Casa de Ayuntamiento, de acentuada fisonomía medieval y con un soberbio salón, la Kaiser-Saal.

Luego, a conocer y a recrearnos con la bellísima "Ariadna" de Dannecker, la original, en su Museo, prisión también de otras muchas desnudeces marmóreas que perturban a mi hijo, en cuyos ojos expresivos y todavía inocentes, asoma y palpita la precocidad de su infancia latina.

Después de comer todos juntos, pasamos la tarde íntegra y los comienzos del anochecer, que en estas latitudes y en esta época mucho se prolonga, en el Parque de la Aerostación, ya conocido nuestro. De nuevo recorrimos su interesante exposición, desde el primitivo Montgolfier hasta el aeroplano y los grandes dirigibles de hoy, tipo Zeppelin. Sin los riesgos de las alturas, cómodamente instalados en aereoplanos **fijos**, por unos cuantos **pfenning**, pudimos experimentar lo que los aviadores experimentan, excepto los **looping-the loops**. Yo me afirmo en mi resolución:

salvo el caso de que tenga yo que salvar mi vida o la vida de alguno de los míos, **jamás** montaré en un aeroplano!

Como remate del instructivo paseo, presenciamos frente a un amplio estanque en el que por medio de bombas y tubos de aire logran hasta imitar las corrientes y los encrespamientos de las aguas del mar, una batalla naval en miniatura, con embarcaciones metálicas primorosamente fabricadas.

Cena en un "café-musicante": aquí lo son casi todos.

7 DE SEPTBRE.—En camino de hierro hasta Maguncia, donde mudamos de locomoción para surcar el anchuroso y soberano Rhin, nacido en los Alpes, en el San Gotardo, para ir y desaguar por tres brazos principales en el Mar del Norte, y que mide la respetable longitud de 1,235 kilómetros, a bordo de uno de los tantos barcos fluviales y modelos de **confort** que lo recorren de arriba abajo. El que nos tocó en suerte se apellida "Elsa". Travesía seductora que se prolongó varias horas y que nos tuvo suspensos y alelados. ¡Qué anchura las del río, qué riberas; cuántas ciudades importantes en las que hacemos escala o frente a las que seguimos de largo; cómo se palpa el poderío y la riqueza de este vasto Imperio archipoblado, que campos congestionados de cultivos, pueblos, aldeas, chimeneas humeantes e incontables que se multiplican y repiten a modo de trigales y milpas de trabajo!. . .Es mucha nación ésta. ¡Con qué orgullo se alza en la ribera el monumento **kolossal** que perpetúa en piedra y bronce el triunfo del 71 sobre mi querida Francia!. . . ¡Cómo contrasta sobre la orilla derecha del río, entre Saint-Goar y Oberwesel la roca desde la que quiere la leyenda,—tan preciosamente puesta en verso por Henri Heine y en

otra porción de narraciones y poesías,—que la ondina "Loreley" atraiga a los bateleros, y los estrelle contra los escollos traicioneros...; cómo contrasta, digo, tanta poesía con la prosa de estos versos con que debe uno despedirse de la amada, y que la divorciada inquietante del sanatorio de Homburgo me escribió en uno de mis cuadernos de apuntes:

"**Schlafen Sie Wohl.** (Que duerma Ud. bien,)
"**Essen Sie Kohl**, (Coma Ud. coles,)
"**Trinken Sie Bier,** (Beba cerveza,)
"**Träumen Sie von mir**" (Y sueñe conmigo.)

Para que nada faltara a la travesía de ensueño, la comida de a bordo resultó opípara y, relativamente de precio modesto. A mí se me ocurrió lo que a cualquiera en mi caso. Si nos hallábamos en medio del Rhin ¿qué cosa más natural que apurar con mi mujer y mi hijo una botella del vino exquisito que se produce en sus viñedos? Y como ordenara yo una de a 8 marcos, se produjo un asombro inaudito a bordo: nuestros copasajeros nos contemplaron con manifiesta sorpresa; el camarero fué y consultó al **butler** y éste al sumiller, quien vino a mí para escuchar de mis labios la ratificación del pedido, al parecer inusitado, pues botella de tan **exorbitante** precio parece que sólo la catan príncipes y magnates!... Néctar resultó su rubio contenido, que concienzudamente consumimos hasta la última gota y que nos acarreó a los tres, en ingrata compensación, una jaqueca de órdago que ni brisas ni ondinas del Rhin atinaron a disiparnos. Y cuando anochecía arribamos a Colonia.

Los cambios y agujas en las grandes estaciones de los ferrocarriles alemanes se hallan interiormente ilumidados al saludable propósito de que indiquen sus flechas translúcidas la dirección conveniente que los maquinistas deben imprimir a los trenes que conducen.

Por lo tardío de la hora estaba ya cerrada la justamente famosa catedral que domina a la ciudad entera con su masa elegante y harmoniosa, iglesia de cinco naves y un ábside que datan del 1322, basílica célebre en el mundo entero. Hubimos de conformarnos con rondarla por sus afueras. En seguida, y tripulando un forlón antediluviano, recorrimos mínima parte de esta ciudad, una de las más importantes del Imperio, por su población y su comercio; de las más pintorescas, por sus monumentos y recuerdos; puerto fluvial, centro de cambios y plaza fuerte de primerísima categoría; antigua colonia romana de veteranos, **Colonia Claudia Augustina Agrippinensium.**

Envueltos en sombras, no obstante la profusión y excelencia de su alumbrado público, apenas si hemos medio visto la iglesia católica de San Martín, el esbelto templo de Santa María en el Capitolio, **jovencita** fabricada el año de 1049, y la Casa de Ayuntamiento, que es una joya arquitectónica del siglo XIII.

Siempre dando tumbos y más adivinando que viendo a derechas, cruzamos el sólido Puente del Rhin y echamos un vistazo sobre la ciudad de Deuz, frontera a Colonia, en sus orígenes fortaleza romana y en la actualidad un colmenar humano activo e industrioso con sus sedas, sus terciopelos, sus listones, sus carrocerías y sus fundiciones....

Muy molidos y con resabios de la jaqueca, merendamos parcamente en el "Hotel Metropole" que nos aloja, y a la cama. Mañana hay que tempranear.

8 DE SEPTBRE.—Instalados en un compartimiento de la 1ra. clase,—lujo inusitado aquí, donde la inmensa mayoría viaja en las clases 2da. y 3ra., ya dije que hay 4ta. clase,—de estos ferro-

carriles alemanes, los más cómodos y mejor atendidos de Europa, salimos de Colonia rumbo a Inglaterra a las 8 en punto de una mañana deliciosa pero ya pasaderamente fresca. Y al raudo correr del convoy avistamos Herbersthal, Duren, Aix-la-Chapelle, en alemán **Aachen** y en español Aquisgrán porque viene del latín **Aquaegrani**, muy famosa por muchos conceptos, aquí estableció Carlomagno la capital de su vasto Imperio, aquí celebróse, entre otros, el concilio en que se decidió que el Espíritu Santo procedía del Padre y del Hijo (año de 809 del siglo IX), aquí se han firmado dos tratados de paz trascendentales y memorables, etc., etc.; luego, Eupen, sobre la frontera germano-belga. Adios a Alemania.

En tierras de Bélgica. Verviers, Lieja, Lovaina, donde por torpeza involuntaria del jefe de estación mi pobrecita mujer por poco no es víctima de un accidente de incalculables consecuencias, que a mí me heló de espanto: regresábamos del coche-comedor con los demás pasajeros, y cuando mi mujer acababa de subir al estribo, el tren echó a andar... Pidiéndole yo que no se desasiera del asidero metálico del carro, iba yo siguiéndola desde el andén, temeroso de que por el susto se cayera de un momento a otro... Providencialmente, un mozo hercúleo y uniformado de la misma estación, la desprendió con habilidad suma... El jefe fué a explicarme que el tren se había puesto en movimiento por causa de no sé qué trastorno en la vía, que nos forzó a soportar una espera y a torcer nuestro rumbo hacia Bruselas, que no figuraba en el itinerario.

En la **gare du Nord** de la ciudad de Bruselas, ciudad que como todas las del Reino despiertan, en mí a lo menos, honda simpatía. De ahí, pa-

samos por Brujas la "Muerta" según Rodenbach, pero que a mí me enamoró contemplada a distancia, en la que se levanta, altanero y primoroso su **beffroi**, y no paramos hasta la coqueta estación balnearia de moda, Ostende, a la que llegamos entre dos luces. Detalle prosaico pero de importancia vital: por su sistema de compartimientos, los trenes belgas carecen de W. C.

Previo un bien ganado **débarbouillage** en el cuarto del **"Hotel du Phare"** en que pernoctaremos, salimos a caminar a la ventura por la ciudad-puerto, ya acribillada de luces; hasta nos entramos en su cinematógrafo. En la Galería Leopold, me acerqué a un puesto de libros viejos: abundancia extraordinaria de libros pornográficos. Siempre fué Bélgica fábrica de ediciones subrepticias con frecuencia adulteradas, y depósito de libros salaces, como Barcelona.

9 DE SEPTBRE.—Con muy buena mar y a bordo del "María-Enriqueta", buque de turbinas, cruzamos el estrecho.

Dóver, hoy lo mismo que hace 19 años en que lo conocí. Mi primer pensamiento es profundamente meditativo y a favor de esta vieja y respetable Inglaterra; pienso en las bendiciones y suspiros de liberación de cuantos han venido a ella en demanda de asilo, los perseguidos de las tiranías, los mártires de las causas santas, los sentenciados a muerte, los prófugos de los presidios políticos, la teoría infinita de víctimas que aquí resucitaron y aquí respiraron a sus anchas y aquí cobraron energías nuevas. Al igual que ellos, también yo bendigo, mentalmente, a esta tierra clásica de la libertad, menos cuando a su vez también supo de tiranías y despotismos. Brutalmente me apea de mi instantáneo Clavileño, el galoneado inspector de billetes que, gorra en mano, me pide su propina, ¿por qué? preguntarán

ustedes, pues por el **inmenso** servicio que me ha prestado con cerrar la portezuela del carro!...

Camino de Londres, los hatos de ovejas que veo pacer en estos sotos ideales de Inglaterra, se me antojan más felices ¡pero mucho más! que los ciudadanos libres (?) de tantas Repúblicas que me sé de memoria...

Londres, a las 5.10 de la tarde. Amigos que nos aguardaban en la estación de **Charing Cross,** y que nos llevan a tomar té en el "Criterium". Luego, a instalarnos en el **"Grosvenor Hotel"** Comida clásicamente londinense en "Simpson's", muy renombrado por su roastbeef, que de veras no tiene pero, y cuya reputación casi iguala a la de Cromwell, el Protector de la República.

De sobremesa, en la más estricta reserva puntualízame Rafael Pardo, quien lo tiene de tinta fidedigna, cuál va a ser en México mi situación probable: porque los "científicos" no me tragan, ni sus "cabezas" ni sus "pies", no volveré a la Subsecretaría de Relaciones; si acaso, me darán alguna comisioncilla, para que no se diga!...Desvanecido el inmediato sofoco que me privó del habla, hondos anhelos de que contraordenaran este mi regreso y en Europa me dejaran...Planes imprecisos de establecerme en un rincón del Continente, remate y asilo de fracasados, vencidos y "rastas", de ricos a la buena y a la pésima, de testas coronadas hasta... por sus legítimas esposas. Conatos de escribir algo contemporáneo en que volcaría lo mucho que sé, y que derribaría ídolos de barro y grandezas de cartón; un desquite de hombre de letras despechado... Por suerte, mi honradez heredada y mi honradez congénita se encabritan y me enrostran lo bajo del proyecto, y opto por hacer lomo a lo que pueda venir, y continuar, hasta donde Dios me ayude, escribiendo más novelas.

Por pronta providencia, iré a que mi sastre

inglés,—¡qué niños somos todos en el fondo!—me renueve mi fatigado guardarropa.

10 DE SEPTBRE.—Tempranera y ritual visita, al cabo de tantos años, al British Museum y la **"Dickens Exhibition"**.

Luncheon con Miguel Covarrubias, nuestro ministro aquí, en el **Saint James**, y en su compañía, a ver la Colección de Lord Richard Wallace Baronet, B. C. M. P. (conste que estas iniciales siempre se me hacen un lío cuando me pongo a descifrarlas): armas, muebles, pinturas, porcelanas, marfiles, bronces. Admiro Velázquez, Murillos, Antonio Canos, Rembrandts, Van Dycks; la 'Sorpresa de Vulcano", por Boucher, "El Columpio", por Fragonard.

Después, al "Carlton", donde me presentaron al concuñado de Sir Edward Grey, quien me afirmó que el actual Gobierno británico es socialista!!!...

12 DE SEPTEMBRE (Domingo)—En la soberbia catedral católica, todavía inconclusa, a la que llegamos tarde para alcanzar la última misa de tres Padres. Oímos una rezada en capilla lateral al presbiterio, en compañía de unos cincuenta soldados (¿irlandeses?...), a los que resultó especialmente dedicado el sermón que precede al Credo.

En seguida, unas 75 millas de **wandering** a bordo de poderoso automóvil facilitado graciosamente a Rafael Pardo por su rico dueño.

Almuerzo, **made in England**, en cautivante hotelito rural de Burford-Bridge, West Humble, a 24 millas de Londres.

De regreso a las 5 de la tarde, visitamos Windsor y su renombrado castillo, donde le ocurrió a mi difunto amigo el general don Sóstenes Rocha, aquella rabelasiana escena, en el baño regio, que él narraba con acentuado gracejo picaresco. La

temperatura nos ha sido excepcionalmente propicia; tuvimos un día de los nueve o diez que, por rareza, cuenta Londres cada diez o quince años. Charla intensiva entre Raph y yo.

13 DE SEPTIEMBRE—Segundo hartazgo de automóvil con almuerzo, ahora, en la rústica hospedería "Spa", de Tumbridge Wells, a 37 millas de Londres. Dos notas interesantes que recojo al recorrer una de estas carreteras que parecen mesa de billar: en las pilas que a trechos las bordean y que sirven de abrevadero a las bestias fatigadas o sedientas, la siguiente inscripción esculpida con gruesos caracteres:

—**"Drink and left drink"**.

Y esta otra en los aledaños de las escuelas, para uso de carreteros, chauffeurs y jinetes:

—**"Caution, School!"**

Ambas, vertidas al romance, quieren decir cultura de siglos.

14 DE SEPTIEMBRE—Al despertar, mi primer pensamiento fué para mi padre, que hoy cumple 26 años de muerto...

De compras en la mañana, y de regalos con que me han obsequiado Luis Ricoy y Luis Carmona, mis condiscípulos de colegio y mis compañeros de carrera.

A la tarde, en la sesión de la cámara de los Comunes, donde persiste el viejo hábito cuyos orígenes me gustaría conocer, de que la mayoría de sus miembros permanezcan con el sombrero encasquetado, y los que se ponen a hablar continúen sentados y si se hallaban descubiertos antes de hacer uso de la palabra, en cuanto inician su interpelación o su discurso, incontinenti se cubren.

Luego, y presentado por Miguel Covarrubias, de audiencia privada con Sir Edward Grey, en su vasto despacho elegante y sobrio del **Foreign Office**, en cuya monumental chimenea, no obstante

las fechas en que andamos, ya arden gruesos troncos. Gravedad archibritánica del importante personaje, que habrá que cargar en su mayor parte, al duelo que lo aflige: acaba de enviudar. Escaso cuarto de hora de conversación saturada de lugares comunes pronunciados con falsa solemnidad: preguntas suyas con vistas más a la geografía que a la política de mi tierra, y respuestas mías, por parecidas consonantes; tiesura mutua en el ceremonioso **shakehands** de nuestra despedida: sus deseos de que tenga yo feliz travesía, y los míos por que él la pase lo mejor que pueda...

De ahí, a la sesión de la cámara de los Lores, ya iluminada, sus componentes, togados y empelucados.

Comida en el **Saint James Club,** que sir William, director del F. C. Mexicano de Veracruz ha ofrecido a Rafael Pardo. No hubo brindis ni exceso de **Port Wine** en la sobremesa.

Artículo encomiástico sobre mi individuo, en la **"Revue Diplomatique"** de París (véase). Si la **maffia** de Meulmans,—israelita,—y socios, que también publican allá otras dos o tres por el estilo, se propone sacarme los cuartos, a buen puerto han ido por agua...

Peor de mi neurastenia, con puntadas en el corazón, sobre todo después del baño tibio de las mañanas.

15 DE SEPTIEMBRE—En memoria de mi queridísimo Dickens, crucé el edificio del **"Albany"**, entrando por la calle de Vigo y saliendo por **Picadilly**...

Por telégrafo me invitan a un banquete literario en París, para mi regreso allá; se me encarece pronta respuesta y fijación de fecha. A sabiendas de que seguramente ha de frustrarse como el anterior, acepté—estas invitaciones no pueden rehusarse—y fijé la noche del próximo 18.

Reuní a los íntimos a que cenaran con nosotros esta noche en el "**Grosvenor**".

16 DE SEPTIEMBRE—99o. aniversario de nuestra independencia.

Despedida de Londres. Encaramado en la "imperial" de un **auto-bus** recorrí largo trayecto: desde **Broad Street** hasta **Victoria Station.**

Con marejada "colonial" desde anoche, y con un almuerzo a escote, un nutrido grupo de mexicanos hemos conmemorado la fecha de hoy, en el **Carlton.** El grupo de conterráneos disidentes, como ocurre siempre entre nosotros cuando se trata de **unirnos para cualquier cosa,** en vez de sumarse a nosotros tuvieron su almuerzo en el **Frascati**...

Tarde de compras para nosotros y para los nuestros de México.

Cuéntame C. P.,—quien me asegura tenerlo de sus propios labios,—que he consumado la conquista de Miguel Covarrubias, de cuya devoción no era yo su santo.

17 DE SEPTIEMBRE—**Good bye, London!**...

Plácida y mansa la travesía entre Dóver y Calais, adonde llegamos apenas con tiempo de alcanzar el expreso de París...

París por la cuarta vez. ¿Será la última?...

Conforme a mis previsiones, frustróse el banquete en mi obsequio.

18 DE SEPTIEMBRE—En la Trasatlántica Francesa, a asegurar nuestra vuelta, cuyo importe tenía yo pagado de antemano. Y lo infaltable con estos señores franceses que si como conjunto, es decir, como nación y como pueblo, han realizado maravillas y valen un Potosí, como individuos, sobre todo si desempeñan alguna función o cargo, son sencillamente intratables por su impertinencia, su arrogancia, su avaricia y su

morgue hiperestesiada: tuve vivo altercado con el jefe de la oficina.

19 DE SEPTIEMBRE—En el teatrucho de las "**Nouveautés**",—aunque se halle en pleno boulevard,—a ver una cosa insubstancial y tonta que se llama: "**Vous n'avez rien á déclarer?**", y que está muy en boga. Paradójica característica la de este mi idolatrado París, sin disputa la ciudad de mayor **esprit** en el universo: por dejadez o benevolencia suma, tolera que al lado de las admirables obras de sus muchísimos ingenios florezcan y prosperen imbecilidades como el "**Vous n'avez rien á déclarer?**", verdaderas ortigas de la inteligencia y el buen gusto.

20 DE SEPTIEMBRE—Acompañado por Luis Torres Rivas, porque don Sebastián de Mier está fuera de París, me recibió en audiencia privada el senador S. Pichon, actualmente ministro de Negocios Extranjeros presidente del Consejo, y tipo perfecto del político francés: inteligente, urbano y con sus reservas profesionales del **métier.**

En camino de hierro hasta **Aulnay-sous-Bois**, donde almorzaré con Pancho Pasalagua, en su linda casita propia.

21 DE SEPTIEMBRE—Mucho más triste que siempre que salgo de París, pues en la presente ocasión me tiene muy desasosegado el ignorar qué sorpresas desagradables me aguardarán en mi tierra, salimos esta mañana rumbo al puerto de **Saint-Nazaire.**

En **Saint-Nazaire** estuvo a despedirme Rodrigo Azpíroz, que no es ni la sombra de aquel buen mozo elegante que traté en Wáshington, cuando su ilustre padre era el embajador de México y mi jefe muy respetado. **Sic transit gloria mundi!**... He ahí lo que nos espera a cuantos perte-

necemos a la "Carrera" tan llena de halagos, de honores, de vanidades, que nos acostumbra a llevar vida de marqueses... sin renta, para, un mal día, dejarnos caer de su mano enguantada, devolvernos a lo poco o nada que éramos al abrazarla, y acibararnos lo que de vida nos quede, si por milagro especialísimo de la Providencia el temple de nuestro espíritu resulta de muy baja ley, y prescindimos, frente a la catástrofe, de hacernos valer por nosotros mismos...

Poco después del mediodía, zarpamos a bordo de **"La Navarre"**, entre dos azules esplendorosos: el del mar y el del cielo.

22 DE SEPTIEMBRE—Santander. Temprano saltamos a tierra y recorremos lo principal del simpático puerto montañés, viejo conocido nuestro. Hay sus cambios en la nomenclatura de calles, paseos y plazas, que mucho hablan en pro de la cultura de sus ediles: la antigua y larga calle del Muelle, ahora se llama "Boulevard **(sic)** Pereda; hay un "Paseo de Menéndez Pelayo" y un "Paseo de Pérez Galdós", en el que radica la hermosa casa del gran novelista español y que ostenta el nombre de "La de San Quintín".

A nuestro regreso a bordo, nos encontramos con que se ha producido un incidente consular que pudiera ser de consecuencias: por telégrafo, el cónsul de España en **Saint -Nazaire** reclama a un pasajero de entre-puente y exige su desembarco y encarcelamiento provisional. Nuestro capitán, que sabe dónde le aprieta el zapato, apela al cónsul de su país aquí, el cual opónese a complacer a su colega... Y al fin nos vamos mar afuera, con gran regocijo del que ha escapado en un cabello.

23 DE SEPTIEMBRE—Frente a la Coruña, hasta el atardecer. No desembarcamos.

29 DE SEPTIEMBRE—Aliviados de un tosco mareo que se prolongó cuatro días.

Santo de mi hijo.

Al fin, dí principio a la lectura de mi "Marco Aurelio".

Desde anteayer apareció el periódico diario de a bordo; su primer número, del todo hostil a México, reproduce buena parte de los **"Paradis de l'Amérique Centrale"** y reprodujo sensacional noticia de un complot abortado, contra el General Díaz y el Presidente Taft, en su actual entrevista oficial y solemne de Ciudad Juárez... ¿Será cierto?...

1ro. DE OCTUBRE—Anoche observaba yo a este ganado humano del que formo minúscula parte, prisionero dentro del barco; decididamente, todos somos uno, y las diferencias que distancian a sus diversas capas son, más bien, asunto de latitudes y convencionalismos. Los pasajeros de la tercera clase, bailaban en el entrepuente a los ingratos y melancólicos acordes de una gaita gallega; los de la segunda, cantaban flamenco, jotas y tangos, apiñados junto a un tañedor de guitarra; y los de la primera, asistían al tercero de los conciertos cotidianos con que nos regala el cuarteto del salón cuajado de oros, cedros y terciopelos... La luna llena, vieja de tres noches, brillaba a todo brillar y reía por igual de los unos y los otros, compadecida de todos... Estábamos en pleno océano, a unas 1,600 millas de la Habana.

Esta mañana, volví a mi curso práctico de socialismo objetivo en el entrepuente. Como todos los días, los pobres, en grupo tumbado al sol, encima de su propia mugre y de la mugre del piso de tablas, jugaba ochavos a la lotería de cartones...

3 DE OCTUBRE—(Domingo) Al cabo de nue-

ve días consecutivos de no haber descubierto en el desierto de agua ni en sus horizontes, una vela siquiera, sólo mar y cielo, mar brava varios días, a la 1 de la tarde de hoy, avistamos, a grandísima distancia, tierra de América...

Anoche, a deshoras, para que el pasaje de la primera clase no sepa de estas cosas, arrojaron al agua el cuerpecito de un muerto de once meses de edad. Al mediodía de hoy, el concierto fué a beneficio del cuarteto. Esta noche, tendremos gran baile, con champagne gratis, en señal de regocijo por la feliz travesía; es la costumbre. Y mañana, si Dios lo permite, arribaremos a la Habana.

Viene escarabajeándome un argumento para la novela que siga a LA LLAGA, si alguna ha de seguirla, que se intitulará "La Compañía"; una compañía sin entrañas que todo lo absorba y corrompa, según las compañías poderosas, igual en México que fuera de México, todo lo corrompen y absorben, verbigracia: "El Boleo", "Dos Estrellas", etc.

El doctor de a bordo me ha pedido en venta mi RECONQUISTA. Se la ofrezco regalada, pero obtengo del comisario que todos mis libros figuren en la diminuta biblioteca de los vapores de la Trasatlántica Francesa... Menudo gusto el que va a tener mi amigo y editor Eusebio Gómez de la Puente.

4 DE OCTUBRE—Bajo tropical chubasco, desembarcamos en la Habana a las 2 de la tarde.

Instalados en el "Hotel Sevilla", Palomino confírmame las justificadas aprensiones que han venido ensombreciendo mi viaje: parece que resueltamente me escamotearán la Subsecretaría... Nárrame, luego, la expulsión de Heriberto Barrón,—mi suplente en la cámara de Diputados, a quien venía yo a desalojar de la curul con mi sola presencia,—acompañado hasta Veracruz por el te-

mible polizonte Chávez... ¿Por qué asocié, in mente, este suceso, con lo visto en Guatemala?...

5 DE OCTUBRE—Después de una pésima noche, y de que me desvalijaran por una cena de cinco personas, madrugón esta mañana; y a las 7.30, reinstalados en nuestros camarotes de "La Navarre".

A las 9, levaron anclas y el barco enderezó su proa camino de Veracruz...

Echado en mi silla plegadiza y a solas conmigo mismo; desierto el puente, por haber sonado la medianoche rato ha; en muda el buque y en relativa tiniebla, sólo escúchase el continuo jadear de sus émbolos y pistones, y sólo alúmbranlo las veladoras de los pasillos, en el interior, y afuera, las luces parpadeantes de su "mayor" y su "trinquete", que cabecean rítmicas y lentas al igual de entrambos palos; el mar en calma, una calma de arrepentimiento por los desastres que perpetra cuando se irrita; el cielo, acribillado de estrellas y constelaciones que esparcen claridades suavísimas en el ambiente y el paisaje, pero bastantes a prestar al conjunto perfiles de irrealidad y encantamiento, pensé, pensé en lo que habrán pensado tan cerca ya de nuestras costas, las tripulaciones de las escuadras nacionicidas que sucesivamente han venido a atacarnos sin justicia ni derecho, **quia nominor leo**...: los españoles dos ocasiones, cuando la Conquista y cuando Barradas; los yanquis; los franceses, cuando la "guerra de los pasteles", y los franceses segunda vez; los españoles tercera vez, y los ingleses, cuando su coalición tripartita de 1861...

7 DE OCTUBRE—A poco de amanecido, principios de "norte" y soberano arcoiris.

A eso de la 1, precísase la tierra mexicana... y dentro de mí,—¡oh, querendón impenitente!—

se pone a sacudirme el corazón este mi cariño incurable por la patria, pero no por la patria que no se les cae de los labios impuros y perjuros, y cuanto ustedes gusten y manden, de políticos militantes y demás gente ordinaria...

Veracruz, mejorado en su aspecto de ciudad. Paseo en tranvía, después de larga e íntima parrafada con Manuel S. Iglesias, comentando ambos los muchos telegramas que he recibido y los periódicos de ayer, en los que abundan ignominias y falsedades con relación a mi caso particular y con relación, también, al momento político. **"The Mexican Herald"**, que leo al acostarme, sin ambages anuncia que no volveré a la Subsecretaría...

9 DE OCTUBRE—Llegamos a México, al anochecer. Parientes, amigos, rumores. Rumores y noticias me amargan el júbilo de todos mis regresos.

10 DE OCTUBRE—En la Secretaría, con el señor Mariscal, aparentemente a lo menos, muy tranquilo por lo que a mí respecta. Llévame consigo a su acuerdo en Chapultepec, donde en cuatro palabras disipo la tormenta que parecía amenazarme. Dentro de su impasividad, el General Díaz hasta llegó a lamentar el que yo truncara mi cura de Alemania.

—"Por lo pronto, irá usted unos días a la Cá-
"mara, pero luego, volverá a la Subsecretaría, en
"la que le hace usted falta a Nacho..."

11 DE OCTUBRE—Entré esta tarde en mis funciones de diputado propietario, y si he de decir verdad, la impresión que la Cámara me produce no puede ser peor; quiten ustedes a una cincuentena de personas de indiscutible valer, y lo restante, pa'l gato! La nota dominante es una

sumisión que, en la mayoría de las personas, raya en avilantez; fenómeno no exclusivo nuestro, sino común a cualquier parlamento, hasta los de las naciones que se las dan de libérrimas, ya lo sé; pero como yo tengo la desgracia de poseer un temperamento que siempre repugnó la obediencia incondicional, esto que veo háceme malísimo estómago. Las bajezas, aun las ajenas, me lastiman y encabritan; y la mentira, me ofende en lo personal...

19 DE OCTUBRE—Hoy regresó el General Díaz de su entrevista en Ciudad Juárez y El Paso de Tejas, con el Presidente Taft.

La recepción que le ha dispensado la ciudad íntegra, entra en los dominios de lo fantástico e inverosímil...

20 DE OCTUBRE—En la Cámara hemos formado nuestra peña Juan de Dios Peza, Salvador Díaz Mirón, Rafael Martínez Freg, Gregorio Aldasoro y yo. Tarde a tarde, comentamos sabrosamente lo que vemos y lo que oímos.

24 DE OCTUBRE—De almuerzo en la "Casa de Alvarado", en Coyoacán, propiedad de la señora doña Celia Nuttal, arqueóloga californiana radicada entre nosotros hace varios años, y muy merecidamente estimada.

26 DE OCTUBRE—De visita en casa de mi viejo y querido amigo Luis González Obregón, nuestro eminente historiador que tanto se ha distinguido sobre todo en sacar a luz, en libros amenísimos y muy instructivos, cuanto se refiere al México de antaño. Huelga el que aquí hiciera yo su elogio, que anda en todas las bocas. Un solitario empedernido este Luis. Vive hace años sin más compañía permanente que la de sus libros,

soberbia biblioteca de quién sabe cuántos miles de libros escogidos con inteligente esmero, y la de una preparación poco común que ha ido acumulando cuidadosamente hasta no ser dueño de una librería particular que, en lo que a México mira, —a su pasado principalmente,—si no es la primera, porque ahí están la de Jenaro García y la de Federico Gómez Orozco, sí, sin duda alguna, no ha de ser la última La casa de Luis, respira antigüedad hasta por sus poros, que han de ser incontables, pues la supongo fabricada de tezontle, se alza en la calle colonial y sosegadísima de Montealegre, testigo seguramente de porción de acaecimientos gratos e ingratos registrados en ella y sus limítrofes desde el remoto siglo XVI, y solo marco adecuado para este paciente y talentoso investigador de todas nuestras vetusteces. Allí, al lado de sus padres, devana sus días: él, su padre, un jurisconsulto integérrimo y competentísimo, años ha en desempeños de magistratura, ella, una dama a la antigua, piadosa y buena, para la que el mundo redúcese a su marido y a su hijo.

Quizá porque Luis lo fué único y, consiguientemente, mimado al exceso, éste no pensó nunca en el matrimonio, que le resultaba innecesario; y porque desde muy temprano se apasionó de archivos, historias y leyendas, su juventud se le derritió sin sortear las tormentas que a veces paran en naufragios devoradores de cuanto hay, desde la salud hasta la esperanza, y que casi todos sorteamos con peor o mejor fortuna... Sin embargo, no es un misógino ¡ca! Como cualquier hijo de vecino, gusta de un lindo palmito y lo entusiasman los andares y hechuras de "hembra placentera". De lo que no gusta es de la jactancia masculina de cacarear lo que se hace o deja de hacerse; mas si el opinar sobre este particular dulce y sabroso viene a cuento, opina y tercia

cual quien conoce lo que trae entre manos. A la inversa de muchos, es un reservado que a sus solas, digo yo, rumiará lo que se haya comido y, a espaldas de envidiosos y de curiosos impertinentes, se relamerá los labios para que en ellos persista el dejo de los besos y caricias que cualquiera juventud hurta o cosecha mientras la vendimia dura y, a las vegadas, hasta cuando la vendimia ya concluyó, pero queda todavía sol en las bardas.

Sospecho que, fuera de la que nutre por nuestras vejeces históricas,—en cuya pintura no le conozco par hasta hoy,—una pasión amorosa, lo que se llama una pasión con todos sus peligros e inefables satisfacciones, no la sintió nunca; y que, al revés de lo que practica con sucedidos antañones y enmarañados, que a fuerza de tesón y de esmero llega a desenmarañar y presentárnoslos como un cabello, con el amor se resistió a intimar por temperamento o por cautela, y se dió por bien servido con asomarse a ese abismo insondable y eterno que es la mujer que jura querernos,—sea la que fuere,—y asido a su propia cordura se echó atrás, en el preciso instante en que sintió que su cabeza vacilaba, y presintió que iba a precipitarse peñas abajo.

De ahí, sin duda, que sus costumbres hayan sido ejemplares, pues tampoco bebe ni juega; su vicio único consiste en fumar después de su merienda, uno o dos purillos que dicen "recortados", en una de las sillas abaciales que adornan su biblioteca, generalmente en buen amor y compañía de los amigos que van a hacerle la tertulia y a sacar de su sabiduría enseñanzas y consejos, y cuando no, solo y su alma frente a sus pensamientos y libros en proyecto; pues por culpa de su miopía progresiva y entristecedora no le es dable satisfacer su otro vicio: la lectura, ése sí avasallador y arraigadísimo. A mañana y noche, procura que tercera persona se encargue de alle-

garle tan jugoso pasto, ora leyéndole, ora traduciéndole mínima parte de lo mucho que él anhelaría leer con sus ojos inválidos.

¿Será su miopía la causa justificada de lo agrio de su carácter? Porque es, dentro de su urbanidad y acogimiento, quisquilloso y pasaderamente cascarrabias, y como no obstante lo desmedrado de su físico le sobran arrestos varoniles, más de una ocasión en sus diferencias y discusiones ha quedado, y muy gallardamente por cierto, dueño del campo. Yo, que he tenido la suerte de no reñir jamás con él, ni en broma, durante los muchos años que de tratarnos contamos, procuro frecuentarlo cuanto más puedo. Y al salir de su casa, siempre me llevé conmigo, en préstamo, alguna de las joyas de su librería, y en franca e involuntaria dádiva, algo y aun algos de aprendido.

27 DE OCTUBRE—Materiales callejeros utilizables en próximos libros: 1ra. del Embarcadero y callejón de Talavera, lindo rótulo para final de capítulo: "Se venden canarios"; en la 3ra. del Ciprés: "Academia de Canto Superior e Idioma Francés", y al extremo del callejón de las Golosas, una arcaica cúpula de azulejos.

Asegúrame Martínez Freg, que en el Hospital de Jesús se hallan, al fin, sobre la pista del entierro de Hernán Cortés.

Parece que mi retorno a la Subsecretaría de Relaciones será, definitivamente, el 10 del entrante noviembre. Incalculable todo lo dicho y conjeturado respecto a mi situación oficial; incalculable todo lo que he podido observar en amigos, subordinados y extraños...

29 DE OCTUBRE—¡Hasta que Dios quiso! "El Imparcial" de hoy, reproduce un artículo del "Collier's" del 24 de julio, y se atreve a censurar,

a guisa de reciprocidad, la barbarie que en muchos puntos padecen los Estados Unidos. Lástima que este alarde se publique en pago a las graves injurias que aquella prensa viene vomitando en contra nuestra; y lástima mayor todavía, que aquella prensa, malévola y sistemáticamente, denuncie ante el mundo los hechos censurables que a propósito de nosotros descubre o sabe. ¿Habrá sido necesario que ojos extranjeros,—¡y qué ojos!—por extranjeros apasionados, saquen a la picota la barbarie nuestra para que nosotros admitamos su existencia y se interrumpa la letanía de elogios que nuestros periódicos derraman hasta sobre las cabezas de los últimos alcaldes y jefes políticos de los más remotos Estados de la República?

9 DE NOVIEMBRE—Con júbilo secreto que mucho me temo se asome a mi semblante y me traicione, calladamente me despedí de la cámara de los Diputados en la sesión ordinaria de esta tarde, y me marché del "templo de las leyes", como colegial que sale en vacaciones.

10 DE NOVIEMBRE—Hoy en la noche, me ha devuelto Victoriano Salado Alvarez la Subsecretaría de Relaciones, de la que interinamente quedó encargado durante mi ausencia.

11 DE NOVIEMBRE—Mi vuelta a la oficina. Opiniones, comentarios, bajezas, náusea mía frente al natural y humano espectáculo que compensa, con creces, el abrazo del señor Mariscal, y sus palabras:

—"Ya estamos juntos otra vez".

18 DE NOVIEMBRE—Alejandro Chavero, mi primo, confíame lo que acertó a escuchar en la secretaría particular de la Gobernación, de los mismos labios de don Ramón Corral:

"—Gamboa no volverá a Relaciones, es asun-"to resuelto".

Frases que coinciden, más o menos, con las que Rafael Pardo me dijera en Londres a ese propósito y que, dichosamente para mí, fueron sólo la expresión de un **buen deseo** de los señores "científicos", practicantes del proloquio: "el que no está conmigo, está contra mí".

De visita vespertina en la casa de mi respetable amigo el sabio ingeniero geógrafo don Antonio García Cubas, competentísimo jefe técnico de la sección de Límites, en Relaciones. Voy a oir la respuesta que dará en Geografía y Estadística la noche que le hagan solemne entrega de una medalla con la que premiarán, en muy mínima parte, sus muchos merecimientos, no obstante los cuales, aun tiene que trabajar para vivir ¡a los 77 años! y que palpar la ingratitud de las posteridades. Modesto de suyo, como todo hombre que de veras vale, y dotado, además, de un espíritu muy independiente, se ha alzado de hombros frente a la injusticia de los olvidos, y con filosófica y amable sonrisa para las flaquezas y **gorduras** de sus prójimos, serenamente viene acabando su larga vida entre los quehaceres de su encargo en Relaciones, el calor de su familia, la grata y siempre fiel compañía de su copiosa y selecta biblioteca, el terco tornar y tornar de sus muchas remembranzas, las que nos deja estampadas en "El Libro de mis Recuerdos", salido de prensas hará unos ocho años: nutrido volumen de 632 páginas profusamente ilustradas, que encierran desde cuadros murales de sucesos ocurridos en México, del 1852 a nuestros días, hasta miniaturas costumbristas y castizamente nuestras, en su mayoría ¡ay! desaparecidas definitivamente. En tres partes se subdivide el grueso tomo: la primera, que se ocupa en describir la existencia de religiosos y religiosas en sus conventos; la se-

gunda, que presenta amplia serie de "Cuadros de Costumbres",—en mi sentir lo más sabroso de la obra,—y la tercera, que nos habla de "Asuntos Históricos y Descriptivos", en los que el autor fuera testigo unas veces y actor otras.

Lindo remate éste, de la copiosa y meritísima bibliografía de don Antonio, la cual comprende no menos de unos cincuenta escritos y dibujos técnicos, atlas, mapas y cartas geográficas principalmente, algunos de ellos acompañados de memorias, comentarios y explicaciones instructivos y concienzudos, aunque los "modernos" hayan dado en la flor de tacharlos de equivocados y envejecidos. Sin duda que más de uno merecerá la tacha, pero si se toma en cuenta las épocas en que García Cubas los emprendió y realizó, el país sacudido de su epilepsia guerrera y endémica hasta hace poco, las comunicaciones inexistentes o erizadas de dificultades y peligros que en prohibidas convertíanlas, exhausto el erario que había de costearlas, etc., causa asombro que hubiese un enamorado de su profesión y de su tierra que se aventurase a consumarlas, sin otra mira que educar a sus hermanos y que revelar a los extraños cómo era ¡entonces! este nuestro México. Algún mérito tendría su patriótica labor, supuestas la sinnúmeras recompensas extranjeras y nacionales con que lo galardonaron, cito al acaso: miembro de nuestra benemérita Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, desde 1856; de la de Geografía, de París, y de la "Humboldt", desde 1861; del Liceo Hidalgo, desde 1872; de la Mexicana de Historia Natural, desde 1875, etc. Y medallas, la de nuestra Academia de Bellas Artes, por sus grabados geográficos; la del Centenario, de Filadelfia; la de la Exposición de París, de 1878; las de primera clase de las exposiciones regionales de Aguascalientes, Puebla y León, y la Legión de Honor, de Francia, que le

fué concedida antes de la Intervención del 67. Dos títulos, sobre todo, nadie podrá arrebatarle: su "Curso Elemental de Geografía Universal", que anda en su octava edición (1906), y que por años de años fuera texto en todas las escuelas oficiales y particulares de la República entera, y lo es todavía en distintas partes del país; y la construcción, gratuitamente, en la antigua Universidad hoy derruída por la piqueta ministerial, diz que para reedificarla en lugar más adecuado y decoroso (!), que le valió muy especiales parabienes, del Teatro del Conservatorio.

Dentro de la vasta biblioteca de García Cubas discurrió mi larga visita, en la que él hizo todo el gasto de la charla con su palabra instructiva y amena, sin que se cayeran de sus labios o de sus dedos los purillos recortados,—de Monzón o del Antiguo Estanco,—que lo mismo que Vigil, don Antonio fuma empedernidamente. Cuando la luz del foco eléctrico que pende del techo le dió de lleno en su frente abovedada y pálida, y rieló en los hilos de plata de su bigote y su "imperial" que de tiempo en tiempo pausadamente se alisaba, y le avivó la expresión de su mirar inquisitivo y dulce, sin desatender ya lo que él iba diciéndome, con despacio me puse a detallar a este anciano estudioso y venerable, que en plena serenidad aguarda la muerte...

Sentado a su mesa de trabajo con carpeta de peño, de codos en su borde, mucho que se destacaba y acentuaba el tipo españolísimo del geógrafo, mucho que resaltaban la tenue palidez del noble semblante, el contorno de su cráneo caucásico, la distinción de los ademanes, la vivacidad ya algo cansada y mortecina de los negros ojos expresivos. Su voz, de ordinario reposada y grave, rompíala de pronto la disonancia de su risa sin malicias. Respaldaban su figura, dos enormes estantes de caoba, hasta de siete plúteos cada

uno, repletos de libros empastados. En el vano del medio colgaban, con demasiada simetría quizás, un Cristo en grabado,—¿el de Rembrandt? ¿el de Van Dyck? . . .,—una Virgen de la Silla, un diploma cuya leyenda no alcanzo a ver, y dos ringlas verticales de diez paisajes prisioneros en marco. Dos columnas de madera, muy comunes y corrientes, sustentaban sendos candelabros de almendras de cristal, y sobre pequeño soclo de mármol, la joya del gabinete, que desde un principio desperto todas mis codicias: una reducción en bronce, admirablemente fundida y modelada, de la estatua ecuestre de Carlos IV, la que nuestro pueblo, para castigar las indignidades de aquel monarca, llama cariñosamente del "Caballito"; con lo que el linajudo jinete ha quedado, metafóricamente hablando, por debajo de la bestia.

Se hacía tarde y hubo que poner término al rato delicioso. Ambos ya de pie, se empeñó don Antonio en mostrarme los tesoros de la biblioteca,—inocente debilidad de cuantos alguno atesoran,—y para explicarme el gran hueco que afeaba la sección de obras mexicanas, me contó que las ausentes se las había vendido a don Enrique C. Creel en $2,000.00

—"Por una locura de uno de mis hijos,—me respondió con honda tristeza,—y crea Ud., amigo Gamboa, que conforme las empacaba, con cada título se me saltaron las lágrimas. . ."

Voy por la calle, tratando de ordenar las impresiones que me ha dejado la grata visita, y como siempre que me asomo a estas existencia diáfanas que la muerte va arrebatándonos, me asalta el mismo temor:

—Nosotros, sus seguidores ¿seremos, llegado el momento, igualmente honrados, igualmente laboriosos, igualmente patriotas?. . .

Vientos huracanados de Nicaragua han llegado a azotar las ventanas de nuestra quieta Se-

cretaría de Relaciones... Se ha registrado, allá, una seria rebelión contra el Presidente don José Santos Zelaya, encabezada por un general Estrada; rebelión que pronto ha asumido proporciones mayúsculas. Las noticias de aquel embrollo comenzaron a llegar el Día de Muertos,—en que se inhumaron en el cementerio de Dolores los despojos mortales de Juventino Rosas, traídos desde Cuba (Batabanó) donde falleció nuestro pobre músico, autor de "Sobre las Olas". En esa propia fecha, Zelaya se anotó dos victorias: la una, cerca del río Rama, y la otra en la embocadura del San Carlos. El día 4, la convenenciera y a las vegadas mentirosa "Prensa Asociada", telegrafió que Dávila, Presidente de Honduras, intervenía en contra de Zelaya, y que los EE. UU. y nosotros habíamos enviado al dicho Dávila sendos mensajes por el cable, exhortándolo a la quietud; noticia esta última, del todo falsa, por lo menos en lo que a México atañe. El 5 y 6, nuevas victorias de Zelaya. El 9,—en que arribó a esta ciudad de México, proveniente de Turquía, esa ave de mal agüero que responde al nombre de James Creelman, **journaliste de son état** y malhadado autor de la inconsulta interviú con el Gral. Díaz, aparecida en el "Pearson's Magazine" y causa inmediata de que los desafectos a la dictadura hasta ayer bendita de todos y que ayer y hoy nos ha gobernado sabia y patrióticamente, hayan entrado en manifiesto desasosiego e inesperada valentía que Dios sepa a dónde pueda llevarnos,—el 9, digo, y el 10, siguió triunfante Zelaya, hasta la costa Atlántica. El 12, diz que había invadido a Costa Rica. El 16, se hizo patente que la opinión de sus gobernados le es hostil del todo. Y hoy, 18, el trueno gordo: "puntos filipinos",—de los que con mayor frecuencia de la conveniente se nos cuelan en nuestras tierras,—que responden a los nombres de Cannon y Groce,

y que eran miembros activísimos del ejército (?) revolucionario nicaragüense, al decir de la desaprensiva Prensa Asociada, cogidos con las manos en la masa fueron fusilados por orden expresa de Zelaya. ¡Y vaya si había de qué! Resultaron **convictos** y **confesos** de la voladura de un puente y no negaron su propósito de volar los buques del Gobierno que camino de Greytown conducían tropas fieles por el río!!! Envío inmediato del "Des Moines" y el "Vicksburg", y nota, inverosímil por lo insolente y bárbara,que el Departamento de Estado dirigió a don Felipe Rodríguez, encargado de negocios de Nicaragua en los EE. UU. ¡Ahí es nada! Exige Wáshington que sean los tribunales yanquis los que juzguen, en territorio de la **Gran República**, al Presidente Zelaya!!! ¿Formularían pretensión tan inadecuada y sin precedente, si se tratara de Inglaterra o de Alemania?... Item más: no recibirán al ministro plenipotenciario, ya nombrado y amparado con el **agréement** de estilo!... La fábula de Esopo de "El Lobo y el Cordero" realízase una vez más, y habrá que repetir con el célebre fabulista, que: "Cuando un lobo se empeña en tener razón, ¡pobres corderos!" ¿Nadie dirá nada frente a este agravio al derecho internacional?...

20 DE NOVIEMBRE—La Secretaría comisionó a Victoriano Salado Alvarez para que estudie y aliste cuantos documentos puedan relacionarse con la representación que enviará México a la III Conferencia Pan-Americana, próxima a celebrarse en Buenos Aires.

El mundo se le ha caído encima a Zelaya: las dos blancas palomas, Leonard W. Groce y Leroy Cannon, que tuvieron la infantil ocurrencia de volar un puente, y que para pasar el tiempo estaban dedicados a pelear en contra de un Gobierno que no era el de su propio país, Groce era te-

jano, llevaba 16 años de domiciliado en Nicaragua y algunos meses de explotar en su beneficio una rica mina de su propiedad. La ejecución de ambos filibusteros, sin embargo, llevóse a término, cubriéndose, cuando menos, todas las formalidades que son de rigor en estos casos horrorosos: corte marcial, de acusador don Salomón de la Selva, y los dos acusados, confesos de haber colocado minas en el río de San Juan, al humanitario intento de que se fueran a pique, con tripulaciones y todo, los barcos que con sus quillas lo rozaran. Si no hubiese aparecido esa mina de oro que poseía Groce, quizás las iras de la Casa Blanca no resultaran tan implacables. Como aumento del castigo, los EE. UU. han reconocido, tácitamente, a los rebeldes.

Por los conductos oficiales se nos ha notificado que el embajador Thomson, quien supo observar conducta irreprochable y con ella ganarse las voluntades del Gobierno y de la sociedad mexicana, no tornará a su puesto. Vendrá a sucederlo el señor Henry Lane Wilson, hasta hace poco ministro de su país en Bélgica.

25 DE NOVIEMBRE—La Prensa Asociada, atiza la hoguera: que hay muchos yanquis encarcelados por Zelaya, y que cuantos se rehusan a pagar un impuesto de guerra, no obstante su nacionalidad, correrán idéntica suerte. Que Wáshington, con lujo de paciencia (?), se halla en espera de informes detallados. El "Tartufo" de Moliére, ha de andar buscando sitio donde esconderse y donde devorar esta humillación que lo empequeñece...

El reverso de esa medalla de prudencia: que los marinos están prontos a efectuar un desembarco armado; que el informe del comandante del "Des Moines" asegura que Cannon y Groce fueron capturados en Costa Rica (!!!), y que los rebeldes tienen de su parte toda la razón (!!!)...

26 DE NOVIEMBRE.—Por orden de la Secretaría, Bartolomé Carbajal y Rosas, nuestro ministro en Costa Rica y Nicaragua, llegará a Corinto pasado mañana. Reina allá la anarquía, y nos llega el rumor de que Estrada, Presidente Provisional según la revolución, se halla frente a Managua.

Mucho nos ha afectado al señor Mariscal y a mí,—por la buena amistad que con él nos liga y por la merecida estimación que le profesamos,—los resultados del gran jurado que ayer se celebró en la cámara de los Diputados para juzgar de las acusaciones entabladas contra Pepe López-Portillo y Rojas, por prevaricato, fraude y falsedad en declaraciones judiciales!... En la actualidad, Pepe, que es segundo senador suplente por el E. de Nuevo León, se halla en ejercicio. Llevaron la voz acusadora los señores don Luis Vidal y Flor, don Ramón Prida y don Ricardo del Río. Y el fallo fué: ha lugar a proceder!

Indudablemente, Pepe será reducido a prisión; pero preso y todo, la opinión pública sabe que todo este proceso no es sino artimaña política de parte del grupo de los "científicos". ¡Hasta dónde pueden llevarnos los sectarismos!...

28 DE NOVIEMBRE—No pude concurrir a la ceremonia con que en el cementerio francés de La Piedad se conmemoró esta mañana el segundo aniversario del fallecimiento de Ricardo Castro. La presidió Gustavo E. Campa, el discuro se encomendó a Alejandro Cuevas, y Juan de Dios recitó unos versos.

Mucha agitación en Nicaragua. Se nos asegura que Zelaya fué derrocado y que los EE. UU. despacharon cuatro buques de guerra más, a la desdichada República en peligro de muerte.

29 DE NOVIEMBRE—Extraoficialmente hemos sabido que renunció Zelaya a la Presidencia de Nicaragua, y que lo ha sucedido en el alto puesto, el doctor don José Madriz, persona, por cierto, llena de merecimientos.

30 DE NOVIEMBRE—Alud de inquietantes rumores, todos contrarios a Zelaya; en cuenta, que el revolucionario Estrada ha ofrecido pingüe indemnización monetaria para los deudos de los fusilados Cannon y Groce. La respuesta no se ha hecho esperar: los EE. UU. le han despachado más armas y municiones. ¡Qué diantres, hay que ser agradecidos!...

Anoche a las 10, se consumó la obra: Pepe López-Portillo y Rojas fué desaforado por 157 votos en pro del desafuero y sólo 12 en contra.

3 DE DICIEMBRE—Formidable escuadra yanqui va rumbo a Nicaragua: el "Albany" con 280 marinos de desembarco; el "Vicksburg", el "Yorktown" y el "Princeton", con 150 cada uno. En Costa Rica ha aumentado el número de naves guerreras, lo mismo que a lo largo de toda la costa Atlántica... ¡Una estrangulación!

4 DE DICIEMBRE—Zelaya ha rechazado, digna y decididamente, la inverosímil nota de Philander C. Knox, con la que tanto se ha manchado el Gobierno de la "Gran República", y despachó a Wáshington, con el carácter de agente especial, a mi amigo el doctor don Fernando Sánchez, hábil y veterano político. La prensa yanqui, que no desperdicia oportunidad de ponerse en evidencia, anuncia ¡a siete columnas! que el propio Zelaya se apercibe a fugarse a bordo del "Momotombo"... Ignorancia risible. El tal "Momotombo", que yo he visto con mis ojos, en tonelaje y resistencias náuticas apenas si igualará a un

remolcador de tercer orden del puerto de Nueva York. ¿Le habrán nacido alas?...

8 DE DICIEMBRE—Hay para perder la cabeza frente a tantas noticias, creíbles algunas, y fantásticas y contradictorias las más. Carbajal y Rosas nos telegrafía sin descanso, y en varios de sus mensajes cifrados retrátanse su desorientación y angustia. Lo compadecemos de veras, viviendo y actuando en aquel volcán en erupción! En resumen: más barcos yanquis a Nicaragua, pues parece que Zelaya se ha apuntado algunas victorias sobre los rebeldes; reunión en Wáshington, de la junta centroamericana (?), en pro de Zelaya; y anoche yo estuve a despedir oficialmente,—y conmigo los ases del cientificismo militante,— a don Enrique C. Creel, que partió también a Wáshington, como agente confidencial de nuestro Gobierno.

Contrariedad de otro orden: a la 1 de la tarde de ayer, quedó **incomunicado** en la cárcel de Belén, mi pobre y honorable amigo Pepe López-Portillo y Rojas!...

10 DE DICIEMBRE—Mitin, ayer, de los centroamericanos residentes aquí, en el que con sobra de razón y de justicia pusieron el grito en el cielo; y hoy, telegrama lacónico y grave de Londres, en que con la solemnidad propia de aquella metrópoli se asegura esta verdad que subscribiría Pero Grullo: "Zelaya saldrá, por la presión que en su contra están ejerciendo los EE. UU."

11 DE DICIEMBRE—Dice la Prensa Asociada: —"Wáshington, 10 de diciembre.—Hoy pre-
"sentó senador Raynor, ante la Cámara de Re-
"presentantes, solicitud autorizar Presidente Taft
"para **aprehender** a Zelaya, y **juzgarlo y casti-**
"**garlo** en EE. UU., por asesinato, si hechos en po-

"der Departamento de Estado requieren seme-"jante medida"...(!!!) Es decir, el contenido esencial de la memorable nota que, fuera de toda duda, hará inmortales los nombres de Taft, maestro jurisconsulto, y de Knox, maestro de... lo que ustedes quieran. ¡Lástima que no haya poder sobre la tierra, atenta la fortaleza de la nación que exige, **en serio,** monstruosidad tamaña, que pudiese imponerle el tremendo escarmiento a que, sin apelación, se ha hecho acreedora ante la conciencia universal y humana! ¡Mire usted que es desvergüenza,—por no llamarlo crimen,—querer tratar a un jefe de Estado,—así sea éste levantisco, pequeño y débil como Nicaragua,—con quien la víspera se mantenían buenas relaciones internacionales, igual que a un azotacalles! ¡Qué pretensión! ir a desposeerlo de su investidura que el mundo entero ha reconocido,—así sea ésta de origen espurio o defectuoso,—aprehenderlo con agentes armados y extraños a su propio país, y llevarlo **por cordillera**, maniatado y encarnecido, hasta la presencia de magistrados extranjeros para que lo enjuicien y sentencien **a lo que haya lugar**... ¿Para cuándo los rayos, las lluvias de fuego y los cataclismos? ¿de qué sirven los siglos que la humanidad lleva de penar y penar en demanda angustiosa de esta **civilización** con que tanto nos pavoneamos hipócritamente, si cualquier día ¡qué digo cualquier día! si de continuo, lo mismo hombres que pueblos, sólo amparados en su riqueza y en su fuerza, han de permitirse los peores atropellos y atentados, con la certidumbre de que han de quedar impunes, y aplaudidos inclusive, si fruncen el ceño?...

¡Ah, es el salto atrás! Y finca lo malo, en que pueblos y hombres no hagamos sino saltar hacia atrás un día y todos los días de nuestras vidas colectivas o nuestras vidas individuales.

Hay que reconocer, y que proclamar, que en efecto, el reino de Jesús no es de este mundo.

Por suerte, Zelaya tuvo una respuesta que lo honra,—sean sus defectos los que hayan sido durante su larga administración,—y que también esparce a los cuatro vientos la Prensa Asociada:

—"Antes de consentir la intervención ameri-"cana, renuncio a la Presidencia de mi país".

Se confirma que lo sucederá en el mando supremo el doctor don José Madriz, a quien sus connacionales rechazan resueltamente; y se puso en claro que Zelaya, el dogal al cuello, en el terreno de las concesiones había llegado al límite: se comprometió a acatar el fallo de la comisión inspectora que, a pedido suyo, le enviarían los EE. UU. Pero Knox, firme en sus trece, se negó a dicho envío: Zelaya tenía que someterse, **incondicionalmente**, a las brutales exigencias del Gobierno yanqui! (Tomen nota de "cómo las gasta el hojalatero", todos los Presidentes actuales y futuros de las Repúblicas de nuestra América, y echen en remojo sus barbas). Otra ruindad, las peores son las que llevan a cabo los ricos y los fuertes: en la ciudad del Capitolio la policía aprehendió, **porque sí**, al agregado diplomático de la legación de Nicaragua...

La noche de hoy ha llegado a México, el docto profesor español don Rafael Altamira.

13 DE DICIEMBRE—¿En qué quedamos?... Por cable nos comunican de Managua, que desde ayer se nota en aquella capital una calma aparente, y que Zelaya dispone todavía, de Dls. 20.000.000.00 (???).

Previo un alistamiento indispensable que de urgencia se llevó a término con cierto sigilo, hoy zarpó rumbó a Nicaragua nuestro "General Gue-

rrero", para el público, **en observación**; en realidad, para salvar a su bordo la dignidad seriamente amenazada de un Presidente en funciones, y la honra de todo el Continente hispano. ¡Dios lo lleve y, sobre todo lo traiga, sin novedad mayor ni menor! Carbajal y Rosas acompañará en la breve travesía al mandatario nicaragüense que, no en balde, pidió a México la prestación de este magno servicio que a la corta o a la larga y con réditos shylockianos, quizá nos cobren los EE. UU.; aunque con nuestro "gesto", imposible de negar por trascendentes razones de humanidad, de civilización, de raza, de desinterés y de elemental decoro,—no se acude a México en demanda de auxilio ¡y en qué condiciones! sin que México no responda con cuanto puede y cuanto vale,—resultarán ellos, los EE. UU., más beneficiados que nadie, puesto que sin lastimarlos en su vanidad hiperestesiada de nación poderosísima, les ahorramos la perpetración de un horrendo delito contra el derecho de Gentes y contra todos los derechos, y que, a pesar de su fuerza, sus millones, su orgullo y su poderío, los habría manchado indeleblemente de oprobio e ignominia. A la hora de ésta, ya Creel ha de haber declarado al implacable Knox, que en las actuales y deplorables circunstancias que imperan, con sumo agrado veríamos el puntual cumplimiento de los tratados que en Wáshington se ajustaron el año de 1907, a cuya virtud México y los EE. UU. quedaron solemnemente obligados a "mirar por la estabilidad de la paz en Centro América, **sólo usando de medios pacíficos y amistosos.**"

Al filo de las 8 de la noche,—ya todo el mundo enterado desde temprano en la mañana de la salida del "General Guerrero", y con tiempo de sobra para que hubiesen ido y venido de Wáshington acá más de un telegrama urgente,—se me presentó en mi oficina el embajador Lane Wil-

son, con quien al parecer hállome en relaciones particulares de cordialidad ultra, y a vueltas de los lugares comunes con que infaltablemente se inician las entrevistas de importancia, al fin entró en materia, siempre cuidando de sus palabras y actitudes (¡oh, la Carriére!)

En síntesis: que aunque lo había leído en los periódicos, y en el curso del día lo había confirmado, resistíase a creer en ese nuestro envío del "Guerrero" a Nicaragua. ¿No era cierto, verdad?...

Con idéntico cuidado en mis respuestas y ademanes, le repuse que mis noticias reducíanse también a los periódicos, pero que esperaba de un momento a otro que la secretaría de Guerra y Marina nos lo comunicara oficialmente, de ser exacto, o lo desmintiera, de ser producto de la fértil inventiva reporteril. Breve silencio suyo, con leve congestión del rostro, repetidas chupadas a su veguero y fulgores de ira contenida en sus ojos felinos de hombre rubio. Aproximó su sillón —Hablemos francamente,—me dijo,—como buenos amigos, yo no he venido como embajador. Naturalmente, paré la oreja y reafirmé mi guardia defensiva. Y entre bromas y veras, me espetó lo que le escarabajeaba dentro del pecho. Convendría que por inalámbrica se le diera contraorden a nuestra cañonera, que no iría muy lejos. De otra suerte, su Gobierno podría, **tal vez**, interpretar por equívoco modo nuestra **buena intención** que él, Lane Wilson, se complacía en reconocer y **hasta aplaudir** (?) Porque ¿si se creaba un conflicto?... Hícele ver, quitándome, al igual suyo, media careta, y también entre veras y bromas, que el "Guerrero" carecía de inalámbrica, que no haría escala ninguna y que no íbamos nosotros en són de guerra contra nadie, y menos contra los EE. UU., sino a tenderle la mano a un hombre que se ahogaba y que, an-

gustiosamente nos la había pedido. ¿Cómo ni por qué, entonces, temía él que se produjese un conflicto? ¿Acaso su país, sin notificar a nadie, se hallaba en guerra con Nicaragua y andaba ya en el bloqueo de sus costas?...

A falta de respuesta pertinente, recogióse un punto sin cesar de mirarme, para salir, al cabo, con esta nota desafinada que pretendió melificar medio entornando los párpados y echando sobre su advertencia una contracción labial más emparentada con la mueca que con la sonrisa:

—"No caben ya en el puerto de Corinto nues-"tros acorazados. Si por desgracia se opusieran "físicamente a que el "Guerrero" entre o salga, "¿qué harían ustedes y qué haríamos nosotros?... "Es el "Guerrero", por comparación, pequeño "y débil, resistir equivaldría a un suicidio..."

Sin perder mi ecuanimidad, le repliqué:

—Mi querido embajador, lo que Ud. se supone sólo se realizaría en el caso improbable de que el jefe naval de los EE. UU. que ordenara o consintiera ultraje y desafuero de tantos quilates, fuese víctima momentánea de un ataque de enajenación mental. Y eso, sin contar con que nuestro "Guerrero", dentro de su debilidad y pequeñez ahora resultaría más poderoso que todos esos acorazados...

Cual si un resorte lo disparara, Lane Wilson saltó de su asiento y se llegó a mi mesa, en cuyo borde hincó las yemas de sus dedos temblorosos:

—"Pero, ¿qué dice Ud., Mr. Gamboa, que el "Guerrero" es más...—y sus manos en alto, di-"señaban en el aire las proporciones de aquellos "monstruos de acero. Repare Ud. en la artillería "de nuestros barcos, en la suma de hombres que "arrojan sus tripulaciones, en..."

—Sí, Mr. Wilson, así es. Pero Ud. no ha reparado en lo que los unos y el otro llevan a su bordo...

—"Llevará el "Guerrero" explosivos secretos, "bombas milagrosas?..."

—No, Mr. Wilson. "El "Guerrero" lleva el Derecho, y los acorazados de ustedes, la fuerza nada más. ¿Quién cree Ud. que vencería?...

Pausa fugaz. Luego, me extendió entrambas manos y, ya en camino de la puerta, sin sombras su semblante, envuelto en sonrisas, me soltó esta sentencia:

—"Romanticismo latino, **my dear fellow**, puro "romanticismo. ¡Ojalá que nada suceda!..."

De vuelta a mi casa, sentíme desorientado. ¿De veras será nuestro rasgo, un puro y peligroso romanticismo?...

15 DE DICIEMBRE—Mi ansiedad raya en angustia. De labios del alto empleado de la secrería de Guerra y Marina,—cuyo nombre no hace al caso,—que **tiene** que saber lo que me confía en la mayor reserva ahora que vino a poner "en mis propias manos" el oficio en que aquella dependencia del ejecutivo comunica a Relaciones Exteriores, oficialmente, la salida del "General Guerrero" rumbo a Nicaragua, y con **instrucciones especiales**, que nosotros nos sabemos de momoria,—tan fidedignos labios, repito, me imponen de que al comandante del **"Guerrero"** se le dió, según es de práctica en estos casos, pliego sellado que no habrá de abrir sino en el supuesto remoto de que la escuadra yanqui lo ataje a su salida de Corinto y le exija con amenaza de vías de hecho, la entrega del Presidente de Nicaragua, **refugiado político** a su bordo. Y casi al oído me puntualiza lo que se le ordena:

—Que sin arriar bandera, en formación armada la tripulación, y tocándose marcha de honor, taladre los fondos de su barco y lo hunda, sin empeñar **batalla!!!...**

Frente a esta orden espartana que por la millonésima vez revela el temple del alma del Ge-

neral Díaz, la devoción con que ama y sirve a México, y lo celoso que fué siempre de su decoro y su soberanía, sentí que un escalofrío me corría por la espina, el escalofrío que las grandezas morales nos provocan; pero, incontinenti, más que en el mismo Zelaya,—causa al fin y al cabo de lo que pueda suceder,—más que en la sufrida tripulación, por razones de oficio resignados de antemano a morir, hasta de peor manera, pensé en Bartolomé Carbajal y Rosas, ignorante del grave peligro que va a correr, y que sería ¡Dios no lo permita! la víctima expiatoria por excelencia...

Hubo ayer manifestación tumultuaria en Managua contra aquel Gobierno; en Wáshington le dieron a don Felipe Rodríguez, encargado de negocios allá, sus pasaportes, y se libraron órdenes urgentes de despachar 700 marinos más a Nicaragua. Hoy,—nos informa un telegrama,—conferenciaron en el Departamento de Estado, Creel y Knox.

17 DE DICIEMBRE—Ayer renunció Zelaya, y dirigió al Congreso nicaragüense un digno mensaje. Los EE. UU. han hecho público que, no obstante dicha renuncia, ésta no lo libra de la responsabilidad que ha contraído ante ellos!!!...

19 DE DICIEMBRE—Llegó a Corinto el "General Guerrero".

Creel y Knox han lanzado a los cuatro vientos esta declaración conjunta:

—"Nunca han sido más cordiales las relacio-
"nes entre México y los EE. UU."

Risum teneatis?...

22 DE DICIEMBRE—Mechado de ansiedades y quehaceres, he cumplido hoy mis 45 años.

23 DE DICIEMBRE.—Batallas y más batallas

en Nicaragua: Estrada *versus* Madriz, en el solio desde el 20.

25 DE DICIEMBRE.—Navidad. Triunfaron ayer los estradistas...

26 DE DICIEMBRE—Mensaje por el cable, que nos ha devuelto la tranquilidad al señor Mariscal y a mí: a las 5 de la tarde de ayer, saludado por las atronadoras salvas de los acorazados yanquis y por las de las baterías de Corinto, con todos los honores de estilo,—no obstante los ficticios temores de Henry Wilson,—zarpó nuestro "General Guerrero" rumbo a Salina Cruz, llevando ostensiblemente a su bordo al Presidente depuesto de Nicaragua, don José Santos Zelaya, y al Ministro de México, don Bartolomé Carbajal y Rosas, que en nombre de la República lo asila y lo custodia!... ¡Bendito sea Dios!

27 DE DICIEMBRE—A las 8.30 de anoche, arribó a Salina Cruz el "Guerrero," y ancló fuera de la bahía, después de realizar un **record** de velocidad. No se le esperaba sino hasta hoy.

28 DE DICIEMBRE—Desde esta noche, es huésped de México el gral. D. José Santos Zelaya. Suceda lo que quiera, sólo los que no tengan el alma en su almario podrán censurar a nuestro Gobierno por su elevada conducta en esta ardua emergencia internacional.

29 DE DICIEMBRE.—Muy discretas y atinadas las declaraciones del general Zelaya, que "El Imparcial" ha publicado en su número de hoy. "El Secretario Mr. Knox—dijo entre otras co-"sas,—no es mi juez. Yo he procedido conforme a "las leyes de mi país al negar el indulto de los "americanos Groce y Cannon, y éstos fueron juz-"gados por un tribunal perfectamente constituído.

"Ahora bien, si alguna trasgresión de la ley hubo "por mi parte, mi culpabilidad debe ser juzgada y "decidida por el Congreso de Nicaragua..." Y "con respecto a nuestro Presidente: "Espero visi- "tar mañana o pasado, al señor General Díaz, a "quien tengo muchos deseos de conocer, tanto por- "que admiro su sabia administración, cuanto por- "que quiero, personalmente, significarle mi agra- "decimiento por haber puesto a mi disposición el " "General Guerrero"..."

31 DE DICIEMBRE—A las 4 de la tarde me visitó, en casa, el general Zelaya.

Y como remate de año recibí, a la noche, la carta que en seguida se transcribe íntegra:

"Correspondencia particular del Director de la "Comisión Geográfico-Exploradora.—Xalapa, Di- "ciembre 31 de 1909.—Señor D. Federico Gam- "boa, Subsecretario de Relaciones.—México.— "Muy estimado y distinguido amigo:—La actitud "altamente humanitaria, generosa, correcta y, por "tanto, merecedora de aplauso universal, asumi- "da recientemente por la Secretaría de Relacio- "nes de México respecto del señor Zelaya, ex Pre- "sidente de la República de Nicaragua, ha cau- "sado en mi ánimo, como seguramente habrá "causado en todos los hombres honrados, la más "viva y profunda satisfacción, impulsándome "como mexicano, como patriota, como general "del Ejército y como individuo de la raza latina, "a enviar al Señor Ministro D. Ignacio Mariscal "y a Ud., mi más cordial y sincera felicitación "por aquella nobilísima actitud que la historia "señalará como un título de gloria para la Nación "Mexicana y para el egregio y venerable Señor "Mariscal, que dirige nuestras relaciones exte- "riores.

"Suplico a Ud. que tenga la bondad de favo- "recerme, haciendo presente al Sr. D. Ignacio

'Mariscal mi respetuosa, cordial y sincera feli-
"citación por el raro y humanitario ejemplo que
"acaba de dar al mundo civilizado; y Ud., mi dis-
"tinguido amigo, srvase también aceptar mi
"entusiasta felicitación por la parte, seguramen-
"te muy importante, que le corresponde como
"digno colaborador del Sr. Mariscal.

"Deseo que el próximo año sea para Ud. y
"los suyos próspero y feliz, y me complazco en
"repetirme con toda consideración su adicto y
"afmo. servidor y amigo, q. b. s. m.

"(f) **Angel García Peña**".

Sea esta carta espontánea y noble que subscribe un soldado lleno de merecimientos, honrado a carta cabal y, por añadidura, muy querido amigo mío, el reflejo de la opinión general del país, ya impuesto de los atrenzos por que acaba de pasar, y quizá siga pasando, el Gobierno de la República.

¡Y tú, viejo 1909 en agonía, que descanses en paz, allá, en el insondable e ignorado abismo a que van a parar los años cuando se extinguen.

1 9 1 0

1ro. DE ENERO—Los dos hondos deseos que nutrí de mozo, se han realizado sin mayor novedad hasta ahora: alcanzar el siglo XX, todavía en su infancia a la hora de ésta, y alcanzar este año de 1910, que comienzo en el nombre de Dios, y en el que se cumplen ciento de la proclamación de nuestra independencia nacional, siempre ensombrecida y en peligro por culpa de la endiantrada vecindad inevitable con los Estados Unidos de América.

Día de fastidio, a causa de las huecas ceremonias oficiales; y día de fingimiento y de mentira, a causa de las felicitaciones verbales y escritas,—sinceras en una millonésima parte, si acaso,—más abundantes y melosas mientras más alto se encuentra uno...

Me desquito en casa, con los míos de veras, por los que vivo y para los que vivo. Lo demás, "pa'l gato!" Sin embargo, mi pensamiento, intermitentemente, va y se asoma a la ventana que cae al campo obscuro y neblinoso de los augurios, y las conjeturas, y los presentimientos. Y aquí que nadie me oye, he de decir que, en su cerrazón impenetrable de futuro, como que es-

cucho sordos retumbos de tempestad en sus enigmáticas entrañas, como que medio diviso en sus negruras fulgores de relámpagos... El General Díaz ya está muy viejo, y aunque lo pretendiese, no le sería dable conculcar las leyes naturales, las inexorables que hacen que en la extrema vejez, se yerre y se claudique... Hay, en el aire, muchos odios contra su prolongada administración, aunque nadie se atreva a regatearle su probidad ejemplar, su patriotismo acendrado, lo austero de su vida y su sabiduría solónica para gobernarnos...

¡Bah! desechemos inoportunas agorerías, y sigamos viviendo. Me llaman de la mesa, donde humea el ponche familiar y el pavo con castañas, huele a gloria.

2 DE ENERO—Por culpa del reciente embrollo nicaragüense, estoy en deuda conmigo mismo y con este MI DIARIO. Nada he asentado acerca del acto de justicia llevado a cabo en la persona de don Antonio García Cubas, mi respetable y amado amigo, la noche del 1ro. de diciembre en el salón de actos de Minería, donde, dicho sea de paso, mientras se reedifica la cámara de los Diputados destruída por voraz incendio que acabó con ella, su biblioteca y su importante archivo inclusive, en la madrugada del 5 de marzo anterior, celebra sus sesiones aquel Cuerpo. Solemnemente, el General Díaz le impuso a don Antonio una medalla de oro, como recompensa, no usurpada por cierto, a sus merecimientos y largos servicios.

Mientras la simpática velada seguía su curso, a mí se me puso por delante una cruel ironía: una semana antes, en ese propio sitio se desaforó a Pepe López-Portillo y Rojas, por prevaricador (?), dicen sus acusadores y enemigos, por "reyista", dice nuestra anémica opinión pública...

Tampoco anoté que la tarde del 10 de ese mismo diciembre Fidencio Nava, talentoso escultor veracruzano con quien trabé muy buenas amistades cuando mi regreso de Europa, a bordo de "La Navarre", dió principio en uno de los salones de la Academia de Bellas Artes, a un busto de mi individuo, que aun no termina y cuya quinta **pose** será mañana.

3 DE ENERO—Acabé anoche la lectura de los dos tomos de la "Correspondencia", de Balzac, inferiores en mi sentir y desde el punto de vista meramente literario, a los cuatro de la de Flaubert, pero incomparablemente tristes y desgarradores. Fué Balzac la quinta esencia del hombre de letras sin ventura.

Mi pobre salud continúa cuesta abajo, y a ello habrá que atribuir el que cuando hace unos días cumplí 45 años, tal cumplimiento se me figurase una inaudita hazaña. Mi neurastenia, o lo que sea, no me suelta y me hace agonizar, literalmente, mil veces al día, con sus síntomas y embestidas a nadie confesadas después de mi regreso de Europa, en la cual diz que hallé completo alivio... ¿Cuántos años más llegaré a cumplir? ¿concluiré LA LLAGA, esbozada apenas en el primer capítulo, y en la que no he vuelto a poner mano hace tiempo?...

19 DE ENERO—Interesante confidencia la que me hizo el señor Mariscal esta mañana en la oficina:

—"Yo también rezo,—me dijo,—pero a mi "modo, al despertar y al acostarme... Ni mis "hijas lo saben, y no querría yo que lo pusiera "usted en su DIARIO, (**según le anuncié que lo "haría sin falta, aunque dentro de mucho tiem-"po)**, por las interpretaciones del público y de los "maleantes".

22 DE ENERO—A las 6.30 de esta tarde, desde la azotea del ministerio,—instalado en casa alquilona y moderna del Paseo de la Reforma, mientras no se terminen las adaptaciones necesarias al edificio que se le destina en propiedad, la antigua morada de don Francisco Espinosa, tesorero general de la nación por años de años,— contemplé a todo mi sabor el inesperado (¡¡¡) cometa "Daraki". ¿Por qué no lo esperarían los señores astrónomos?...

23 DE ENERO—En una "tortería" del callejón del Espíritu Santo, ordena jubilante un golfo desarrapado:

—¡Dos de huesos!...

Me explican el significado: ha querido pedir dos centavos de huesos de pollo.

¡Me abismo!

25 DE ENERO—Hay días, como el de hoy, en que me siento tan enfermo al echarme a la calle que se me antoja maravilla el hecho simplícimo de caminar; cada paso me cuesta un triunfo, y a modo de lugares inaccesibles diviso las esquinas... Y luego, diga usted a todos que se siente tan famoso!...

26 DE ENERO—Grata ocupación a domicilio: he comenzado a preparar la próxima impresión del tomo II de MI DIARIO.

27 DE ENERO—Sesión literario-gastronómica del Liceo Altamirano, que preside Joaquín D. Casasús, en el restaurante de Sylvain, y como invitado de honor el profesor español Altamira. La personalidad de éste luce un mérito de que por lo general carecen en lo absoluto cuantos personajes ultramarinos nos favorecen con su visita. No alardea de lo que sabe ni mira a nadie por encima del hombro. Su charla es amena.

30 DE ENERO—Enfermo ayer y hoy: hasta 39 grados de temperatura.

Se inicia una serie de sablazos trasatlánticos. Con mi retrato y todo, subscripto por un señor Addy de Saint-Germain,—a quien mucho conocerán en su casa, si es que a casa llega,—tengo a la vista un número de **"Les Hommes et les Oeuvres—Dictionnaire Biographique des Contemporains"**, en que se me pone en los mismos cuernos de la luna, y que seguramente carece de abonados y lectores. Ha de ser uno de tantos papeluchos con que los que se nos marea desde las Europas, por lo que queramos dar en pago.

31 DE ENERO—En el Casino Español, conferencia de Altamira sobre Sófocles y Platón, titulada: "El problema del respeto a la ley, en la literatura griega". Tema demasiado alto para la gran mayoría de la nutrida concurrencia hispanomexicana que llenaba el salón. Me quedo con Sófocles, ¿seré un rebelde?...

1ro. DE FEBRERO—Se marchó Zelaya, y ni por tarjeta se despidió del señor Mariscal ni de mí. Como signo de gratitud, me parece un tanto deficiente. ¡Si supiera las continuas instancias que, untadas de vaselina cancilleresca hemos estado recibiendo del Departamento de Estado y del embajador Wilson, para que nuestro huésped nicaragüense ahuecara el ala; y si supiera cómo nos hemos defendido para no acceder a tan impertinentes indicaciones, su despedida debía haber sido una cordial y efusiva acción de gracias!... Vaya en paz, sin embargo, y que en Europa halle el completo sosiego por que suspira.

2 DE FEBRERO—Se partió Altamira rumbo a España, y yo he venido a Veracruz, adonde tendré que venir con relativa frecuencia, a fin

de documentarme minuciosamente para continuar, bien informado, mi novela en preparación LA LLAGA.

Encantadora puesta de sol, que presencio desde el castillo de San Juan de Ulúa, en el que tuve que rectificar la posición de las bartolinas y donde fotografié, luego, el hospital, diversos grupos de presidiarios y soldados, etc.

5 DE FEBRERO—Todos estos días, Ulúa a mañana y tarde. Esta noche, permaneceré hasta después de las 8, para enterarme del rancho vespertino a los presos, y de cómo es el encierro cotidiano de éstos en las dantescas galeras que habitan. Habría yo querido encerrarme con ellos, siquiera hasta las 10 ó las 11, si el general don José Ma. Hernández, gobernador de la fortaleza y **vieux troupier** a la moda napoleónica, que al pan llama pan y vino al vino, no me hubiese alarmado con la cuerda reflexión que me soltó muy en serio, por entre su bigote encanecido, gacho y amarillento por el cigarro:

—"No se lo aconsejo, mi estimado subsecre-
"tario, pues correría usted el riesgo de que estos
"bárbaros me lo violaran!... Quédese, si gusta,
"en la ante-galera, cuya gruesa reja lo pone a
"salvo, y desde ella mire y estudie lo que le pa-
"rezca".

¡Trabajo me costó reirle su prudente advertencia!...

A punto de embarcarme hacia el puerto ya iluminado,—eran las 8.30,—el mismo general me obsequió con un periódico muy mal impreso en papel basto y azul, para que lea yo en calma los primores que en él se me dedican. Y lo leí después de la cena: es un alcance al número 19 de "Evolución Social", que se publica en un pueblecillo de Tejas, y que corresponde al 16 de agosto del año pasado, al año y pico de una mi visita an-

terior a Ulúa, en la que el propio general Hernández, haciendo de **cicerone**, me mostró al pormenor los horrores del fatídico presidio que custodia. Después de haberme hecho entrar en las pavorosas "tinajas",—ya clausuradas, y en una de las cuales es fama que encerraron a don Benito Juárez, (¿será cierto?...),—me enseñó los no menos espantables calabozos que se apellidan, respectivamente, el "infierno", el "purgatorio", el "limbo" y la "gloria", que yo necesitaba ver con mis ojos, para describirlos en mi libro. Todos ellos tenían inquilinos, y quiso mi mala estrella que en el 'limbo" llevase más de un año de estar aislado, incomunicado, el rebelde don Juan Sarabia, quien en las sombras de aquella especie de cisterna cálida y oliente a sudor y a marisco, en camiseta y calzoncillos, se levantó del asiento que ocupaba para responder a nuestros buenos días. Me horroricé por dentro y abrevié nuestra permanencia, precisamente por evitar lo inevitable: que se me atribuyeran malsanas curiosidades y frases que no formulé ni en pensamiento con la cruel intención que se me atribuye, pues de haberlas formulado con tanto veneno, me habrían rebajado ante mí mismo más que ante nadie... Transcribo lo esencial de la hoja tejana:

—..."no obstante, el año pasado, en lo mas "riguroso de nuestra incomunicación, cuando pa"ra soportar el calor teníamos que desnudarnos, "el señor D. FEDERICO GAMBOA, (**así, con ma"yúsculas**), actual SUBSECRETARIO DE RE"LACIONES EXTERIORES, escritor de mucho "talento y que goza fama de observador (**con c**) "e intachable, habiendo visitado estos nuestros "calabozos, y cuando saliendo preparábase para "atravesar otro que conduce al patio del presidio "(**con P. mayúscula**), nos lanzó al rostro, aun"que hablando con sus acompañantes, esta fra"se: "Qué fresco, parece que estamos en la pla-

ya'. Frase, (**también con c**) que nos pareció un "despiadado amén (?) a nuestra situación..."

La falacia con que se ha revestido a esas palabras encargadas de esconder la emoción que aquel espectáculo lamentable me procuraba, y que quizás pronuncié tal y como aparecen en la hoja revolucionaria, no me indignó, antes me provocó una infinita piedad hacia Sarabia; hasta me expliqué y disculpé que las interpretase por donde queman: él era el preso y el perseguido, yo era el hombre libre y el funcionario, aunque para mi fortuna no el verdugo ni el salvaje que hace mofa del dolor ajeno.

¡Ah, "documento humano", lo que nos cuesta buscarte y aprovecharte, para que el lector ni lo sospeche, o no lo justiprecie si lo sospecha!

6 DE FEBRERO—A Ulúa de nuevo, desde por la mañana. He menester de saturarme de su fisonomía, para que las páginas en que de él hablo, sollocen y palpiten.

Cuando regresábamos a comer, el mar, más que "picado", nos bañó de pies a cabeza con una de sus olas que por poco no se traga a nuestro bote. La culpa fué sólo nuestra, por haber querido ir a visitar, a la salida del castillo, "La Navarre" y el "Mérida", entrados al mediodía.

Pésima tarde, con 39 grados de calentura... A pesar de ella, emprendí el regreso con mi familia, por el tren nocturno.

7 DE FEBRERO—Sin fiebre. Fuí a la Secretaría, como si nada; y esta noche asistiré al banquete italiano, principalmente por complacer a mi viejo amigo el conde Massiglia.

En la mañana, de asistencia oficial en el jardinillo de la Biblioteca, en cuyo ángulo noreste el Presidente descubrió la monumental estatua del barón de Humboldt, con que Alemania obse-

quia a México, por el centenario de la independencia.

8 DE FEBRERO—El señor don C. Z., que hasta ayer gozó de alto puesto administrativo y hoy paladea los acíbares de la cesantía, estuvo a consultarme si no habrá mayor peligro en que sus dos hijas,—a cual más agraciada y gentil,—acepten la contrata que les proponen para que vayan y canten en San Francisco de California. El peligro no lo veo yo en la residencia, sino en el tentador hechizo de una de las dos chicas principalmente. Pero ¿cómo ni con qué palabras se le puntualizan a un padre atribulado tales aprensiones?... Y al despedirlo, me asaltó el título de la linda obra de Giacossa: "Como le foglie"...

14 DE FEBRERO—Terminé, anoche, con el ánimo acongojado, la lectura de los tres tomos de la "Correspondencia" de Heine, víctima perpetua de su pésima salud, y hasta sus últimos momentos preocupado por la obra de arte: ¡seis años en cama, derribado por la parálisis!... Heine es un ególatra de muchísimo talento, y un artista de raza.

Leí, en la sesión de la Academia Mexicana, mi estudio sobre Guillermo Prieto; y algo ha de haber gustado, supuesto el acuerdo unánime de que se publique en el próximo tomo VI de sus "Memorias".

24 DE FEBRERO—Ahora, mi busto en formación ha cambiado de domicilio, y de la Academia de Bellas Artes se ha venido a mi casa. Ayer se registró la cuarta **pose** a domicilio; y aunque Fidencio Nava es un silencioso, mientras plasmaba el barro me habló de los excesos alcohólicos de mi querido Rubén Darío, en París, donde

él y Nava se veían a diario; me habló de sus iracundias y su fuga de ideas, de su perversión genésica por las chiquillas... Una porción de tristes detalles que ensombrecen un tanto la limpidez admirable de su genio y de su estro. A seguidas, me habló Nava del escultor G., compatriota nuestro con quien intimó en las Europas, y al que tachó de avaricia sistemática y temperamental **(sic)**

Estuvo el profesor canadiense Juan Humberto Cornyn, B. A. Ll. B. B. E. (sepa Dios lo que este abecedario signifique), a traerme la grata nueva de que el entrante domingo aparecerá, traducida por él al inglés, mi visita a la casa-museo de Jorge Wáshington, en Mount Vernon; y de que, **puede** que también traduzca SANTA para la casa Putnam, de Nueva York.

A la noche fuí a ver la "Salomé" de Oscar Wilde, que ha levantado gran polvareda entre nuestros intelectuales. A mí, dicho sea con perdón del autor y de tanta intelectualidad novelera, la pieza me pareció abominable y delirante, la florescencia natural de aquel talento enfermizo y desequilibrado por culpa, será, de sus desviaciones ultra-patológicas. Aquí, la "Salomé" ha causado pasmo, se la llama: "alta manifestación de arte!... No hay tal, es vesánica.

8 DE MARZO—En el original castellano, mi visita a Mount Vernon leída en la sesión del jueves pasado, en nuestra Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística por el ingeniero don Francisco de P. Piña,—subjefe de la sección de Límites, de Relaciones,—se ganó bondadosos aplausos de parte de los concurrentes, y el inmerecido honor de que éstos acordaran su publicación en alguno de los números venideros de su "Boletín".

Lleva varios días "The Mexican Herald" de hacerme saber que en los Estados Unidos están

matándose negros y blancos, que es un horror; y que, además, en Filadelfia se han registrado desmanes, tiros y estacazos, con motivo de la enconada lucha entre el Capital y el Trabajo. Y ni quien chiste.

14 DE MARZO—Hoy terminó Fidencio Nava mi busto, y mañana vendrá a llevárselo. Ya me obsesionaba el tal, entrapajado, inmóvil y mudo dentro de mi gabinete de trabajo, precisamente porque yo sabía que era el **doble** de mi individuo, y llegué a prestarle una existencia anormal y misteriosa que me tenía intranquilo, por más que mucho me riñera a mí mismo, frente a tan dislocada idea...

Censuras de todos los colores han provocado en la ciudad las conclusiones torquemadescas del agente del Ministerio Público, don Abel C. Salazar, en el jurado de don Luis Bossero. En cambio, la réplica de Paco Olaguíbel, defensor del acusado, ha causado sensación muy agradable y merecida.

15 DE MARZO—Salieron de casa, para la Academia de Bellas Artes, mi busto envuelto en paños blancos, como un enfermo de hospital; y para España, los originales a máquina de mi drama A BUENA CUENTA.

16 DE MARZO—Hoy ha muerto Juan de Dios Peza, y la noticia de su fallecimiento, no obstante lo que venía anunciándolo el decaimiento progresivo del poeta en estos últimos tiempos, a mí me ha enlutado el ánimo... A pesar de los casi trece años que me aventajaba, quiso mi buena fortuna que nos ligáramos con alguna estrechez en 1887-1888, antes de mi ingreso en nuestro cuerpo diplomático, a que él también

perteneció en 1878 como segundo secretario de nuestra legación en España; tierra en la que puso muy alto el buen nombre de la intelectualidad mexicana y el de la suya propia. Obra de un año fuí secretario de redacción de su periódico "El Lunes", cuando Juan moraba en vivienda del tercer piso, sin ascensor por supuesto, de inmueble de la calle Ancha, diz que modernizado. Por razones de mi cargo en su empresa y de su amistad acogedora, lo veía yo a diario. Asistí, pues, en calidad de testigo, a una de las épocas más amargas de la vida del poeta, quien, en días no muy distantes, había sido el ídolo de la sociedad entera, los "plumitivos" inclusive, que sin tasa ni descanso lo mimaron y aplaudieron. Esa su inmensa popularidad ganada en lid nobilísima, desde los principios merecida y, probablemente, en vías de aumentársele ahora que ha muerto, parecía asentada por modo definitivo e inconmovible, al igual de todas las grandes popularidades cuando comienzan. De mano en mano corrían sus versos dentro de casa, y aun fuera de ella: ahí están las traducciones de los mismos a distintos idiomas extranjeros ¡hasta el japonés!; su frecuente reproducción, con elogio, en periódicos y revistas españoles e hispanoamericanos; labios femeninos, los musitaban y repetían; valiéronle a su afortunado autor porción de conquistas, románticas las más, y carnalmente expresivas las menos... En los programas de todo festejo figuraba Juan de Dios, cuya sola presencia en escenarios o tribunas provocaba en los públicos huracán de palmas. Digo los públicos, porque al unísono lo aclamaban los de arriba que los de abajo, galerías, palcos y lunetas, funcionarios que "intelectuales", los avisados que el **vulgum pecus**... Luego, durante la recitación o la lectura impecable,—como es fama que fueron las de José Zorrilla—su figura

varonil y gallarda, el apasionado y vivísimo mirar de sus grandes ojos, las cálidas entonaciones que sabía imprimir a su voz musical, lo expresivo de su fisonomía y la dulzura de su sonrisa dibujada apenas, lo esmerado de su pergeño, lo elegante y sobrio del ademán, ¡vaya, hasta los bigotazos a la moda de los viejos galos que gastó toda su vida y que hacían pensar en los de Flaubert!, llevaban al colmo el entusiasmo de los auditorios, y ahí eran de ver las interrupciones aprobatorias de cada estrofa, ahí eran de oir, a los finales, las ovaciones cerradas y ensordecedoras, los unánimes aplausos que no querían acabarse.

Yo no sé de ningún poeta nuestro que pueda comparársele en este capítulo, capaz de sorber el seso al temperamento más frío y al artista mejor equilibrado. ¡Si eso no es haber paladeado hasta el vértigo los almíbares de la gloria, declaro honradamente que ignoro lo que por gloria literaria haya de entenderse!

Como todas las glorias humanas, también la del aclamado poeta se precipitó en el ocaso, de súbito, con la misma rapidez con que naciera y subió a su cenit. Fenómeno naturalísimo y fatal que aguarda a todos los encumbramientos de aquí abajo, que Juan de Dios debió haber descontado a tiempo, pero que a él lo hirió de muerte en lo más sensitivo de su ser y le amargó ¡a qué extremos! el crepúsculo relativamente prematuro de su existencia de 58 años.

Desde su inicio, la cosa presagiaba seria borrasca. Fueron los primeros truenos la eterna cuestión de los Modernos contra los Antiguos, dondequiera causa de discusiones que se agrian y suelen parar en reyertas, para reanudarse,—caso que no hayan llegado a mayores,—en cuanto a los modernos de hoy, en tanto el tiempo implacable e inatajable los transmuta, mal de su grado,

en los antiguos de mañana. Y como la perfección griega murió intestada,—apenas si un romano que otro de la buena época, puede hombrearse con aquella pléyade de astros en todas las disciplinas artísticas y literarias,—y los modernos que en antiguos van convirtiéndose no alcanzan a igualar aquellas mentalidades insuperadas, las reputaciones que mejor se logran acaban por venirse abajo, y allá se encaminan todas, a reposar en el vasto y helado osario del olvido... **Dura lex sed lex**, y ya hay que darse de santos con que, de tiempo en tiempo, se las haga objeto de momentáneas resurrecciones.

A poco, se desató la tormenta con sus truenos y rayos; y una de las primeras víctimas, si no la primera, fué Juan de Dios Peza, no apercibido para resistirla: que si sus versos eran prosaicos y hasta ñoños; que si su inspiración era facticia y de escasos quilates artísticos, de marcado sabor español,—del español malo, por supuesto; que si era más coplero que poeta, y qué sé yo cuántas perrerías más. Cuando a los "intelectuales" nos da la luna por injuriarnos, dejamos atrás a los arrabaleros; no nos conformamos con levantar ámpula, quisiéramos hacernos sangre, y beberla inclusive. Por un tris no hay sangre de veras: Ramón Delpino, brillante y combativo periodista cubano avecindado en México, (con quien yo trabé excelentes amistades en razón a que al igual que yo habitaba en el hotel de Iturbide), se batió en duelo a pistola, —dichosamente sin resultados,—con Joaquín C. Trejo, escritor romántico y muy querido de todos nosotros a pesar de que harto que nos aventajaba en años y de que su temperamento tiraba a tristón y él era muy avaro de palabras; circunstancia ésta que no le estorbaba "alternar" en nuestras trapisondas y pendencias verbales. Su historial era, con mucho, superior al de cual-

quiera de nosotros: peleara, de mozo, contra la intervención francesa, bajo las banderas de don Vicente Riva Palacio; había sido funcionario en el E. de México,—su rincón nativo,—y diputado a dos o tres legislaturas del Congreso de la Unión; escribía prosa y verso, más verso que prosa; no era un Adonis precisamente pero sí amigo intachable; tampoco era un manso ¡al contrario!; prefería para sus trajes, los de color obscuro, y para tocarse, la chistera; algo caíansele los hombros y de sus labios no se caían los cigarros puros. Murió, no ha mucho, sin bienes de fortuna y retirado voluntario de las Letras, ya viejo y solitario, en modesta casuca agreste de Cuautitlán, camino de su cuna.

Qué tal no andaría de caldeada la atmósfera, sobre todo desde que Manual Puga y Acal, crítico muy documentado y pluma muy espiritual y agresiva, abrió sus fuegos contra Peza en "El Pabellón Nacional" y "La Patria", qué hasta Manuel Gutiérrez Nájera, el dulce y bondadoso Manuel que nunca zahirió a nadie, víctima del ambiente contagio improvisó esta breve respuesta de dos líneas en verso,—que sin duda no habrán de figurar en las muchas colecciones futuras de sus versos exquisitos,—la víspera de aquel duelo. Encontrándose en la calle "El Duque Job" y Manuel Puga, y al preguntarle éste en prosa lisa y llana por el asunto del día:

—"¿Conque, mañana, Delpino
"se bate con Joaquín Trejo?..."

Instantáneamente le repuso "El Duque":

—"Va a vacilar el Destino
"entre uno y otro..."

Lo que de otra parte no era cierto, pues ni Delpino ni Joaquín merecían el acerado calificativo.

Al fin, se apaciguó la pelea con aparente reconciliación y olvido de entrambos bandos; pero

Juan de Dios quedó muy lastimado en su legítimo amor propio de poeta, y empezó a retraerse, a reducir el círculo de sus íntimos y sus colaboraciones en los periódicos, a no prodigar su aparecimiento en tribunas y escenarios que tantos triunfos le acarrearan. Luego, a Juan y a mí nos separó la vida, pues yo hube de partirme a Guatemala en octubre del 1888, a desempeñar las funciones de secretario de nuestra legación en Centro América. A cada uno de mis regresos temporales, iba y lo buscaba en su casa o en su diario centro de operaciones, aquella Juguetería de don Luis Rivero que a todos los de mi época nos embelesó de niños por cuanto guardaba en sus aparadores de la calle de San José el Real, en su mostrador y sus anaqueles interiores, que se nos antojaban maravillas.

Breves mis regresos y distanciados él y yo por las diversas órbitas en que respectivamente nos movíamos—¡nada aleja tanto como las ausencias!—procurábamos los dos reavivar el mustio rescoldo que aun ardía en lo que fuera amistad cordialísima, la cual no se había apagado ¡quiá! pero ya no era la brasa viva, era una lumbrecita recubierta de cenizas, la de los años, que no discurren en balde, que a él ya le plateaban su cabello y su bigote flaubertiano, hasta las patillas que, antes, no gastó nunca; y que a mí, por lo momentáneo de mis permanencias en México, por estar sobre ascuas frente a las tierras nuevas que me aguardaban del otro lado del mar, frente a los ascensos anhelados, las nieblas de la distancia que tornarían a separarnos, me enfriaban los entusiasmos del ayer, —que es un difunto al fin y al cabo,—y apenas si me hacían soslayar las tristezas y los pesares ajenos: ¡crueldades involuntarias de la juventud!...

Charlábamos, sí, una copia de la efusión de antaño; interrogábame sobre letras y literatos

de los países hermanos; y a mis curiosidades respecto de los de acá, Juan respondíame con melancólica sonrisa y cierto dejo de amargura que no atinaba a disimular del todo.

Cuando en octubre del año pasado volvimos a vernos tarde a tarde en la "peña" que formamos en la cámara de los Diputados, Gregorio Aldasoro, Rafael Martínez Freg, Salvado Díaz Mirón y yo, y a la que se incorporó Juan de Dios, me inquietaron sobremanera sus andares dificultosos y tardos,su aspecto general: desencajado el semblante, hondas ojeras y una torpeza de movimientos que nada bueno prometían. Suele la muerte marcar de antemano con sello inequívoco a los que ya tiene en lista para el viaje infinito.

17 DE MARZO—En los funerales de Juan de Dios Peza, a quien sorprendió su fin en casa amiga, Pedro Valdés Fraga, su yerno, empéñase en llevarme junto al ataúd, para que vea yo por la vez última al amigo de tantos años... Fuera de la palidez cadavérica, es su mismo semblante dulce, su mismo aspecto de **vieux beau** estropeado por la enfermedad; el cuerpo yace ¡cosa rara! más que de espaldas como es costumbre, semi vuelto sobre uno de sus costados... Plétora de concurrentes, con lo que resalta más, la ausencia de Justo Sierra y de Ezequiel Chávez. Se me requirió para presidir el cortejo, sin cesar en aumento con las muchísimas personas que a él se incorporaron mientras fuimos caminando a pie por las calles de Guerrero hasta donde los tranvías esperaban. A la llegada al cementerio, la cauda de dolientes espontáneos es enorme, y conmovedor su recogimiento en torno de la fosa que bosteza. Varios discursos, incontables las cruces y coronas de las ofrendas. Nota lamentable: un joven bardo yucateco, alcoholizado en grado máximo, se empeñó en declamar unos versos alu-

sivos y de su fábrica, que a cada estrofa interrumpía para sonarse y restañar sus lágrimas mixtas de alcohol y pesadumbre. Y por no dar con su pañuelo, desprendióse uno de los sucios puños de la camisa, con él que se restregaba nariz y ojos.

Cayeron las últimas paletadas, se cubrió la fosa de flores, y el inmenso gentío se deshizo en silencio...

Juan de Dios Peza, poeta mexicano por excelencia, duerme su sueño postrero en camposanto español. ¡Qué le vamos a hacer! La hospitalidad se la tenía bien ganada por lo mucho que siempre quiso a España. ¡Y que decanse en paz, ya que durante la segunda mitad de su vida careció de ella!

18 DE MARZO—No gustan al público los pesos nuevos, y a fe que el público tiene razón; además de su fealdad innegable, carecen de ley de moneda, es decir, son feos y fraudulentos.

La Secretaría de Comunicaciones me ha enviado nombramiento de comisario inspector del F. C. de Oaxaca, Ejutla, etc. Obsequio presidencial de $100.00 mensuales.

19 DE MARZO—Con la de hoy, en que el pobre Pepe López Portillo y Rojas está de días, lo menos hemos ido unas seis ocasiones el señor Mariscal y yo a visitarlo en su prisión injusta a todas luces, donde su delicadeza de hombre bien nacido, de caballero a carta cabal, sufre lo indecible...

En San Angel, al atardecer. Bien mirado, es encantadora una tapia en el campo.

22 DE MARZO—Constancio Peña Idiáquez me llama la atención sobre un absurdo acuerdo edilicio: a partir de esta fecha no podrán los

niños concurrir a los jardines de la ciudad, llevando sus juguetes, pues con el uso de éstos maltratan césped y plantas. La sanción será el decomiso!... Hay para perder el habla. En todo el mundo el niño es rey, y los jardines son, principalmente, para el niño. Oh, **sancta simplicitas!**

1ro. DE ABRIL—Por causa de la enfermedad que aqueja al señor Mariscal y lo tiene encamado, casi toda la mañana estuve a solas con el Gral. Díaz, ultimando el mensaje que leerá a la tarde en el Congreso; solos él y yo salimos en su carruaje de Palacio, y solos en el gabinete de trabajo de su casa particular, se le hicieron las enmiendas y correcciones que para el mensaje me iba indicando. Por último, le supliqué lo leyese en alta voz, y cuando hubo concluído, le anuncié que suceso tan insólito lo perpetuaría yo en estas páginas de MI DIARIO. Impenetrable como siempre ni aprobó ni desaprobó mi propósito, sólo alzó un brazo y hablamos de otras cosas.

Siempre por la ausencia del señor Mariscal, concurrí con el Gabinete a la sesión vespertina del Congreso General, en que se leyó el mensaje

2 DE ABRIL—Se efectuó la manifestación Díaz-Corral. Unicamente desde arriba pueden verse farsas semejantes, según me ha cabido en suerte ver ésta, de subsecretario en funciones de ministro y desde el balcón central de Palacio, a la vera del Presidente y de sus secretarios del Despacho, de encumbrados personajes políticos y de los edecanes con uniforme de gala. Lo que es abajo, por ningún dinero. Duéleme de verdad descubrir en el desfile magno, que encabezan centenares de levitas y chisteras, muchedumbre de amigos míos muy queridos, desgañitándose con los "vivas" que lanzan de cara al Caudillo.

No he de estampar aquí sus nombres ¡Dios me defienda!... De la masa anónima y apretada que presencia el desfile, salen esporádicos siseos y se alcanzan a ver risas de censura y burla. Los personajes que cercan al Gral. Díaz, aplauden y se vuelven a verlo a él, para descifrar el efecto que la manifestación le produce. Corral ha de sentirse muy halagado, y aun saluda a los más notorios que desde la calle se destocan. El Gral. Díaz, en su perpetuo papel de esfinge, no acusa signo ninguno en su semblante ni en sus parcos ademanes y sus palabras tardas y roncas. Es el símbolo del auto-dominio.

Disuelto el desfile, suben los delegados de grupos, corporaciones, etc., a felicitar al Presidente y al Vice. En el salón frontero a la biblioteca se bebe una copa de champagne, y el general González Cosío inicia su brindis:

—"Señores! por el doble motivo..."

Yo aprovecho un buen momento para preguntarle al Presidente sus impresiones cuando se arrojó al mar, frente a Tampico: creyó perecer ante la encarnizada persecución del bote que lo salvaba; después de haberse sostenido ¡cinco días mortales! sólo bebiendo agua, no pudo pasar el pollo que le sirvieron ya en tierra; y al encontrarse victorioso dentro de Puebla, después del asedio memorable, se imaginó que era presa de una pesadilla, amanecía...

3 DE ABRIL.—Otra manifestación hoy, de obreros. Mientras aguardábamos no recuerdo a quién en el salón de acuerdos, en torno a la vasta mesa en que cada secretario tiene su carpeta titulada, cedí mi silla a Justo Sierra y me quedé en pie. El único asiento vacío era el sillón presidencial coronado por el águila emblemática. Propúsome el Caudillo,—en broma tiene que haber sido,—que yo la ocupara; broma que rechacé desde luego.

—"Vale que no será oficialmente", agregó, sonriendo hasta donde él acostumbra sonreir, en tanto sus ministros reían del todo. Puse punto y aparte:

—Señor, en presencia de Ud., ni extraoficialmente ocuparía yo ese asiento.

Por dicha, D. Olegario Molina torció el rumbo con inesperada pregunta:

—"¿Y el coronel Trujeque, murió?..."

Previa reconcentración breve, el general Díaz explicó:

"Fué uno de los fusilados en Puebla, ¡hoy hace 43 años!..." Y ya en el ancho campo de sus recuerdos, nos puntualizó cómo y en qué condiciones: sacado de una farmacia en que buscara refugio, de orden superior lo fusilaron fuerzas al mando de D. Diego Alvarez, en plena calle, alegando él en su abono que tenía muchos hijos... Era un buen jefe, pero sanguinario y muy falso para con los enemigos.

La trágica narración nos sumió en momentáneo silencio, aquel cadáver aparecido confirmaba que en nuestras malhadadas contiendas fratricidas siempre imperó la terrible sentencia de que a hierro muera quien a hierro mata, sin que casi nunca los vencedores se apiaden de los vencidos: el que no está conmigo está contra mí...

Pronto el silencio nos lo interrumpieron, afuera, el clamor de los manifestantes en marcha, y adentro, en la puerta del salón abierta de súbito, la firme voz de uno de los ayudantes presidenciales, militarmente cuadrado, que anunciaba el acercamiento a Palacio de la muchedumbre de obreros.

6 DE ABRIL—Con Juan Zaldívar y Flores, maestro y acendrado devoto en achaques de charrería, hasta el Mesón de la Cal, ubicado en la

calle de La Libertad, por Santa Ana, rumbo predilecto de abigeos y chalanes. ¡Cuánto color en el dialecto de abigeos y chalanes. ¡Cuánto color en tipos y fisonomías de la barriada: un Miguel, rugoso y viejo que todavía porta airosamente el jarano mustio de intemperies, y el pantalón cachiruelado y de aleta, aun rememora, mientras sacude la ceniza de su cigarro, sus proezas de cuando mozo, ganadas sobre el lomo de los pencos briosos, como afamado "ligerero"!

8 DE ABRIL—Envíame Amado Nervo, desde Madrid, encomiástico artículo sobre mi RECONQUISTA, de Pedro Luis de Gálvez.

12 DE ABRIL—Lo conocí formando parte de la orquesta del Teatro Nacional, y ahora que tan a menudo lo veo, loco ya, parado frente a las ruinas de la universidad, en cuya planta baja se hallaba el conservatorio de Música donde el pobre filarmónico enseñaba flauta... (Pecado imperdonable de mi queridísimo Justo Sierra esta demolición del histórico inmueble, que con las adaptaciones estrictamente indispensables, pero en su sitio de origen, haría muy superior papel al del edificio en que van a instalar de nueva cuenta el conservatorio). También lo he visto apoyado en una de las jambas del zaguán en lo que por lo pronto ha ido a parar dicha antigualla histórica ¡nada menos que la sede de la universidad pontificia!—una horrible casa que pertenecía a la Tabacalera Mexicana, en el Puente de Alvarado.—me contrista lo indecible ese pobre hombre sonriente y hablando a sus solas, astroso el sombrero y el traje, crecida la barba castaña, crecido el cabello, mugrienta la camisa y deshilachada la corbata. ¿Le sorbería el juicio la inconsulta demolición? ¿querría tan entrañablemente al viejo edificio, que no puede prescindir del contacto de

sus pobres piedras mutiladas y, sin embargo, más blandas que los hombres?...

Ello es que la melancólica sonrisa no se le cae de los labios ni su mirada perdida se aparta de las lejanías que sin duda columbra desde los abismos mentales de su locura mansa.

14 DE ABRIL—La gravedad del señor Mariscal ha llegado al extremo. Todos creíamos hace poco más de un mes, cuando cayó enfermo, que su dolencia sería la misma que la de todos los inviernos o el principio de las primaveras, que le interesaba pulmones y bronquios sin peligro mayor. El ataque de este año pronto nos alarmó fuera de medida.

Yo no he cesado de visitarlo a diario y aun dos o tres veces al día; primero, porque era de mi deber tenerlo al tanto de lo que ocurría en el ministerio que es a su cargo y que ¡ni un solo instante! dejó de conducir sabia y honradamente, lo mismo en tiempos de peligro que en tiempos pacíficos, por el camino de la rectitud y el patriotismo más puro, único que ha recorrido durante su larga y ejemplar existencia de 81 años; y segundo, porque ha sido para mí tan paternal y benévolo ¡le debo cuanto soy! que aunque yo me hubiese resistido, mi corazón habríame arrastrado a la fuerza junto a su cama... ¡Y con qué tristeza he ido palpando que su luminosa vida se apagaba sin remedio, que, salvo un milagro, pronto se nos irá para siempre!...

16 DE ABRIL—Poco antes de las 9 de la mañana, la desconsoladora noticia, por teléfono: a las 8 y 1/2, el señor Mariscal ha dejado de existor...

No obstante lo que lo quise, nunca imaginé que su muerte me causara la inmensa pesadumbre que me ha causado...

En el ministerio reina general consternación, hasta entre los empleados y meritorios que apenas si de lejos lo trataron a últimas fechas. Ordénaseme desde Palacio, que convoque a consejo de ministros extraordinario, y que yo concurra a él. En el salón de los acuerdos presidenciales,—al que me trasladé en seguida,— no todos los semblantes de los señores secretarios del Despacho acusaban gran pena por el desaparecimiento de su ilustre colega; en compensación, el Caudillo no puede ni lo pretende tampoco,—él, el hombre de granito ya habituado a que la muerte le haya segado las filas de sus rivales y enemigos; el que ni delante del público, al menos, ni en las exequias de amigos y compañeros de armas perdió jamás la impasibilidad que lo singulariza y que es una de sus principales fuerzas,—no disimula en la presente ocasión el hondo pesar que lo embarga: circunstancia que impone a la junta solemnidad impresionante. Sin embargo, no descuida detalle; y así, me indica que ocupe yo el sillón que, a su diestra, corresponde al secretario de Relaciones Exteriores, malamente considerado entre nosotros, supuesto nuestro sistema de gobierno que no es el parlamentario, sino el presidencial, como jefe del Gabinete. Y me pide que puntualice el ceremonial que habrá de observarse en los funerales, atento el doble carácter del señor Mariscal: secretario de Relaciones o primer ministro como si dijéramos, y constituyente del 57.

Sin discusión propiamente dicha, se admitió el ceremonial que ahí les sometí, apoyado en algunos precedentes de la secretaría; lo que el Presidente se rehusó a admitir fué mi segunda propuesta de que el secretario de Hacienda se entendiese con el ajuste y pago del suntuoso sepelio:

—"Usted correrá con todo, puesto que por la

muerte de su protector y mi amigo, ha quedado al frente de ese ministerio."

Duraría el consejo poco menos de una hora, hasta cerca del medio día. Despedidas y condolencias de los ministros, que se tornaron a sus respectivas "ínsulas".

—"¿Trajo Ud. coche?—me preguntó el Presidente al hallarnos a solas.

—Un taxímetro, señor, el primero que encontré desocupado...

—"Pues vámonos en él a la casa de Nacho".

¿En taxímetro? me pregunté a mí mismo... En la antesala de los ayudantes, cruzada de prisa según el Caudillo acostumbra a caminar de ordinario aun en las ceremonias oficiales, los ayudantes se cuadraron, y Samuel García Cuéllar, jefe de su estado mayor, se incorporó a nosotros. El Caudillo no despegó los labios ni en el breve trayecto ni dentro del ascensor que nos bajó al patio de honor, donde tres coches se nos aproximaron: el de Palacio, gran librea; el particular del General Díaz, y mi amarillento taxímetro de punto. A éste se dirigió el Presidente, con manifiesto azoro de los que presenciaban el hecho. Tras él subí yo, y cuando Samuel se disponía a hacer otro tanto:

—"No es necesario,—le dijo el General,—me voy con Gamboa..."

¡Y el marchito vehículo alquilón, que ha de ver visto horrores en su interior, gozó del inesperado privilegio de que la guardia formada le presentara armas!

Sin media palabra de conversación, llegamos a la casa mortuoria. Quiso el Caudillo contemplar el cadáver, y lo contempló, hondísimamente, durante unos minutos... Luego, habló con los deudos atribulados, y los complació en su demanda: el cadáver permanecerá en la que fué su morada, hasta mañana por la tarde en que se le traslada-

rá al salón de sesiones de la cámara de los diputados, para que allí se le rindan los grandes honores recién acordados.

Limantour, que se retira con nosotros y mucho se escandaliza frente al taxímetro que nos aguarda, consigue, al fin, que el Presidente acepte su carruaje, en el que los tres nos instalamos. Muy taciturno siguió el Caudillo, apenas si con monosílabos terciaba en lo que íbamos diciendo, hasta que interrogado directamente por Limantour, quien sostenía que la muerte del señor Mariscal era envidiable: en la extrema vejez, dentro de su casa y rodeado de los suyos, cargado de gloria, respetado y querido por la inmensa mayoría de los habitantes del país, el Caudillo repuso en su voz grave y ronca de siempre, ahora teñida de convencimiento y de añoranza:

—"La única muerte envidiable, que yo ya no tuve, ha de ser la que dé una bala extranjera..."

Y ya no hablamos más, hasta la puertas de Cadena, en que nos apeamos a despedirlo.

Volví en la noche a la casa de la Moneda, pletórica de concurrentes repartidos en los corredores, la antesala y la biblioteca del ilustre estadista, cuyo catafalco severo y negro alzábase a los medios de la sala vasta, escoltado por los cuatro cirios rituales. La piedad filial de sus hijas y de las muchas damas que acompañaban a éstas, todas de rodillas, desgranaba a media voz húmeda de lágrimas, las aves y los padrenuestros del rosario de difuntos...

Todo el personal de la secretaría hará guardias sucesivas de cuatro individuos, hasta el momento en que, mañana, salgan rumbo al Congreso el féretro y la comitiva.

17 DE ABRIL—Después de pésima noche, desde temprano en el ministerio, donde dicté el discurso que he de pronunciar a la tarde en nombre del mismo; donde recibí los pésames que en perso-

na estuvieron a significar casi todos los ministros, secretarios y cónsules extranjeros; donde hubo que despachar avisos telegráficos del luctuoso suceso a nuestras legaciones y consulados en el exterior, y que dar los últimos toques para que la complicada ceremonia no sufra tropiezo.

A las 2 de la tarde, la casa mortuoria y la calle de la Moneda plenas de dolientes. Con su puntualidad de costumbre se presentó el Presidente de la República, y a los pocos instantes, el enorme cortejo se encaminó a tomar los tranvías, en el orden que sigue:

El ataúd, cargado en hombros de los sobrinos del señor Mariscal, hasta la carroza fúnebre; los ocho cordones los llevamos, los cuatro de la derecha: Alonso Mariscal y Piña, por la familia, Henry Lane Wilson, por el cuerpo diplomático extranjero, Joaquín D. Casasús, por el Senado, Lorenzo Sepúlveda, por la cámara de los Diputados; y los cuatro de la izquierda: Ramón Corral, vicepresidente de la República, Félix Ma. Romero, por la Suprema Corte de Justicia de la nación, Antonio Martín Rivero, el más antiguo de los plenipontenciarios extranjeros, y yo, por la secretaría de Relaciones Exteriores.

El Presidente de la República y los deudos del finado, en seguida.

Luego los secretarios de Estado; los plenipotenciarios extranjeros, conforme a sus precedencias; los encargados de negocios; los secretarios y agregados diplomáticos, militares y navales; los magistrados, en pleno, de la Suprema Corte de Justicia de la nación; las comisiones ad hoc, de las cámaras de Diputados y de Senadores; el H. ayuntamiento, en masa; el cuerpo consular extranjero; las comisiones de todas las secretarías de Estado y departamentos de ellas dependientes; comisiones de la Academia Mexicana Correspondiente de la Real Española, de la Sociedad Mexi-

cana de Geografía y Estadística, de la Academia de Legislación y Jurisprudencia, de diversas asociaciones nacionales, y de colonias extranjeras.

No cabía la gente en las calles que recorrió el cortejo; aceras, puertas, balcones, azoteas, veíanse colmadas de espectadores respetuosos y mudos.

Hasta las rejas exteriores de Minería salieron a recibir y acompañar al concurso, las comisiones designadas al efecto por la representación nacional. El ataúd, cubierto con la bandera de la República, se instaló a los pies de la escalerilla que lleva a la plataforma del salón, sobre suntuoso catafalco. Hablaron en la solemnísima ceremonia: Justo Sierra, en nombre del ejecutivo de la Unión y su gabinete; Félix Ma. Romero, en el del poder judicial; Víctor Manuel Castillo, en el de la cámara de los Diputados; Joaquín D. Casasús, en el del Senado; Henry Lane Wilson, en el del cuerpo diplomático extranjero; Pablo Kosidowski, en el del cuerpo consular, y después de mí,—que lo hice en el de la secretaría de Relaciones Exteriores,—Manuel Calero en el de la Academia de Legislación y Jurisprudencia.

Cerca de las 5, llegamos en tranvías hasta el cementerio francés de la Piedad, donde se llevó a cabo el sepultamiento, y no en la rotonda de los Hombres Ilustres, por expreso deseo de la familia del finado, cuya esposa y cuya hermana ya reposan en el francés. El descenso del cuerpo del señor Mariscal, fué saludado con los honores militares correspondientes a su alta jerarquía. Sobre la fosa, el Presidente de la República depositó una corona de flores...

Estrangulado por la emoción, yo dije en la Cámara:

—Siempre que una muerte lamentable, un nacimiento venturoso o el discurrir de una existencia honrada han llamado a las puertas de mi

observación, esta nuestra vida fugaz y corpórea háseme antojado, por comparación, inmensa sementera en la que por igual germinan y se agotan espigas de realidad y de esperanza: las vidas útiles; cañas inflexibles de rumorosos penachos de oro: las vidas heroicas; y los blondos tallos cargados de polen de las vidas ejemplares. Dominando el conjunto, hay muchedumbre de espigas humildes, inconscientes y sufridas que se mecen sin sospechar su savia, ni su utilidad, ni su grandeza: las vidas del pueblo, que, con mansedumbre sin par, a todas las hoces se doblegan.

Por entre aquellas y éstas, ora arrastrándose mañosamente, pérfidamente en ocasiones, se ve a las plantas perniciosas, a las estériles, manchar el cuadro o invadir los surcos que los hombres de buena voluntad trabajosamente van ahondando.

Las misericordias solares, sin embargo, a todas dan calor; los astros cintilantes, en la majestad pensativa de las tibias noches consteladas, las cobijan a todas, malas y buenas, en soñación y misterio; permiten que unas y otras nutran, o perfumen, o envenenen, y así cumplan su destino: cuál, dando aromas; cuál, frutos; y cuáles, espinas y ponzoñas.

En tanto, el prodigio de la vida humana persiste y continúa. Los astros apáganse y de nuevo se encienden; los hombres se extinguen y renuevan con las mismas lacras incurables, con las mismas virtudes luminosas y consoladoras; y allá vamos todos, pecadores y justos, ignorantes del término, dando tumbos, tropezando contra las guijas de la suerte o de la maldad de nuestros semejantes: unos bendecidos, execrados otros, según haya sido nuestra obra colectiva como pueblo, o nuestra obra personal como individuos.

No seré yo, por cierto, quien os designe las plantas estériles o perniciosas que a juicio mío

nos aquejan, pues ni para eso fuimos congregados hoy, ni mi vida,—semejante en esto a casi todas las vidas,—podría presentárosla como modelo o como ejemplo. Lo único que he de decir aquí es, que el ciego guadañar de la muerte, en su ir y venir beneficioso y necesario, nos ha cegado para siempre una vida ejemplar: la del señor ministro de Relaciones Exteriores, don Ignacio Mariscal.

Ni siquiera a grandísimos rasgos os haré la reseña de sus virtudes como ciudadano y como funcionario, pues aparte que ya fueron señaladas por todos los oradores que han venido a verter sus elogios alrededor de estos restos ya consagrados por la patria, que los ha hecho suyos en afectuoso pago de la devoción que nuestro admirable estadista le consagrara desde su primera juventud, huelga el intentarlo, porque nuestra historia principiante se ha encargado de recoger aquéllas, para luego ostentarlas cual legítimo galardón de esta tierra mexicana, que con su amor y su talento tantísimo contribuyó el señor Mariscal a que la justipreciaran todas las naciones, que, poco a poco y en peregrinación bien venida, nos han tendido la mano de amigas después de esa época luctuosa en que la República, naufragante, asida a los restos de sus propios derechos, reconquistó la estima y el respeto universales.

Pero sí os diré, en cambio, porque conviene no echarlo en olvido, que este hombre cuyo desaparecimiento lloramos todos para no ser menos que la patria misma, recogida en imponente duelo; sí os diré que, entre las virtudes que lo hacen grande entre los grandes, comparable a esos varones inmortalizados por Plutarco, descollaban dos principalísimas:

¡Pasó junto al oro, sin mancharse! ¡Pasó junto a los honores, sin envanecerse!

Pruébalo, el que no obstante que fué asesor del Gobierno para la aplicación de las leyes de desamortización, ministro de Justicia, magistrado de la Suprema Corte, presidente del Tribunal Superior, ministro de Relaciones por casi treinta años, reanudador de amistades con alguna potencia poderosa, enviado diplomático en ocasiones varias y depositario de todas las confianzas de los distintos jefes de Estado con quienes colaboró, ha muerto modesto y pobre. Por lo que cabría aplicarle la hermosa frase que un legislador reputado escribió en elogio fúnebre de ilustre historiógrafo mexicano:

—"Murió escaso de recursos, pero rico de gloria."

Yo, señores, a falta de títulos nobiliarios que no pueden existir en la República, legaré a mi hijo el para mí nobilísimo de que este anciano apoyara más de una vez su longevidad gloriosa en mi brazo agradecido, y que sus labios, nunca manchados con el perjurio o la mentira, llevaran hasta mi inteligencia, para iluminarla, y hasta mi corazón, para estimularlo, íntimas confidencias de sus épocas azarosas, de cuando los vaivenes de su larga vida política, ora lo arrastraron a las orillas de los precipicios, ora lo encumbraron a las alturas del poder y la grandeza. Y lo mismo en los tiempos prósperos que en los adversos, no hay memoria de que se alterase esa serenidad suya para juzgar de hombres y sucesos, ni esa su conformidad para seguir siempre por la línea recta que jamás abandonó, el único sendero que conocieron sus pasos.

También querría yo hablaros de su bondad, que él sintetizaba en este apotegma digno de que se le cite en su mayor alabanza:

—"Soy débil con los débiles y recio con los fuertes!"

Pero a ello se opone la circunstancia muy aten-

ble de que para nadie es un secreto,—pues si para alguien lo fuese, harto he cuidado de proclamarlo a voces,—que a él le debí lo que soy y lo que valgo; y aunque mi dolor sea sincero y hondo, en este momento en que la patria llora el viaje final de uno de sus hijos predilectos, ¿qué os porta, señores, mi duelo personal, y por lo mismo tan pequeño, que no merece ni los honores de que se le mencione?...

Mas como quiera que fuí designado para representar aquí el sentimieno de la secretaría de Relaciones con tanto acierto por él dirigida durante largos años, sí es forzoso que afirme que toda ella no es sino un solo espíritu acongojado y doliente, que todos los miembros que la componen, quién más, quién menos, le debieron puñados de mercedes,—las que él gustaba derramar en silencio,—que todos recogían para llevarlas a sus hogares, desde entonces ungidos con lágrimas y bendiciones de gratitud hacia su mano benéfica, que tantos bienes prodigó en el mundo.

Señor Presidente de la República, señores:

No soy, pues, sino el portador de esas lágrimas y esas bendiciones, para que se desgranen al pie de este ataúd ya cubierto por las bendiciones y lágrimas de la Patria, pesarosa y huérfana con este fallecimiento de uno de sus mejores hijos.

De vuelta del cementerio, el crepúsculo comenzaba a echarse encima de la ciudad, y una pregunta siniestra me asaltó de súbito, sin duda sugerida más que por el estado de mi ánimo, por los runrunes que corren las calles y por los amenazadores nubarrones que, todavía lejos pero ya perceptibles, se advierten en el horizonte:

—¿Se habrá llevado el señor Mariscal dentro de su caja, la llave de la paz que nos ha traído esta prosperidad de que goza el país, paz nunca vista antes?...

18 DE ABRIL—Por ministerio de la ley, encargado desde anteayer de esta secretaría a la que pertenezco hace veintidós años.

La interinidad del encargo, conviértelo en inofensivo. Seguramente, no se me subirá a la cabeza; y por si acaso, yo repetiré dentro de mí aquella sátira dedicada a don Juan Pérez de Montalbán.

"El Don Juan, tú te lo pones,
"El Montalbán no lo tienes;
"Conque, quitándote el Don,
"Vienes a quedar: Juan Pérez".

No hay que olvidar que todos los encumbramientos, los administrativos y palaciegos muy particularmente, son breves, inestables, falaces y engreidores, inmerecidos la mayoría de las ocasiones y, por dentro y fuera, tapizados de espinas...

Llégame de Madrid, artículo sobre MI DIARIO, por Villaespesa.

19 DE ABRIL—En el "acuerdo" con el Caudillo, en Chapultepec, de pronto me interroga sobre las dos candidaturas en que piensa para cubrir la vacante de secretario de Relaciones: la de Joaquín D. Casasús y la de Enrique C. Creel ¿Por cuál me decidiría yo?...

Sin titubeos, me declaro en favor de la de Casasús, porque es amigo mío; porque abunda en merecimientos, a pesar de su carácter apasionado; porque, como mentalidad, dicho sea sin menoscabo de la de Creel que a lo que entiendo ha

consagrado la suya a lo bancario y administrativo, ramas ambas en las que se ha distinguido, lo considero con mucho superior a este último; y porque, **last but no least**, Joaquín es de filiación integralmente mexicana, en tanto que D. Enrique es hijo de americano de los EE. UU.,—creo que su padre alguna vez fué hasta cónsul de aquel país en Chihuahua, el rincón nativo de D. Enrique. En todo convino el Caudillo, aunque me sospecho que mi objeción última es, precisamente, la que lo inclina en pro del actual gobernador de aquel Estado. Por remate, recomiéndame "absoluta reserva", y **pour acquit de conscience**, me agrega, ya de pie él y yo:

—"Todavía voy a pensarlo de aquí a la se-
"mana entrante, y en nuestro próximo acuerdo
"le daré a Ud. mi resolución."

25 DE ABRIL—Realizadas mis conjeturas: que extienda yo el nombramiento en favor de D. Enrique. (De creer en los rumores, fué Limantour el que decidió en este asunto). Opina el Caudillo, que conviene al frente de la secretaría una persona que como el señor Creel, sea conocido y "merecidamente estimado" en las altas esferas yanquis.

29 DE ABRIL—El nombramiento de Creel, es ya del dominio público; y la prensa lo aplaude a dos manos, excepto "La Opinión" de Veracruz, que lo censura sin ambages.

3 DE MAYO—Soberbia recepción al señor don Enrique C. Creel y su familia, que la tarde de hoy llegaron de Chihuahua por el F. C. Central: el Presidente, casi todo el gabinete, damas principales, senadores, diputados, muchos funcionarios y empleados, banqueros, industriales, comerciantes de alto coturno y porción de particulares.

El Caudillo se lo lleva en su carruaje hasta la magnífica casa que en Sadi-Carnot habita Fernando Pimentel y donde el nuevo ministro va a parar mientras no ponga la suya. Elegante té en la morada de Fernando, y primera amargura mía: al preguntar a don Enrique a qué hora quiere que lo busque mañana, me contestó, ¡horror!, que a las siete y media en punto. Me cortó el habla.

4 DE MAYO—Ceso mi interinidad como encargado de la secretaría de Relaciones, que apenas si alcanzó a dieciocho días. Conforme a lo recientemente acordado a este propósito, de que sea el secretario de Relaciones,—o quien conforme a la ley haga sus veces,—el que tome la protesta a sus colegas de gabinete, tocóme a mí inaugurar los efectos de aquel acuerdo, a las 11 de esta mañana en el salón de embajadores, y con todas las formalidades de estilo. Pregunté al señor Creel si protestaba cumplir, etc. Y ante su respuesta afirmativa, el Presidente de la República pronunció las frases rituales:

—"Si así lo hiciéreis, la nación os lo premie, y si no, os lo demande".

Sic transit gloria mundi.

6 DE MAYO—Mi querido Teodoro Roosevelt, que es un "bárbaro",—no en el sentido peyorativo,—y que ahora que anda por las Europas está padeciendo de aguda logorragia (es de suyo un discursero), ha soltado esta verdad de folio, aunque incompleta:

—"...Los pueblos necesitan en los principios "de su formación, de grandes cirujanos que am- "puten sin piedad los miembros enfermos del "cuerpo que nace..."

La cruel necesidad se hace sentir lo mismo a los principios, que a los medios y que a los fi-

nales Lo esencial es que el organismo se salve y viva. Y como yo soy de antiguo enemigo encarnizado de cualesquiera amputaciones, pienso para mi sayo que no sirvo para presidente.

15 DE MAYO—En la fotografía de Mack, llamado con insistencia por su dueño, que desea mi vera efigies para sus fines mercantiles. Mientras me reproduce en porción de posturas honestas y ceremoniosas,—ay, los retratos!—le pregunto por qué le ha puesto a su negocio el nombre de Mack si él se llama Martín Ortiz y no tiene aspecto de descender de extranjeros.

—"Ah, señor,—me responde entre filósofo y "amargado,—porque en México, lo mexicano pe-"rece... Vea Ud. por ejemplo: si el específico "Olugna" y los óvulos "Devals" lucieran el nom-"bre de sus inventores respectivos: Angulo y "Valdés, el público no los compraría tanto como "los compra."

Y es cierto. Para nosotros, cualquier extranjero, si sobre todo luce ojos azules y barbas rubias, es Quetzalcoatl redivivo, cuyo retorno estamos esperando desde los días ilhuicaminos.

19 DE MAYO—¡Que se equivocaron todos los astrónomos del mundo, respecto del cometa "Halley!!!...

¿Y la mecánica celeste, que es invariable¿ ¿y las ciencias exactas?...

¿Con qué carta nos quedamos los ignorantes?...

20 DE MAYO—Un doctor de los EE. UU., Howard Taylor Rickets, que vino a estudiar el microbio del tifo, ha muerto víctima de ese mismo microbio o lo que sea. Y apenas si se ha comentado el hecho glorioso y humanitario!

29 DE MAYO—Al cabo de meses y meses de posponerla por diversas causas, celebróse anoche en el salón Pan-americano de la secretaría de Hacienda la solemne velada que en mi obsequio venía preparando la Sociedad para el Cultivo de la Ciencia y de las Artes, que se ha servido hacerme su presidente.

Atestado el salón de brillantísima concurrencia. En el estrado, don Enrique C. Creel, que presidió la velada; a su izquierda, don Demetrio Sodi, vicepresidente de la sociedad; casi todo el cuerpo diplomático extranjero, señoras inclusive, y en el estrado, Mr. y Mrs. Henry Lane Wilson. Al concluir la obertura "Oberón" de Weber, magistralmente dirigida por Julián Carrillo, fuí introducido en el salón y saludado con los aplausos del escogido auditorio. Acto continuo subí a la tribuna:

—"Sólo porque los honores no deben renun- "ciarse explícase que yo haya aceptado el de es- "ta Sociedad Mexicana para el Cultivo de las "Ciencias y las Artes, que hoy me recibe por tan "solemne modo y me instala, inmerecida y ge- "nerosamente, en su presidencia. — Por dicha, "su propio título me releva de ofrecerle mayores "luces de las poquísimas que poseo—todas a su "servicio—puesto que si se trata de cultivar ar- "tes y ciencias, holgadamente cabemos en su se- "no y aun en sus sitios más principales, los que "como yo somos obreros tenaces y trabajadores "aunque harto humildes, a causa de las propias "fuerzas débiles que, por ende, no responden a la "inmensidad de los anhelos. — No importa, el "ganancioso he de ser yo mismo, no la agrupa- "ción, ya que para mi fortuna diviso entre los "consocios porción de cultores consagrados por "su reconocida competencia, que han de enseñar- "nos con su erudición a los que de enseñanza me- "nester habemos; que excesivo realce darán al

"grupo, y cuya devoción por las ciencias y las ar-"tes,—no siempre tratadas con el respeto a que "son acreedoras,—resultará efectiva y de pro-"vecho. Con ello y con rendir aquí gracias muy "expresivas por el honor que se me dispensa, úni-"camente a fuer de laborioso y bienintencionado, "debiera poner término a mis mal pergeñadas pa-"labras; pero noté desde el principio ¡y con cuán-"to júbilo por cierto! que no estamos nada más "congregados los miembros de esta nueva fami-"lia intelectual que la noche de hoy da sus pri-"meros vagidos y mira, de frente, el incierto fu-"turo y el triunfo dulcísimo... No, tenemos pú-"blico, y selecto; tenemos también delegaciones "de sociedades mexicanas respetables que, al "igual que las hadas de la fábula, vienen a impo-"ner al recién nacido, bondadosamente inclina-"das en torno a su cuna, la virtud de que cada "una es dueña y señora. Para que el conjuro sea "más propicio, no ha venido la Envidia ¡Dios sea "loado!, o se retrasó en el camino o adivinó que "no tendría cabida. — No advierto sino rostros "sonrientes, buenas voluntades manifiestas y ca-"lladas promesas de ayudas fraternales para "cuando la incertidumbre haga vacilar nuestras "esperanzas; para cuando el desaliento menosca-"be o hiele nuestros propósitos; para cuando las "dificultades nos asalten y acobarden: obra hu-"mana es nuestra agrupación, y, como humana, "flaca e imperfecta. — Gracias sean dadas, pues, "a quienes nos alientan y estimulan con su pre-"sencia y con su ejemplo, a todos los institutos y "asociaciones aquí representados dignamente y "que con nosotros simpatizan. Gracias, asimismo, "a la inteligente cooperación de los artistas na-"cionales que se sirvieron venir y obsequiarnos "con el adorno y de sus talentos.—Gracias a la se-"cretaría de Hacienda, porque galantemente nos "brindó uno de sus salones para que en él cele-

"brásemos nuestra sesión inaugural, en la que "todos prometemos por manera solemne llegar, "si no a la meta ambicionada, siquiera a la ma-"yor altura posible a que el mutuo y común es-"fuerzo quiera conducirnos. Si hemos de pere-"cer,—toda empresa de hombre es, de suyo, pe-"recedera y deleznable,—que nos sobreviva la me-"moria de nuestro intento honrado y sano; y si "hemos de arribar, que el arribo no nos ciegue y "ensoberbezca, antes nos obligue a permanecer "sobre el yunque santo del estudio, y siempre "unidos alrededor del altar del trabajo, que exal-"ta y redime. — Buen augurio es ya que nuestra "sociedad nazca en época memorable: cuando es-"te idolatrado terruño nuestro ajusta cien años "de valerse a sí mismo y de ir viviendo, a pesar "de todo y en tanto alcanza las grandezas que per-"sigue y que merece, honrado de sus hijos, pues-"to que amar es honrar, y respetado de extraños "que algo saben de él o a él vienen en demanda "de sus frutos, de su sol y de su vida. — Señores. "laboremos!"

En elocuentísimo discurso que no reproduzco porque la vieja amistad que me liga con su autor lo llevó a colmarme de excelencias y ditirambos que ni de lejos merezco, me contestó el conde Aníbal R. Massiglia, ministro de Italia.

30 DE MAYO.—Desde el 21 de febrero soy miembro honorario y vitalicio del afamado Metropolitan Museum of Art, de Nueva York. Honor tan señalado, al igual de todas las cosas de la vida tiene su historia y su enjundia. Hará un par de meses que mi buena amiga doña Zelia Nuttal, meritísima arqueóloga californiana de algunos años atrás radicada entre nosotros, dueña de la histórica casona colonial de Coyoacán que perteneció al sanguinario Pedro de Alvarado,—el rubio Tonatiuh de los aztecas,—en la que ella tie-

ne reunidas preciosidades sin cuento y una excelente biblioteca americanista, estuvo en casa a proponerme un negocio que, de pronto, se me antojó hacedero y lícito.

—"El Museo Metropolitano de Nueva York,— "me dijo,—arde en deseos de adquirir para sus "colecciones uno de los colaterales de alta talla "del templo de Tepozotlán. No regateará precio; "por su cuenta, ebanistas y tallistas mexicanos o "de los EE. UU., repondrán en el propio sitio una "fidelísima copia del que anhela comprar; en sus "salones de Nueva York, se colocará sobre el al- "tar original, tarjeta que anuncie a los visitan- "tes la procedencia y antecedentes de la reliquia, "lo que será, a la vez, "auténtica" indiscutible y "perenne homenaje para México. Además, el mu- "seo dará a quien gestione y obtenga la corres- "pondiente licencia, una gratificación no menor "de Dls. 10.000.00. Pensé en Ud. desde luego, que "en tan buenos términos se halla con el señor Li- "mantour, de quien depende la resolución últi- "ma..."

Limantour me hizo palpar mi yerro no bien le expuse la peregrina pretensión yanqui:

—"Muy bien, en efecto, quedaría el altar en- "tre las colecciones del **Metropolitan**, pero nos- "otros quedaríamos pésimamente, cediendo por "un puñado de dólares una presea nacional que, "descuidada y todo, mientras más envejece más "sube de precio y más debemos estimarla y con- "servarla. A lo sumo, sin cobrarles un centavo les "daremos licencia para que la copien a su gusto "y puedan lucirla en su museo, acompañada de "la tarjeta explicativa que se impone..."

Y a las cuantas semanas recibía yo el diploma de mi nombramiento, subscrito por Joseph H. Choate, actual vicepresidente del **Metropolitan** y ex embajador de su país en la Gran Bretaña.

1o. DE JUNIO—Con el acercamiento de lo que hemos convenido en llamar elecciones (!), empiezan a subir a la superficie sucias burbujas de especies varias, las que es fuerza que suban cuando se revuelve el cieno de las ambiciones. Por mi situación en la subsecretaría, estoy al cabo de las bajezas, envidias, promesas y **ainda mais** que, con tan plausible motivo, asoman sin pudores y sin cuartel pelean y pugnan por la victoria. Ni quien niegue que el espectáculo mucho dista de ser edificante y limpio, pero todavía fuéralo menos si el Soberano—léase el pueblo—se despachara a su antojo.

Y es que no hay que darle vueltas, las uvas de la democracia pura todavía están verdes, y verdes seguirán hasta el último día de la creación, salvo que antes no se descubra nueva y mágica arcilla con que fabricar hombres. No hay país del mundo,—¡que tire la primera piedra el que se sienta sin pecado!—donde las elecciones se lleven a cabo con la incorruptibilidad que fuera de apetecer. Los grandes electores lo han sido siempre el gobierno y el dinero (más el dinero que el gobierno, supuesto que a los gobernantes también la codicia los tienta y vence), lo mismo en la "pérfida y nebulosa Albión" que en las zarzuelescas repúblicas de San Marino o de Andorra. Nuestra pobre humanidad, rebaño al fin y al cabo aquí y dondequiera, como todos los rebaños está fisiológicamente conformada para obedecer gregaria y ciegamente el cuerno del pastor, que ha de ser omnipotente y uno (hojéese la historia universal). Por eso todos los grandes movimientos libertarios,—el famoso y pernicioso de "Libertad, Igualdad, Fraternidad" inclusive,—más a la corta que a la larga han resultado patraña y filfa; y por eso también, el régimen político más inconmovible y sólido, a virtud de su profunda raigambre y de ser el que mejor cuadra con la

condición humana, es el monárquico y, en su defecto, la dictadura, siempre que el dictador no sea, como no lo es el Gral. Díaz, ni un salvaje ni un sátrapa. El mundo, perpetuamente hubo menester de un guía fuerte que lo conduzca y apaciente con el menor daño posible en su cuerpo y en su espíritu.

Y si lo que ya se anuncia se realizara, si el triunfo del marxismo se consuma, esa dictadura será la de la masa impreparada y bestial, mañosamente azuzada y explotada por sus líderes y corifeos. Sin que por ello deje de reconocerse cuánta razón y cuánta justicia no la asisten en venir procurando, desde la inhumación de la Edad Medi, los muchos mejoramientos a que tiene indiscutible derecho; pero en el punto y hora que se sienta con las riendas de los Estados en sus manos, las peores dictaduras de que se guarda memoria van a parecer, a la suya comparadas, juegos de niños o inofensivas charlas de abuelos. Y si no, al tiempo!...

12 DE JUNIO—Atiné al llamar "bárbaro" a Teodoro Roosevelt. El cable me informa de que él se propinó idéntico calificativo en reciente interviú con el renombrado historiador Guillermo Ferrero. Reproduzco lo conducente a ella:

—"...soy un **bárbaro**, señor Ferrero, me di-
"jo el Presidente Roosevelt después de mostrar-
"me la rica colección de rifles que había prepa-
"rado para sus cacerías en Africa..."

A propósito de Roosevelt y de los increíbles homenajes que le han prodigado en su viaje por Europa ¿verdad que ésta ha hecho el papel de una vieja prostituta que luce sus últimos faralaes y sus muecas últimas, pintarrajeada y lamentable, para halagar al macho robusto y rico que la visita?

13 DE JUNIO—De nueva cuenta, mal de salud: me ronda y mordisquea el vértigo.

15 DE JUNIO—Por el telégrafo ha llegado la noticia oficial de que el gobierno de China nos ha condecorado con el Doble Dragón a Corral, Creel, Limantour, Pancho de la Barra y a mí. ¿Principios del Centenario?

20 DE JUNIO—En unión de Rafael Pardo y su familia, en busca de salud nos hemos trasladado hoy a pasar larga temporada en San Angel: una linda casa perdida entre las alamedas de la nueva colonia de la secularizada y vetusta Huerta del Carmen, y frontera a la glorieta del Secreto. Delicioso rincón de verdura saturado de oxígeno y de paz.

21 DE JUNIO—Cayó Félix Díaz de la inspección general de policía, por culpa, dicen los maleantes, de los "científicos."

Con mi hijo, a impregnarme de dulce melancolía en la plazoleta de Chimalistac, donde nos coge el atardecer. ¡Ah, mi juventud y mi salud perdidas!...

23 DE JUNIO—Después del encarcelamiento de Francisco I. Madero, autor de un libro pasaderamente subversivo que encierra algunas verdades, y un desequilibrado mental en opinión de algunos de sus deudos; oposicionista convencido y valiente que ha dado en la tecla de querer que México se convierta en una Arcadia, **coûte que coûte,** apareció en los diarios de esta mañana la candidatura para vicepresidente de la República de don Teodoro A. Dehesa, gobernador de Veracruz, porfirista sincero de antigua data y franco antipatizador de Limantour y los "científicos". Entre los principales mantenedores de candida-

tura tan inopinada y repentina, figura mi querido Manuel Sánchez Mármol.

Nosotros, en la Academia Mexicana, también hemos estado de elecciones directoriales, el domingo 19. En substitución del llorado señor Mariscal fué muy acertadamente elegido Justo Sierra.

24 DE JUNIO—En el Café Chapultepec mi mujer y yo obsequiamos con un banquete oficial al cuerpo diplomático extranjero, para corresponder a las atenciones y comidas que nos dispensaron durante los 18 días que por ministerio de la ley estuve encargado de la secretaría de Relaciones Exteriores. Sin novedad y sin brindis. La concurrencia, **au grand complet.**

Desde principios del mes y por acuerdo expreso de Creel, se nombró una comisión especial para formar un protocolo diplomático mexicano, que buena falta nos hace, y que se comenzó a formarlo en vida del señor Mariscal. Lo que ahora principalmente apura, es la inminente celebración del centenario de la independencia nacional en que habrá de recibirse a porción de diplomáticos extranjeros de todos los grados. La comisión la integramos: el ministro, el subsecretario, el primer introductor de embajadores, Luis F. Carmona, el segundo, Rodolfo Nervo, y Vicente Morales, jefe de la sección de Europa, en la secretaría. Por supuesto ya nos retrataron, en grupo!

26 de JUNIO—Día de elecciones (???...) Naturalmente, yo no voté, por mucho que legalmente se me considere como ciudadano en el pleno goce de sus derechos y obligaciones, ni en la ciudad de México ni aquí en San Angel ¿con qué objeto? Hagan su comedia autoridades y políticos, que yo en estas páginas la juzgaré a mis anchas y la censuraré sin reservas, por más que me halle convencido de que en parte alguna se registran elecciones integralmente libres; puede que así sea me-

jor; menos ha de errar el criterio de un estadistas de la talla del Gral. Díaz, insigne catador de hombres y admirable estadista, patriota sin reproche y probo como el que más, que el criterio brutal de la masa o el interesado y turbio de líderes y caciquillos. Es de preferir el primero, y máxime si se trata de pueblo cual el nuestro, apenas en el silabario de su educación cívica.

A propósito de elecciones libres, cuéntase la siguiente anécdota. Corría el primer período presidencial del Caudillo, y al avecinarse una de estas farsas democráticas que pueblo ninguno practica con pureza, la Gran Bretaña in cápite, así todos las cacareen y aun por ellas se maten si a mano viene, don Protasio P. Tagle o don Justo Benítez,—repúblicos integérrimos que creyeron erróneamente poder manejar a su guisa al General Díaz,—separados o juntos le aconsejaron que no fuera a ejercer presión ninguna en los inminentes comicios, no obstante lo que el Presidente se oponía a ensayo tan peligroso a causa de la impreparación de los votantes presuntos. Tales serían las instancias de aquellos señores sus amigos, consejeros y partidarios, que el Presidente cedió, pero con una sola taxativa: que el ensayo se hiciese primero con la elección de regidores para el ayuntamiento metropolitano; organismo compelido por razones de ubicación, historial y propio decoro a comportarse harto mejor que los remotos y de importancia mínima. Y sucedió, que los munícipes elegidos resultaron lo peor de lo malo, y que por culpa del sufragio libre para siempre se evaporaran preseas históricas: la escribanía y los candelabros de plata quintada que desde el siglo XVI fueran orgullo de la benemérita corporación edilicia!...

A la misa rústica en la capilla de Las Correccionales.

Que no hubo desórdenes en el Distrito Fede-

ral. ¡Ojalá que tampoco los haya habido en el resto de la República, a pesar de los vaticinios que en contrario se propalaron!

28 DE JUNIO—Ideal mi estupendo e improvisado gabinete de trabajo al aire libre, a la sombra de sauces y fresnos venerables, a la orilla del río, sobre el puente más próximo a la presa grande. Dicté hasta la puesta del sol, y emprendí, luego, mi diaria y vespertina caminata por las entrañas nemorosas de esta huerta secularizada y un tanto misteriosa en una que otra de sus pequeñinas soledades agrestes y sin construcciones todavía; soledades hoscas y calladas, evocadoras de visiones monásticas y de prácticas y tristezas conventuales.

Bajo la lluvia, regresé a casa.

3 DE JULIO.—En el banquete monstruo que hoy ofrecieron al Presidente todas las clases sociales del país: el poder judicial, el legislativo, los Estados de la República, los ayuntamientos, la Banca, el comercio, la industria, capitalistas y pobretones, funcionarios y particulares, etc., etc., ¡Sólo faltó el clero!... Del aperitivo al **pousse-cafe**, todo fué aplausos y ovaciones. Y a la hora de los brindis, se desgranaron a los pies de este hombre-esfinge, impasible y silencioso, todos los ditirambos, todos los elogios, todas las hipérboles. Luego, él se puso en pie para contestar, y todos los concurrentes para escucharlo. Agradecimientos sobrios, promesas cautas, ademanes moderados, su voz grave y ronca empañada por la emoción, sobre todo cuando mencionaba a México, cuando hizo lacónico recuerdo de sus servicios, cuando proféticamente le auguró grandes destinos, cuando a modo de testamento solemne pidió a sus sucesores en el mando supremo, cor-

dura, transigencia, probidad, patriotismo, patriotismo antes que nada...

Y lo que yo me preguntaba sorprendido, no de las excesivas alabanzas en que iban envueltas merecidas verdades justicieras, no; es inherente a la flaca naturaleza humana adular al césar mientras está en el solio, aunque no lo merezca, y en este caso ¡vaya si el Caudillo se tiene de sobra ganadas las mayores alabanzas, no obstante algunos yerros inevitables que pudieran señalársele! Hay que ver que no es semidios ni demiurgo, sino criatura de carne y hueso, aunque criatura excepcional.

Lo que yo me preguntaba, y hace ya tiempo que vengo preguntándomelo ¿cómo es que, malgrado el humo de los inciensos, la música inefable y turbadora de las alabanzas, la irresistible ebriedad que consigo llevan las ovaciones, este hombre que de memoria se sabe que podría perpetrar los peores desafueros sin riesgo inmediato ni pedimento de cuentas, permanezca halagado ¡claro! pero en sus cabales, sin perder su equilibrio, ni su ecuanimidad, ni sus grandes virtudes congénitas?

Eso es lo que mueve mi admiración sin reservas, que en jamás de los jamases se la exterioricé para medrar a costa de ella.

A la salida, alguien me aseguró que habíamos sido mil y quién sabe cuántos asistentes al banquete que ha tenido, en mi sentir, un significado esotérico e inquietante. ¡Se suenan tantas cosas!...

4 DE JULIO—Fiesta yanqui, en Chapultepec. ¡Oh, júbilo, no me invitaron!...

5 DE JULIO—La noticia telegráfica de que el negro Johnson venció al blanco Jeffries, me llena de regocijo por lo que dentro de su barbarie significa: un **sonado** desquite de la raza envilecida

por aquellos fariseos, sobre sus verdugos linchadores. Las bofetadas del "moreno" no han sido para su contendiente accidental, sino para la faz arrogante y egolátrica de los otros.

10 DE JULIO—Funerales de Pepe Vega, fallecido anoche, después de una inútil intervención quirúrgica en el vientre.

¡Con qué entereza murió, de médico inteligente, lo que fué! Preparado a conciencia, no permitió que los frailes carmelitas que al obscurecer se le presentaron, adelantaran sus preces para los agonizantes. Yo los llamaré,—les dijo,—en el momento necesario. Y se despidió de su joven esposa, mi sobrina María Teresa; indicó a José Joaquín, que cuando bajara la pierna con que medio se oprimía la ancha herida quirúrgica, empezaría su agonía, y a mí me pidió con toda suerte de ruegos que le diera agua, cosa que hice en el acto a pesar de la prohibición facultativa.

11 DE JULIO—Terminé el dictado de los originales que compondrán el tomo II de este MI DIARIO.

16 DE JULIO—Guíados por el bondadoso prior en persona, y en la grata compañía de Enrique Santibáñez y el licenciado Orozco, hicimos detenida visita al vetusto convento del Carmen, mientras en el templo, de fiesta, se rezaba el rosario.

Ilustrados con la palabra sabia del prior, lo recorrimos todo: celdas y refectorio en ruinas; la biblioteca que fué famosa y ahora apenas si conserva muy mínima y saqueada parte de sus antiguos tesoros, ¡oh, leyes de Reforma!; puertas y rincones; desde sus azoteas abovedades contemplamos la gran Tenochtitlán envuelta en esta lluvia terca que no cesa de mojarnos a ella, al valle íntegro y a nosotros. Luego, descendimos a la cripta, donde la evocación verbal y vívida del prior

resucitaba difuntos momificados, animaba piedras, maderas, imágenes estofadas y sin ojos, que manos bárbaras arrancaron porque eran de esmalte; los azulejos de lambrines y muros enfermos de lepra, de humedad y de años, las urnas con restos mortales, los sepulcros, la pila de agua bendita. El sitio, hoy en las afueras, en que reposaban los despojos de un virrey (?) y en el que los priores eran inhumados, es ahora refugio de patos que nos saludan con graznidos de alarma. Hay pestilencia y sombras, que combaten dos cirios empuñados por otros tantos legos, y que regalan a mi anillo nupcial con tibia gota de cera. El osario, es un espanto, huesos humanos, calaveras anónimas, un inmenso y entristecedor abandono... Nos negamos a conocer la segunda cripta, todavía más subterránea que esta primera.

Al fin, tornamos a la vida y a la luz; no descansa la lluvia, llueve en el campo ensombrecido de crepúsculo y llueve en mi espíritu acongojado por cuanto acabo de ver: **il pleut dans mon âme,—comme il pleut dans la ville**. . ."

Presa de gran cansancio corporal he llegado a casa. Echado en mi cama, desde ella me entero de cómo la noche iba llegando callada y lentamente a circundar el Ajusco, ya desvanecido entre los tules de la lluvia y las nubes cenicientas.

De sobremesa, corregí pruebas de MI DIARIO, hasta las 9 de la noche. Y por remate, sueño de piedra, intoxicado con el oxígeno que respira este océano de verdura húmeda.

17 DE JULIO—En la inauguración oficial de la línea de tranvías a Xochimilco. Linda nota a lo largo de la vía: niños de las escuelas bombardean con flores el carro presidencial, los pétalos perfumados diríase que embellecen más aún, las notas de nuestro himno nacional.

18 DE JULIO—Terminé hasta su último renglón la corrección de pruebas del tomo II de MI DIARIO.

29 DE JULIO—Es de balde, no puedo pasar inadvertidos los cumpleaños de mi hijo. Y hoy ha cumplido 11.

31 DE JULIO—¡La de siempre! Ayer, idealmente sano, hoy en un estado deplorable. Sigamos tirando...

1o. DE AGOSTO—Mis vecinos los japoneses hortelanos, truncan mi siesta al aire libre con sus voces y ejercicios. Llégome a verlos: revestidos de adminículos nipones, musculados, ágiles, sanos, juegan una esgrima sui géneris. ¿Qué opinarán los manes de los carmelitas?... Por sobre nuestras cabezas, tronante, formidable, pasó rumbo al Ajusco una tormenta estival.

11 DE AGOSTO—Llueve, llueve sin descanso en esta temporada de aguas; todo es gris, húmedo, triste. Antes y después de la lluvia, diríase que el campo meditara, sin esfuerzo adviértesele un aire de ensimismamiento en los árboles inmóviles, en los pájaros callados, en la brisa que, de súbito, se pierde.

14 DE AGOSTO—Esta mañana, mientras tirábamos al blanco en el jardín de casa, Rafael Pardo, mi hijo y yo, se abrió la reja empujada por viejo mal trajeado que no atiné a identificar desde luego. A tiempo que se descubría, exclamó sonriente:

—"Buenos días, don Federico..."

Al fin, con no pequeño esfuerzo, mi memoria reconstruyó al aparecido. Era Próspero, mi amigo Próspero, el jefe del tinacal de Esteban Eslava, el testigo de mis días de adolescente, mi conoci-

do de hace 25, de hace 30 años? ¡De hace muchos años! Pronto me apeó el "don" y, como antaño, volvió a llamarme por mi nombre a secas, y me habló de sus dolencias, sus **riumas**, sus 81 inviernos que no le impiden madrugar todavía. Y cuando se marchó renqueante y solemne, con esa solemnidad de la vejez, que en los campesinos mucho se acentúa, me ganó la morriña; con él se marchaban también mis horas plácidas de mozo, mis bellaquerías de rapaz... Le presenté a mi hijo, al que tuteó y mantuvo en vilo un buen espacio, a pesar de los 81.

17 DE AGOSTO—Consumada en Nicaragua la infamia yanqui número billón y tantas: cayó Madriz!

Nuestra América, muda, egoístamente muda.

28 DE AGOSTO—Mañana literaria con José Juan Tablada en su casa de Coyoacán, que no es **bungalow** porque tiene dos pisos, que no es quinta porque no es casa de recreo nada mas, ni José Juan es colono que pague la **quinta** parte de los frutos que cultiva en pequeño huerto y para su propio regalo. Es domicilio permanente y fijo, de su propiedad. El jardincillo que la enmarca luce puente diminuto a la japonesa, flores y plantas japonesas en buen amor y compaña con plantas y flores nuestras. José Juan es convencido y entusiasta japonizante desde que anduvo corta temporada por la poética patria de los Samurai, aunque algunos incrédulos y maleantes aseguren que nunca estuvo en la tierra del Sol Levante. Yo sí lo creo, pues de otra suerte, ni con el mucho talento que lo distingue ni sus muchas lecturas, podría hallarse tan al cabo, según se halla, de letras, literatos, costumbres y paisajes de allá. El interior de la vivienda, puesta con refinamiento, abundante en buenos cuadros, muebles antiguos y por-

ción de curiosidades revela que allí mora un artista; pero lo que para mi gusto se lleva la palma es su gabinete de trabajo, de más que medianas proporciones, atestado de libros y con manifiesta joya que provoca mi codicia y mucho que ennoblece todo un testero de la estancia soleada, ebria de luz, acogedora y muda; una chimenea casi mural y recubierta de arriba abajo de preciosos azulejos, comprados los menos, cambalacheados algunos y—cuenta él mismo entre veras y bromas—mal habidos los más. ¿Qué importa la procedencia, suponiendo exactos los informes, frente al artefacto empotrado en el muro, su tamaño, su diseño,—éste, obra de José Juan,—su gracia, su elegancia y hasta su mexicanismo? ¡Los mismos leños que se trague en las largas noches de nuestros inviernos breves, han de tenerse por muy dichosos de que los consuman y los vuelvan cenizas fauces tan bellas! Otro detalle encantador del gabinete: la mesa de labor, no por la mesa en sí, nada notable, sino por su feliz colocación en ángulo abrigado y discreto, junto a una ventana que cae al huerto, por la que se entran chorros de luz, aroma de flores, canto de pájaros...

Huelga decir aquí, que previo saludo y unas cuantas palabras con su esposa, la visita se pasó en los interiores del lindo gabinete donde a solas los dos, me regaló con la lectura de varias páginas de su "Diario" en preparación y llamó, luego, a su sirviente ¡japonés auténtico e innegable! quien deletreó de corrido un alarde de **niponismo** consumado por José Juan: escribir en aquel enrevesado idioma mi nombre y apellido y mi alias de juventud. ¡¡Lástima que en la casa impresora del presente tomo carezcan de caracteres japoneses, me habría complacido que se reprodújera el alarde del poeta!

Ya al despedirme, se empeñó en que conociera yo su cocina, tapizada de cobres, estaños rever-

berantes, cucharones, parrillas y sartenes, sin faltar por supuesto las orejonas cazuelas "moleras" de Puebla de los Angeles. Pues es de saber que José Juan se tiene ganada, después de repetidas pruebas irrefragables, muy merecida fama de "**cordon-bleu**" con todas las de la ley.

En mi caminata de regreso a pie, he ido pensando en el escritor y en el compañero de oficio. Los títulos que consagran al escritor de raza no pueden ser mejores ni en cantidad mayor; ha sido periodista, crítico de literatura y de arte, cronista de mucho **esprit**, y no se diga poeta, ahí está "El Florilegio", viejo de 11 años, cuando su autor contaba apenas 28, remozado y aumentado hace sólo un lustro y doce meses, que lo encumbró muy merecidamente, según entonces y luego crítica y público lo han gustado y aplaudido. En la "Revista Moderna" de Jesús E. Valenzuela el millonario pródigo, logró José Juan brillante papel, sobre todo como adalid irreducible y aun agresivo a las vegadas, de la estética última, que no a todos ha seducido. Porque ésa es su cardinal característica, la que lo defenderá del "irreparable ultraje" de la edad en aumento: una facultad especialísima de adaptación y acomodamiento dentro de las escuelas y doctrinas nuevas, que le permite, gracias a su ingenio, a lo flexible y comprensivo de su exquisita sensibilidad artística, pronto amoldarse a los nuevos climas literarios, y ya domiciliado en sus principales avenidas figurar en las primeras filas, airosamente. Creo que irá lejos y "a paso de vencedores", si algunos demonios que al igual que en nosotros todos, palpitan en las recóndidas cavernas interiores de su juventud a punto de extinguirse, pero todavía capaz en su crepúsculo de incendio,—como esos celajes arrebolados de los atardeceres estivales después de una tormenta,—de jugarle más de una mala pasada...

Huelga suponer que su filiación mental es netamente gala; ha de haber comenzado, me figuro, por ser devoto de los grandes románticos: Chateubriand, Lamartine, Vigny, Hugo, idólatra de Alfredo de Musset. Y en prosa, seguidor de los hermanos de Goncourt, con uno de los cuales, Edmundo, acusa parecido físico harto acentuado en rostro y cráneo; lo mismo que lo acusa en ciertos antecedentes con otro orfebre del verbo, Teófilo Gautier, "el buen Théo", que al igual de José Juan, primero quiso ser pintor y estudió dibujo y colorido. Esos tienen que haber sido los tutelares de su futura prosa de maravilla.

Afilióse después entre los parnasianos, y con Baudelaire luego, quien lo empujó desde ultratumba a un temporero y nocivo culto de los malhadados "paraísos artificiales"—en que aquel desesperado de la vida y de las letras se domicilió hasta no anclar en la locura,—que algo quebrantaron la salud de José Juan, pero de los que pronto se evadió para rehacer su propio indidividuo físico, maltrecho y ensombrecido. Fué, entonces, cultor del atletismo, **courtier** de vinos europeos por corta temporada, y al fin, hijo pródigo, tornó al hogar de las letras que harto que se felicitaron con su regreso. Y nada digo de su desmedida afición a las faldas, porque desde muy restringidos y determinados puntos de vista, entretenimiento tan dulce y sabroso poco tiene que ver con la literatura, aunque a las veces resulten sus mejores musas e inspiradoras, las madrinas de porción de obras maestras, y porque en esa eterna y universal caminata de los machos normales, como en la de la Meca, muchos peregrinos caen heridos, otros para ya nunca levantarse, y todos, en alguna época, cuando no en varias, hemos cojeado del mismo pie que los dos de José Juan, en ese capítulo pertinaz cojitranco...

Por muy suave y surrante modo ha consumado el Japón la absorción de la Korea, que, a partir de hoy, la han rebautizado como:—"La tierra elegida del tranquilo amanecer".

¡Oh! poesía del Oriente que tiñes de ensueño hasta no idealizarlos, las infamias y los atropellos. La dinastía destronada era una anciana de 518 años. ¡Descanse en paz!

30 DE AGOSTO—Para hacer frente al alud que se me viene encima con los festejos del inminente Centenario, hoy hemos truncado nuestra **villeggiatura** sanangelense, y al atardecer la emprendemos a nuestras moradas respectivas de la ciudad.

1ro. DE OCTUBRE—¡Nunca creí ver la aurora de hoy!... Bien es cierto que tampoco creía en llegar con vida a la conmemoración patria que acabó ayer.

Ocupado todos los minutos de ese memorable mes de septiembre de 1910, que ya ocupa puesto preminentísimo en la historia doliente de nuestro México, me fué físicamente imposible anotar sus gratos y muy extraordinarios sucesos día por día, según ha sido y seguirá siendo mi costumbre invariable en este MI DIARIO. Felizmente, esa forzada abstención carece de importancia, pues para perpetua memoria y aun para ejemplo y envidia de las posteridades que no es fácil puedan ver en lo futuro parecidos festejos, ahí quedan testimonios irrefragables y pormenorizados en las muchas publicaciones ad hoc, y muy notables

algunas, editadas a todo lujo por el gobierno, (1) y ahí queda también la prensa nacional de estos días, que consignó a conciencia todas y cada una de las palpitaciones de la ciudad, engalanado teatro de ellas, que registró el ritmo de esas horas imperecederas. Los festejos que la prensa ha descrito, sin duda que mañana los superarán otros festejos, merced a los venideros adelantos científicos y al progreso en marcha inatajable de la civilización y la cultura, pero la trascendencia y significado de los mismos, jamás serán superados; sobre que lo ocurrido y registrado, de positivo milagro ha de calificarse.

Septiembre de 1910 ha sido para México un mes de ensueño, de rehabilitación, de esperanza y de íntimo regocijo nacional.

Nadie, ni los mexicanos más castizos y amantes de su país pudieron imaginar rehabilitación tan solemne para nuestro México calumniado y sin ventura, hasta la última década del gobierno de Porfirio Díaz, quien con férrea decisión inquebrantable y patriótica, dígase lo que se quiera por sus desafectos, lo curó de sus dolencias endémicas y que incurables parecían, y le dió a manos llenas la tolerancia, la honradez administrativa y la bendición suprema de la paz, así sus malquerientes opinen que ésta sólo ha sido "paz orgánica". Suponiendo sin conceder, que estén ellos en lo justo ¿cuándo, antes, la disfrutó nuestra tierra, adolorida de muy antiguo?...La paz, orgánica o no orgánica, siempre fué el anhelo por excelencia de todos los pueblos, porque trae apare-

—(1). Consúltese principalmente, la "Crónica Oficial de las Fiestas del Primer Centenario de la Independencia de México", publicada bajo la dirección de Genaro García, por acuerdo de la Secretaría de Gobernación—México—Talleres del Museo Nacional —1911.

(N. del A).

jados el respeto y el prestigio entre los de fuera, y la prosperidad real y tangible de los de dentro.

Y si cual lo aseguran y prometen en voz baja vergonzantes agoreros y catequizadores todavía escurridizos por temor al castigo que conforme a la ley se les aplicaría por su propaganda clandestina y subversiva, la civilizadora y progresista "dictadura porfiriana" pronto sucumbirá a los embates de una revolución que en cuanto crezca y cobre cuerpo arrancará de raiz la mala hierba que se produce y aclimata en todas las latitudes político-sociales, en todas las épocas de la vida del mundo, para sembrar en cambio por todas las vastedades de la República dichas, purezas y virtudes de que por completo andamos ayunos, y luego repartir las pingües cosechas de maravilla que se levanten, entre todos los habitantes estupefactos frente a tamaño maná; si fuese cierto que el "Caudillo" tiene sus días contados y de grado o por fuerza habrá de caer, yo estoy seguro de que no bien se apacigüen las pasiones sobreexcitadas con el fragor y los excesos de la nueva contienda fratricida que ya la anuncian como implacable y de castigo para cuantos no la secunden ni sigan; no bien la razón expulse las pasiones desbordadas momentáneamente, comenzarán a establecerse ineludibles comparaciones al contemplar los destrozos y ruinas. Y en cuanto la sangre vertida se haya secado y las lágrimas de los huérfanos y viudas se hayan enjugado,—todas las lágrimas se enjugan y todas las sangres se secan,—entonces se hará justicia a este hombre egregio, y hasta sus peores enemigos, los más encarnizados e irreducibles se transmutarán, aunque jamás lo confiesen, en "porfiristas históricos".

El espectáculo que ha ofrecido el reciente Centenario ha puesto de bulto lo que vale y significa la obra titánica que Porfirio Díaz ha consuma-

do en su país, el grado a que logró prestigiarlo, el concepto en que el mundo que cuenta tiene hoy por hoy a nuestro México, ayer no más blanco de sangrientas censuras, de acres diatribas, de desconfianzas sobradamente justificadas si hacia atrás se mira. Sin faltar una, todas las naciones civilizadas de la tierra se complacieron en colmar a México y a su gobernante ilustre, por labios de sus representantes especiales,—varios de ellos figuras de primer orden,—de honores y alabanzas subrayados con valiosos obsequios y muy preciadas condecoraciones; con el pacífico anclaje en nuestros puertos, que sólo sabían de bombardeos y desembarcos atentatorios si no piráticos, de extranjeras y formidables naves de guerra cuyas bocas de fuego ahora disparaban retumbantes salvas en honor de nuestra bandera ondeando el sol, respetada y respetable. y cuyas tripulaciones armadas desfilarían en la fecha ritual, el día 16, a los pies de nuestro vetusto palacio virreinal, a tambor batiente y enseñas desplegadas, confundidas con nuestras tropas trigueñas, tocando sus bandas militares las notas de nuestro himno venerando en prenda de olvido por el pasado y de amistad espontánea y definitivamente reanudada, aplaudidas por las compactas muchedumbres que entusiasmadas presenciaban el simbólico y marcial desfile, el corazón desbocado de regocijo y miajas de muy legítimo orgullo, los ojos empañados por el vaho inefable de las emociones profundas; con una devolución, espontánea asimismo, de ciertas reliquias para nosotros sagradas: el uniforme del inmenso y virtuoso generalísimo Morelos, "siervo de la Nación"; las llaves de la ciudad de México ¡que nunca tuvo puertas! y que en instantes de ofuscación mental se ocurrió fabricar y ofrecérselas al general francés Elías Federico Forey...

México, por su parte, se vistió de gala para recibir y agasajar dignamente a huéspedes tan distinguidos; los agasajó y honró hasta donde se lo permitieron sus actuales y bonancibles condiciones; sus festejos estuvieron a la altura de los de cualquiera nación que en algo se tiene y se respeta. La sociedad, íntegra, y el pueblo entero, secundaron al Gobierno con patriotica y cálida cooperación inolvidable. El México calumniado, el México hasta ayer juzgado con disimulada codicia o airadamente y con mucho de razón y justicia por sus viejos pecados, pues pecador ha sido como lo fueron y serán todos los países habitados por hombres, no sólo se vistió de gala, sino que le puso el paño al púlpito para mejor cimentar su crédito y su reputación medio perdidos. Hizo algo más: abrió los brazos para estrechar a sus visitantes, sin distinción de procedencias ni jerarquías; es cierto que eran visitantes, pero no lo es menos que serán testigos insobornables y autorizados para propagar la buena nueva de que el México real y verdadero dista mucho del México que émulos y enemigos por largo espacio lo desnaturalizaron o en caricatura lo pusieron. Durante treinta días consecutivos, la República se sintió aplaudida y alabada por personajes de calidad. ¡Ha vivido un mes de satisfacción y ufanía, en pago a los años y años que vivió—Dios no permita que vuelvan nunca—desprestigiada, mal vista y peor comprendida!

De tejas abajo, es decir, tocante a mi individuo, el resultado ha sido mixto y no todo grato. En el activo, hay que anotar un grandísimo halago para mi orgullo de mexicano, testigo del pleito homenaje rendido a mi tierra; mi acercamiento espiritual y material con el Gral. Díaz, a quien por fuerza he tratado oficial y privadamente día tras día, lo que me permitió asomarme, hasta donde sus sistemáticas reservas lo consienten, en sus in-

teriores de egregio estadista y de varón excepcional; y las varias condecoraciones con que diversos gobiernos extranjeros quisieron galardonarme, al igual que a los demás funcionarios nacionales, también favorecidos con ellas. (A los jacobinos auténticos o falsos que me tomen a mal la anotación de las condecoraciones en el activo, les recomiendo que lean detenidamente lo que a favor de esos cintajos e insignias opina en sus formidables y desvergonzadas "Confesiones" el pésimo filósofo, pernicioso ideólogo y exquisito maestro escritor que se llamó Juan Jacobo Rousseau.)

En el pasivo, ya es otra cosa. Desde luego, un lamentable retroceso en mi menguada salud de alfeñique, por obra y gracia del inmoderado e inevitable exceso extraordinario de trabajo, el gástrico inclusive ¡no hay ser humano que salga indemne de un régimen de sesenta banquetes en treinta días, así se defienda de ellos como yo me defendí! El **surménage** consiguiente me ha hecho su presa, y ésta es la hora en que todavía no me desampara. Día hubo en que apenas si pude respirar a mis anchas, y noche que mal dormí sólo tres horas... El capítulo de discursos ¡ay! me empinó hasta las alturas del Tostado; sobre que es a la secretaría de Relaciones Exteriores a la que toca, por razón estricta de su funcionamiento propio, el formular las respuestas del Presidente de la República, y las misiones especiales recibidas fueron 32, casi otras tantas las permanentes, y hubo que contestar, además, a cada uno de los muchos obsequios con que la nación se vió regalada. Llegué a creerme una espita verbal, según hube de redactar ¡sobre la rodilla! cada una de las respuestas, no bien llegaban a la cancillería los discursos de sus autores respectivos.

Con motivo de la respuesta presidencial (día 17) al capitán general marqués de Polavieja, en

la que se agradeció efusivamente a España la hidalga devolución que hizo a México del uniforme de nuestro eminentísimo Morelos, yo afiancé dos íntimas e inconfesadas satisfacciones: advertir lo que el Caudillo se conmovió al leerla por primera vez dentro de su lindo y marcial gabinete de trabajo en su casa particular de Cadena, y el hecho inusitado de que al leerla solemnemente en el salón de embajadores de Palacio, ante muy numeroso concurso endomingado y grave, cuando se consumó la entrega material de tan valiosas prendas, hízose añicos el severo ceremonial protocolar que prohibe en tales actos cualesquiera manifestaciones de los asistentes. Al llegar el Gral. Díaz a los finales del párrafo IV, quebrada su tarda voz por emoción profunda, se registró una ovación delirante y se dejó oir una tempestad de "vivas" y aplausos atronadores.

El día 19 acaeció lo inevitable, atentos algunos antecedentes: por una nadería relativa al traje que habíamos de portar el 20, al darnos por recibidos del primoroso ajuar con que el venerable Imperio Chino obsequió a México, frente a mi firme y comedida insistencia en contra de su opinión, Creel, no obstante su invariable auto-dominio, perdió los estribos y tuvimos un acérrimo altercado que manifiestamente nos ha distanciado hasta la fecha, pero que ha puesto en los aires mi estabilidad en esta subsecretaría que quiero tanto...

Notas discordantes. La noche del 15, que en esta ocasión alcanzó proporciones de indescriptible entusiasmo nacionalista, fueron tantos los invitados a Palacio que se hizo necesario multiplicar el servicio del ambigú acostumbrado. Karl Bünz, embajador especial de Alemania y excelente amigo, prefirió no sentarse a la primera mesa, sino volver a contemplar el espectáculo ¡único en América! de nuestra plaza de armas cuando la muchedumbre que la llenó, hasta no escuchar

devotamente y luego vitorearlo con el alma en la garganta, el "Grito" ritual, comienza a desertarla en pos de las bandas militares que se desgranan por las calles y plazas de la ciudad, rumbo a sus cuarteles. En esas estábamos Bünz y yo, suspenso él y yo encantado como siempre que presencié la patriótica y popular manifestación pacífica, risueña y comunicativa, con tañer de guitarras, entonando canciones castizas y empolvadas, deteniéndose sus componentes frente a las vendimias alumbradas de ocote en que se fríen enchiladas y buñuelos, y se pregonan cacahuates y frutas, los compradores empinando el codo, acallando brazos femeninos a los críos, insomnes y pávidos; todo eso veíamos, cuando en la bocacalle de Plateros se produjo insólito arremolinamiento de gente rijosa, se oyó destemplado vocerío y adivinamos un terco ondular y chocar de personas. A tamaña distancia no acertamos a dilucidar qué sería aquello, apenas si distinguíamos que un emblema, estandarte o cuadro, oscilaba y se erguía por sobre las cabezas anónimas, cual si unos y otros se lo disputaran a viva fuerza. De pronto, uno, dos fogonazos con sus sendos truenos inconfundibles rayaron la relativa penumbra en que las iluminaciones mortecinas iban sumiendo a la plaza, y, a poco, en desorden y con mayores voces, el remolino humano se abrió paso y avanzó de prisa por frente al portal de Mercaderes, la Casa del Ayuntamiento, rumbo a Palacio.

—"Tiros ¿verdad?"—exclamó Bünz.

—Posiblemente,—repuse,—cohetes o tiros disparados al aire por el júbilo que la fecha provoca.

El remolino siguió avanzando, hasta no desfilar por debajo de nosotros, que desde el balcón lo contemplábamos, Bünz intrigado y yo sin sangre, pues ya se descifraban los gritos, vivas a Madero, y ya veíase qué era lo que en alto lleva-

ban; un retrato en cromo del mismo Madero, enmarcado en paños tricolores.

—"¿Qué gritan?"—me preguntó Bünz.

—Vivas a los héroes muertos y al Presidente Díaz,,— le dije.

—"Y el retrato ¿de quién es?"—tornó a preguntarme.

—Del General Díaz,—le repuse sin titubeos.

—"¡Con barbas!"—insistió algo asombrado.

—Sí,—le mentí con aplomo,—las gastó de joven, y el retrato es antiguo...

Amargado ya el resto de la noche por indicio tan significativo, tuve la aprensión de que algo grave se aproximaba, de que quizás las fiestas suntuosas del Centenario no eran el exponente de la prosperidad nacional tan trabajosamente conquistada, y en cierto modo, también la no usurpada recompensa con que el país entero coronaba las canas del reconstructor de la patria, del Caudillo meritísimo que no obstante sus muchos años aun empuña el timón de la antes desmantelada nave del Estado, con pulso no tan firme y certero como el de su madurez ¡claro está! las leyes naturales no hay quien las conculque, pero todavía movido por las intenciones y propósitos más nobles y altos de un mexicanismo entrañable. ¿Vendrán, me pregunté, el sacrificio de la séptima Vaca Gorda de que habla la Escritura, y ya por los desiertos norteños, arreados por erróneas o torcidas ambiciones, se habrán echado a andar las siete Vacas Flacas?...

Más valiera, entonces, que la muerte, comúnmente inoportuna, hubiese herido a este varón ejemplar cuando el mundo todo lo aplaude y honra al palpar la magnitud de su obra de cíclope, y dentro de casa, hasta sus desafectos reconocen la proeza. Si la muerte nos lo hubiera llevado en el preciso instante en que sonaban las 11 de la

mil veces memorable noche de septiembre, y sus manos repicaron el esquilón que en Dolores Hidalgo ¡hace cien años cabales! anunció al universo que un pueblo sediento de todas las libertades acababa de nacer, el viejo patriota sin mácula, el excepcional estadista envejecido sobre el duro yunque en que forjó los hierros que han levantado y reafirmado a su tierra, el soldado que peleó contra huestes extranjeras, el gobernante probo por excelencia, el de vida privada modelo, habría ascendido, nimbado de virtudes, a la gloria y a la inmortalidad que sobradamente se merece...

Mayor sorpresa me aguardaba al día siguiente, ya reunidos el Gral. Díaz y su gabinete en el salón presidencial de acuerdos de Palacio, momentos antes de emprenderla a los festejos de la mañana. Quise repetirle al Caudillo la ocurrencia de la víspera, y así le conté cómo lo había yo declarado con barbas en sus años mozos, para que el embajador especial de Alemania no pusiera en claro el motín frustrado a nuestra vista. No se interrumpió su característica impasibilidad, mudo y grave escuchó mi relato trunco, porque las demás personas me comían con sus ojos airados y alguien tiró de los faldones de mi uniforme. Densificóse el ambiente, siguió momentáneo y embarazoso silencio que truncó uno de los ayudantes, anunciando que los carruajes, abajo, estaban prontos... El Presidente, en tono seco, pronunció las palabras con que a diario nos encaminábamos al calvario de las festividades:

—¡Vamos, señores!

Afuera, los ministros quisieron reprocharme lo que llamaron "mi imprudencia". Pero lo que yo les repliqué: ¿cómo había de imaginar que suceso tan público y amenazador se le hubiera ocultado al principal interesado?...A medias palabras, me hablaban todos, supe que el asunto carecía de importancia según ellos, que se había

recomendado a los periódicos lo pasaran en silencio, y que ya se habían tomado las debidas providencias!

En hondas cavilaciones se perdió mi facultad de análisis. ¿Sin importancia el asunto, cuando precisamente para ese día 16 estaba secretamente anunciado un atentado contra el Gral. Díaz, y se creyó indispensable redoblar las vigilancias callejeras, alterar el orden del desfile de carruajes y hacer que los miembros del estado mayor no se apartaran de la "brisca" descubierta en que iba el Presidente?... ¡Ah!, pensé, con razón los jefes de Estado yerran en ocasiones, sobre que se les oculta cuanto puede amargarlos o desviar el carro gubernativo de los senderos, derechos o tuertos, que las camarillas y los influyentes aconsejan.

Por suerte, ni a la ida ni a la vuelta de la inauguración de la columna de la Independencia, precioso monumento emparentado con la columna de la plaza de la Bastilla en París, y del que es autor nuestro talentoso Antonio Rivas Mercado, tuvimos la menor novedad ¡al contrario! fué una de las veces en que el público apiñado en la Reforma y en el tránsito disparó más flores al Caudillo, quien regresó a Palacio totalmente cubierto por ellas. Pero digo mal, pues vaya si tuvimos novedad, y gorda, los versos de su fábrica que nos recitó Salvador Díaz Mirón, indignos de su estro y de su fama. Léanse si no, y se verá que hasta el título es un desacierto, la composición se llama: "Al buen Cura".

Otra nota discordante durante el Centenario íntegro, la ausencia de Limantour del país, su renuencia a volver por ahora, so pretexto de su mala salud. Estantes y visitantes de la ciudad, la han comentado de mil modos y aun prestádole significaciones diversas que, probablemente, no han de estar en lo cierto. Sí es de llamar la aten-

ción, pero de ahí a descubrir la causa, hay su distancia.

Porción de otras notas desafinadas podría yo traer a cuento, en su mayoría hijas de las flaquezas y de las gorduras de nuestros prójimos; pero ¿con qué objeto?... En cambio, es de consignar que Inglaterra no nos envió representación especial, a pesar de que tenía aceptada la invitación que como a los demás países con quienes México sostiene cordiales relaciones diplomáticas le fué enviada, por el luto que guarda a causa del fallecimiento de S. M. Eduardo VII; que Santo Domingo, no obstante haber aceptado la suya desde el 24 de mayo, no envió tampoco representante ni se excusó por no haberlo hecho; y que, lo más de lamentar por tratarse de quien se trata, Nicaragua, que también había aceptado la suya desde el 28 de julio, agitada poco después por disensiones interiores que echaron abajo su gobierno, México, con gran sentimiento de sus intelectuales sobre todo, no pudo, dentro de los rígidos cánones de la materia, recibir la misión nicaragüense, cuya cabeza era la genial de Rubén Darío, legítima gloria americana. El Gobierno, sin embargo, le ofreció acogerlo a título de invitado de honor; alta distinción que con gran cordura de su parte, el poeta rehusó cortésmente. Como magra compensación, ya desembarcado en Veracruz, donde mucho lo agasajaron los literatos porteños, el culto gobernador de aquel Estado, don Teodoro A. Dehesa, lo invitó a pasar a Jalapa, en la que permaneció algunos días, también muy festejado por elementos oficiales y particulares.

2 DE OCTUBRE—¡Los últimos cartuchos! De banquete en "San Angel Inn", con el que el enviado especial del Perú y el delegado especial de Colombia obsequiaron al Gobierno. Creel contestó a Pezet su brindis de ofertorio y yo el suyo

a Corredor Latorre. ¡Ya no tengo de dónde sacar palabras alusivas!...

5 DE OCTUBRE.—**Garden-party**, "en honor de los altos funcionarios del Gobierno mexicano, cuerpo diplomático, etc."; que ofrecieron en el **stand** del Tiro Suizo de la Villa de Guadalupe los delegados de la Confederación Suiza y el de los EE. UU. de Venezuela.

6 DE OCTUBRE—¡El broche de oro! Hasta la noche de hoy no fué posible celebrar la suntuosísima "Apoteosis de los Caudillos y Soldados de la Independencia", en el patio central de Palacio, a cuyos medios se alzó imponente y severo catafalco, y ante copioso y muy distinguido auditorio: los tres Poderes, las misiones especiales, el cuerpo diplomático residente, y enorme y selecto concurso de particulares. Los adecuados números musicales, a cargo de la magnífica orquesta del Conservatorio, y sólo dos discursos, el del secretario de Relaciones Exteriores y el del Pbro. D. Agustín Rivera, doctor de la universidad nacional, historiógrafo de marcadas tendencias liberales, retirado de algún tiempo acá, en Lagos, su rincón nativo. Justo Sierra, recitó soberanamente una linda composición poética.

Y sucedió, que el P. Rivera plumeó demasiado, pues hojas iban y hojas venían y su arenga no daba trazas de acabarse. Principiaron los carraspeos y movimientos de los escuchantes aburridos, sin que el lector se percatara de la impaciencia que puso fin al interés y debida compostura de los comienzos. De súbito, Samuel García Cuéllar, jefe del estado mayor del Presidente, por detrás de mi silla me habló al oído:

—El Jefe lo llama...

Acribillado por las miradas de los invitados a la vasta plataforma en que instalamos a los ele-

mentos oficiales, y que hube de cruzar por el centro, causando general expectación en la apretada concurrencia, llegué junto al Presidente:

—Vaya Ud. y dígale al doctor Rivera que abrevie su discurso.

No cabía apelación. Torné al ruedo y me acerqué a la tribuna en que el Padre, engolfado con su lectura, continuaba impávido. Lo que sufrí mentalmente, sólo yo lo supe; me atormentaba fuera de medida imaginar lo que sentiría el orador cuando le espetara mi desagradable embajada. Le hablé, por lo bajo, y nada, no se percató de mi presencia hasta la tercera o cuarta vez en que, airado, se volvió a mirarme por encima de sus anteojos: ¿qué se me ofrecía?... En pianísimo tono le disparé la bomba:

—El Presidente ruega a Ud. que corte su discurso!!!...

Muy contrariado, reanudó la interrumpida y luenga lectura, pero a poco púsose a volver hojas y más hojas, procurando remendar la ilación. Para que el público no adivinara lo ocurrido, de pie permanecí a la vera de la tribuna, que se creyera se me había enviado, no a pedirle que truncara su pieza, sino a acompañarlo en señal de merecida cortesía. Luego, lo escolté hasta su asiento, y tan amargado caminaba ¡póngase cualquier orador en su caso! que no me dió las gracias ni despegó los labios.

8 DE OCTUBRE—Hemos vuelto hay a nuestra morada escondida en la huerta del Carmen. Ya era tiempo.

12 DE OCTUBRE—Sale a la venta el II tomo, 1ra. serie, de MI DIARIO.

13 DE OCTUBRE—Desde Mixcoac a San Angel por la vía de Tizapán, larga caminata a cam-

po traviesa, sin asomo del vértigo, a buen andar, saturado de oxígeno, en pleno goce de vida física, a solas con Dios y con mi pensamiento, en medio a los campos, el Ajusco, a lo lejos, acompañándome con simpatía de gigante...Encuentros sucesivos con tres indios; uno de ellos me saluda. A entrambos bordes de la vía, aran, siembran, bombean; un cuidador de sementera, desde su rústico mirador, silba...Como una exhalación pasa el tranvía. Entre las plantas, idilios de los infinitamente pequeños; los chapulines (amorphopus caiman), multiplicándose con sus enlazamientos casi imperceptibles, huyen a saltos del destrozo de mis pisadas bárbaras... Deleite interior frente al cuadro inmenso y solemne.

Cuando el sol tramonta, breve descanso en el paradero de "Guadalupe".

Meditativo y completo reposo al llegar a casa, al dulce claror de este crepúsculo de otoño principiante, dentro del pórtico, en una mecedora. Rayan los murciélagos el raso azul de las nubes, y torvamente hienden y desgarran con su azorado vuelo las sombras que van adueñándose del jardín esfumado en la noche despeñada desde los picachos de la sierra y las copas de los árboles, graves, que se susurran secretos y que para mejor cobijar a los pájaros desgañitados a gorjeos, mientras éstos los rondan, aquietan sus copas y estiran sus ramazones. A distancia, en alguna quinta será, manos ignoradas que se me antojan de virgen enamorada tocan la última parte del vals "Amparo"....

Algo de grande y de triste flota en los aires, que invade a mi espíritu: pienso, recuerdo, anhelo...

14 DE OCTUBRE—Banquete en la legación japonesa. ¡Qué manera tan exótica la que para comer se gasta el buen barón Osaki.

¡Ah! esta lenta y porfiada penetración nipona: comercio, astucia, audacia y sonrisas.

26 DE OCTUBRE—El tomo II de MI DIARIO, ni tardo ni perezoso se muestra. No ha tenido mala prensa y el público no lo rechaza: del día 12 a hoy, van vendidos 700 ejemplares.

27 DE OCTUBRE—Tres días implacables en las redes de la onda neurasténica. Mi estado de ánimo, ayer, de 22 quilates... negativos: solo en casa y con mi perro a los pies, en tanto una tormenta ensordecía la atmósfera. Agravante: leía yo las falsas y deshonestas "Evas del Paraíso", de Felipe Trigo.

Por la mañana, había presenciado en la plaza del Carmen, el transbordo de un tranvía de Coyoacán a otro de San Angel, de los que llaman "pericos", y que sirven para el transporte de fardos y canastos principalmente, de una media docena de chicas campesinas y viciosas rumbo a la inspección de sanidad, primero, y del prostíbulo después. ¿Futuras "Santas"?... ¡Pobrecillas mariposas pueblerinas, ya con sus alas quemadas al fuego de esta carne empecatada! Son casi niñas, verdaderas **adolescentes** de cuerpo y de alma.

28 DE OCTUBRE—En Mixcoac, ya noche cerrada, esperábamos mi mujer y yo el tranvía de San Angel con un frío serrano. De súbito, me asaltó un yanqui mal trajeado en pos de una limosna que justificó contándome sus desdichas en jerga anglo-española. Por si era uno de los muchos vagos que de su país ambulan en México, le respondí que no lo entendía. En un castellano gutural y mutilado me repuso que tenía hambre. Y en efecto, su aliento, como el de los que mucho han libado o nada han comido, olía a sepultura. Ante mi negativa, que acogió alzándo-

se de hombros, con la mansedumbre que la miseria auténtica despiadadamente impone, murmuró para sí:

—¡Bueno!... Y fué y se sentó en el poyo frontero al mercado, con resignación musulmana. Sus andares torpes reforzaron mi convencimiento de que su hambre era legítima y atrasada. Lo alcancé y le dí algunos cobres que examinó en silencio. Luego, cual una saeta, cruzó los rieles en que reverberaban las luces del paradero y de las tiendas, se entró en la panadería, de la que salió provisto de panes envueltos en papel, yendo a parar a un puesto de "carnitas" y "menudencias" harto sospechosas, que le sirvió un granuja vivaracho y risueño, risueño de no entenderlo.

Nos recogió nuestro tranvía cuando el cierzo arreciaba, y al través del cristal del ventanillo, aun pude distinguir las dentelladas de fiera que aquel rubio Juan sin Ropa le pegaba a su providencial cena. ¡Qué horrible es el hambre!...

29 DE OCTUBRE—¡Los polvos de aquellos lodos! Como una puñalada se me clava la noticia que después del acuerdo en la secretaría me comunicó esta mañana el ministro Creel: que a guisa de recompensa por mis trabajos durante el Centenario, se me ha designado jefe de la legación que va a establecerse en Noruega!... No era recompensa, no, era el resultado natural de nuestra diferencia de criterio y de nuestro distanciamiento. Por supuesto, rehusé terminantemente, sabedor de que mis colegas de la Carriére, cuyos usos y costumbres ha tiempo que me los sé de coro, se reirían a mandíbula batiente de semejante recompensa: después de varios años titular de la subsecretaría de Relaciones Exteriores, una legación de segundo orden?... ¡No en mis días!

—¿Me convendría Bruselas?

Sí, siempre que Enrique Olarte, ministro en Bélgica y los Países Bajos, no resultara perjudicado con mi nombramiento. Y se me explicó el caso, con lo que ya no me quedó duda de que mi separación de la subsecretaría se hallaba resuelta de algún tiempo atrás: Olarte había pedido volver a París, aun bajando de grado, que no perdería en el escalafón.

El día entero, mordido yo de tristezas frente a la próxima y forzada expatriación indefinida e inevitable. Se me insinuó también que partiera en diciembre, a lo que tampoco accedí, saldría a mediados de enero.

30 DE OCTUBRE—Excursión con grupo de amigos jóvenes hasta los dínamos, en plena serranía. Cruzamos Mixcoac, la línea del F. C. de Cuernavaca, nos detenemos a contemplar el monumento de la batalla de Padierna, seguimos más allá de Contreras y de La Magdalena. Un total de 30 kilómetros, a 400 metros más arriba de la ciudad de México. Alegría de los comensales durante el almuerzo campestre. Regresé conduciendo la "duquesa" de Carlos Alvarez Escalante, saturado mi espíritu de mexicanismo, pues la murria no me ha dejado. Sin decírselo a nadie. este paseo y los que puedan seguirle serán otras tantas despedidas mudas al valle inmenso cuyos volcanes, sus custodios cuajados de nieve, inmutables, majestuosos, vistos desde que abrí los ojos, hoy los he sentido más míos que nunca...

2 DE NOVIEMBRE—Día de Muertos. Mala fecha para una segunda excursión, ahora en automóvil, con que me regalan mis juveniles amigos. Almorzamos en San Jerónimo. Ignorantes ellos de mi ausencia inminente, más intensa resulta mi callada despedida a mis campos, a su

vez colgados de las primeras melancolías del otoño, melancólico en todas partes...

5 DE NOVIEMBRE—Hoy hemos levantado nuestra tienda de San Angel y hemos dormido en nuestra casa de México.

7 DE NOVIEMBRE—A consecuencia de un bárbaro lynchamiento (¿cuál de ellos no lo es?) registrado en Tejas en la persona de un mexicano, Antonio Rodríguez, se exaltó aquí la barbarie popular azuzada por los agitadores políticos en aumento; hemos tenido motines, un incendio frustrado en "El Imparcial", y ultrajes en una cantina a la bandera de los Estados Unidos. Las muchedumbres callejeras han marchado al grito unánime de: ¡Mueran los yanquis!, y de mueras igualmente resonantes a otros que no son yanquis...

Con una turba de esas hube de enfrentarme en las afueras de la secretaría, cuya verja ordené que se cerrara, pues la intención manifiesta de los energúmenos era penetrar en sus interiores, diz que a hablar con el ministro en persona. Entre el personal de la secretaría hubo su desconcierto, los valientes querían salir, y los tímidos empalidecieron.

Frente a la masa tumultuaria, pedí que se acercara el que la encabezaba: un "matamoros" arrabalero y oliente a alcohol, que algo perdió de sus bríos ante mi artificial impasibilidad. ¿Qué deseaban?... Previa consulta puramente visual con los más próximos al guía, unos segundos de silencio, y, al cabo, un grito múltiple: —¡Justicia pedimos!...

¡Es tan fácil prometerla, aun cuando no se pueda o no se desee hacerla!... Unas cuantas frases hilvanadas a las volandas y ungidas de vaselina oral, en estilo campanudo de ministro

protestante, bastaron para que la ira que animaba al grupo, sincera en los más y apagada en los menos, bastó para que la multitud se dispersara, gritando ahora ¡vivas a México y a su Gobierno!

Este mi primer contacto con un tumulto popular, me sume luego en cavilaciones agoreras de pésimo color. ¿Si en vez de aplacarse se hubiesen enardecido?... ¿Si los agitadores son capaces de arrastrar muchedumbres como la que acababa de dispersarse, y de manejarlas a su guisa, se ha corrido el riesgo de que ésta hubiese llegado a los peores extremos de ferocidad, con todas sus aterradoras consecuencias político-sociales?... ¿Habrá de veras un descontento general en el país entero?

8 DE NOVIEMBRE—Segundo choque en la subsecretaría, con el embajador Henry Lane Wilson, que estuvo a pedir con tono destemplado y arrogancia de procónsul, porción de satisfacciones por el incidente de su bandera. Choque, verbal por fortuna, que sin embargo me costó un mayor esfuerzo y una crecida dosis de paciencia el deshacerlo, que el empleado ayer para calmar a mis conciudadanos en trance de pelea. Pero lo que convenció al airado Mr. Wilson:

—El Gobierno no puede hacerse responsable de lo que ocurra en el interior de una cantina u otros sitios peores. Si el ultraje lamentable de que con razón se queja usted, se hubiera realizado con la bandera izada en la embajada o en el consulado general, ya me tendría usted en su casa, dándole las excusas del caso y las seguridades de que el atentado no quedaría impune, conforme a la ley.

12 DE NOVIEMBRE—Días de intensivo quehacer, que me hacen concebir la remotísima esperanza de que se dicte contraorden y mi destie-

rro inminente se convierta en una falsa alarma. Parecen conjuradas entrambas tormentas, la interna y la externa.

16 DE NOVIEMBRE—Descubierto un vasto complot revolucionario para derrocar al Gobierno. Es su caudillo, Francisco I. Madero, oriundo de Coahuila y de quien yo tengo escasas noticias: su entrevista con el General Díaz, en la que este perspicaz catador de hombres lo dejó en libertad de llevar adelante su campaña eleccionaría, sin prestar mayor importancia ni al personaje ni a su libro "La Sucesión Presidencial" que ha levantado ámpula en todo el país; su prisión posterior en la ciudad de San Luis Potosí, de la que casi se le protegió o se descuidó, adrede, su huída a los Estados Unidos, y lo que don Francisco Madero Sr., su padre, me dijera ha pocas noches en el restaurante de la "Maison Dorée", delante de mi amigo Carlos Sánchez Navarro, después de preguntarle qué era lo que su hijo pretendía:

—"¡Panchito es un loco!" (sic).

¿Se habrán equivocado los dos, el General Díaz no concediéndole importancia, y el señor su padre, calificándolo de enajenado?...

El hecho es que el brote descubierto en la ciudad de Puebla, provoca muy serias consideraciones. Un señor don Aquiles Serdán (¿habrá nombres predestinados?), propietario de una zapatería, las señoras que integraban la familia, y un pequeño grupo de partidarios de "la bola", se hicieron fuertes en la casa habitación del primero y, batiéndose denodadamente desde los interiores, resistieron los ataques de la policía angelopolitana y de un destacamento de tropa de línea. Un asedio épico por el arrojo de los sitiados y que sólo por ello mucho se asemeja al que en una casa de París, Bonnot y su banda de foragidos lleva-

ron a cabo con igual coraje, teniendo en jaque durante varios días, hace algunos años, a aquella policía y aquella tropa. En nuestro caso, también al fin vencieron los sitiadores, que con suma cautela penetraron en la modesta residencia transmutada en una Tarifa urbana, merced al valor desplegado por sus inquilinos, mujeres inclusive, en la que sólo hallaron los muebles hechos trizas, una o dos de las señoras, lesionadas, muertos los hombres, y Aquiles Serdán, evaporado... Buscando y rebuscando,—la manzana de casas cercada de soldados hacía imposible cualquiera evasión por las azoteas,—descubrieron a Serdán, mal herido y oculto bajo el piso de madera de una de las habitaciones bajas.

Visible estremecimiento ha sacudido los nervios de los habitantes de esta ciudad de México ante lo que reputa de frustrada intentona temeraria, y aun los gobiernistas, la inmensa mayoría, no ha podido menos de admirar el ardimiento de ese puñado de valientes. No se descubren, sin embargo, asomos de intranquilidad ¡tanto mejor! todo el mundo descansa en la solidez del Gobierno, y ni los pesimistas piensan que la naciente revuelta lo eche por tierra.

Sin quererlo, yo me digo a mí mismo: una piedrecilla insignificante puede ser causa de que el majestuoso "Congressional Limited" que corre entre Wáshington y Nueva York se descarrile y se produzca una catástrofe!...

17 DE NOVIEMBRE—La prensa de hoy, en su servicio telegráfico de la Prensa Asociada, con encantadora naturalidad publica que en Honduras han desembarcado marinos de los Estados Unidos, de Alemania, de Inglaterra... Lo que llevaría a la conclusión de que el desventurado suelo americano va en camino de convertirse en "esquina de provincia". Ni un solo periódico ha censurado el sucedido.

19 DE NOVIEMBRE—Cunde la llama de la revuelta aquí y allí; en la frontera norte, principalmente, la ola revolucionaria asoma y devasta. Y ahora sí que se advierte inquietud general. Para colmo de males, el General Díaz ha caído en cama por culpa de una mandíbula infectada que mucho lo tortura y priva de dar sus órdenes, siempre acertadas y sabias... Creel está durmiendo en Cadena y, se rumora, que él y algunos jefes militares de pocas luces, son los que desde ahí dirigen la campaña represiva. Sin ofenderlos, no creo que sean los indicados para zanjar victoriosamente el conflicto ya en ignición.

20 DE NOVIEMBRE—Experimento a un tiempo mismo, desazón y satisfacción. "El Diario", periódico de oposición que dirige un italiano Carlos Fornaro, en su número de hoy trae la descripción circunstanciada de la refriega de Puebla y, de paso, hace una embozada y malévola psicología de la misma. "Por la tarde,—habla el redactor viajero en uno de los párrafos de su crónica,—penetré en la casa en que tan brava "defensa se había hecho y recorrí las habitacio-"nes donde había muebles rotos, ropas esparci-"das, papeles por todos lados, cartuchos, paque-"tes de pólvora, dinamita, bombas hechas con "perillas de cama, retratos, libros de Sienkiewicz, "de Smiles. Sobre el escritorio de Serdán, **'RE-"CONQUISTA"**, de Federico Gamboa, con unas "cuantas hojas abiertas, como si la hubiese co-"menzado a leer".

Mi satisfacción es como autor leído, y mi desazón me la dicta el natural temor de que voces oficiosas siempre prontas a desnaturalizar hechos, vaya y me pinte "en las alturas", vistiendo traje de funcionario infidente que, so capa de "hacer literatura", escribe libros subversivos o cultiva relaciones con desafectos. Los tiempos no

son nada buenos, hace unas noches la policía reservada cateó el domicilio de un senador en ejercicio!...

24 DE NOVIEMBRE—Soplan vientos de incertidumbre y desasosiego con motivo de la situación, que sigue nublándose. En ocasiones, siento ansias interiores por marcharme de una vez; y en otras, las más, ganas fervorosas de no partirme de mi tierruca, que me atrae y me atrae como querida infiel y, por infiel, idolatrada.

El trabajo, en la secretaría, intensificado sobre mis espaldas. Mi neurastenia, o lo que sea, embravecida y torturante. La endulzo un tanto, a fuerza de rumiar por adelantado lo que me significa y lo que gozaré en el desempeño de mi embajada especial en España con que el General Díaz, motu propio, ha querido gratificarme. Porque he aquí que voy con tan alta investidura a esa amada tierra madre nuestra,—ensueño de muchos años atrás acariciado,—y con sendas misiones, también especiales y además de las permanentes, a Bélgica y a Holanda, aunque con los viáticos disminuídos: en lugar de los $12,000.00 que por las tres me correspondían sólo se me darán $10,000.00, pues según me explicó Creel, "yo soy de casa" y el erario gastó mucho dinero durante el Centenario.

Por otro lado, Fernando González, jefe del estado mayor presidencial, general de brigada y mi condiscípulo de colegio muy querido, que para sí anhelaba la embajada, ignorante de mi nombramiento la solicitó del Caudillo, quien le dijo que lo nombraría con gusto, siempre que yo accediera. Y me ofreció a cambio de la cesión, una suma de dinero nada despreciable. Ni la merma impuesta a los viáticos, ni la oferta tentadora de Fernando para mi crónica carencia de bienes de

fortuna, me han hecho titubear. ¡Me voy a España!

8 DE NOVIEMBRE—Hoy se acordó por Instrucción Pública una pensión de quinientos francos mensuales a Rubén Darío, como desagravio porque no fué posible recibirlo cuando el Centenario, en su carácter de enviado diplomático especial de un gobierno ya inexistente, a su desembarco en tierras de México.

Y anoche, en la sesión ordinaria de la Cámara de Diputados, Salvador Díaz Mirón disparó varios tiros a Chapital, sin lograr herirlo a él ni a nadie afortunadamente, gracias a la fuerza hercúlea de Chapital, que, abrazado al airado poeta consiguió que las balas se incrustaran en el pavimento.

11 DE NOVIEMBRE—A **confesse** en la capilla privada de "Mascarones"; acto indispensable en vísperas de un largo viaje.

12 DE DICIEMBRE.—¡Día inolvidable! Mi hijo hizo su primera comunión en la iglesia de las Reparadoras. A su vera hemos comulgado, embargados de inefable emoción, su madre, mis hermanas, mis sobrinas y yo mismo... Luego, la gran fiesta hogareña: música en el patio, comedor enflorado, magno desayuno de deudos y amigos, fotografías, vaho de lágrimas en muchos ojos, nuestra bendición cordial al primer comulgante, regalos, peligros que corre su traje nuevo de "pantalón largo", **s'il vous plait!** Días como éste son a modo de indestructibles piedras miliares que levantamos en el camino breve o largo de nuestros vidas, para que a perpetuidad recuerden los sucesos faustos e infaustos que ni el indiferente curso del tiempo, ni las penas y alegrías que nos aguardan en la caminata, aciertan a borrar del todo: la primera comunión que a nuestra

vez hicimos de pequeños, junto a nuestra madre que sollozaba muy piano, que nos musitaba al oído truncas plegarias; la mañana de nuestro matrimonio eclesiástico, el nacimiento de nuestro primogénito... En la otra orilla, los primeros grandes dolores que, creeríase, un cincel crudelísimo nos entalló en el alma.

Y a las 12 de hoy, con solemnidad nunca vista antes ¡hubo discursos a presencia del personal íntegro, en el salón principal de la secretaría! cesé en mis funciones de subsecretario de Relaciones Exteriores.

Después de tan solemne aparato inusitado, mientras recogía de mi escritorio papeles íntimos, algo inesperado y gratísimo: esos propios empleados, mis compañeros de labores durante tanto tiempo, a sabiendas de que abolí la costumbre absurda de sangrarlos en sus haberes para obsequiar a los jefes, con una delicadeza que realza el regalo que me presentan en testimonio de innegable simpatía sincera, un álbum empastado en tafilete y, de plata, mi monograma y la tarjeta adherida a la tapa primera, que dice: "—Al señor don Federico Gamboa, — homenaje de admiración, respeto y cariño, — sus amigos — México, 12 de enero de 1911" (se supuso que en esa fecha saldría yo de la secretaría); y en sus páginas interiores la fotografía de cada uno de los donantes, sus firmas cuando menos, y algunos, pensamientos autógrafos muy expresivos. Ahí están desde el último "meritorio" hasta jefes de sección y de departamento.

Lejos de rehusar el obsequio inapreciable, conmovido lo acepto y me juro guardarlo cuidadosamente por su significado. Los abracé a todos, uno por uno, y ellos extremaron su afecto todavía más, acompañándome en grupo encabezado por mi venerable amigo don Antonio García Cu-

bas, hasta la portezuela de mi carruaje que aguardaba al borde de la acera.

A la noche, visítame Francisco Orla, y en su charla me cuenta que Aquiles Serdán iba y besaba a cada uno de sus compañeros, conforme fueron cayendo moribundos o muertos.

22 DE DICIEMBRE.—Cumplí 46 años. Los siete u ocho últimos ¡con cuantísimo esfuerzo!... **avanti!** hasta que Dios lo consienta. ¿Reconquistaré en Europa una mediana salud siquiera?

Las autoridades judiciales declararon "bien preso" a Díaz Mirón por sus disparos en el Congreso noches atrás. Y las autoridades administrativas fusilaron esta mañana al "Tigre de Santa Julia." Coincidencia irónica: ambos han hecho versos; Salvador, versos admirables, y el "Tigre", versos que no han de figurar en ninguna antología.

28 DE DICIEMBRE—¡Me saqué la lotería!... Bien es verdad que hoy se conmemora a los Santos Inocentes. El premio, mísero, sólo $40.00. El indicio, agorero: quizá el largo viaje que con harta repugnancia voy a emprender, me resulte propicio.

31 de diciembre—A dar gracias en las Reparadoras, con mi mujer y mi hijo. Luego en casa, cena familiar y con los íntimos. Estamos prontos.

1911

14 DE ENERO—Grata travesía ésta del golfo de México, sobre un mar de raso y con balance suavísimo, a bordo de la vieja "Champagne", que echando los bofes nos ha traído con relativa celeridad desde Veracruz, de donde salimos a las 11.30 de la mañana de anteayer, hasta los medios de la linda bahía habanera en la que a las 7 de la tarde de hoy ha echado sus anclas, al claror de un tibio plenilunio.

Los honores a mi investidura diplomática, aquí se han inaugurado: falúa oficial embanderada y conduciendo a mi encuentro a personajes y personas; y en el muelle de Caballería, el ministro de España y el personal de su legación, aguardándome.

15 DE ENERO—Bondadosamente piloteado por el general Loynaz del Castillo, hoy domingo visité la nueva lonja del Comercio, instalada en soberbio edificio, a la vera de los muelles; he dejado tarjetas de agradecimiento en las moradas de altos funcionarios, y el acreditado "Fígaro" tuvo a bien sacar mi efigie con muy ga-

lanos conceptos a su calce. A la tarde, estación en "Miramar" y paseo en el malecón, cuya banda militar me hizo conocer "La Cañandonga", danzón a la moda. Inopinado encuentro con Alfredo N. Acosta, e instantánea angustia por el extravío de mi hijo, que perdió nuestra pista.

16 DE ENERO—Hemos zarpado esta madrugada. Cuando me asomo a cubierta, apenas si todavía se divisa en el horizonte, la línea ya imprecisa de las costas cubanas.

19 DE ENERO—Morriña y tedio legítimo, producto ambos de las navegaciones. Alíneo los pocos libros que eché en mis maletas y me prometo, previa vista de ojos, entrar a saco en la diminuta y no mal surtida biblioteca de a bordo. Leído hoy el palpitante "27 de noviembre de 1871" con que me obsequió Loynaz del Castillo, escrito por don Fermín Valdés Domínguez, compañero del grupo de estudiantes inmolados en aquella fecha frente a La Cabaña, que logró escapar de esa hecatombe luctuosa para los bravos "mambises" de entonces, y aun lo es hoy, en forma de recuerdo imborrable, para las posteridades que debieran ser del todo libres y felices de no existir la pérfida "enmienda Platt".

Fuerte balance desde ayer que pasamos a la altura de las Bermudas invisibles. El mareo consiguiente al balance determina grandes claros entre los compañeros de travesía. En el concierto de la noche también se advierte una ausencia, la de M. Mello, primer violín y director del cuarteto que ameniza los yantares del pasaje, un viejo amigo mío desde el año pasado a mi regreso de Europa en "La Navarre". El cuarteto que ahora nos acompaña lo componen, este primer violín (francamente bueno), un **cello** (francamente mediano), un pianista (francamente malo), y un

contrabajo que, a pesar de su trabajo, es francamente pésimo. Mello está perdido de tísico; el cello es renco, pero de fisonomía despierta y nada antipática; el pianista, con cara de pocos amigos, maliciosamente lo declaro perdis veterano y doctorado en Montmartre y los alendaños de las "fortif", y el del contrabajo es un francés sin característica. A mí, el concierto nocturno me resulta pasaderamente macabro; la tos de Mello, o lo doblega sobre su asiento, o lo fuerza a esfumarse en el puente a respirar los ozonos marinos. ¡Siempre me han provocado estos dramas del hambre, tristeza y miedo!...

22 DE ENERO—Ya dejamos atrás el trópico, anoche se inició el frío que ha de ir en aumento.

Con un radio-telegrama felicité a mi hermana Soledad, que hoy cumple años en Veracruz. Dí punto ¡al fin! a mi discurso de entrega de credenciales a D. Alfonso XIII. Vimos a distancia el "Oceanía", vapor inglés que por medio de señales que hizo a "La Champagne" y que nosotros los pasajeros no entendimos, nos enteró de que venía del Mediterráneo camino de Nueva York. ¡Increíble el efecto que producen en el ánimo estos encuentros en alta mar con otras naves! Diríase que por instantes como que disiparan la sensación de soledad absoluta en que van dando tumbos los buques navegantes por el inconmensurable desierto de agua. Para combatir lo incoloro de este domingo y la terca baja del termómetro, continúo atiborrándome con lecturas y haciendo breves excursiones a la psicología de una bailarina y cupletista, Lola Ricarte, que regresa a España, y he averiguado que es aragonesa, que mantiene a su madre y ha educado a sus hermanos, en París uno de ellos, que en Barcelona le robaron $8,000 de alhajas (¿algún amante?...),

"el ladrón estaba en casa", me afirma, y que es devota de la morfina.

26 DE ENERO—(4.51 p. m.) Después de una travesía felicísima, el mar ahora como un espejo, moderados los andares de "La Champagne", relampagueando lejos todavía el faro de Finisterre (el fin de la tierra!), y dos barcos mercantes en el horizonte de nácar y oro, contemplamos una puesta de sol incomparable que en muda admiración eleva mi pensamiento hasta Dios, y fondeamos sin novedad en el vetusto puerto cantábrico de La Coruña, la **Brigantinum** de los romanos, de dondo se hizo a la vela "la invencible Armada" de Felipe II, el puerto de las dos bahías, la residencia del capitán general de Galicia, el dominado desde las alturas de su peñasco por la famosa Torre de Hércules, obra de romanos, puesto que manos romanas aquí la levantaron cuadrada, maciza; hoy la primera plaza fuerte del norte de España, aunque mal ferida de pobreza y de tuberculosis, donde la mujer trabaja al igual que el hombre, y en el puerto, quizá más.

Fondeados desde las 8 de la noche, hasta las 9 no nos declararon "a libre plática", cuando al costado de babor ya "aguantaba" el suave oleaje de la bahía, la lancha de vapor de la estación sanitaria a cuyo bordo venían a cumplimentarme,—prólogo de los honores con que España habrá de honrar a México en mi alta investidura diplomática,—el gobernador civil de la Provincia, señor don Felipe Romero Lonallo, en unión del secretario de Gobierno, señor Blin, y del cónsul de México, mi querido Trascierra, acompañado de su señora esposa. El salón de "La Champagne" fué oidor y testigo de las palabras cordiales que nos cruzamos las autoridades del lugar y yo, y de la copa de Clicquot auténtico que apuramos.

Por conducto del gobernador dirigí al minis-

tro de Estado, en Madrid, este mensaje telegráfico:

—"De paso por aguas españolas, apresúrome "a saludar atentamente a V. E., y le ruego, si no "hay en ello inconveniente, sea muy servido de "presentar a S. M. el Rey D. Alfonso las seguri-"dades de mi profundo respeto."

27 DE ENERO—A las 2 de la madrugada levó anclas "La Champagne", rumbo a Santander y Saint-Nazaire, y al caer la tarde entramos en el risueño puerto montañés, donde tampoco desembarqué y donde también se sirvieron agasajarme a bordo las autoridades locales: D. Luis Fuentes, gobernador civil de la Provincia; el alcalde de la ciudad con todos los concejales, cuatro miembros de la diputación provincial, el presidente de la cámara de Comercio, y representantes de los periódicos santanderinos, "Atalaya", "Cantábrico" y "Diario Montañés".

Nueva bienvenida, nuevos agradecimientos míos y nuevas libaciones "champañeras". El gobernador me hizo entrega de la respuesta de García Prieto, marqués de las Alhucemas y ministro de Estado:

—"Cumplido encargo extraordinaria satisfac-"ción, Rey devuelve afectuosamente saludo. Agra-"decido."

28 DE ENERO—Desde la 1 de la tarde, Saint-Nazaire a la vista. Tardo desfile hasta los muelles por frente a larga valla de mujeres e hijos de marinos: una viejecita, muy viejecita, con sus manos temblorosas lo mismo agita su burdo pañuelo, a guisa de saludo, que se enjuga sus ojos cegatos que no han de distinguir a las claras al nieto que regresa...

Pernoctamos en el **"Grand Hotel."**

29 DE ENERO—Rompe el silencio aterciopelado de la mañana negra aún, terco y retador repique de campana recia, llamando a misa de las 5. No olvidemos que estamos en Bretaña, tierra de "**chouans**" invencibles y de católicos exaltados.

Truncamos la misa de las 10, para no perder el rápido de París, a donde llegamos a las 7 menos 1/4 de la noche. Nos alojamos en mi viejo conocido "Bellevue", modesta y confortable hospedería de la avenida de la Opera.

1o. DE FEBRERO—Con mi hijo y con Amado Nervo llegado ayer de Madrid para reunirse en Londres con la misión especial de que forma parte, y que en nombre de México concurrirá a la inminente coronación del Rey de Inglaterra, la tiramos hasta el **Palais Royal** y **la rive gauche** en busca de una "Victoria de Samotracia" en mármol, que no encontramos.

A la vuelta aprieta el frío, en tanto París comienza a ataviarse para una noche más de su pecadora existencia.

8 DE FEBRERO—Inopinado viaje a Londres para asistir a una operación de apendicitis en el hijo de amigos muy queridos, que desde México así me lo piden por cable.

Paro en la casa particular número 41 de la preciosa barriada de los **Upper Addison Gardens**, de don Germán Bülle, nuestro cónsul en la nebulosa metrópoli del Támesis.

9 DE FEBRERO—Desde temprano en la clínica operatoria. Cirios encendidos sobre el mármol de la chimenea del recibidor, que de pronto se me figuran siniestros augurios. Enfermeras impenetrables e impávidas, cirujanos y ayudantes severos y de pocas palabras. Horas de angustia mientras se prolongó la feliz intervención qui-

rúrgica a puerta cerrada. Saludo al operado, íntimo de mi muchacho.

Camino de regreso a los **Gardens**, el eterno aspecto que Londres ofrece: magnificencia y miseria, orden y mutuo respeto, urbanidad y soberbia a un mismo tiempo, niebla, sensación de desamparo, oleadas de neurastenia.

10 DE FEBRERO—A visitar en su **domus** a Alfredo Barron, que irá conmigo a Madrid, en su calidad de primer secretario de legación. El comedor de la casa, costumbre inglesa, antes que el **parlor.**

Día de excepción, que los londinenses califican de **glorious day**: el sol, un sol con cara de trasnochado, léase pálido, ha obsequiado a la inmensa urbe con una caricia sostenida aunque débil, de sus rayos de oro. ¡Y hasta el bronce de las estatuas, el mármol de los palacios, las verduras de los parques y el terso **macadam** de sus avenidas han cambiado de fisonomía, cual si se hubiesen embellecido más aún! De las gentes, ni qué hablar. Los lindos colores de las mujeres, creeríaselos iluminados por luz interior, y en el rostro de los hombres, adusto de suyo, juguetea una **respectable smile** que recuerda el chiste zarzuelesco de que "los ingleses ríen con la cara muy seria." Los **hansoms** y los ómnibus colmados hasta en las banquetas de sus techos, parecen recién salidos de una juguetería, y sus enguantados aurigas de flor en el ojal, se antojan **lords** rumbo a jocundos **week-ends,** en tanto los finos pencos de los **hansoms** y los mansos percherones que tiran de los barrigudos vehículos relinchan y trotan, aspirando deleitosamente por sus dilatadas narices color de rosa la brisa que se desprende de los tilos y del río. Y la chiquillería, igual los desarrapados que los ricos, todos han adquirido perfiles de querubines en asueto, el cas-

cabeleo de sus risas de plata, su andar y correr por jardines y calles lo detienen a uno en muda y plácida contemplación.

Con Miguel Covarrubias, que se sabe su Londres de memoria, meto el buen día en casa y tomamos té en el "Ritz", comemos en buen amor y compaña, y rematamos la noche en el **"Palace Theater**." Según Miguel, la neblina de esta ciudad-monstruo, la producen, combinados, sus montañas distantes, el humo de carbón de piedra que vomitan sus incontables chimeneas y el viento del Norte, que es el dominante. Y conforme predomina uno de los tres factores, la neblina resulta blanca, negra o amarillenta.

12 DE FEBRERO—Misa en Los Carmelitas, en cuyo parquecillo frontero me es dado ver porción de cojos, jorobados, mancos, un ejército de lisiados, de algún asilo probablemente, que se dirigen ¡contentísimos! al **Hyde Park.** ¡Es que también hoy hemos tenido sol!

A despedirme de mi operado, fuera de peligro según dictamen facultativo.

Al costear, dentro de muelle **hansom,** (voy a **Charing Cross** a tomar el tren de Folkstone), un buen trecho de la ribera del Támesis en que se levantan algunas fachadas altaneras de clubes **very exclusive**, despídeme Londres con una acuarela ideal: parvadas de gaviotas, como en el mar, graznan en la atmósfera caliginosa y dibujan fantásticos arabescos por encima del ancho río siempre congestionado de embarcaciones de todos los tamaños y de todos los climas...

Sosegada travesía y feliz arribo a Boulogne. Alcancé el tren de París, y a mi paso rumbo al hotel, dentro de anacrónico fiacre, deletreo en una columna de anuncios:

—Baile de Tabarin—Concurso de Piernas—Desfile de Laureadas."

13 DE FEBRERO—Jenaro Cavestany a visitarme. Sus varias fisonomías; su carta más tarde. ¿A quién le ocurriría llamar a la profesión de las letras, profesión liberal?...

Que al fin y al cabo, no obstante sus incontables encantos, no es esta Lutecia la última palabra, lo patentiza entre otros varios lunares, el de esos carros que después de la media noche apestan calles y plazas con su nauseabundo hedor.

14 DE FEBRERO—Mañana de angustia. En la casa de salud del doctor Remy, lejísimos, número 62 de la calle Laugier, Salvador Quevedo y Zubieta operó a mi hijo de unas vegetaciones adenoides que nos lo tenían muy descompuesto. Hasta el medio día no regresé al hotel con mi operado, todavía debilucho y soñoliento.

Noche a noche, salgo con mi mujer y mis pensamientos, a la buena de Dios por esas calles que no todos los viajeros recorren y que, sin embargo, en sus nombres, sus piedras, sus viviendas, son historia viva o moribundas leyendas: Chopin murió en la Plaza Vendome, verbigracia; Montmartre, quieren algunos que signifique mons-mártires y que conmemore el martirio de San Dionisio.

15 DE FEBRERO—Malas noticias las que me comunica Limantour en su visita de hoy, diríase que se avecina un gran desastre nacional. ¡Hay ya invasión filibustera en la Baja California!

Luego, larga visita de Rubén Darío.

Y en la noche, al Teatro Antoine, que no conocía yo, donde representaron, muy bien por cierto, "La Femme et le Pantin", de Pierre Louys y Pierre Frondaie.

16 DE FEBRERO—Día bien vivido. En la **gare du Nord** a despedir a nuestro ministro Sebastián de Mier, Limantour y los mexicanos de antiguo aquí radicados; una **élite**, digamos, compuesta de aristócratas de veras y de aristócratas de pega. Hans, el escritor de "Querétaro", y Enrique Olarte.

Fotógrafos de "Gustos y Gestos", quincenal argentino que se imprime y edita aquí, me toman cuatro **poses**, con y sin Rubén Darío, que nos acompañó a almorzar. De sobremesa se habla de amor, muerte y ocultismo. Un pudor de Rubén, que durante el almuerzo apenas si cató una copa de vino blanco, cuando acabábamos, so pretexto de ir y lavarse las manos, fué a apurar en el **toilet** toda una **pacha** de whiskey. Juntos Darío y yo nos lanzamos a la **rive gauche** del Sena, en busca del mago "Papus", doctor Encausse para la Facultad y para el vulgo.

Sin pamemas ni ademanes nigrománticos, previo instantáneo ensimismamiento frente a la mesa-escritorio de su oficina privada, Papus juega automáticamente con una plegadera, clávame mirada fugaz y penetrante, y rompe a hablar de mi pasado y mi futuro. Con naturalidad no fingida, a leguas del charlatanismo, profiere porción de exactas adivinaciones en lo que toca a mi pasado; y por lo que hace a mi futuro, aunque menos feliz en varios de sus vaticinios, hizo algunos sin embargo, revestidos de tal convicción y aplomo, que me desconciertan por de dentro. Acerca de mi probable inquilinato mundanal, antójaseme que se corrió buen trecho: me aseguró que estoy en la precisa mitad de la existencia, y como acabo de cumplir 46 en diciembre, resultaría que alcanzaré la avanzada longevidad de 92 años!...

La sesión me ha costado la módica suma de 2 luises, precio **standard** de una consulta ordinaria con cualquier médico parisiense de tercera ca-

tegoría. En la calle, a Rubén le salta el contento por sus inteligentes ojos mogólicos; los aciertos de Encausse,—que es antiguo conocido suyo,—lo alegran como si él, Darío en persona, los hubiese logrado. Cuéntame que "Papus" goza de larga fama (1); que mi querido Joaquín D. Casasús, que no es ningún adocenado, lo llamó a su hotel y le pagó por la consulta o entrevista, 500 francos; que tiene escritas diversas obras sobre ocultismo, lo que me recuerda el insistente encargo que me hiciera mi médico y dilecto amigo Rafael Martínez Freg, de adquirir y remitirle dos libros de Encausse, una de las cuales, por cierto, se intitula: **"Au seuil du Mystére"**. ¿Por qué adoptaría para sus funciones de mago el nombre de "Papus" con una sola **p** intermedia? No ha de haber sido en memoria del personaje de los romanos, viejo avaro y libidinoso, ora ladino y listo, ora sencillo y crédulo, mas siempre víctima de su hijo, de su querida y de su esclavo. Habrá sido más bien en memoria del sapientísimo sabio matemático de Alejandría; pero ¿qué diantres tendrá que ver la matemática superior con la medicina y la magia?

Para dar con sus libros nos echamos grandes distancias, habla que te habla de estas cosas apasionantes en las que, se me figura, Rubén cree mucho más que yo mismo: el **quai St. Michel**, el **"Boul'Mich"** y el de St. Germain. Anochecido ya, nos ataja el paso un batallón que desfila como al decir de la canción de la opereta: — **"Tambour battant, musique en téte...**" Fuimos, luego, al ensayo general de "Malzart" del escritor y diplomático brasileño Graça Aranha, en el primoroso teatro "Fémina", que presentaba encantador es-

(1) Muy posteriormente, en efecto, por esa su fama habrían de llamarlo, entre otras celebridades mundiales, Alejandro II y la Zarina de Rusia, para ver si realizaba el prodigio de devolverle la salud al hemofílico y desventurado Zarevitch.—N. del A., escrita en 1936)

pectáculo en los palcos y, en la sala, muchos **cher maitre** de la literatura andante: Guglielmo Ferrero el italiano, Max Nordau el israelita, diversos escritores suramericanos.

Bien ganada la cena, consumímosla en la **Brasserie Universelle**". Si no ha sido éste un día castizamente parisiense, no sé yo cómo serán los tales.

19 DE FEBRERO—Con un frío que pela, en compañía de mis gentes, del personal íntegro de la embajada,—aquí aumentado con el señor D. Rómulo Larralde y sus dos lindas hijas Estela y Nelly—de mi ayuda de cámara Tunecido Hayaschi, natural de Kioto **s'il vous plait!**, y de mi perrazo "Jack", hemos salido por el **quai d'Orsay**, a bordo del suntuoso "Sud-Express", rumbo a España.

Por culpa de la relativa corpulencia de mi "Jack", ejemplar precioso y civilizado si los hay, el mayordomo del salón-comedor cuando nos sentábamos a almorzar se empeñó en que saliera del carro, "porque así lo prevenía el reglamento!..." Por dicha, descubrí a los pies de la mesa frontera, un faldero linajudo y luciendo abrigo canino con monograma bordado, que engullía con muy buenas maneras su pitanza servida en escudilla de peltre. Ocupaba la mesa gentil pareja; él, cuarentón, calvo y rozagante, arriscado mostacho a la militar, irreprochable pergeño; ella, una francesa deliciosa y elegante, camino del **embonpoint** (aquí y dondequiera coco de las mujeres guapas), y con argumento incontestable hice ver al mayordomo lo flaco de su memoria: si el reglamento era tan estricto, ¿por qué aquel perrillo estaba violándolo a ciencia y paciencia de la autoridad del carro? La dueña del animalito, lo levantó en vilo, el caballero alzó la voz, éramos el punto de vista de los demás comensales y por un momento

temí desenlace desagradable, dado lo puntillosos que son los franceses. Pero no, el mayordomo dobló las manos, y se ajustó un convenio pacífico, condicional y honroso para "las partes contratantes": si "Jack" observaba idéntica urbanidad a la del faldero, no saldría ninguno de los dos canes. Recíproca sorpresa para mi contrario y para mí mismo, cuando reímos el incidente y cortésmente nos saludamos: él era ¡nada menos! que Edmond Rostand en carne y hueso, el autor de "Cyrano de Bérgerac", de "L'Aiglon", etc., y yo un embajador extranjero de paso por Francia...

"Jack", en tanto, que no había entendido jota, como si aplaudiera, azotaba rítmicamente el piso con su cola...

En Burdeos, salté al andén para desentumecer las piernas. Grato encuentro: el cónsul de México, el vicecónsul, el canciller... Recuerdos coreados de dos entrevistas muy anteriores, en 1891 y en 1893...

A las 11 y 30 de la noche, Biárritz, al través de los cristales del tren; luego, Hendaya; luego, Irún. Oídos más que vistos en la semi tiniebla de sus estaciones, al anunciarlos el conductor. Después, San Sebastián, entrevisto al igual que Biárritz en la obscuridad de la noche helada: perfiles de casas, ringleras de luces, siluetas de personas arrebujadas en mantas y otros abrigos. Aquí se despidió nuestro cónsul en Irún, que desde allá tuvo la amabilidad de acompañarme.

¡Hasta que al fin se realizó mi viejo anhelo de conocer a España en su corazón! El tren, desbocado, traga y traga leguas, cual si estuviese al cabo de mis ansias...

20 DE FEBRERO—El día entero, por la desolada y amarillenta llanura de Castilla, manchada de blanco aquí y allí por reciente nevada: peñas,

la cordillera, y aridez, aridez, siempre aridez, lo mismo que en los llanos de mi Nueva España... Estaciones y más estaciones cuyos nombres me suenan gratamente, que deletreo para mis adentros, lo mismo que criatura que repasa una lección que ya sabía de memoria...

Almorzamos a bordo del tren volador, comiendo más tierra con los ojos que manjares con la boca. Mis nervios, en anarquía super-acérrima. De súbito, a la izquierda de la vía destácase el Escorial, que procuro no determinar con precisión, sino de soslayo:

—Ya vendré a ti,—le digo sin despegar mis labios,—ya vendré a ti, especialmente y a recorrerte en todas tus entrañas, cara a cara tú y yo, y puede que entonces hasta te falte al respeto, ¡gigante que aburriste a Teófilo Gautier y entristeciste a Edmundo d'Amicis!...

A las 2.20 p. m., el tren se detuvo en la terminal de Madrid, y en el propio momento la compañía del batallón de Cazadores de Llerena, con bandera y banda que ejecutó la marcha real, presentaba armas.

Enorme concurrencia en el andén. Especialmente en espera de la embajada: el marqués de la Torrecilla, jefe superior de palacio, en representación del Gobierno, el marqués de Alhucemas García Prieto, ministro de Estado, y el subsecretario don R. Piña y Millet; y el alcalde de Madrid, D. José Francos Rodríguez, en nombre de la coronada Villa. Además, los señores Fernández Latorre, gobernador civil, el capitán general Ríos, el general Bascaran gobernador militar, el conde de Pie de Concha, primer introductor de embajadores; los marqueses de Polavieja, con sus hijos; el coronel de ingenieros señor Malo; el diplomático D. Emilio Palacios (a quien devolví en Guatemala la legación de España que

fué a mi cargo), y el capitán de artillería D. Antonio González Hontoria (que estuvo en México durante nuestro Centenario, en el brillante séquito del embajador Polavieja), y que el gobierno se ha servido poner a mis órdenes; una comisión de concejales del Ayuntamiento madrileño, y otra de la junta de la Federación Escolar.

De literatos españoles, Rafael Altamira, Francisco Villaespesa, Mariano Miguel de Val; una comisión presidida por D. Bruno Zaldo, de los españoles ex residentes en Veracruz; representantes de la colonia mexicana aquí radicada, y otra de la prensa española y la americana.

De casa, digamos: nuestro ministro D. Juan de Béistegui y su arrogantísima esposa; el personal de la legación, y mi amado sobrino Rafael Alcalde, vicecónsul. Mucho público, ambiente de franca y cordial acogida a los visitantes de allende el mar.

Como era de rigor, Béistegui me presentó a mí, y yo al personal de esta misión extraordinaria. Agrupados en el andén el elemento oficial y nosotros todos, previas las formalidades de protocolo y ordenanzas militares, marcialmente, los Cazadores de Llerena iniciaron la marcha y desfilaron ante el representante de México, y,—¡al escribirlo ahora, de nuevo siento el escalofrío que de pies a cabeza me sacudió en aquel solemne instante!—la gloriosa bandera española se inclinó a su paso frente de mí, que me descubrí reverente y conmovido al extremo de perder, unos segundos, la conciencia del lugar y de mi cargo...

En las afueras, mayor muchedumbre acogedora, de curiosos, y desplegada, **sabre au clair**, una sección de la guardia municipal y montada, que nos hubiera escoltado hasta nuestro interino domicilio, a no mediar mi ruego al alcalde de que diera contraorden. Satisfechos los fotógrafos bombarderos, en tres **landaux** de la Real Casa, a

un trote sofrenado y de ceremonia, nos partimos de la hondonada de la Florida, y la ascensión del paseo o cuesta de San Vicente dió principio... No obstante el invierno, el sol reía y auras frescas,—¿del Guadarrama?...—oreaban mi frente y al oído susurrábanme:

—"Anda, bobo, despierta, si somos nosotros, los aires madriles, ya realizaste tu sueño, ya estás en **Madrí**"...

En grato sonambulismo, ascendente por culpa de mi investidura y de lo agrio de la cuesta empedrada, muy lentamente yo mismo púseme a disipar el ensueño y a repetirme en mis adentros:

—Pues es verdad, Señor, éste es Madrid, el Madrid de mis codicias mentales de literato hispanoamericano; la casa solariega del idioma en que pienso, hablo y escribo; la cuna de mis antepasados; la fuente donde nació la sangre de mis venas, éste es Madrid!...

Nuestra instalación en la lujosa casona que en la calle del Tutor, esquina a la del Rey Francisco, del viejo Madrid, en el distinguido barrio de Argüelles, generosamente ha puesto a mi disposición D. Telesforo García, su dueño; un ilustre y noble español que, sin dejar de serlo en alma y pensamiento, mexicano de corazón se ha vuelto por los muchos años que allá ha vivido, porque allá, uniéndose a una señorita Castañeda y Nájera, ha procreado familia, porque allá ha prosperado merced a su talento y a su esfuerzo, porque de veras ama y se interesa por hombres y cosas. En esta su casa, ha vivido varias y largas temporadas D. Emilio Castelar, amigo muy íntimo de D. Telesforo.

Al anochecer, voy con Béistegui al ministerio de Estado, **informalmente**, a tratar con García Prieto y Pie de Concha los últimos detalles relativos a mi presentación de credenciales, fijada

para mañana mismo. Aunque la casa de Telesforo está ubicada en magnífico punto, a un paso del palacio de Liria, paralela a la de Ferraz, se convino que mañana salgamos de la de Béistegui, en el Paseo de la Castellana,—donde radica la legación de México,—a fin de que el desfile, desde ahí hasta Palacio, alcance un mayor lucimiento.

Apenas si me doy cuenta, al regreso, de cómo es Madrid de noche; sí paréceme que respira vitalidad extraordinaria y alegría desmedida.

Ya a mis solas, propongo no omitir detalle de cuanto aquí me ocurra, por distintas razones: primera y principalísima, por los honores que van a tributarse a México, que de sobra se los merece atento su estado actual de bienestar y progreso, así el que haya de recibirlos directamente y sólo a virtud de su investidura diplomática sea tan poquita cosa ¡mejor!, quedará perdurable constancia impresa y comprobada de la bien ganada estima en que se tiene la grandeza moral y material afianzada por el país, y la pequeñez de origen y continua, del afortunado a quien cupo la honra de que palpablemente se le manifestara. Luego, porque sin dármelas de exegeta del Eclesiastés hay que reconocer que en materia de grandezas, hasta los cedros del Líbano, con serlo tanto, desaparecen sin dejar huella de su fuerza y altura.

Hoy por hoy, todo hace presumir que ni México ni España tienen que preocuparse mayormente de su futuro. Que aquí y allá adviértense sus nubarrones, es innegable; pero, además de que ningún país del mundo, inclusive los poderosos y sólidos, se jacta de no divisarlos en sus horizontes, no todos los nubarrones desatan las tempestades de que son nuncios y portadores, si a tiempo se les oponen acertadas medidas de protección y defensa, los pararrayos de la probidad, juicio y patriotismo legítimo. ¿Lo harán maña-

na los gobernantes y pobladores que sucedan a Porfirio Díaz y a Alfonso XIII? Malos son los antecedentes de la madre y de la hija. La historia de ambas está escrita con menos sonrisas, felicidad y paz, que lágrimas y sangre ¡descontadas algunas vergüenzas! Las dos son de suyo, rebeldes, levantiscas, descontentadizas, enemigas de escarmientos en cabeza ajena y aun en la propia. ¿Qué les reservará el mañana?...

Los hombres, somos sombras que pasan al fin y al cabo, y nuestras vidas, instantes que apenas si cuentan. Los pueblos, hasta los que lucieron lineamientos de eternidad, Grecia, Roma, pararon en recuerdo y ruinas. Lo único que de tejas abajo sobrevive al bronce y a la piedra, al mismísimo Tiempo implacable y sin entrañas, es el libro, a pesar de su exterior endeble y perecedero, aunque el que lo escribió fuera sólo un pobre escritor.

Suceda lo que suceda, que páginas tan desmañadas como éstas mías indemnicen a los lectores que su estrella les depare, con la narración circunstanciada de hechos que fueron, del intrascendente egoísmo que caracteriza como no podía menos, a todos los de su especie; y que mexicanos de mañana sepan que un día, un momento, una vez, México fué honrado, ensalzado y agasajado al igual de las pocas naciones que se glorían de haber llegado a la meta de cultura y civilización que persiguen todas.

21 DE FEBRERO.—¡Buen despertar! Rubén Darío, desde París, me dice por el telégrafo: "Triunfos y gloria querido Federico, respetos a Madame y que no me olvide el Kronprinz" (por mi hijo).

Desde una hora antes de la fijada por Estado, reconcentración del personal íntegro de la embajada a mi cargo, en la soberbia mansión de Béis-

tegui,—la cancillería está ubicada aparte, en el número 19 de la calle del Españoleto,—y a las 11 en punto se presentó en busca nuestra el conde de Pie de Concha, acompañado de imponente séquito protocolar. Con el esplendor y la suntuosidad propios de la corte española cruzamos medio Madrid: la Castellana, la calle de Alcalá, Puerta del Sol, calle Mayor y calle de Bailén (en uno de cuyos "pisos", que aquí dicen "cuartos", tiene su lar Amado Nervo), y nuestro ingreso en el regio alcázar lo hicimos por su plaza de armas o gran patio de la Armería. A lo largo del dilatado trayecto, en determinados sitios sobre todo, muchedumbre de curiosos por ver a "los americanos" recién llegados, y por admirar, de pasada, no obstante que se lo sabe de memoria, el soberano desfile. El madrileño, en todas sus jerarquías sociales, mucho gusta de espectáculos tales, que le confirman y afirman la histórica grandeza de su patria, y el lujo que le paga a su monarquía. ¡Y vaya si tiene razón!

Véase cómo íbamos. A la descubierta, un correo de gabinete, a caballo; el coche "de París", en que fuera a recogernos Pie de Concha, desocupado; la carroza "amaranto", con los secretarios y agregados de la misión y el diplomático español D. Emilio Palacios, tirada por cuatro caballos negros españoles, adornados con plumas de color rojo y amarillo; la de "Cifras", de respeto y desocupada, tirada también por caballos españoles con plumeros rojos, amarillos, blancos y azules; precediendo a la carroza de "Tableros Dorados" que ocupábamos Pie de Concha y yo, arrastrada por ocho caballos alazanes extranjeros, trenzados y empenachados de blanco y azul, los batidores de la escolta real y otro correo de gabinete. Y todos los carruajes lucían a entrambos lados la servidumbre correspondiente, palafreneros y carreristas de tricornio, casacón galoneado,

chorrera, calzón corto, media de seda y zapatos de hebilla. Guardaban mi carroza de sopandas, a la izquierda, el conde de Riudoms, caballerizo de campo, y a la derecha, el jefe de carreras de la escolta real. Cerraba tan majestuoso desfile, otra sección de la propia escolta.

Al entrar en el gran patio de la Armería, allí formaban en filas abiertas fuerzas de las tres armas, encargadas de la guardia exterior del palacio; la infantería, con bandera y banda para tributar los honores protocolares. A los acordes de la marcha real penetraron las carrozas, deteniéndose la que yo ocupaba, al pie de la escalera principal (que alabó Napoleón), en cuyos peldaños el real cuerpo de Alabarderos en traje de gala, que algo evoca el de los caballeros del Medioevo, golpeaban a mi paso el mármol de los escalones con la contera de sus alabardas, en tanto su banda de música situada en la meseta alta, tocaba a su vez la marcha real fusilera. Subieron lentamente con nosotros, precediéndonos formados en dos filas, seis gentiles-hombres de Casa y Boca. En la meseta de los Leones se incorporaron a la comitiva seis mayordomos de semana, los que, siempre por exigencias del protocolo, marchaban a la delantera.

En esa forma impresionante y aparatosa llegamos a la antecámara del salón del trono, y antes de que el conde de Pie de Concha mandase a pedir la regia venia para llegar hasta S. M., me dijo entre bromas y veras algo que por poco no da al traste con la serenidad que yo fingía, temeroso de que mis pobres nervios, de punta, fueran a jugarme una mala pasada, materialmente sentía yo que el corazón me saltaba desaforado dentro del pecho!

—"Eche V. E. un vistazo desde el balcón, al "campo del Moro, y por si estuviese muy fatiga- "do con la escalera, tome un trago de agua, pues

"en la reciente recepción del embajador de Ru-
"sia, le dió a éste un arrechucho que nos demoró aquí más de la cuenta..."

Se me subió lo mexicano a la cabeza, y a riesgo de que la emoción pudiera más que mi voluntad en el instante solemne que se avecinaba, le repuse, sonriendo con la sonrisa del conejo, que un embajador mexicano podía morir en su puesto, pero nunca desmayarse.

De súbito, se abrieron las dos talladas hojas de la ancha puerta de caoba, y el aspecto del salón, pletórico de distinguidísima concurrencia, me deslumbró: el personal palaciego, al fondo del regio estrado; la **grandeza** a la derecha del trono, los duques de Tamames, Montellano, de la Conquista, de Medinaceli, de Medina Sidonia, de San Pedro y de Ahumada; los marqueses de Castel Rodrigo, Santa Cristina, Rafael, Campo Llano, Quirós, Portago, Távara, San Juan de Piedras Al bas; los condes de Superunda y de Maceda, y D. Carlos Nieulant, primogénito del marqués de Sotomayor. Enfrente se hallaban los mayordomos de semana, gentileshombres y oficiales de la escolta real y de la de Alabarderos. El jefe del Gobierno y los ministros de Estado, de la Gobernación, de Hacienda, de Guerra y de Instrucción Pública. Faltaban, por causas distintas, el de Fomento, el de Gracia y Justicia y el de Marina. El conjunto, de veras resultaba deslumbrante, gracias a los uniformes, las condecoraciones, las cruces bordadas de los Calatravas, los Santiago, los Manresas...

Acogido mentalmente a los innumerables Mártires de Zaragoza, dije al Rey:

—Señor: las cartas credenciales que en este momento solemne tengo la honra de poner en manos de V. M., os dicen que el egregio mandatario del pueblo mexicano se dignó encomendarme una embajada especial, cuyos exclusivos objetos, son:

dar a V. M. rendidas gracias por la muy brillante misión que se sirvió enviarnos cuando el primer centenario de la proclamación de nuestra independencia, y hacer patente al pueblo español, desde sus orígenes grande, que allende los mares, en tierras abonadas con su sangre y civilizadas con su esfuerzo, se le ama hoy por espontáneo movimiento, y fraternalmente se recibe a sus hijos que allá se van, con nosotros, a compartir nuestro pan y nuestra vida.

Ese éxodo ha ostentado todos los matices. Dió principio con las carabelas épicas, las tripuladas por bravos corazones y ambiciones inmensas, que se abatieron sobre la fortaleza india no apercibida, sin embargo, para resistir la cruz de hierro de las espadas fulgurantes, ni menos la misericordiosa y omnipotente del Crucificado. Luego, siguió la Colonia: tres siglos de íntimo contacto en voluntades, espíritus y esperanzas, que la independencia esfumó sólo de hecho, pues la simiente del idioma y de la raza persistió germinando callada y tenazmente en seres y cosas, a fin de florecer después, en la época actual, cuando nos llegan y por igual son bien venidos los cerebros pensadores, los pechos sanos y los brazos recios que con nosotros se identifican y confunden.

Y lo mismo con los Conquistadores que con la Colonia y los hermanos de hoy, hase comprobado que, digan lo que quieran sus detractores, la vitalidad de esta portentosa raza latina,—de la que unos y otros descendemos en mayor o menor grado,—es inagotable y aún habrá de alcanzar en lo futuro, quizá mejores destinos de los que, en lo antiguo, fuera única reina y señora.

México ufánase de su hispánica génesis y tiene a orgullo el haberse apellidado "Nueva España" mientras fué hija indudable de la nación heroica que en este día recibe con los brazos

abiertos a la embajada que la visita y por mi voz le repite que, si la independencia nos distanció políticamente, el discurrir del tiempo, los viejos recuerdos, los vetustos vínculos han vuelto a acercarnos con más fuerza todavía, porque las ligas de hoy representan, precisamente, la voluntad de dos pueblos libres que nunca debieron dejar de amarse, por razones poderosas de porvenir y de pasado.

En cuanto a mí, Señor, ninguna misión fuérame más grata. Jamás hice misterio de mi amor a España, ni olvidáseme nunca la merced de que soy deudor a V. M., por haberse dignado en no remota época y previo el acuerdo de entrambas cancillerías, confiar a mi custodia en Centroamérica los intereses diplomáticos de la madre patria.

Como nuevo testimonio de su alta estima hacia la persona de V. M., el Presidente de la República, que tanto me ha honrado con su representación, tuvo a bien recomendarme os entregara esta medalla que conmemora el acaecimiento trascendental de nuestra independencia. Y en prenda de la honda estima que el pueblo mexicano nutre por el pueblo español, cuyos destinos regís tan acertadamente, aquí le ofrezco, en facsímile, la histórica "Cuauhxicalli", en el vulgo conocida por Calendario Azteca, que en la décimaquinta centuria mandara a labrar el ilustre mexicano Axayácatl. A falta de otro signo que proclame que México posee, además de su origen español, otro netamente indiano y autóctono, y que entre sus actuales pobladores aun hay indios,—modificados unos, fisiológicamente empobrecidos otros, francamente incorporados los más a quienes por blancos y directores del país nos diputamos,—esta piedra puede llamarse emblema nacional pues nos imprime cierto carácter propio ¡del que harto nos gloriamos!, sin que en lo mí-

nimo se menoscabe el que con la proeza de la Conquista, primero, y con la Colonia después, nos impusieron los antepasados de V. M. y de los españoles que hoy festejan, dentro del sagrado hogar ancestral, a una embajada que lo mismo representa a los hijos de los héroes que supieron realizar una hazañosa conquista, que a los hijos de los héroes que supieron resistirla, al efecto de consumar juntos, siglos más tarde, el fenómeno sociológico y fatal de una emancipación a todas luces respetable y legítima.

En señal inequívoca del aprecio con que el Presidente de la República os distingue, sírvase V. M. guardar la medalla que en nombre suyo os presento, y en señal del no menor con que el pueblo de mi país estima al de esta nación que le dió el sér, guarde el pueblo español la piedra memorable. Con ello, y con creerme cuando afirmo que México sólo apetece venturas para España, y el Presidente de la República dicha completa para V. M. y su Real Familia, la misión en buena hora a mí encomendada habrá logrado el noble y sazonado fruto que perseguía.

Un voto personal para concluir:

—¡Que México y España, ya unidos por la sangre, se unan más cada día en la vida y en la historia, a fin de que alcancen los mismos ideales de raza y de progreso sin que ningún poder humano acierte nunca a separarlos!

D. Alfonso XIII, tuvo a bien contestar:

—"Señor Embajador:

"El alto encargo que el Presidente de los EE. "UU. Mejicanos se ha servido confiaros acre-"cienta el reconocimiento que, a su persona y al "pueblo cuya magistratura suprema ejerce, eran "debidos por la entusiasta y cordial acogida dis-"pensada a la misión que hubo de representarme "en la celebración del primer centenario de la in-"dependencia de vuestro país.

"Desde aquella tierra donde los gérmenes de-
"positados por el esfuerzo español espléndidamen-
"te florecen hoy, entrelazados a recuerdos de la
"civilización primitiva y a nobles ideales de pro-
"greso, nos traéis la expresión de espontáneos
"afectos y la seguridad de cuán fraternalmente
"recibidos son allí los hijos de esta Nación que,
"continuando la corriente iniciada hace cuatro
"siglos, siguen llevando, más allá de los mares,
"con su propia esperanza de mejoramiento, el
"caudal de fecundas actividades.

"Esos hechos, en tan levantados términos ex-
"puestos por vuestras palabras, evidencian cómo,
"a través de las mudanzas inherentes a lo huma-
"no, perdura la intimidad espiritual de los dos Es-
"tados por igual orgullosos de los heroísmos del
"común pasado; por igual ansiosos de los más
"grandes destinos para la raza en cuyo porvenir
"son solidarios; por igual fieles al amor con que
"Méjico fué denominado Nueva España, por quie-
"nes lo trajeron al seno de la patria española.

"Con tales sentimientos guardaré, agradeci-
"do, la medalla que en nombre del señor Presi-
"dente de la República me habéis presentado, y
"mirará el pueblo español el emblema que, tam-
"bién por vuestro intermedio, le ofrece la Nación
"mejicana, de lo que considera sus caracteres pe-
"culiares en el concierto de las Potencias.

"Tened a bien, señor Embajador, transmitir-
"lo así al señor Presidente. Decidle mi especial
"satisfacción por que se haya valido de tan gra-
"to y cumplido intérprete como vos, cuyas simpa-
"tías hacia España hallaron ocasión de manifes-
"tarse antes de ahora, en distinguidos servicios.
"Aseguradle, en fin, los votos que hago por su
"dicha personal, por la prosperidad de los EE.
"UU. Mejicanos y por el afianzamiento de los es-
"trechos vínculos que venturosamente existen en-
"tre nuestros dos países."

Puse en las reales manos la medalla conmemorativa que el Presidente de la República le enviara, (una de las hechas en tres especies, oro, plata y bronce por Tiffani, de Nueva York, y exclusivamente dedicadas las primeras a los jefes de Estado), y D. Alfonso descendió del trono convertido en otro hombre del que había yo visto al principio: hierático casi, mayestático de veras, serio y con mirares de superioridad y de mando, vistiendo uniforme de Lanceros con insignias de capitán general, las del Toisón de Oro y varias condecoraciones. Ahora lo veía yo acogedor, amable y llano, sin perder sin embargo en un ápice su sello de legítima y rancia realeza, como heredero que es de largo linaje de reyes y rey él mismo desde antes de nacido. Me permitió la presentación individual del séquito que me honra con su compañía, y tomándome del brazo (¿habrán fruncido el ceño la "grandeza" y el Gobierno?...) nos encaminamos hacia la inmediata Saleta, a cuyos medios, mientras no la envían al museo de Arte Retrospectivo, estaba la "Piedra del Sol" sobre el mismo trípode primorosamente taraceado en México con estilo azteca.

—"Quiero,—me dijo,—que me explique Ud. esa piedra."

De vuelta al salón del trono, en el que más calmado yo pude medio admirar su noble conjunto, el dosel riquísimo, los leones de bronce que parece defendieran la ancha plataforma soberbiamente alfombrada en que se asienta el recamado sitial de brazos; las incomparables y enormes arañas centrales de cristal de roca montadas en plata, con idénticas tres reverencias de nuestra parte terminó la ceremonia, y siempre acompañados de copioso personal palatino y de Pie de Concha por supuesto, nos dirigimos palacio adentro, a cumplimentar a las dos Reinas,

Da. Victoria y Da. María Cristina, en sus respectivos dominios.

Rodeaban a Da. Victoria, cuya juvenil y decantada belleza resulta pálida ante la realidad, el duque de Santo Mauro, su mayordomo mayor; la duquesa de San Carlos, camarera mayor de Palacio, y la condesa de Torrejón, dama de guardia. Vestía la princesa traje de gris claro y perlas magníficas que realzaban su airosa y escultural hermosura sin borrar el marcado **cant** británico característico de la raza, cualquiera sea la jerarquía de sus componentes. Cierta lentitud en las palabras gentiles y de rigor que nos dirigió; la lentitud de que comúnmente se adolece al expresarse en lengua ajena, así se la conozca y hable con relativa facilidad. Sin duda esa cautela para no equivocarse y la natural hurañía de que haya dado muestras recién llegada a su nueva patria, han de haber sido causa de que los madrileños maleantes y chispeantes, muy abundantes en esta Villa y Corte que sin ser una linda ciudad, propiamente dicha, sí posee un "ángel" irresistible que cautiva y la vuelve encantadora desde que se trasponen sus umbrales, le colgaran el burdo y nada galante mote, que no merece, de "la reina pava", subsistente todavía.

La impresión que a mí me produjo y que le va que ni de molde, atenta su alcurnia, viene a serlo aquella frase tan socorrida cuando de guapísima fémina se trata:

—Doña Victoria de España, es toda "una real hembra". ¡Dicho sea sin irreverencia!

Da. María Cristina, de asombroso parecido físico con una dama de nuestra mejor sociedad, la señora doña Dolores Barron de Rincón, respira majestad, prosapia y benevolencia. Su mirada y su conversación revelan en el acto sus altas dotes mentales, de las que diera tan repetidas y sonadas pruebas durante su tempestuosa regencia;

y respiran también su prudencia y discreción desde que su hijo, al que cuidó con ternuras burguesas hasta no verlo instalado ya sano y salvo en el solio de sus mayores, ciñó la corona y tomó a su cargo el gobierno del Reino. Ella, optó por decorosa y digna penumbra consagrada a socorrer y aliviar desventuras y miserias de los menesterosos. De ahí que todas las clases sociales la reverencien y amen.

Vestida de gris oscuro, sin más alhajas que su aureola de canas y su "impertinente" de oro, casi de continuo pegado a sus ojos miopes, acompañábanla, a la sazón, el marqués de Aguilar de Campoo, su mayordomo; su camarera la duquesa de la Conquista; la duquesa de Fernán-Núñez, dama de guardia, y como grande de España de servicio, el conde de Heredia Spínola. Muy bondadosa y deferente se nos manifestó, al extremo de hablarme de mi pobre novela SANTA.

—"Ya sé, ya, que tiene Ud. por ahí un libro, por desgracia no para todas las manos..."

Me permití un madrigal adecuado a la distancia que me separaba de la augusta señora y que, de pasada, iba por los fueros de mi calumniada hija; pues es de saber que reyes y reinas de antemano se documentan sobre la vida y andanzas de la persona que van a recibir y, para halagarla sin gran esfuerzo, traen a colación algún hecho que muy de cerca le interese.

—¡Lástima, señora, que éste mi libro no haya tenido la buena fortuna de caer en las manos de V. M., pues con ello se le habrían borrado las impurezas que injustamente le imputan!

De nuevo organizado el cortejo, salimos al fin de Palacio con los propios honores que a nuestra llegada a él se nos tributaron.

Gracias a Pie de Concha y a la ayuda mate-

rial que me prestaron en el trance el conde de Ruidoms y el jefe de la escolta real, he aprendido un equilibrio que, juzgando piadosamente, nunca volveré a practicar: subir y bajar sin lesión grave, de estas arcaicas y suntuosas carrozas de sopandas cuyos estribos plegadizos de tres peldaños van dentro del vehículo en movimiento, y se los desdoblan a los tripulantes cuando se apean. Las tales sopandas, amortiguadoras de sacudidas y saltos en baches y empedrados, se vuelven peligro infalible en los estribos, que oscilan a modo de escala de cuerda de barcos veleros y que si manos caritativas no intervienen en el inseguro descenso, dan en el vil suelo con quien por primera vez los pisa.

De Palacio, eran los 2.30 de la tarde, fuimos a la Gobernación, en la Puerta del Sol, donde el presidente del Consejo, D. José Canalejas y Méndez, me recibió cordialmente, al punto que por mutua corriente de simpatía personal suprimimos tratamientos, y en los pocos minutos de la visita oficial charlamos cual si de antiguo nos conociéramos. De ahí, a la otra visita de ordenanza hasta la plaza de Santa Cruz, sede y asiento del ministerio de Estado, también llevada a término con máximo de cordialidad y mínimo de protocolo. Tanto aquí como allá, recibimiento aparatoso de ujieres y gente menuda, mucho ornato en escaleras y salones, y muchos saludos y cortesanías. En el portal de Gobernación, además, una sección de infantería de la "Benemérita" (Guardia Civil), rindió los honores armados. Y en seguida, al trote de los caballos palaciegos, a casa y a comer de prisa. Canalejas y García Prieto no tardarán en corresponder a mis visitas.

A la noche , en el Teatro Real. El Gobierno tuvo la galantería de invitarnos a escuchar al afamado José Anselmi en el "Romeo y Julieta" de Gounod, en el proscenio de su propiedad, que dicen

"de los Ministros" y al que, por primera vez, concurrieron señoras: la esposa de García Prieto, la de Béistegui y la mía. Precioso el golpe de vista a teatro lleno, la crema madrileña y los Reyes y los Infantes Da. María Teresa y D. Fernando, en sus respectivos palcos de diario, y que con su presencia realzaron la velada y fueron muy aplaudidos.

Y todavía después de la Opera, me llevó Béistegui al Nuevo Club, círculo el más aristocrático y **exclusive** con que cuenta esta Villa del Oso y del Madroño que a mí, el día de hoy, me ha hecho el efecto de villa del ensueño. Del Nuevo Club tenía yo ya un permiso subscrito por los duques de Lécera y de Luna para frecuentarlo el espacio de quince días. Más que club, antójase animado catálogo vivo de la rancia nobleza española. Todos sus socios son descendientes de las familias más preclaras y empingorotadas, aunque de oir cómo se llaman y tratan entre sí, Paco, Pepe, Manolo, diríase que era sólo un centro de gente de buen tono. Esa familiaridad, en nada reñida con una distinción exquisita, echa por tierra la falsa creencia de que la buena crianza exige cuando se "alterna" (precioso madrileñismo) con señorones y señoronas de alcurnia, no apearles el título. Craso error. Si hay confianza se les llama por su nombre de pila, y si no, por su apellido a secas. Por eso hacemos mal nosotros con llamar en todas ocasiones "Señor Presidente" a nuestro primer mandatario, es exceso de respeto que huele a servilismo. Los propios ujieren uniformados anuncian de modo diferente en las grandes recepciones, a los distintos Jefes de Estado; no anteponen el sacramental "Su Majestad" ni "El Señor", solamente se oye: **¡Le President! ¡The King! ¡Die Kaiser!**

Salíamos del club arrebujados en nuestras pellizas ¡el frío llega a los huesos! cuando en la es-

quina nos detuvo un desarrapado golfillo vendedor de diarios:

—"Cómpreme vuecencia mis periódicos, todos hablan del señorito..."

Trató Béistegui de apartarlo, pero él se opuso valiente y avispado.

—"¿Y por qué había yo de irme? ¡Ca, no señor! Yo también quiero saludar al mexicano que el Rey ha recibido..."

Su hombría y su simpática desaprensión ¡hasta los granujas callejeros son aquí celosos de su independencia! hicieron que de bonísima gana me desabotonara el abrigo y le comprara toda su brazada de papeles. Al verse con un duro en las manos, lo echó por alto, arrojó la colilla que fumaba, se quitó la gorra mugrienta y, cediéndonos la acera, gritó:

—"¡Dios bendiga a vuecencia, señorito!"

Y con su bendición me marché encantado: los mendigos y los niños siempre fueron buenos agoreros.

Ya en la sombra de mi alcoba, sin ruidos que suban de la calle quieta y distante del centro de esta ciudad-cascabel que trasnocha hasta las tantas por hábito inveterado, ni ruidos tampoco en la casona dormida, salvo el gargoteo de los caloríferos y el crujir de los últimos leños que se vuelven ceniza en la chimenea del salón adyacente, cuanto ha ocurrido hoy se me amotina en el recuerdo que vela y en mis ojos que se cierran. Un instante, el pensamiento se me escapa hasta mis padres ¡si me vieran!... Y pienso, luego, en que un día como el de hoy, lo menos equivale a diez años de vida.

22 DE FEBRERO.—Toda la prensa madrileña, sin excepción, bate palmas en honor de la embajada; retratos, biografías, el discurso del Rey y el de este cura, se anuncian los próximos festejos.

Desde las 9 de la mañana, dos coches de Palacio, con librea auriga y lacayo, a mis órdenes. Poco antes de la 1 nos encaminamos a Estado, donde el Gobierno nos ofrece, excluídas las señoras, su banquete oficial. A entrambos lados de la gran escalera del ministerio, profusión de macetas en flor no obstante los cierzos guardarramenses, los muros laterales colgados de ricos y ancianos reposteros, en los peldaños, la dependencia de escaleras abajo en traje de gala; en una de las galerías altas, la banda de Ingenieros que nos recibió con nuestro himno nacional. En dos salones, comunicados al efecto, se sirvió el almuerzo, el de Embajadores y el de Juntas, en el despacho del subsecretario, el fumadero. En el de Embajadores nos sentamos a la mesa, García Prieto, el marqués de la Torrecilla, jefe superior de Palacio, el gobernador militar gral. Bascaran, el marqués de Polavieja, el ministro de Fomento Grasset, el gral. Luque vicepresidente del Senado, el ministro de la Gobernación Alonso Castrillo, Francos Rodríguez alcalde de Madrid, D. Antonio Maura, Moreno Eliza capitán de navío, coronel Barco, Alfredo Barron, Agustín del Río, mis ayudantes honorarios Emilio Palacios y Antonio González Henoria, diplomático aquél y capitán de Artillería éste, y en las cabeceras, Pie de Concha y Espinosa de los Monteros. En la mesa del salón de Juntas, presidida por Canalejas y Béistegui, el conde de Romanones presidente del Congreso, Aguilar de Campoo, el ministro de Marina Arias Miranda, el gobernador civil Fernández Latorre, el ministro de la Guerra gral. Aznar, el gral. Azcárraga, Santo Mauro, Francisco Xavier Gaxiola, Rómulo Larralde, el capitán gral. Ríos, Rascón, Paco García de Castañeda, el marqués de Viana caballerizo y montero mayor de S. M., el ministro de Instrucción Pública Amós Salvador, del Castillo Negrete y el hijo de

Polavieja, teniente de Infantería. En las cabeceras, el subsecretario de Estado Piña y el 2do. introductor de embajadores Emilio Heredia. La banda de Ingenieros amenizó el ágape. A los postres, alcé mi copa por España y por el Rey, y el marqués de Alhucemas la suya por México y por el Gral. Díaz. No hubo brindis. En el fumadero, donde nos fusionamos los dos grupos de comensales, se tomaron los licores y el café, y ya reunidos, para charlar sin estiramientos y complacer a los fotógrafos inevitables, salimos a las lindas galerías enjoyadas con soberbios tapices y algunos muebles de talla.

Era ya de mi dominio el enconado resentimiento que por culpa de esta maldecida pécora de la política tenía distanciados a dos hombres de indiscutible valer: D. Antonio Maura y Pepe Canalejas¡ ni se saludaban siquiera!... Y me ganó la tentación de procurar ahí mismo una reconciliación, abusando quizá de mi condición de huésped. Por separado hablé aparte con cada uno de ellos. Maura, austero en el hablar, era el más reacio. Pero me salí con la mía, puesto que obtuve con aplauso de todos los testigos, que ante concurso tan calificado sus manos volvieron a estrecharse

A la tarde, y acompañado de mi esposa, a visitar a SS. MM. en Palacio.

Y por la noche, en el Teatro de la Princesa,—hoy es miércoles de moda para aquel coliseo,—donde María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza nos regalaron con su arte exquisito dos obras de los Quinteros: el poema en tres actos. "La Flor de la Vida" y el sainete en dos cuadros, "Zaragatas". SS. MM. se dignaron asistir, en palco frontero al nuestro; excusado agregar que la concurrencia era de lo mejor. Lindo y respetuoso detalle: los artistas, la gran María Guerrero sobre todo, muy aplaudida, agradecieron los aplau-

sos, las mujeres, con el **plongeon** cortesano al palco de los Reyes en primer lugar, al de la embajada luego, y a lo último al público. La audiencia entera se puso en pie al marcharse SS. MM., que nos favorecieron con saludo especial y a quienes mi mujer y yo habíamos visitado oficialmente en Palacio la tarde de hoy, saliendo nosotros encantados del acogimiento que nos dispensaron. Para definir éste, no hallo palabras mejores que asegurar que no parecían reyes según los suponemos los que antes nunca los vimos de cerca ni de lejos, tiesos, lacónicos, mirándolo a uno de arriba abajo, es decir, desagradables y antipáticos.

23 DE FEBRERO.—Siguió la **tournée** de visitas protocolares, esta tarde estuvimos a saludar en su casa a SS. AA. los Infantes D. Fernando y Da. Isabel; y luego, en unión del personal de la embajada, recorrimos detenidamente el regio alcázar que ni describir intento, porque lo haría peor que la peor de las Guías que venden por ahí. De mí sé decir, que salí deslumbrado y pensativo frente a tanta riqueza y señorío. No, no son las monarquías según las imaginamos los americanos, porque sólo tenemos de ellas ideas librescas. Cuando una monarquía es como la española, de vetusta cepa y de historial glorioso y dilatado, aunque aquí y allí luzca manchas imborrables para que no se nos olvide que está hecha de carne humana y pecadora, la pátina de los siglos y de las hazañas la pule y abrillanta, la transmuta en cosa muy seria y repetable que nos derrite los jacobinismos sectarios y bajunos que a modo de sarpullido nos comen la piel, por culpa de la sacrosanta democracia embustera y falsa en que hemos nacido y crecido; pelo de la dehesa del que no podemos sacudirnos del todo, a pesar de cepillos y escobetas; falaz señuelo en el que finge creer y adorar nuestro Continente y nosotros sus

pobladores, de paso, cuando descaradamente nos llamamos "ciudadanos de pueblos libres". Y conste que meto en la colada a la Gran República, cuna y asiento de la libertad... de Bartholdi.

Hemos tornado a Palacio, poco antes de las 8 de la noche, para asistir al banquete con que SS. MM. han querido honrar al personal íntegro de la embajada de México. El cual fué servido en el suntuoso comedor de gala, vasta y lujosísima estancia colgada en sus muros de ricos tapices antiguos, iluminada a giorno y cuajada de plantas y flores. La mesa, de 70 cubiertos, deslumbrante con sus porcelanas, cristales y plata; los manjares y caldos, exquisitos; los invitados, de legítima alcurnia. Además de los Reyes, casi toda la real familia, el presidente del Consejo y su esposa, duques, marqueses, príncipes y condes, damas de honor, el ministro de México, su esposa y el personal de la legación, y sirviéndonos, profusión de maestresalas y coperos en gran librea. En las afueras del salón, la banda de Alabarderos, la primera del Reino, nos regaló los oídos durante el festín. Los masculinos que integramos el personal de la embajada, hubimos de lucir, para obsequiar el benévolo deseo del Rey, las condecoraciones con que se ha servido agraciarnos. Que nuestra Constitución nos perdone el no haber aguardado a que el Congreso nos autorizara a portarlas, pero no complacer a D. Alfonso habría sido imperdonable, y no había tiempo ¡ni empleando el telégrafo! para solicitarla y obtenerla previamente.

Dos notas que vale la pena no dejarlas inadvertidas. Todos los invitados, antes de pasar al comedor, aguardábamos en una antecámara la presencia de los Reyes, que aparecieron al filo de las 8, y muy gentilmente fueron saludándonos. Es de saber, que de antiguo en la corte española es costumbre que el monarca tutee a la mayo-

ría de los cortesanos, no por humillarlos ¡quiá! sino para patentizar la estima en que los tiene y la benevolencia que les dispensa; así como la de que muchos de éstos simulen que besan la augusta mano que a ellos se tiende abierta y franca. (Recuérdese a este respecto desde cuándo se usa entre gente bien nacida, aun en las cartas particulares, terminar éstas y otros papeles con la abreviatura de l. b. l. m.; que hay documentos oficiales que se llaman: "besalamano" si van sin firma, y una ceremonia monárquica que se titula: "besamanos".) Pues bien, del grupo de los caballeros se adelantó un padrecito coronado de canas,—entiendo que era uno de los capellanes del templo palatino,—y con manifiesto cariño paternal intentó besar la mano de D. Alfonso, quien con rápida agilidad juvenil, volvió la mano ungida y ya rugosa, y en ella, hablándole de usted, posó sus labios con marcado acato.

Fué la otra nota, que hallándome yo sentado a la izquierda de S. A. R. la Infanta Da. María Teresa, cuyo parecido con su hermano es manifiesto y en cuyo rostro, en su aspecto general, se advierte la garra implacable de la tuberculosis, mucho conversamos entre plato y plato, mencionando al Rey con frecuencia. Había en la mesa, junto a cada cubierto, primorosas bomboneras de plata, con el retrato esmaltado en la tapa, de D. Alfonso y Da. Victoria o de D. Alfonso solo. De pronto me preguntó si mi hijo quería al Rey, porque ella lo ama entrañablemente. Ante mi respuesta afirmativa tomó su bombonera y, dándomela, dijo:

—"Llévele Ud. ésta, embajador, y dígale que se la manda la hermana de S. M."

—Señora,—me permití replicarle con segunda intención,—y si mi hijo pone en duda mis palabras por no esperarse honor tamaño?...

Sonrió la princesa, y agregó:

—"Ud. désela, que ya mañana recibirá él la auténtica que hace falta".

Previo brindis mudo de D. Alfonso, que se dignó levantar su copa en mi obsequio, concluyó el banquete, y los hombres pasamos a una galería o rotonda encolumnada donde se sirvieron los tabacos, el café y los licores. Discretamente, cortesanos y funcionarios fueron alejándose hasta no dejarnos a solas, y pronto se entabló entre ambos un diálogo no carente de trascendencia, aunque, por supuesto, dentro de la etiqueta de rigor cuando uno de los interlocutores es testa conorada. Nos llevó la charla hasta la caída de su primo D. Manuel, ex-rey de Portugal hoy radicado en Londres, y tuvo D. Alfonso este soberbio arranque de valor y de españolismo que no sonó a hueco merced a su actitud de valor ejecutoriado en ocasiones anteriores: el bárbaro atentado del día de su matrimonio, el no menos salvaje de París, y su desembarque en las Canarias, elocuentes testimonios de que el corazón de este bravo mozo, hijo y nieto de reyes, alegre y dicen que, enamorado, es corazón de león que no tiembla ni se arredra a la hora solemne de los supremos peligros:

—"Si Dios me tiene reservados momentos pa-
"recidos creo que, salvo que mi estrella dispon-
"ga cosa distinta, a mí me matarán en las gradas
"del trono, pues un rey de España no puede ser
"menos que cualquier teniente de su ejército...
"¡Y todos ellos saben morir en su puesto!"

Gusta D. Alfonso de esmaltar su charla con porción de voquibles no por castizos menos desterrados de una conversación con interlocutor recién conocido. Quizá descubrió mi sorpresa, porque riendo él francamente, exclamó:

—"¿Qué pensará Ud., embajador, de lo libre de mi lenguaje?..."

Por suerte, atiné con pronta respuesta que lo halagó a ojos vistas:

—¿Qué he de pensar, Señor, sino que V. M., es hombre antes que rey?

Luego, me averiguó cómo vive con nosotros la numerosa colonia española, radicada en la República, y satisfecho que lo hube en terreno tan propicio a mis miras, le formulé un pedido que venía escarabajeándome por dentro, desde mi arribo a Madrid: ¿por qué no elevaba a embajada su legación en México?... Opúsome, al pronto, objeciones de poca miga, siendo la de mayor enjundia que ello imponíale crecido dispendio, pues de hacerlo en México, a la fuerza tendría que hacer otro tanto en Washington. Ahí recalqué, alegándole argumentos de conveniencia innegable para el prestigio de España y de la Corona: en el cuerpo diplomático extranjero acreditado actualmente en México, sólo hay un embajador, el de los EE. UU., lo que trae consigo que él sea el decano perpetuo, y, por ende, el que goza de mayores consideraciones, precedencias, presida juntas de colegas, lleve la voz en ceremonias, etc., etc. Lo que da a los demás representantes una cierta inferioridad, por el grado diplomático del embajador yanqui y por las preeminencias que el ejercicio del tal decanato, entidad metafísica, lleva sin embargo aparejadas. Y si a las otras naciones ello les significa poca cosa dado el poderío y la supremacía de los EE. UU. en nuestro Continente y aun en muchas partes del mundo, a España y su representación en nación hija de ella, sí tiene que significarle enojosa "capitis diminutio", por razones históricos y raciales que procuré magnificar lo más que pude.

—"Estableceré las dos embajadas",—díjome al cabo de breve silencio reflexivo.

—¿Puedo—insistí yo, terco y ahogándome el regocijo que me salía hasta por los poros,—así

comunicarlo en los informes confidenciales que de esta misión habré de enviar al Presidente de la República y al ministerio de Relaciones?...

—"¡Comuníquelo Ud.!".—me dijeron pausadamente los regios labios.

Por tercera vez se acercaron a S. M. y le recordaron que las reinas, los artistas del Teatro Real y los invitados sólo a él aguardaban para que principiara el concierto que se llevó a término en la "cámara de Gasparini", una de las estancias más ricas y suntuosas del alcázar, toda ella como un estuche preciosamente incrustado. Cantaron admirablemente Matilde de Lerma y el renombrado tenor Viñas; la señora de Lerma, algo de 'Tosca", el miserere de "El Trovador" y la Nenia de "Los Maestros Cantores" de Wagner; y el afamado actor cómico Santiago, niño mimado de Madrid, en vez de su anunciado monólogo nos gratificó con tres, a instancias del selecto auditorio: "Academia de Educación", "La Veda" y "Un accidente".

24 DE FEBRERO.—Fuera de los muchos sablistas y pordioseros en que hierve esta simpatiquísima ciudad-imán que, si de lejos atrae, ya dentro de sus ámbitos quisiera uno habitarla de continuo, falanges ambas de la que tanto han hablado y hablan novelistas, comediógrafos y saineteros indígenas, atesora otra casta de pedigüeños que no piden a las claras, sino con ingenio del bueno. Prueba al canto. Amén de esquelas adoloridas en que se mencionan dolencias graves, difuntos insepultos, grandes negocios frustrados, compromisos en que el honor va de por medio, etc., esta mañana he recibido, entre otras solicitudes que me caen a diario, una postal con mi litografiada efigie de cuerpo entero, y este pomposo encabezado: "Los grandes literatos hispanoamericanos"; un pliego, impreso y todo, que reza: "Tuna Esco-

lar Filarmónica Madrileña, compuesta por estudiantes de diversas Facultades" en que se me avisa para la noche de hoy, de 10 a 11, de una serenata en mi obsequio, y que "mi óbolo" se destinará a un fin benéfico"; y otra tarjeta manuscrita, con mi retrato de busto muy bien trabajado a lápiz, y este soneto perfecto, digno de mejor causa.

—"Señor:
"El hambre aumenta, el apetito crece;
"es pertinaz y lenta la agonía;
el juvenil ardor lucha, porfía,
" y en la gigante lucha se engrandece.

"Cede la carne, el rostro palidece;
"pero, el alma, redobla la energía.
"hasta que llega el pavoroso día
" y el hombre, en la catástrofe, perece.

"Señor, no puedo más, soy un vencido,
"soy un cadáver, por lo que he sufrido,
"un héroe soy, porque prosigo honrado.

"Perdone, pues, al gladiador caído,
"mire con compasión al desvalido
" y socorra a un artista desgraciado".

¡Lástima que, a guisa de estrambote, junto a la firma autógrafa del autor, se lea: "Espera su contestación, afuera".!

Dije arriba pordioseros, y dije mal, pues en la coronada villa del Oso y del Madroño apenas si los ciegos cantadores y que tañen vihuelas antes y después de pedir limosna, mientan a Dios una vez que otra. Aquí, la frase piadosa de "por Dios!", del Rey abajo todos la emplean y con encantadora entonación; pero haciendo las veces de un "no hay de qué", un "no vale la pena" o un "me favorece Ud. con exceso." Los mendigos

¡cá! A mí, en plena Carrera de San Jerónimo, la otra tarde entre dos luces, atajó mis andares un sujeto de imponente aspecto: anguloso y alto, viejo él, las barbas aborrascadas y amarillentos los mostachos por el abuso del cigarrillo que en la Península íntegra consumen a millonadas. Todo el mundo fuma, y, la mayoría, un tabaco menos que mediano, si es nacional. Mi hombre cubría su marchito pergeño con pañosa pringada y mal oliente; tocaba su cabeza hongo astroso de anchas alas, por debajo de las cuales asomaban guedejas de plata... muy oxidada.

—"Caballero!—exclamó solemne,—¿no le sobran a Ud. dos pesetas?...

Tales actitudes y frases que con toda especie de interlocutores y a cada paso se tropieza dondequiera, no son en el fondo, sino reliquias de aquel viejo y legendario **honor castellano** que forjaron las hazañas, conquistas y glorias de siglos idos, y pronto se grabaron hondo en todos los hijos de una nación que fué la primera del mundo, quienes adquirieron un concepto morboso casi, de la dignidad y la altivez individuales llevadas a su ápice por el señorial teatro de Calderón, que de Dios haya. De ahí que en tan noble tierra, ni mendigos ni petardistas, en su desapoderada caza de la peseta, puedan desasirse del concepto heredado que, ante sí mismos, lejos de abajarlos los deja en el privilegiado sitio que conforme a leyes y costumbres antañonas, por legítimo derecho para siempre les pertenece.

Mañana deslumbrante y vertiginosa la que hoy pasamos en el museo del Prado una de las pinacotecas más hermosas y notables de Europa. sirviéndonos bondadosamente de guía e ilustrándonos ¡con qué sabiduría y qué pericia! sobre el mérito de algunos de sus muchos cuadros extraordinarios, su actual director el egregio pintor Villegas.

Pésima costumbre la que impera en casi todos los viajeros, de contemplar de corrido los museos de importancia. A la segunda, a la tercera sala cuando mucho, la profusión de cuadros, la abundancia de tantos asuntos y colores distintos, los oros o las opacidades de los marcos, los tardos andares y las estaciones más o menos prolongadas frente a los óleos que magnéticamente nos fuerzan a mirarlos, o frente a los que por su fama entre políticos y públicos es de rigor pasmarse de mentirijillas aunque nada sintamos por dentro; todo ello acaba por emborracharnos, y nuestra pobre retina, con sobra de razón cansada, apenas si nos sirve ya para que la borrachera se aumente y la mezcolanza de figuras y colores se complique hasta lo inverosímil. No, los museos han de visitarse muy poco a poco, un día sí y otro también, deteniéndonos nosotros sólo ante los cuadros o esculturas que materialmente nos atajen el paso, nos cautiven de veras, el tiempo que reclame nuestra admiración, así la obra que nos subyugue no luzca firma consagrada. La emoción ajena, por autorizada que se la considere, nada tiene que ver con la propia. Si ambas coinciden, miel sobre hojuelas, y si no, haya respeto mutuo para la una y para la otra, y prevalezca el decir francés: **"chacun son gout!".**

¿Por qué, si no lo siento, he de compartir el gusto de un tercero, o he de consentir sin protestas que califique el mío de inconsulto y filisteo?. . . A virtud de esta libertad inalienable, yo aplaudo a los Goncourt cuando confiesan que no sufren a Shakespeare, y dentro de mi pequeñez declaro que, de Goethe, no gusto ni un poquito.

Si la misión esencial del Arte es suscitar una emoción duradera y profunda ¡hasta perdurable en ocasiones!, quédese cada cual con las que haya ido recogiendo por el camino, y déjesele que en

paz se extasíe frente a las obras que, desinteresadamente, se las acarrearon.

Sin duda el maestro Villegas ha de opinar cosa parecida, pues al iniciar nuestro recorrido me preguntó qué deseaba yo ver particularmente. Y se lo dije con toda franqueza: Ribera, Velázquez, El Greco y Goya. ¡No en balde me llamaron alguna vez, en Buenos Aires, espíritu atormentado!

A la tarde, de visita protocolar, con mi mujer, a SS. MM. en Palacio.

De vuelta a casa, encuéntrome con que S. A. Da. María Teresa ha tenido a bien cumplir gentilmente su promesa de anoche y ha honrado a mi muchacho con fotografía firmada y datada de su puño y letra: "María Teresa Infanta de España —Madrid, Febrero de 1911", y la siguiente esquela que me place reproducir:

—"El Jefe de la Casa—de SS. AA. RR. los "Serenísimos Señores Infantes D. Fernando y Da. "María Teresa,—B. L. M. al Excmo. Señor D. Fe- "derico Gamboa, Embajador Extraordinario de "Méjico y tiene el honor de enviarle, adjunto, de "orden de S A. R. la Serma. Sra. Infanta Dña. "María Teresa, el retrato que tan augusta Señora "ofreció ayer a su Señor hijo.—El Marqués de "San Felices de Aragón, aprovecha gustoso esta "ocasión etc."

Aproveché yo las agonías de esta tarde, en compañía de mi buen amigo y asistente diplomático don Emilio Palacios, para continuar mi fragmentaria saturación de madrileñismo. En uno de los coches de Palacio puestos a mi servicio, anduvimos de la Ceca a la Meca: algo de barrios bajos, Puerta de Alcalá, plazuela de la Cebada, el Rastro y sus "Américas", donde adquirí castizo brasero y velón de cuatro mechas; largo trecho del sediento Manzanares, colgado en sus orillas de ropas pobres que se oreaban en improvisados

tendederos, y de las que cuidaban mujerucas hacendosas que a diario vienen a lavar y alborotar a voces, no todas pulcras precisamente.

No me harto de ver calles, plazas, edificios de estos Madriles añorados desde mi adolescencia. Con delectación deletreo nombres, contemplo detalles feúchos muchos de ellos, lindos otros y todos interesantes para mis ojos ávidos; seres y cosas evócanme remotas lecturas, consultas, preguntas allá en mi tierra, a viajeros y amigos que de conocerlos volvían. Y ahora que soy yo el curioso peregrino, se me figura que voy releyendo páginas galdosianas, las admirables páginas de sus novelas maravillosas de verdad, alma y colorido.

Este museo animado y viviente, por eso es con mucho superior al del Prado; este último es de sangre y carne, de quereres y odios, de vida, en una palabra. Ambulan por sus arterias los inmortales chulos y chulas de Goya y de D. Benito; cobijadas, ellas, en el pañolón pardo de pobrezas, taimado acariciador de curvas provocativas, denunciante de andares semigitanos y semitoreros por la sal y el señorío que sus hechuras van tirando al arroyo; tocadas con pañuelo anudado bajo la barbilla y que presta sombras al rostro trigueño, que más inquietante y hondo vuelve el lindo mirar de los ojos árabes, distintivo de herencia sin par de la mujer española en todas sus jerarquías sociales, ojos que a las bonitas les realzan la belleza, y en la cara de las feas, como que prendieran dos estrellas.

Ellos, los varones, de boina o gorra, y barba sin afeitar; la chaqueta o la blusa, en agria disputa con la bufanda de colores idos; la camisa, huérfana de corbata y francamente sucia; fatigadas y sospechosas las alpargatas; la pañosa —que no todos poseen—menos embozada que terciada; el mirar, retador y decidido a resistir "lo que se tercie", acusa fiereza secular casi ani-

mal, es hambriento frente a la hembra, de igual a igual frente al macho, quienquiera que sea, prócer, señorito o camarada; entre los labios, comúnmente mostachudos, la colilla que humea y el piropo que arde.

¡Ah! pueblo indomable, levantisco y orgulloso, mixto producto de muchas sangres que entre sí degollábanse porque mucho se aborrecían; pueblo recio y tozudo, emprendedor y heroico que no temes a la muerte, que de todas las encrucijadas de la historia has hecho las estaciones de tu propio vía-crucis; que violaste y te maridaste, luego, con nuestra América, a la que imprimiste tu sello imborrable y en la que has dejado, a perpetuidad, tus defectos y tus virtudes. ¿Para nuestra ventura o para nuestra desdicha?...

De súbito, a la mitad de una de estas calles humildes, nuestro coche detúvose de golpe, a tiempo que oíamos muy cerca el tintineo de una campanilla. Era el Viático, que nos había salido al frente: a la delantera, monago de farol encendido en la zurda, y en la derecha, una campanilla en convulsiones. Detrás, el párroco, de roquete, bonete y capa, portando la divina carga; los escoltan algunos fieles descubiertos, a pesar del cierzo, y los transeúntes, como gavillas de trigo que siega la hoz, van cayendo de hinojos, los hay que se signan.

—¡Tenemos que apearnos!—me dice Palacios, y mientras me explicaba por qué, ya el lacayo de librea nos había abierto la portezuela.

Es de práctica que en Madrid el Viático salga a pie de las parroquias, anunciando su lenta marcha con débil y acongojante repique de la campanilla. Y es costumbre inveterada y piadosa, que el primer carruaje de propiedad particular que le sale al paso, sobre todo si es de la Casa Real o del mismo Rey, y éste lo ocupa, quienes en él se hallen, señoras inclusive, se apeen en el acto y

como un privilegio lo cedan al Cuerpo del Salvador que va a endulzar agonías, sin dejar de prosternarse sobre el vivo suelo. Es fama que la piadosísima costumbre data de los tiempos inciertos y sombríos de Carlos II el Hechizado, quien la impuso cierta mañana de enero del 1685.

Y al pie de la letra lo hicimos nosotros, con gran contentamiento mío.

Luego, seguimos adonde íbamos: a las famosas "Américas", sitio casticísimo y pintoresco si los hay, vasto baratillo al que van a parar desechos y fragmentos de malas pinturas, objetos mal habidos, restos quebrados de grandezas venidas a menos, una especie, en grande, de nuestra Plaza del Volador de hoy. Allá, de cuando en vez, se puede pescar en mar tan revuelto y proceloso algo que de veras vale la pena.

Yo me limité a adquirir por unas cuantas pesetas, típico brasero ultra-madrileño, con su badila y todo, que Dios sabrá lo que tenga visto y oído en los varios hogares que haya defendido con sus brasas de carbón enterradas en ceniza, durante los muchos e implacables inviernos de esta Villa y Corte; que ha de haber pasado entre gentes de diversas jerarquías, si ha de juzgarse por sus proporciones y por las opacidades y aun mugres que constelan el cobre de que está fabricado.

A las 8 de la noche, de gran banquete y recepción soberbia luego, con que el matrimonio de Béistegui obsequió a la embajada. La casa, que es uno de los palacios que luce el paseo de la Castellana, está puesta con refinado lujo, y en la fiesta de hoy, sus dueños la han echado por la ventana. Previstos y cumplidos los requisitos más exigentes, desde la doble valla, en el jardín, de una docena de lacayos de librea y con el cabello empolvado, hasta el servicio y la orquesta,

todo de primer orden. De comensales, títulos y más títulos, escotes, joyas y sedas, uniformes y condecoraciones, **le dessus du panier!** Personajes de marca, incontables: Canalejas, Maura, Polavieja, Dato, Allendesalazar, Navarro Reverter, Osma, etc., y muchos altos funcionarios. El cuerpo diplomático extranjero, en pleno, todos los embajadores y ministros. De la buen asociedad madrileña, lo más escogido. El elemento literario y artístico, muy bien representado, en cuenta, la condesa de Pardo Bazán, mi dilecta y talentosa "doña Emilia", con la que tuve, aparte, dilatado y delicioso palique sobre letras y literatos. Cariñosamente me preguntó por SANTA, y me emplazó a ir y tomar en su casa el chocolate vespertino que semanariamente ofrece a un grupo de elegidos.

Para remate, después de medianoche y en compañía de Juan Béistegui y Alfredo Barron estuve un buen rato presenciando desde un palco del Real, el animadísimo baile de máscaras que, según el programa, se celebraba a beneficio de la Asociación de Escritores y Artistas.

Y no pude escuchar la ofrecida serenata de guitarras y bandurrias que al pie de los balcones de mi prestado domicilio estuvo a darme, de las 10 a las 11, la metafísica "Tuna Escolar".

25 DE FEBRERO—Han resultado mis días madrileños tan ocupados y multicolores, que apenas si me es dable volcar en estas páginas, **a batons rompus**, las diversas impresiones que burilan mi ánimo. Para los lectores que pueda lograr el presente volumen y que me reprochen la relativa prolijidad con que me ocupo en varios asuntos de frívola apariencia y que huelen a hiperestesia de la propia vanidad, hay que poner los puntos sobre las íes: los honores y halagos prodigados a mi actual investidura, más que a

mí mismo, pero mucho más, por no decir todos ellos, a México van enderezados, y es indispensable "que consten en el acta". Los otros, los asuntos a mí atañederos como escritor o como individuo, aunque también la investidura haya sido parte muy principal, en los elogios sobre todo, estámpolos de antemano, al cabo de que a mis amigos, les sabrán a miel, y a hiel a mis malquerientes. Pero ¡qué diantre! "un diario,—ha "escrito André Maurois,—es una forma literaria "que a ninguna otra se parece. No vale por su "composición, debida al acaso, ni por el esmero "que, de emplearlo, lo echaría a rodar. Vale por "su desnudez y por la simplicidad directa que lo "informan. Al través de su autor, lo que buscamos es el hallazgo de un nuestro semejante. Y "mientras ese semejante más ponga al descubierto sus manías, sus niñerías, sus negligencias, más le agradecemos que sin defensa se nos "entregue".

Mañana marcial. Asesorado por el general de Polavieja, y acompañado de Francisco Villaespesa, que se nos incorporó en la plaza de armas de Palacio, estuve largo par de horas en muda admiración frente a los tesoros que encierra la famosa Armería del regio alcázar, en la que no supe qué admirar más, si las preseas de que es celosa custodia o la vasta erudición de Polavieja en la materia.

Hay luz suave en la vasta sala desierta y respetuosamente muda, para que sólo la historia hable del ayer y el anteayer de esta nación hazañosa y linajuda, no con retóricas más o menos tiesas y convencionales, sino con la preclara voz de las espadas invencibles, de las banderas vencedoras, de las lanzas que estuvieron en Breda y en otras muchas cargas y rendiciones; con la voz que uno mismo les presta a los jinetes artificia-

les, a horcajadas en corceles de madera, ambos recubiertos de armaduras toledanas y milanesas, completas; las de los paladines, con sus cascos y capellinas, sus cubrenucas, ventalles, viseras y timbres; los penachos, que supieron de las jornadas épicas, de los torneos y justas caballerescas, aun enhiestos y flotantes a pesar del tiempo, en segura prenda de que así como sus dueños vencían enemigos en las horas trágicas del peligro y de la muerte, así ellos, sin humillarse nunca, han resistido la obra implacable del andar de los siglos. Y las armaduras de los bridones, hasta con sus gualdrapas ya mustias, y desvaídos sus heráldicos bordados y pasamanerías.

Imposible enumerar cuanto ahí se contempla, que ello es asunto de catálogo barato; lo que a mí me impresionó más, fué: el estoque de D. Juan de Austria, junto a la espada de Gonzalo de Córdoba, "el Gran Capitán"; la de Da. Isabel de Castilla, que en el espejo de su acero, reza: "Paz conmigo, nunca veo, y siempre guerra deseo"; la de Pizarro; la "Lobera" del Rey Santo y que heredó el Infante D. Juan Manuel, ancha y acanalada en sus dos caras; la "Joyosa del bel cortar", de Roldán, conforme a inventario de los Reyes Católicos, aunque otros conductos aseguren que la "Joyosa" fué de Carlomagno, y la "Durandarte", mellada en "esa de Roncesvalles", de Roldán.

No me explico cómo, después de la impresionante visita de la Armería, estiré el tiempo.

Estuve en la Real Casa de Campo, en compañía de Béistegui y de Eustaquio Escandón, a presenciar como invitado especial, pues aquí el **vulgum pecum** no penetra, el partido de polo **american handicap tournament** sin **off side**, que jugó el Rey con diversos títulos y personalidades. El aire que en derechura nos soplaba la sierra del Guadarrama, helado; los jinetes, consumados, y

en lujoso traje a propósito; las jacas, primorosas, de subido precio y muy diestras en el aristocrático juego. Pocos invitados, entre ellos la Infanta Da. Isabel, tía del Rey e ídolo del pueblo madrileño, que cariñosamente le dice "la Chata"; y la duquesa de Airón,—su consorte juega en el **team** *A*, blancos,—joven elegantísima aun dentro del luto riguroso que guarda y la tiene ausente de fiestas y saraos palaciegos, y merecidamente célebre por su extraordinaria belleza, de la que ya Béistegui me tenía hechos cálidos elogios. Presentáronme a ella durante uno de los varios intermedios del hípico deporte, y yo, suspenso ante beldad tamaña, le improvisé un madrigal que corrió endiantrada suerte, pues la linda dama también es dueña de muy sutil ingenio:

—Muchas alabanzas había yo oído, señora, de su peregrina belleza, pero confieso que es ésta la primera vez que la realidad deja harto atrás a la alabanza...

Y lo que tardé en inclinarme para besar su mano de azucena, ella tardó en dispararme esta despiadada saeta, suavizada con gentil sonrisa de agradecimiento clásicamente femenino:

—"¡Cuánto siento, embajador, no poder decirle a usted otro tanto!"

Dichosamente, la fiesta encantadora a que concurrí en seguida, con Béistegui y Balbino Dávalos,—ahora jefe de misión en Portugal y de paseo en Madrid,—me indemnizó con generosas creces de mi descalabro dieciochesco: la que en mi honor celebró el Círculo Literario que preside Alfonso Ruiz de Grijalba, y del que amablemente se me ha nombrado socio de mérito. En el número 28 de la Carrera de San Jerónimo tiene el Círculo su asiento, y el programa, netamente madrileño, se llevó a efecto en su salón principal colmado de concurrencia distinguida y culta, de

los más connotados representantes de las letras y de los mejores artistas de los teatros de Apolo, Eslava, Cómico, etc. La fiesta resultó castiza, original, artística y afectuosísima. Tras el benévolo saludo del presidente y mi emocionada respuesta, escuchamos el "Madrid viejo", cuadro digno del pincel de Goya, leído por su autor Pedro de Répide; López Silva nos regaló con tres saladísimos diálogos de su "Madrid chulesco", respectivamente titulados: "La opereta", "Yo y el Rey" y "Al pie de la obra". Luego, la tiple Lahera y el tenor cómico González, cantaron el dúo de "La Revoltosa". Ruiz Grijalba leyó en nombre de Mariano de Cavia, que no pudo asistir, el "Madrid callejero", un derroche de gracia y maestría. Loreto Prado y el sin par Chicote, nos cantaron unos cuplés de la nueva obra: "Los Viajes de Gulliver"; y la condesa de Castellá puso brillante término a la primera parte del festival, con unas cuartillas de su fábrica sobre el "Madrid femenino".

Cubrieron la segunda parte, el gran poeta Emilio Carrere, que nos tuvo pendientes de sus labios con su "Madrid goyesco". Julita Fons, que cantó con velada picardía cuplés de "La Gatita Blanca". Manuel Machado, que en versos exquisitos rindió cumplida pleitesía al "Madrid sentimental" con su preciosa composición "la fiesta nacional". Enrique de Mesa, puso de resalto en su "Madrid literario", las tendencias actuales de las letras españolas. Javier Bueno, con ingenio ídem y un sprit mejor todavía, discurrió sobre el "Madrid periodístico"; y el conde de Esteban Collantes, con su exponente muy bien parlado, "Madrid aristocrático", demostró que no es mal sastre el que conoce el paño.

Fuera de programa, la señora de O'Niell, previa venia, leyó el "México y España" de mi amado Juan de Dios Peza. ¡Lástima que su elección re-

cayera en esa pieza, teniendo Juan de Dios tantas que con mucho la superan!

De buena gana honrara yo estas páginas con la reproducción íntegra de todos y cada uno de los trabajos meritísimos que allí se leyeron. Falto de espacio quiero, sin embargo, reproducir uno que otro fragmento escogido al azar. De "La fiesta nacional", de Machado:

—"...El gran suspiro, que es la tarde, crece
"como de un pecho inmenso. Palidece
"el sol. Y terminada
"la fiesta de oro y rojo, a la mirada
"queda sólo... un eco
"de amarillo seco
"y sangre cuajada".

Del "Madrid viejo", de Répide:

—"...El boscaje de la Moncloa era acaso el "boscaje de Pafos. Bellos y aristocráticos labios "cuchicheaban allí detrás. Había sombreros redon- "dos y paveros, con más prestigio cordial que los "nobles sombreros apuntados que quedaban en "las saletas de los reales palacios de Aranjuez y "de Madrid. Había miradas de chisperos que se "enredaban en el almagro de las mantillas de las "duquesas y no se desenredaban..."

Y del "Madrid callejero", de Cavia:

—"...Y para que se vea cuán bien hago en "llamar señora a la Señora Calle, voy a terminar "con algo recogido en el mismo asfalto callejero. "Cuando el otro día regresaba del Palacio Real "la embajada mejicana en pomposa y solemne co- "mitiva, presenciaban su paso en la Puerta del "Sol, desde un coche de la Real Casa, las muy "bellas y distinguidas damas que han acompaña- "do en su viaje a nuestros ilustres huéspedes.

"Al llegar el coche, un mozuelo se quitó su gorri-"lla respetuosamente.

"—Pero, oye tú—le dijo otro de su laya—¿te "has figurado que son las reinas?

"—Ya veo—contestó el interpelado—ya veo "que no son las de aquí; pero merecen serlo en "todas partes.

"Esta **flor de la calle** vale por todas las de los "regios jardines de Aranjuez".

A las 8 de la noche, en el banquete y recepción con que obsequian a la embajada los marqueses de Polavieja, en su magnífica residencia de la calle del Sacramento. Títulos, políticos, militares y lindas damas lujosamente ataviadas, en la mesa. Charla sabrosa y animada, Pepe Canalejas hizo el gasto, más que nadie, y estuvo felicísimo de amenidad. Los anfitriones no se conformaron con brindarnos rica y acogedora hospitalidad, antes la realzaron con afectuosas añoranzas de México, donde ellos nos dejaron muy grato recuerdo de su breve visita oficial. La recepción que siguió al banquete, copiosamente concurrida por personas de calidad, se prolongó hasta pasada media noche. De ahí, nos partimos casi todos al baile que ofrecían en su casa los señores de Lázaro.

26 DE FEBRERO—En la tribuna del Excmo. Ayuntamiento y al lado de su alcalde presidente, José Francos Rodríguez, pasamos la tarde hasta después de anochecido de este domingo de carnaval en el paseo de la Castellana. Sume usted el jocundo alboroto con que en casi el mundo entero se celebra el tiempo de las Carnestolendas, al buen humor que en su entraña nutre la Villa y Corte; agréguense los vistosos disfraces, el salero innato de las "gatitas" (a los naturales de Madrid se les dice "gatos" y "gatas"), los piropos y bromas de los masculinos, las músicas

de distintas especies que por doquier se escuchan, dominando las de bandurrias y guitarras; el incesante repiqueteo de crótalos visibles y remotos, el subir y bajar de carruajes tripulados por peinetas y mantillas, el eco de risas que suenan a cascabeles, los pregones de vendedores, el vocerío de la apretada muchedumbre que se arremolina y torna a calmarse como oleaje playero, una exuberante y honda alegría de vivir, y se tendrá un pálido reflejo de lo que vieron mis ojos un domingo de carnaval en los Madriles.

27 DE FEBRERO—De excursión al Escorial, el gigante de granito que levantó la exaltada fe de un monarca absoluto cuya indudable grandeza, hoy que predomina el desinteresado afán de rectificar los valores históricos, plumas calificadas comienzan a limpiar del polvo de calumnia y de la pátina de sectarismo que la malevolencia y la ignorancia se han complacido en verter sobre la egregia memoria de quien, aparte otros merecimientos, salvó de airada muerte al Catolicismo, contrarrestando severamente los estragos que en las conciencias causaba a su paso la Reforma.

Desde antes de arribar a la estación pueblerina diríase que el coloso de piedra fascinara al viajero que ya no cesará de contemplarlo y contemplarlo, cual si estuvieran imantados los duros materiales de que está hecho. Son dos Escoriales: el de Abajo, barriada modesta en que la estación ferrocarrilera se asienta, y a unos 2 kilómetros el de Arriba, a 1,000 metros sobre el nivel del mar. Es el abajeño sitio veraniego de los que no son ricos y de los que, aun siéndolo, prefieren la quietud y paz campesinas que les brinda el plácido lugar, mientras Madrid se arde en sus brasas estivales. En el Escorial de arriba radica la impresionante fábrica famosa que es a un

tiempo mismo, castillo, palacio y monasterio. El paisaje que enmarca a entrambos, antójase ingrato sin que llegue a la aridez ni mucho menos a la fealdad; posee sus encantos, y de sus prados se desprenden gratos aromas, no obstante hallarse salpicado aquí y allí de toscos bloques pétreos, heraldos de la montaña a que va uno aproximándose conforme sube. Creeríase que, como compensación a lo agrio de la cuesta, la naturaleza se abriera y perfumara.

Su nombre, Escorial, guarda resonancias de Eclesiastés y tufos de tribuna de la Convención, puesto que en su entraña se hallan el Panteón de los Reyes y el de los Infantes de España, cuyos hijos no alcanzaron a ceñir la corona. Ciertamente, nuestros mortales despojos, inclusive los de reyes y príncipes, escoria son y nada más que escoria, aunque a ello se opongan nuestras vanidades que suelen alargarse hasta más allá del sepulcro; pero la persistencia del nombre sugeridor de reflexiones escalofriantes ¿por qué habrá perdurado? ¿acaso por forzada humildad del magnífico señor don Felipe, convicto pecador de que para el viaje infinito no hacen falta púrpuras ni cetros, sino realizarlo apoyándose en el cayado, basto y nudoso, del arrepentimiento?... ¡Vayan ustedes a saber! Lo único puesto en claro es que el tétrico nombre proviene de que, hace años de años, ahí se encontraba un tiradero de las escorias de ciertas minas de hierro de las que ya nadie habla y que nada tienen que ver con esta "octava maravilla", según sus contemporáneos lo bautizaron.

A guisa de monumento votivo y de desagravio, el magno edificio lo ideó y levantó la sacra majestad de Felipe II; por eso encierra tantas cosas en sus interiores mudos y fríos como la piedra gris que los envuelve. Allá a los principios, el torvo monarca quiso fuera Templo

de la Victoria que perpetuamente conmemorase la de sus tropas acaudilladas por su aliado Filiberto de Saboya, sobre las francesas al mando del condestable de Montmorency, en San Quintín; aquella jornada memorable del 10 de agosto de 1557, día del gran mártir hispano San Lorenzo, del que Felipe fué siempre devotísimo. La arquitectónica mole se apellidaría: San Lorenzo de la Victoria, y no San Lorenzo del Escorial, conforme se ha llamado en definitiva. Todavía quiso más, para mejor honrar la memoria del santo milagroso bárbaramente flagelado en Roma bajo el emperador Valeriano, y luego muerto sobre parrilla calentada al rojo blanco: quiso que el inmueble revistiera la forma de aquel vulgar instrumento de cocina. Lo que explica por qué la construcción saliente de su fachada oriental, —que fuera un tiempo habitación principesca,— representa el mango, las partes transversales de su interior representen la parrilla, y los pies, los sendos torreones alto cada uno de 55 metros, de sus cuatro ángulos exteriores.

A la zaga de la trascendental victoria de San Quintín y de otros sucesos no menos propicios a la persona de Felipe y su reinado,—la edificación apresurada aun había de prolongarse más de un cuarto de siglo,—dejáronse venir pesadumbres y acaecimientos adversos. Carlos V, "el Emperador y Rey, mi señor y mi padre", como el Prudente llamó de continuo a su augusto progenitor, era fallecido en el monasterio de Yuste, encareciendo a su hijo no sólo que cuidara escrupulosamente de sepultar con acato su cadáver, sino, por añadidura, algo de la mayor importancia, que más escrupulosamente atendiera a lo que la salvación de su alma había menester!

El luctuoso sucedido alteró el primitivo proyecto. San Lorenzo del Escorial ya no sería exclusivamente trofeo roquero; sería, asimismo,

panteón y qué panteón ¡de reyes! La salvación del alma de su padre forzó a Felipe a preocuparse por la de la suya propia, no obstante hallarse todavía en juventud ¡la muerte hiere a cualquiera hora!, y la salvación de ambas reclamaba oraciones, muchas oraciones, constantes oraciones. Y en este pícaro mundo ¿quiénes si no monjes y monjas están obligados a orar sin descanso?... Había, pues, que incluir en el castillo un monasterio reparador y ejemplar, en el que Felipe venía pensando desde que por culpa del sitio que puso a San Quintín, su artillería arrasó un convento aledaño de religiosos lorenzanos.

Cuanto aquí va escribiéndose fueron contándomelo los monjes jerónimos que del Escorial cuidan, en tanto nos hacían los honores de la casa durante nuestro recorrido por sus dilatadas anchuras y longitudes. Muy interesante la fisonomía místico-mental de esos "hombres de Dios", fieles observantes de la regla instituída por San Agustín, que manda sumar al ministerio de la predicación y la enseñanza una vida contemplativa y pura, portar blanco sayal con escapulario y capa obscura, y calzar sandalias en los pies desnudos. Ermitaños solitarios en sus orígenes, por agencias de un ex chambelán de Don Pedro el Cruel, desde el siglo XIV se congregaron en la villa Lupiana, donde aun perdura la central de la Orden, poseedora, además, de varios monasterios en el Reino: el de Yuste o San Justo, el de Belem, y éste del Escorial.

Obedientes a la carta de su fundación, redactada y corregida por Felipe en persona, carta que exige la incesante presencia dentro del monasterio de "muchedumbre de religiosos calificados de doctos", con el discurso del tiempo sus ocupantes han procurado superar a los predecesores; y que se han salido con la suya proclámalo el hecho averiguado de que ni las malas lenguas tacha-

ron nunca su comportamiento, ni la larga fama de sus muchas luces ha venido a menos. A mí me evocaron el grupo de agustinos escorialenses con los que buen trecho del Mar Pacífico navegué años ha, y que parejamente a éstos que ahora me hablaban, eran "doctos y calificados" como los deseó el II de los Felipes.

Meditabundo y preguntón fuí siguiéndolos y escuchándolos. De los asuntos que nos puntualizaban,—pongo aparte los históricos,—momentáneamente se me antojaron, algunos, leyendas o meros infundios, verbi gratia, aquel diluvio de misas, responsos y demás rogativas que el tétrico monarca ordenara en su testamento para alivio de su alma y de la de su padre "el Emperador y Rey"; para él, Felipe, ¡30,000 misas simultáneas, y para los dos, continuamente, sempiternamente, misas y más misas, sufragios y más sufragios en el universo entero cabe decir, ya que en el Imperio heredado con sus posesiones y colonias, "jamás se ponía el sol".

En vez de aturdirme, me maravillaba lo que iba yo mirando, mucho dudo que la visión se me borre nunca... No sé hasta qué punto estarán en lo justo los que aseguran que el Escorial explica a Felipe II y éste explica a aquél, imagino que carecen de exactitud. Lo que sí sostengo es que no solamente los despojos mortales de Felipe yacen en el Panteón de los Reyes, también su recuerdo ¡imborrable! perdura en la memoria de los PP. centinelas del Escorial y en todos los ámbitos del edificio, hasta en los pétalos de las flores, en las aguas de los estanques callados y las fuentes cantarinas de jardines y huertas. Más que sus despojos y que su recuerdo, vaga y ambula el espíritu del augusto fundador e inquilino; creeríase verlo cómo va y viene bajo las bóvedas resonantes, al través de las estancias señeras, a lo largo de los tránsitos helados, por celdas, au-

las, patios y galerías; se le mira apoyado en su bastón, cuando válido aún, y apuntalado de cojines dentro de su silla de manos, cuando inválido, asomar a las 1,200 puertas y a las 2,673 ventanas por las que el monasterio, el palacio, el seminario, la iglesia, respiran el aire oliente a tomillo que baja de la sierra, y franquean el paso al sol para que vaya y caliente con sus besos de oro el microcosmos que allí finca hace siglos: vivos y muertos, imágenes y retablos, milagros y preces, pecadores y justos, juventud y vejez, bronces, óleos, mármoles, humildades y vanidades, glorias, y rotas, esperanzas y recuerdos...

Suponemos que el temeroso príncipe ha de estar ya hecho polvo, y sin embargo seguimos viéndolo en su sitial del coro, a las místicas horas de los maitines y de las vigilias; de hinojos ante el altar mayor de la basílica, día tras día, como de hecho lo están para siempre, él con su familia, y con la suya Carlos V "su señor y su padre", en los dos grupos de bronce de 4 metros de alto, en adoración perpetua a entrambos lados del ara. Es que el edificio entero se halla impregnado hasta la saturación de ese rey fanático y nebuloso, obsesionado desde muy temprano con la idea de la muerte en su fatídico aspecto de cadáver, y con la de los ritos y exequias que la acompañan.

Propiamente, la iglesia viene a ser el corazón de la fábrica magna. Su cúpula atrevida de 90 metros, toda de granito, sosténenla cuatro colosales pilastras de 32 metros de circunferencia, y remeda cruz griega, cual la de San Pedro de Roma. Confundidos nosotros entre los hábitos albos y las capas sombrías de los monjes que nos piloteaban por ese dédalo, con ellos nos arrodillamos y nos recogimos breves instantes en la primera grada del vasto presbiterio. Al igual de lo que llevábamos visto, cuanto la basílica encierra es de dimensiones extraordinarias que, si no abru-

man, ello es por obra y gracia de la armonía de sus proporciones. No obstante, se experimenta un vacío desmesurado. Cuenta el templo cerca de 50 altares; el retablo del mayor mide 30 metros,—altura de una casa de cinco pisos,—luce 15 estatuas enormes que en la vastedad que las cobija parecen cosa de niños, lindas pinturas al fresco, de Luca Giordano; porción de otros cuadros, italianos en su mayoría, que medio animan las dilatadas superficies inertes. Era Felipe consumado esteta y, ainda mais, muy versado en letras. Muchos más primores ostentaba la iglesia, destruídos o substraídos por manos francesas cuando la ocupación napoleónica. (Esto último, me lo susurraron los PP. en voz muy queda.)

La custodia del altar mayor es en su género, al decir de la fama, una de las más ricas joyas del mundo: translúcida, cuajada de ágatas, mármol, jaspes y pórfidos de rara y extrema belleza, en tal variedad y con tal concierto incrustados y acordados que, al pronto, por esmaltes y preciosa pedrería se los tomara. El soberbio crucifijo de gran talla que remata el retablo, tiene su historia: encontrándose Felipe en Portugal, hubo de zozobrar en Lisboa el galeón "Las Cinco Llagas", de vuelta de las Indias Orientales, cuya quilla era gruesa viga de cierta madera que por allá dicen "angeli", y que en español y en portugués apodan de "árbol del Paraíso". Felipe, que divisó el bajel abandonado a la resaca porteña, preguntó qué había sido aquello, y al enterarse del siniestro, impresionado en su hondo misticismo con el nombre del galeón náufrago y con el de la madera que le sirvió de quilla, sin duda movido de misteriosa premonición quiso que los restos de la viga parasen en su amado Escorial, todavía en construcción, y que su dibujante en jefe, Francisco de la Mora, labrara en ella la sagrada imagen y a buen recaudo pusiera el sobrante del leño. Al

cabo de catorce años, ya el Escorial concluído y en funciones, la bella escultura en el retablo y Felipe crucificado a su vez por inenarrables dolores que taladraban su cuerpo corrupto en vida, mandó que el propio Francisco de Mora, a gran priesa le hiciese su ataúd de la troza sobrante y que se lo pusieran frente a su lecho de agonía, "porque, en su tribulación, deseó tenerlo ante sus ojos hasta el último instante!"

En el coro mucho hay que ver, su facistol, los primorosos asientos monacales, los admirables libros en pergamino iluminado para el canto llano, el Cristo en mármol blanco, de Benvenuto. La sacristía es vasta estancia de bóveda recubierta de oros y estucos, colgada de cuadros muy notables. A la derecha del ingreso, se adosa al muro disforme cómoda de caoba tallada, con aplicaciones de plata en asideros y cerraduras. Al muro frontero lo rasgan y bañan de luz al aposento, ventanas altas y ventanas bajas. Y en el testero del fondo, el altar del milagro o de la "Santa Forma": una hostia,—quiere la tradición fidedigna,—que al ser sacrílegamente pisoteada por bárbaros invasores se cuajó en sangre viva; la sangre, desvaída en la actualidad, pero la hostia, intacta, con signos patentes de tan grande maravilla. Como inapreciable tesoro que es en sí misma, la conservan los PP. en nicho excavado adrede en la espesa pared, dentro de rica custodia, tras una pintura mural (¿de Claudio Coello?...) que descansa sobre el ara, y que lentamente se alza una sola ocasión al año, entiendo que el Jueves Santo, cuando el oficiante oprime su secreto resorte y la expone a la adoración de los fieles. Nosotros también la adoramos, pues se nos hizo la merced especialísima de mostrárnosla.

Bajo las bóvedas que soportan la "Capilla Mayor"—nombre oficial de la basílica—penetramos

en el subterráneo Panteón de los Reyes, funeraria rotonda octágona ostentosamente recargada de oros, bronces y mármoles negros y jaspeados de los muros y los sarcófagos. La luz que ahí reina ¡triste reinado! es una sepulcral media luz; indudablemente Felipe II, desde que enterró su propia juventud fué presa de aguda manía macabra... A la penumbrosa claridad de sus dos cirios perpetuamente encendidos, puede uno determinar, arrebujado en sombras, el pequeño altar del fondo, coronado de otro crucifijo de talla. La única nota pasaderamente luminosa, la proporciona una espléndida araña de porcelana blanca, que pende del techo.

Descendimos más aún, hasta el Pudridero, especie de cisterna en que los despojos mortales de los soberanos españoles han de permanecer cinco años, no sé si a raíz de la tierra o en cajas provisionales, mientras no se consuma la total pudrición inevitable, para luego ir y ocupar en definitiva el lujoso sarcófago que bostezante los aguarda. Extraña sensación la que en el fúnebre sitio se experimenta; las palabras bajan de tono, los semblantes se visten de gravedad, mi mujer se cogió de mi brazo... ¡Diríase que se oye cómo los gusanos, navegando y reproduciéndose en el nauseabundo líquido de la lenta y repugnante descomposición de los míseros restos indefensos, se refocilan y pugnan por que el macabro festín de carne regia se prolongue!

Con un suspiro de alivio volvimos a la luz y al aire libre, arriba, en el Panteón de Infantes, larga galería llena de claridades en que paredes y mausoleos de mármol blanco, los escudos nobiliarios a colores y con inscripciones doradas en lengua latina, como los de reyes y reinas, prestan al lugar fisonomía de museo. Preciosa la estatua yacente de Don Juan de Austria.

Grata estación en la Lonja y Paseo de la Com-

paña, donde los PP. nos regalan con colmados vasos de rica leche recien ordeñada de sus vacas. Refrigerados tornamos a trepar escaleras, después de haber soslayado las Salas Capitulares, el Patio de los Evangelistas, el del Colegio de Estudios Superiores con espacioso jardín y altanero chorro de agua en su fontana central, la Galería de Convalecientes que por entre las columnas de sus arcadas se harta de sol, el dilatado Estanque de la Huerta y el Puente de la Cruz, el majestuoso Patio de los Reyes, el fresco que ostenta la gran escalera de honor—¿será el "Juicio Final"?...—por Lucca Giordano, a quien le dicen **Jordán**, el "Jesús" y el "San Antonio", de Carracci en ágata, y el turbador cuadro del Greco: "Sueño de Felipe II".

Agotados físicamente de tanto andar y andar y tanto ver y ver en la monumental casa de oración y de estudio, con bien ganado descanso me obsequió su biblioteca merecidamente afamada, no por la cantidad, unos 30,000 volúmenes, sino por la calidad de ellos: incunables, palimpsestos, códices, Biblias únicas, copiosa colección de manuscritos que valen un Perú. Todo celosamente ordenado y preso en admirables plúteos y vitrinas; la bóveda, con lindos frescos, la estantería tallada en caobas y cedros, la luz a raudales. Hasta donde sus votos lo permiten, no disimulan los hospitalarios PP. la ufanía que les causa la exhibición de su tesoro, que explican de acuerdo con lo que son: humanistas, letrados y conocedores. Iluminados sus rostros austeros ¡con qué ternura de enamorado acarician encuadernaciones y hojean páginas miniadas, las preferidas, las escritas con antañona letra ilegible de tiempos pasados!... Y pensar que antes de que las huestes napoleónicas asomaran por España, esta preciada colección era todavía más rica!...

Por último, en la alcoba del católico monar-

ca, que no es tal alcoba, apenas si llegará a celda cenobítica. ¡Lástima que no la hayan conservado según la descripción autorizadísima del P. Sigüenza: "...con un pequeño escritorio y, encima, colgada una tabla para sus libros de oración; el techo, liso; las paredes, enjalbegadas; el piso, de ladrillos... El rincón en que dormía, lleno de imágenes a derecha e izquierda, para poder verlas en cualquier postura. Palpábase que nuestro Fundador venía aquí no como Rey, sino como un religioso de los más observantes..." Se ha cometido la herejía de agregarle cuadros y muebles que el ilustre difunto habría anatematizado.

En tal estancia, la admirable vida de Felipe logró por su excesiva devoción una muerte aun más ejemplar y admirable, en medio a inenarrables sufrimientos. Era su cuerpo todo, llaga pestilente y purulenta; la seudo alcoba, muladar y asilo de podredumbre. A las 5 de la mañana del 13 de septiembre de 1598, más fuerte que el dolor, en plena lucidez el poderoso cerebro, pegado a sus labios resecos de fiebre el crucifijo que confortara la agonía de Carlos V, "su señor y su padre", sosteniendo en su otra mano trémula el cirio encendido de Nuestra Señora de Monserrat, propicio a los que se hallan en el trance supremo de la expiración, rendía el espíritu. En ese preciso instante, del coro de la Capilla Mayor, donde el monarca moribundo tuvo en vida su asiento reservado, llegó blando canto hasta su cama pobre y tosca, de asceta, de monje castigador voluntario de su cuerpo, y potro de torturas en los 54 días de gravedad suma sin cura ni anestésicos; cama desde la cual érale dable adorar el Santo Sacramento por el ventanillo que mandó a perforar en el grueso muro, a cualquier hora del día y "abismarse en meditaciones y fervorosas plegarias en el silencio y las tinieblas de la noche..."

—Desde el coro,—insistió la voz grave del fraile anciano y tonsurado que me asesoraba,—subieron a purificar su suave agonía, a más ahondar su arrepentimiento, a embellecer su tránsito, las voces adolescentes y puras de los seminaristas que cantaban la misa del alba, en aquella vigilia de la Exaltación de la Cruz!...

¡Ah! quién hubiese podido pensar nunca que rey tan grande y poderoso, dominador de dos mundos, señor y dueño de millones de seres, prudente e implacable, sabio y sombrío, habría de morir roído de dolores y roído de gusanos.

Con razón el "Fenix de los Ingenios" le acuñó aquel lapidario epitafio:

"Aquí en breve tierra yace,
—si es tierra quien alma fué,—
un Rey en quien no se ve
lo que la tierra deshace.

Fué tan alto su vivir,
que sola el alma vivía,
pues aún cuerpo no tenía
cuando acabó de morir".

28 DE FEBRERO—Suntuosamente obsequiados por la gentil marquesa de Squilache con banquete de 36 cubiertos, seguido de gran recepción que se prolongó hasta bien sonada medianoche. El banquete se sirvió a toda pompa en el salón de baile,—estilo Luis XVI,—de su soberbia casona muy próxima al Congreso de los Diputados; salón alhajado de suyo con mucho primor, unas cornucopias, entre otras cosas, que daba tentación de truncarlas y llevarse un par de ellas siquiera. La concurrencia, ya se sabe, lo mejor de lo mejor de este Madrid aristocrático, que en nada le cede a la aristocracia más intransigente y linajuda de Europa. ¡Qué señorío en ellos y

en ellas, qué distinción rancia de siglos y sin embargo cordialmente acogedora, qué elegancia en los pergeños discretos y a la vez riquísimos, qué reverberar de joyas y condecoraciones, qué manifiesto cariño para nosotros los americanos!

Cual puestas de acuerdo, lucían las damas y la maitresse des céans, perlas principalmente; perlas en los cuellos,—rugosos ¡ay! varios de ellos, —en los muñecas, los tocados, orejas, escotes, hasta en el talle. En mi vida vi juntas tantas perlas de distintos tamaños, "orientes" y montaduras, había allí algunos centenares de miles de pesetas. ¿Por qué, señor, la mujer española en todas sus jerarquías sociales, con la maternidad o con los años, se tornará obesa?...

1ro. DE MARZO—Día de excepción y descanso: hoy hemos hecho en casa las dos comidas!

A la noche, de tapadillo con Juan Béistegui asistí a muy curioso y *verde* espectáculo en céntrico pero mal famado teatrucho donde a diario, en la sección última (los teatros madrileños por secciones equivalen a los nuestros de tandas), se repite lo mismo: una "estrella" del arroyo, realísima hembra por sus hechuras, cantaora y danzadera de profesión, encandila hasta la ignición a su parroquia de fieles, señores y señoritos de todas las edades, y a los demás concurrentes que por ahí aportan a la hora precisa, sabidores de lo que van a ver. Los ojazos de la moza, sus curvas y meneos electrizan el local, se respira lujuria, los aplausos son rabiosos, los oles y otros jaleos salen roncos de las gargantas, y a voces pide "el monstruo" (es el caso de así llamarlo) que la chica baile en cueros. Para más enardecerlos, ella finge resistencias, apunta a la autoridad edilicia instalada en su palco. El público, en paroxismo de lascivia, insiste:

—"¡Desnuda! ¡desnuda!..."

Filosófica y discretamente, la autoridad se eclipsa el espacio de un cigarro que en buen amor y compaña de dos o tres amigos apura en el pasillo penumbroso. La danzadera, sonriente, complace a sus "miradores", que la devoran con los ojos, que aúllan como jauría frente a la soberana desnudez trigueña de la pobre flor de fango...

Luego, coinciden, matemáticamente coinciden, el que la linda criatura vuelva a vestirse y el que la autoridad vuelva a su puesto, desde donde fulmina subida multa a la infractora reincidente de premáticas moralizantes, cuyos devotos, en medio de risas y aplausos nuevos, integran el importe, uno a uno, cual feligreses que dieran su limosna en templo necesitado.

Satisfecha la multa, señoritos y señores auséntanse **tutti contenti**, y el espectáculo, a poco, acaba mansamente. **"Il vaut mieux rire que des larmes écrire,**—decía Rabelais en su curato de Meudon.

2 DE MARZO—Bien comienza el día, que, entre paréntesis, lo es del santo de mi nombre. En compañía de Balbino Dávalos visité la Biblioteca Nacional, valiosísima por lo que en libros atesora y no menos valiosa por la egregia figura mental de su bibliotecario, Marcelino Menéndez Pelayo, "maestro de maestros", pozo de ciencia, enciclopedia humana, intelectual sin par, escritor admirable. Más que visita, fué la mía cumplimiento de un voto, realización de viejo anhelo acariciado desde que nací a la literatura. Y lo portentoso estuvo en que, al verlo y hablarle, no hubo ni asomos del desengaño parcial o total que la realización de cualquier anhelo trae casi siempre consigo. ¡Al contrario! lo hallé según teníamelo imaginado: la estatura, harto menos que mediana pero bien vestida de carnes; de cera

las manos, y el rostro, blanco, con palidez mate de eremita; de plata la barba que se lo cierra y los bigotes gachos que se lo cruzan y le ocultan la boca, apenas si en las cejas perduran uno que otro hilo negro; grandes los ojos, tirando a claros, y de triste mirar huidizo, diríaseles huraños, distraídos, mirando a otra parte, menos cuando su dueño afirma algo, entonces se fijan, adquieren brillantez penetrante, resisten a los de su interlocutor; vastísima la frente abovedada se confunde, en el cráneo desnudo, con la calvicie y las canas supervivientes.

Continente austero y severo; grave y reposada la voz, de catedrático, de hombre acostumbrado a que se le escuche; avaro de la sonrisa, que reservará para la intimidad; parco de ademanes. La camisa albeante, y el traje de tono obscuro, sin manchas ni arrugas; llano y señoril, sin que el señorío cohiba ni la llaneza autorice confianzas verbales; imponente y cortés sin brizna de orgullo, sin delimitar distancias, antes como apenado de su propia superioridad que procura disimular, hablando como usted y como yo, siempre que no se tercie materia científica o literaria, en que se torna afirmativo.

Nunca cual hoy bendije tanto mi actual investidura, razón y causa del honor que nos dispensó don Marcelino, dignándose ser nuestro guía por entre el caudal de libros que ha de saberse de corrido. Y así anduvimos a su vera, a su sombra diría yo mejor, oyéndolo y deteniéndonos ante los ejemplares y manuscritos raros, ante las valiosísimas ediciones antiguas del "Quijote", ante ciertos papeles de gran precio e interés que nos presentó un señor Blesa, encargado del departamento de manuscritos. Llevó D. Marcelino su gentileza al punto de obsequiar nuestro pedido y regalarnos con sendos retratos suyos, dedicados y suscritos de su puño y letra.

¡Con razón los que lo han frecuentado le tienen devoción positiva! A mí, en el breve espacio que lo he tratado, me deja una secreta alegría y el convencimiento de que he visto y oído a una auténtica y alta mentalidad de los tiempos presentes.

De **gaudeamus**, simpatiquísimo por cierto, con que a las 2 de la tarde y en el lujoso Casino de Madrid tuvo a bien distinguirnos el Comité Español del Centenario Mexicano que preside el director del Banco Hispano Americano, don Antonio Basagoiti. Ambiente de efusiva cordialidad; todo es típicamente español, desde el **menu** en que caldos y entremeses y manjares son de un acabado casticismo: sardinas del Cantábrico, aceitunas de Sevilla, sobreasada de Mallorca, espárragos de la Huerta de Murcia, qué sé yo cuánto más; sauternes de Heredia, Monte-Haro de Paternina, Marqués del Riscal, Pedro Ximénez... Excepto Gasset, el ministro de Fomento en representación del Gobierno, Rodríguez San Pedro, ex ministro, y nosotros, Béistegui, Rascón, el personal masculino de la embajada, anfitriones y concurrentes españoles contaban larga residencia anterior en México. Por donde se comprenderá que charlas y brindis,—en el fondo de todo español aun inculto, palpita un orador,—fueron alusiones y añoranzas de nuestra tierra. A los postres, se presentaron Vital Aza y José López Silva, el poeta chulesco en vísperas de partirse a la Argentina. Ambos engalanaron nuestros **menus** con humorísticas y muy aplaudidas composiciones de su invención.

A la noche, banquete escogido que en su palacio nos ofrecieron los duques de Montellano; él, grande de España, dueño de varios títulos nobiliarios y de cuantiosísima fortuna que gasta como lo que es, un gran señor nato, y ella, Carlota

Escandón, hermana de mi querido amigo Pablo, mexicana que no ha dejado de serlo no obstante su matrimonio con el duque, figura de muy alto relieve por sus virtudes, su prestancia, su natural refinamiento y señorío, en la corte y en la villa. Velada encantadora, de distinción suprema, de calor mexicano.

3 DE MARZO—¡Día libre! Compras, **flaneo** a pie que por la enésima vez me confirma que los americanos no podemos ser extranjeros en esta ciudad que tira y nos fuerza a creernos de casa, como los transeúntes que se codean. De raza le viene al galgo...

Antes del almuerzo, visita votiva a la Academia Española en su palacio nuevo y definitivo, el número 4 de la calle de Felipe IV. En la grata compañía de ese prócer de las letras y de la política que se llama Segismundo Moret y Prendergast, recorrí de arriba abajo el edificio donado a instituto tan venerable y meritísimo.

A las 5 de la tarde, en la modesta vivienda que sirve de domicilio social a la veterana y benemérita Asociación de Escritores y Artistas Españoles, en la actualidad presidida por Canalejas, fuí honrado con la designación de miembro honorario de la misma y con una venera de oro, realzada aun más por las palabras elocuentes y cordiales del ilustre presidente del Consejo.

Acompañaban a éste una comisión de la casa, que integraban los señores Bretón, Javier Ugarte, Repullés, Castillo y Soriano, Pérez Zúñiga, Serrano, J. y A. Comba, Cuenca, Casero, Arija, Aguilar, Romero Quiñones, Carretero, los condes de Esteban Collantes y de Pinofiel, Almonacid, Cousiño, Guerra y Alarcón, Lanuza, Isidro Soler... Todos, escritores y artistas peninsulares de relieve.

Castillo y Soriano, que entiendo es el secretario, con fácil verba me interiorizó de los hechos más culminantes que la Asociación, en su ya larga vida ha realizado en pro de la literatura, del arte y de los cultores de la una y del otro.

Y me impuso de algo más, que a mí me supo a gloria: que por **regla general** sólo caben en su seno los literatos y artistas peninsulares.

¿Con qué puede uno agradecer cumplidamente tales distinciones?

4 DE MARZO—Temprano y por ferrocarril la emprendimos a Toledo, la excursión ofrecida por el Gobierno, en la grata compañía del marqués de Polavieja, uniformado de capitán general con bastón y todo, por llevar la representación del Rey. Serían las 10 cuando nos apeábamos en la estación de la ciudad venerable que es casi el centro geométrico de la Península, un relicario de recuerdos, de los varios en que abunda la España histórica; base de operaciones de los moros contra el norte; avanzada de los castellanos contra el sur; teatro en que chocaron dos razas y dos mundos: el Oriente y el Occidente... En **landaux** descubiertos, sin dejar de ver las aguas del Tajo, realizamos la agria ascensión hasta la meseta en que la ciudad-museo fué edificada sobre la roca famosa. Involuntariamente, el pensamiento se escapa hacia viejas lecturas respecto de España, de sus orígenes complicados y remotos, de la pluralidad de sangres que al fin dieron el tipo medio y complejo del español contemporáneo: los iberos que vinieron del sur; las dos tribus misteriosas de vascos, una de las cuales trajo enrevesada lengua que conserva y habla hasta la fecha. Se rememora a los fenicios y griegos de Asia, fundadores de Málaga, de Sagunto, de Cádiz; a los cartagineses de la costa de Africa, vencidos por romanos y por árabes, padres de Cartagena y Barce-

lona; a los romanos creadores de Sevilla y durante 400 años dominadores de la Península íntegra que latinizaron y fecundaron, a la que esmaltaron de monumentos todavía en pie varios de ellos. Se piensa en lo que esta tierra ha sufrido, en los torrentes de sangre humana que se ha derramado dentro de sus confines. Mosaico trágico, por cuyas sierras han descendido los bárbaros, por cuyos campos cabalgaron vándalos, alanos, godos y visigodos, los suevos que bautizaron a Andalucía y luego se marcharon a Africa.

La lista de sus reyes resulta inacabable y formada de buenos y malos, como Roderico, el violador, según la leyenda, de una hija del conde D. Julián, quien para vengar afrenta tamaña llamó en su auxilio a los musulmanes africanos, sin prever que prendados de la tierra acabarían por conquistarla e instalarse en ella ocho siglos, no sin beneficiarla, embellecerla e imprimirle su triple sello mental, espiritual y artístico que ya nada ni nadie le borrarán nunca, a pesar de la hazañosa Reconquista llevada a cabo por los Reyes Católicos. Y digo esto último porque aquí, en Toledo, las huellas de su dominio acusan lineamientos de eternidad.

Después de cruzar puentes como el de Alcántara, fabricado a principios del siglo XIII por anónimos alarifes ¡oh, ingratitud de las posteridades!, de pasar bajo techumbres como la de la Puerta del Sol en la cuesta del Miradero, ejemplar de arte mudéjar, de sufrir los tumbos incesantes con que los guijarros de sus calles dan martirizadora bienvenida, nos detuvimos al fin a las puertas del célebre Alcázar, donde éramos esperados por golpe de jefes y oficiales en marcial traje de gala. Y en los campos aledaños del Alcázar, la fiesta inolvidable con que fuimos honrados.

Para nosotros los visitantes, amplia tribuna improvisada, y a nuestro frente, desplegado en

formación irreprochable con banderas y banda, el alumnado íntegro, los jefes y oficiales de la academia de Infantería, huéspedes permanentes de gran porción de la histórica mole de piedra; un brillantísimo puñado de juventudes que aquí se forman y educan, que aquí templan su espíritu, el cual iguala, si no sobrepasa, al que los espaderos de la región y, se dice también, que las rojizas aguas del anciano Tajo, dan de consuno al sin par y refulgente acero de sus legendarias tizonas, lanzas y dagas. Ondeaban guíones y estandartes, las armas irradiaban al pálido sol de invierno, corrían los trámites ordenancistas, por precedencias, que pararon en mi humilde persona:—"Con permiso de Ud.", "con permiso de Ud."—iban diciendo inferiores a superiores jerárquicos, y así subieron al coronel director de la academia, señor Villalba, quien se cuadró ante el capitán general Polavieja y el embajador de México:

—"Con la venia de VV. EE.!"

Sonaron las cornetas, redoblaron los tambores, resonaron viriles voces de mando, rumor de armas, los corceles de los jefes piafaron inquietos y sofrenados, y la muchedumbre de cadetes uniformados se puso en marcha con armónica precisión de máquina pensante...

Lucidísimas las maniobras: defensas y ataques simulados, pecho a tierra, escalamiento de enanas alturas, cruce de ríos imaginarios, desplegándose, dislocados, en dispersión, volviendo a reunirse, esgrimiendo la bayoneta, disparando y cargando los rifles. Como remate, muy a lo lejos, la concentración de las fuerzas, y luego, por compañías y grupos de doble hilera, a los entusiastas acordes de castizo paso-doble, su marcha hacia el punto de partida y su desfile ante nuestra tribuna, a paso redoblado y "vista a la derecha!"

¡Qué manera de marchar la suya, en todo

idéntica a la de las tropas de línea españolas! ¡Qué apostura, qué gallardía, qué fuego interior que se les sube a los ojos y en el mirar magnético y fiero de cada uno acusa auténtico coraje nativo, indomable resolución de vencer o de morir! Así han de haber mirado, durante la super-proeza de la conquista de México, Cortés y sus hombres... Yo, que tengo vistos diversos ejércitos, todos ellos apuestos y marciales, con un pasado tan glorioso y respetable como el del ejército de España, sin agravio de nadie he de confesar no obstante, que en ardimiento individual y acometividad prometedora no hay soldado que aventaje al español, a pesar de su estatura nada desmesurada por cierto.

Creímos concluído el soberbio espectáculo, pero aún faltaba lo mejor. Formados los cadetes en largo y doble frente, harto separadas entre sí ambas filas, en descanso las armas, tornó a acercársenos el coronel Villalba, la espada desnuda y en alto:

—"Cuando vuecencia ordene"—dijo a Polavieja, quien, volviéndose a mí, exclamó:

—"¿Vamos?"

—¿A dónde?—le pregunté sorprendido.

—"La academia desea tener el honor de que el representante de México le pase revista..."

No oí más, ni me dí cuenta de lo que hacía; la herencia militar que por mi padre corre en la sangre de mis venas, se amotinó dentro de mi ser, no sin arrastrar consigo la idolatría que nutro por mi tierra, y mi resistencia nerviosa llegó a su límite... Estrangulado por la emoción eché a andar junto a Polavieja, seguidos de Villalba y otros jefes austeros y solemnes. Confusamente, escuché toques de corneta, golpear de culatas sobre el piso y el silbo característico de los sables al aire; escuché la orden impresionante de "¡pre-

senten, armas!", que fué repitiéndose conforme íbamos pasando nosotros frente a las compañías inmóviles como estatuas. Cuando la banda, al principiar la rápida revista, tocó el himno nacional mexicano y a renglon seguido la marcha real; cuando las banderas escalonadas ¡la bandera española! se humilló a mi paso por segunda vez desde mi arribo a esta tierra de mis mayores, presa fuí de un terremoto nervioso que entorpecía mi andar, nublaba mi vista, repicaba en mis oídos, desvanecía mi cabeza y desbocaba mi corazón; pensé tánto, sentí tánto, que los ojos se me humedecieron y se me anudó la voz en la garganta. Para cobrar fuerzas me volví a Polavieja, veterano y aguerrido soldado, héroe de Cuba y Filipinas, actor en cien batallas y que ha de haber presenciado, a porrillo, espectáculos como éste que a mí me ha sacado de quicio. Y en el fondo de sus pupilas aceradas, también advertí lágrimas prisioneras que no se atrevieron a salvar la tupida reja sutil de las pestañas que las detenían ¡pero lágrimas al fin!...

Felicitados los cadetes, sus jefes y el director, autorizadamente por el capitán general marqués de Polavieja, y efusivamente por mí, reintegraron ellos sus penates en el Alcázar, y nosotros nos encaminamos al típico Hotel de Castilla donde nos aguardaba el almuerzo que dentro de un ambiente de franca simpatía nos brindó el cuerpo directivo de la academia. A la sazón en que saboreábamos el **poulet sauté a la chasseur,** con heredada discreción profesional un camarero me deslizó secreta misiva que trabajosamente deletree, disimulando el rugoso papel en mi servilleta. Era una súplica colectiva de 18 cadetes arrestados por leves faltas ordenancistas, en que solicitaban con picaresco gracejo estudiantil mi intervención para que el rígido director anulara la pena: "...alegamos exculpantes, Excmo. Sr., nuestra inocen-

"cia, el carnaval en que ahora está el año, el que "todos tenemos novia y el que mañana domingo "ellas no podrán hacer lo que nosotros lograremos "si nos dan suelta: venir a charlarnos, etc., al "través de las rejas..."

Evaporadas las cuantas palabras mutuas y obligatorias de ofertorio y agradecimiento, pregunté al coronel Villalba si me concedería una gracia. A mil leguas del asunto, caballerosamente me repuso que yo no tenía que solicitar gracias, pues él y todos estaban para servirme. Terció Polavieja, con afectuosa malicia de viejo:

—"¡Cuidado con los mexicanos, Villalba, que tienen mucha trastienda!

Rieron los demás la advertencia, pero contraído en firme el compromiso, formulé mi demanda: la libertad de los 18 arrestados. Enrojeció el director por la infracción que de la disciplina iba a cometer, y con ejemplar gentileza mandó que en el acto se levantara el arresto. En medio de aplausos por mi triunfo, dada la rigidez con que Villalba dirige la academia, nosotros también nos levantamos de la mesa para realizar a las volandas un paseo en carruaje por la ciudad fundada nada menos que por Hércules y otros que tal, según cuentan viejos cronistas; la **Tolaitola** de los musulmanes, que fuera cabeza de importante gobierno y que mucho figuró durante el emirato y el califato en las guerras civiles que la asolaron; teatro de porción de sublevaciones, de grandes luchas medievales entre cristianos y no cristianos, hasta el reinado del emperador Carlos V, y de la feroz revolución de las Comunidades que aquí tuvieron su principal baluarte; testigo después, de lo de Villalar, de la heroica resistencia y vencimiento definitivo de Da. María de Padilla.

La antigua corte de los monarcas españoles hoy es capital de la provincia de su nombre, curiosidad histórica y monumental, Meca de viaje-

ros ilustres y de brigadas de curiosos, cuya principal importancia se la da su demarcación eclesiástica: es diócesi archiepiscopal y metropolitana, sede del arzobispo-cardenal primado de España.

La ciudad, en lo general de fisonomía más islámica que cristiana, es triste, profundamente triste y callada, cual majestad venida a menos y que envuelta en el manto maravilloso que le tejió su historia extraordinaria, se resistiese a que el viajero ¡sea quien sea! la palpe y registre, pretenda que sus piedras ¡huesos, nervios y arterias de su cuerpo mártir y momificado! le revelen muertas grandezas y le confiesen el caudal de sus secretos, con el discurso de tanto siglo entremezclados a las leyendas que la poetizan y le prestan, hoy todavía, la belleza imantada que atrae a peregrinos de vecinas y de lejas tierras, y que ni ella ni las posteridades con sus tercas tentativas de restauraciones no siempre felices, y de desfiguraciones en su rostro original para borrarle huellas imposibles de borrar, le han estorbado que goce del beneficio que gozan los hombres ¡aun los más grandes!: la paz inefable de un completo olvido. Ella sabe lo que fué y lo que es, "mapa auténtico de la España antigua y fuerte, árbol genealógico,—al decir de autor toledano,—de la nación entera y sagrado recinto de nuestros lares, manes y penates..." Y con eso tiene bastante.

No han de haber imaginado nuestros entendidos y amabilísimos guías lo que yo deploré que la estupenda visión que de Toledo me proporcionaron se me convirtiera, a causa de la fuga del tiempo. en visión cinematográfica. Pocas estaciones hicimos: en la catedral, por supuesto. uno de los más notables monumentos de arquitectura religiosa de los muchos que posee España; templo erigido por el visigodo Recaredo, mezquita luego, mudo testigo de la reconquista de la

ciudad por Alfonso VI, y destinada al culto católico a pesar del solemne pacto en contrario con los muslines vencidos, por la reina Constanza y el arzobispo don Bernardo. La iglesia que yo recorrí, hija de la anterior, comenzó a edificarse bajo el cetro de San Fernando, siglo y medio después, en 1227,—he estado, pues, ante una anciana que peina 6 siglos y 84 años,—siendo su arquitecto el maestro Pedro Pérez, que de Dios haya. Es majestuosa y amplia, de cinco naves y veintitrés capillas laterales; las sillerías de sus dos coros representan en sus respaldos, la del bajo, episodios de la conquista de Granada, y la del alto luce tallas de Alonso Berruguete y Felipe de Borgoña. Tantos primores encierra el templo, que con razón se le llama museo del arte cristiano. Predomina el estilo gótico en la fachada principal inclusive, no obstante la torre que se alza a un lado del espacioso atrio, y la capilla mozárabe al otro; atrio que cierran tres puertas, la del Perdón, la del Juicio y la del Infierno, en las que muy mentados artistas del XV echaron el resto en la atañedero a talla e imaginería.

San Juan de los Reyes. Filigrana de piedra, gótico florido, profusa en adornos, primores y accesorios que huelen ya al Renacimiento, del tipo especial que caracteriza a la inmensa mayoría de construcciones en la época de los Reyes Católicos. Levántase el monumento al poniente de la ciudad y no lejos de la Puerta del Cambrón, sobre menguada eminencia. Desde que se le divisa, en su favor predisponen lo esbelto de la estructura, las gráciles arquerías, la muchedumbre de cadenas y grillos que como testimonio de la liberación de cautivos cristianos realizaron Isabel y Fernando a raíz de las jornadas triunfales de Granada y Málaga, que penden de los muros, y las estatuas de los heraldos domiciliados en los contrafuertes, bajo de calados doseletes. En 1477 lo

comenzó el arquitecto Juan Guas,—sepultado con su mujer e hijos en una de las capillas de la iglesia,—colegas posteriores lo continuaron hasta 1610, y más tarde, se añadió al templo magnífico la feúcha capilla de la Orden Tercera. Los dos monasterios que había en el convento franciscano, a cuyos miembros encomendaron los Reyes Píos el culto, "mala la hubieron" cuando la guerra de independencia: los combativos "hijos de San Luis",—¡maldita sea esa guerra y malditas sean todas las guerras por los siglos de los siglos, amén!—después del saqueo de la rica biblioteca y de su frustrado intento para acabar con el edificio entero, ambos monasterios los incendiaron y volaron. Uno se salvó a duras penas, el que todavía perdura restaurado, y del otro, no quedaron ni huellas!... Todo cuanto allí se mira, cautiva y suspende: el claustro sin par, que más se antoja encajería de Brujas que obra de alarifes; el soberano interior de la iglesia; el muro lateral y blasonado del presbiterio; la puerta del claustro y el claustro sobre todo. Nada se diga de lo mucho y precioso que contiene, de su riqueza y magnificencia, diz que prodigadas aposta porque los Reyes Católicos tenían designado para su enterramiento el crucero del templo.[9] ¿Tradición o conseja?... Lo que sí consta en amarillentos papeles es que próximo a finar el siglo XV, los dichos monarcas, en prenda de la devoción que por él nutrían y "en descargo de su conciencia", donaron iglesia y convento a la Orden del Pobrecito de Asís.

Santa María la Blanca. En el corazón del que fuera hace cuatrocientos años inmenso y rico barrio de la Judería, hoy rebautizado de Barrio Nuevo de Santa Ana, dentro del espacio comprendido entre San Juan de los Reyes y el paseo de los Alamillos; en medio a ruinas y a míseras casucas, las dos sinagogas: la del Tránsito y la de

Santa María, tercas reminiscencias de la estancia israelita en la ciudad imperial. Quiere una tradición, que la del Tránsito la erigiera a mediados del XIV, Samuel Leví, tesorero del rey D. Pedro. Acerca de la de Santa María hay mayor fijeza en las noticias: en el XIII, bajo D. Alfonso el Sabio, la época de auge para los judíos castellanos, éstos la edificaron. Ambas son mudéjares, —como lo es media Toledo—y la de Santa María llámase así porque en su altar mayor y plateresco se asienta la imagen de Nuestra Señora. El templo es vasto y primoroso, subdivídese en cinco naves sostenidas por veintiocho arcos de herradura que descansan en treinta y dos columnas octagonales. La techumbre, suntuosa, de las que dicen de alfarje, pero trabajado en vetustos y auténticos cedros traídos del Líbano. Lápida empotrada en una de las paredes entera al curioso de que el edificio fué sinagoga hasta 1405, después beaterio de arrepentidas, cuartel de caballería luego, y almacén de utensilios militares al cabo. Inquilinos tan diversos cuidaron concienzudamente de destrozarlo y ponerlo hecho un asco; hasta que a últimas fechas la benemérita comisión de Monumentos no la restauró con fidelidad y acierto. A mí, con su linda columnata sobre todo, y sin violentar las debidas proporciones, mucho me evocó nuestra capilla real de Cholula, para naturales, la de las siete naves.

De pasada, contemplamos el encarrujado portón o portada del palacio en ruinas que el vulgo se empeña en llamar alcázar del rey D. Pedro el Cruel. Y taloneados nosotros por las horas fugitivas, apenas si echamos un vistazo al soberbio salón mudéjar de la ilustre casa de Mesa, fabricada el siglo XIV en el solar de linaje de los Toledos, calle de San Román, y frontera al templo del mismo nombre.

En la iglesia de San, o Santo Tomé, también

mudéjar y harto parecida a la de San Román, pasmado y mudo admiré lo más que pude esa maravilla del **Entierro del Conde Orgaz,** de Domenico Theotocopuli, aquel "Greco" nacido en Creta y dichosamente domiciliado en Toledo, hasta su muerte en 1625; pues su temperamento, su talento de pintor formidable, necesitaba para producir sus inmortales creaciones, del ambiente único de esta ciudad originalísima, sosegada y silente, plena de recuerdos y de sombras, hasta la de la Beltraneja para que ninguna le falte. Los minutos de que disponíamos ya no me permitieron llegar a la casa habitación de ese inolvidable huésped que tanto honra a su segunda patria.

¡De prisa, cochero!, a la Fábrica de Armas, donde han de haberse cansado de esperarnos y donde, después de haber visto a los célebres espaderos en su complicada faena de lograr con sus brazos y ayudados con las aguas del Tajo el temple sin rival de los aceros que manejan a todas las temperaturas, compré dos preciosidades: un mandoble, facsímile de los del siglo XIII, y un **puñal de misericordia,** del XV. A punto de arrancar el carruaje, el regalo mandado a hacer de antemano e inesperado y valioso por la excelencia de la hoja damasquinada y la admirable empuñadura en que se mira, de relieve, nuestro escudo nacional, con águila y todo, y las iniciales "R. F. M.", que quieren decir República Federal Mexicana; un espadín de lujo y de reglamento que me prometo lucir mientras permanezca en servicio activo, y que conservaré, luego, en grata memoria de mi visita relámpago a esta vieja ciudad, arcón de glorias.

Imposible ir y conocer la casa del Greco, el crepúsculo corría más que nosotros, y esa misma noche estaba yo de conferenciante en el Ateneo de Madrid, bondadosamente invitado para ello desde anteayer, en nombre de su junta de go-

bierno, por el secretario Enrique de Mesa. Otro anhelo de harto atrás acariciado que se me cuaja: hablar en la tribuna de esta institución literaria, la primera de entre todos los países que hablamos la rica lengua de Arciprestes y otros ingenios; ya que en la Academia Española sólo hablan sus miembros numerarios.

Durante nuestro veloz recorrido fué nota deliciosa la consumada por los cadetes indultados, que, a cada esquina, detenían nuestra comitiva y a voces vitorearon a México y a su embajador.

Caía la tarde cuando llegamos a la plaza de Zocodover, único sitio de la ciudad huraña, amorosa y rezandera que Cervantes llamara, "peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades", donde se nota movimiento y cierta animación. Supliqué la tregua de unos minutos; malo, malísimo no haber visitado el hogar de Theotocópuli, pero no asomarse a la Posada de la Sangre, el célebre mesón del Sevillano en que Cervantes escribió "'La Ilustre Fregona", fuera imperdonable delincuencia. Y penetré en ella con gran recogimiento, más mental que material, pues el mesón diz que no ha variado hasta nuestros días en su fisonomía zafia y ruin,—común a todos sus congéneres,—desde 1604, en que el autor de "Don Quijote" tropezó con Lope recién casado con Da. Juana de Guajardo, después de abandonar a su amante Camila Lucinda. Una circunstancia lo ennoblece, sin embargo, además del culto al Manco inmortal que lo habitó, y que viene trasmitiéndose de padres a hijos en la persona de los que han sido y ahora son sus dueños, así como en la memoria de las varias generaciones de maritornes, arrieros y campesinos que en sus entrañas sucias han posado; esa circunstancia, que también ennoblece a Toledo entera, es el habla de sus estantes y habitantes, habla hidalga, impreg-

nada de gravedad y señorío, ligeramente velada de tristeza y de mesura...

Acodado yo al ventanillo del tren a escape, mi última visión de Toledo, también de cepa literaria, me la brindaron. Los Cigarrales, a los que la noche, conforme iba recostándose en ellos, teñía de negro.

En la grata compañía de Canalejas y García Prieto, y recibido protocolarmente en el vestíbulo por la junta directiva y su elegante e ilustre presidente D. Segismundo Moret, a la hora prefijada me presenté en el Ateneo. En el mismo ingreso nos divorciaron: mi mujer y las señoritas Larralde encamináronse hacia el salón, guíadas gentilmente por Canalejas, en tanto yo seguía rumbo a la tribuna, por pasillos semicurvos, seca mi garganta y en mi espina dorsal intermitentes escalofríos. Apenas si frente a su puerta atestada de curiosos acerté a soslayar los interiores de la mentada "Cacharrería", concurridísimo sub-centro de la casa y despellejadero artístico-literario a las vegadas, donde anclaron los señores de la junta. Hablábame Moret de algo que yo escuchaba como a gran distancia, estrangulado por una emoción **in crescendo**. A los pocos pasos, un ujier nos abrió ancha puerta, y tras larga mesa colgada de obscuros paños, con dos candelabros encendidos, lujoso recado de escribir, campanilla de plata, bandeja de cristal, garrafa y dos vasos, me dí de cara con el salón de actos lleno de bote en bote: ahí estaban el general Luque, Da. Emilia, que inició los aplausos de salutación, con su abanico; Canalejas, García Prieto, Labra; mis gentes, mis compañeros de embajada, Balbino Dávalos; artistas, periodistas, literatos y público a pedir de boca, en el que no escaseaban las señoras. Muy por lo bajo, pregunté a Moret si me presentaría a tan escogido concurso, y obtuve esta desconsoladora respuesta que acabó de turbarme:

—"Todo Madrid sabe ya de quién se trata, lo dejo a Ud. frente al toro!"... Y bonitamente, hizo mutis, por el fondo.

Versó mi conferencia sobre la Novela Mexicana, y la rematé leyendo unas páginas del capítulo IV, 2a. parte, de mi novela **RECONQUISTA.**

5 DE MARZO—Muy buena prensa la de esta mañana, para mi conferencia.

A las 8 de la noche, en unión de Béistegui y del personal de la embajada, a despedir a SS. MM. que en tren especial se partieron a Sevilla, adonde el Rey teníame invitado de antemano, adonde habría yo ido con todo mi gusto, y adonde habían apercibido ya nutrido y tentador programa de fiestas en obsequio nuestro. Pero, no pudo ser por razones de elemental delicadeza: soy huésped de honor de la corte, han puesto a mi servicio diario dos carruajes de medio lujo de la real casa, nos han condecorado a cuantos integramos la misión, se nos ha colmado de honores, atenciones y festejos. Si fuera yo a Andalucía, tendría que volver a Madrid para seguir luego a Barcelona, cuyo ayuntamiento votó ya la extraordinaria erogación de Pts. 50,000 para agasajarnos allá. Y una segunda permanencia en este Madrid de mis entretelas, equivaldría a pasarse de la raya, y no en balde se dice "que al amigo y al caballo no hay que cansarlo." ¡Quédese, pues, el anhelado viaje para otra ocasión si, conforme a mis deseos, andando el tiempo he de tornar a España con vagar libre y sin otra investidura que la irrenunciable de individuo particular y muy devoto suyo!

Brillantísimo el espectáculo de la despedida en la estación a D. Alfonso, Da. Victoria, el príncipe de Asturias y los tiernos infantes D. Jaime y Da. Beatriz. Rindieron los correspondientes honores militares, un zaguanete de Alabarderos (za-

guanete se llama a cualquier escolta de guardias a pie que acompaña a las personas reales) y una compañía con bandera y música de Cazadores de Arapiles. En el andén estaban: la Reina Da. Cristina, la Infanta Da. Isabel ("la Chata" del pueblo madrileño), el Infante D. Carlos, el Príncipe Raniero de Borbón, y copiosa representación de la Grandeza: hasta siete duquesas, en cuenta nuestra compatriota la de Montellano; la princesa de Pío de Saboya y cinco marquesas; cinco condesas, dos vizcondesas, y señoras y señoritas de **la haute**. De varones, el nuncio de Su Santidad, los obispos de Madrid-Alcalá y de Sión; dos duques, un conde y tres marqueses, veintitantos generales uniformados; muchos políticos de altura y aun algunos supongo que de cabotaje. De altura: el jefe del Gobierno y los ministros de la Corona, Maura Azcárraga, La Cierva, ex presidente del Consejo, y astros y asteroides menores.

Después que el Monarca, que portaba uniforme de Infantería, revistó a los Cazadores, se sirvió cruzar breves palabras con distintas personas, la mía inclusive, reiterándome su graciosa invitación; y todavía cuando arrancó el convoy regio y que él contestaba honores y adioses cuadrado y de pie en la plataforma de su carro, y sonaban los acordes de la marcha real, la bandera se inclinaba. presentaban armas las tropas, los jefes militares también se cuadraban, nosotros los civiles nos descubríamos y el distinguido concurso aplaudía y lo vitoreaba, todavía entonces, partido su rostro juvenil por amistosa sonrisa, se dignó gritarme:

—"Que no se olvide, embajador, ¡hasta Sevilla!"

Y un presentimiento inmotivado, como aletazo de murciélago, me trajo, y al punto se llevó, el fugaz pensamiento de que, quizá, no volveremos a vernos!...

En medio de Canalejas y García Prieto, a pie nos encaminamos al Hotel Ritz, donde a las 8 y ½ ofrezco en magra prenda del agradecimiento que me sale a borbotones, un banquete al elemento oficial y a todos los particulares que se han servido festejarnos durante ésta para mí, visita inolvidable a la corte de las Españas, mi casa ancestral.

Banquete cordial muy concurrido y sin brindis, a Dios gracias. De vuelta a casa, mientras narro a los míos lo que ellos no han visto ni oído, ráfagas de franca tristeza porque la comida de esta noche ha marcado el término de mi estancia madrileña.

6 DE MARZO—Afectuosamente despedido en la estación por las autoridades, en el rápido salimos para la invicta Zaragoza, a la que hemos llegado a las 4 de la tarde.

Gentil recibimiento en el paradero: el capitán general Sr. Huertas, el gobernador civil Sr. García Bajo, el gobernador militar, general Ruiz Rañoy, y el alcalde de la ciudad épica D. Julio Juncosa, acompañados todos ellos de sus señoras esposas; los coroneles de los cuerpos de la guarnición; nuestro vicecónsul en Barcelona, mi condiscípulo de colegio Federico L. de la Barra; representantes de la diputación del centro mercantil, de la cámara de Comercio y de otras varias entidades. Mi señora alcaldesa se sirvió obsequiar a mi mujer con fragante ramo de flores, y el alcalde, después de su pequeño y efusivo discurso de bienvenida, al que hube de contestar por las propias consonantes, hizo las presentaciones del caso. Como nosotros seguiremos para Barcelona en la madrugada de pasado mañana, ahí mismo convinimos en extraerle el mayor jugo posible al corto tiempo de que disponemos. Acto continuo se organizó el cortejo en las afueras de la esta-

ción: a la descubierta, las damas, en el coche del alcalde; en el del gobernador civil, este funcionario, el capitán general, el alcalde y un servidor de ustedes; y en los demás carruajes el resto de concurrentes. ¡A saludar en su basílica a Nuestra Señora del Pilar, excelsa patrona de la urbe!...

Aún disponíamos de un pedazo de tarde, tarde fría,—los Pirineos no andan lejos,—pero serena y dulce. Mientras trotábamos por los Paseos de María Agustín, de la Independencia, por las calles del Coso,—Quinta Avenida de Zaragoza,—y de D. Alfonso, y de Pamplona, mis hospitalarios y nuevos amigos iban diciéndome de las hazañas zaragozanas que yo tenía ignoradas o en los hondos desvanes del olvido, y más que escucharlos, pensaba en los cruentos destinos de esta vetusta capital de Aragón venida a menos, hoy apenas si es cabecera de provincia con poco más de 100.000 habitantes. Asiéntase a la margen derecha del Ebro; sus primeros fundadores fueron de buenos padres, de los defensores de la Numancia destruída por Escipión el Africano. Es la antigua **Salduba**, la en un tiempo colonia militar romana **Caesarea Augusta**, de donde viene Zaragoza; fué la cobijadora de godos y de moros, y con los últimos alcanzó a ser la rival de Toledo y de Córdoba. Su situación en el centro de la cuenca del Ebro y donde se cruzan los caminos del litoral con los de los Pirineos y la meseta castellana, determinaron que fuese punto estratégico de primera importancia. Las trascendentales nupcias de Fernando e Isabel la relegaron a segundo término, dejó de ser la capital de un reino ¡y qué reino! autónomo ayer, desde que los reyes de Navarra, allá en el primer tercio del siglo VIII,—me cuentan mis hospitalarios mentores,—se lo arrebataron a los moros invasores, y Sancho el Grande se lo dió a su cuarto hijo, Ramiro, fuente de la que arrancó la dinastía aragonesa.

compuesta nada menos que de veinte reyes divididos en tres ramas: la de Navarra, la de Barcelona y la de Castilla, para ser absorbida en ésta bajo Fernando el Católico. A partir de aquí, y hasta hoy, no es más que una de tantas provincias de la gran monarquía española...

Sin embargo,—agregaron sus documentados indígenas que iban ilustrándome sin dárselas de historiadores,—gracias al carácter tozudo del aragonés, hasta el refrán lo dice: "dale al aragonés un clavo, y mejor lo hincará con su cabeza que con un martillo", por largo tiempo sobrevivieron al naufragio dinástico los famosos **fueros** de que gozaban los pobladores. Bajo el cetro de sus príncipes autóctonos se estableció la célebre Constitución de Aragón, que limitaba la autoridad regia con las prerrogativas de los barones, los condes y un magistrado especial llamado El Justicia o El Justiciero...

Aquí, mis recuerdos ya desperezados, terciaron en la jugosa plática y les recité de coro la sabidísima fórmula de que El Justicia se servía cuando hacía solemne entrega de la corona al nuevo rey:

—"Nosotros, que solos valemos tanto como "Vos, y que juntos valemos más que Vos, te ha- "cemos Rey a condición de que guardarás intac- "tos nuestros privilegios. Y si no, nó!"

¡Pobres y sabios Fueros, que los Reyes Católicos y el emperador Carlos V respetaron, pero que Felipe el Prudente hizo polvo! **Sic transit**...

De sus sepultadas libertades, el aragonés acertó a salvar sólo un legado envidiable que lo caracteriza y recomienda: ese ahincado sentimiento de independencia y dignidad casi rayana en soberbia. ¡Ah!, si Hernán Cortés hubiese nacido en Zaragoza y no en Medellín, otro gallo nos habría cantado a nosotros! El reino, transmutado en provincia, supo de las hieles del abandono, y

se enconchó dentro de sí misma. Zaragoza, al igual de Toledo, por años de años vivió rumiando sus recuerdos que la honran tanto, vueltos los ojos de su rostro austero y ceñudo hacia el pasado, hacia esa su predestinación para ser sitiada y martirizada, desde la fecha remota del 546, contra Childeberto; en 118, luego, a manos de Alfonso el Batallador, y en 1710, que los austriacos derrotaron a las tropas de Felipe V. Asedios menores, si cabe decirlo así, que desmerecen y se esfuman frente a los dos que, cuando la guerra de independencia, resistió en 1808-1809. Zaragoza, entonces, volvió por sus fueros, no los que aboliera Felipe II, no, sino los otros, los de la raza de que los aragoneses provienen. Los aragoneses, cachorros legítimos de los leones numantinos. La pasmosa resistencia zaragozana ante los soldados de Napoleón la incorporaron para la eternidad a la historia del mundo, en cuyas páginas escribió con el heroísmo y la sangre de sus hijos, derramada a raudales, su proeza inmarcesible...

El inesperado detenerse de los coches a las puertas de la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, nos devolvió al sentido de lo real.

El célebre santuario donde mora la excelsa y milagrosa patrona de esta urbe épica, la Virgen aparecida al batallador apóstol Santiago, es un enorme edificio de ladrillo, de pesada y maciza fisonomía, coronado de varias cúpulas pequeñas cabalgando en su techumbre, cuyos esmaltes blanco, azul y amarillo se retratan en las aguas del Ebro. Debieron de rematarlo, conforme al plano de su primer arquitecto Herrera, cuatro torres, y sólo luce una, con lo que el monumento resulta en sus alturas desigual y trunco. En la cancela de la entrada del templo, dividido en tres naves, aunque la central más bien sea pretexto para comunicar las otras dos, ya nos esperaban el deán Jardiel y los señores canónigos Soler y Torres. La

magnificencia de la basílica es abrumadora, y en su interior se contiene otra iglesia, de bóveda, la Santa Capilla exclusivamente dedicada a la Patrona milagrosa, cuya estatuilla posada en un pilar (de ahí el nombre que porta), se halla recubierta de suntuoso manto que mucho amengua la contemplación de la imagen ennegrecida y la del Niño Dios que sostiene en sus brazos. Las cobija a entrambas palio de plata.

Ante la balaustrada que defiende su altar y los dos colaterales, bajo el reverberar de los cirios encendidos en los tres, a la luz desmayada de las lámparas colgantes, España entera ha orado fervorosamente, y a cada 12 de octubre han afluído miles de romeros provenientes de los cuatro ámbitos de la Península a prosternarse e implorar el alivio de sus necesidades y sus penas. También nosotros, peregrinos venidos de lejanas tierras, de hinojos le pedimos su intercesión para que las nuestras sean siempre llevaderas. Mis tonsurados y benévolos **ciceroni** me aseguran que, en belleza, el retablo que posee la iglesia en nada le cede al famoso de la Seo, que es del XVI y del escultor Damián Forment, ¡Lástima que la delicadeza increíble de tan linda joya de alabastro se vea afeada por el tosco espesor de las gruesas columnas que sostienen la bóveda!

Anduvimos, luego, el templo íntegro y, aunque de prisa, nos fué dable admirar las riquezas y preseas que atesora; algo más detuvímonos frente a vasto nicho emparedado entre grandes cristales, especie de museo donde es de mirar la copiosa colección que lo llena: ofrendas y ex votos, principalmente espadas y condecoraciones con los nombres de los donantes, militares de todas las gradaciones, políticos de todos matices, grandes y pequeños de España, ¡hasta los menesterosos, los humildes, los anónimos! Un poema de fe y de ternura tal exhibición, exponente de todo un pueblo

levantisco y guerrero y de que el milagro existe, digan lo que quieran los "espíritus fuertes" que por negarle al espíritu su heredada y natural inclinación a creer y orar, no tienen a quién volverse en sus tribulaciones y vienen a ser, ellos, los pobres y los débiles de este pícaro mundo.

Ya era anochecido cuando tornamos a los coches. Difusa claridad prestaba a seres y cosas una melancólica poesía. La noche anunciábase más fresca, no en balde el hálito del Moncayo y de la sierra se colaba con ganas, y marzo andaba a sus principios. Sin embargo, ¡qué bien se advertía la tristeza de las arboledas embozadas en sombras, cómo refulgían las luces de calles y tiendas! Al trote largo de los caballos de los coches fuimos viendo, como en sueños, la línea borrosa de los Paseos; y así a contar del sitio en que la ciudad vieja y la nueva se besan y juntan, la Plaza de la Constitución, que por medio de arcadas de la avenida de la Independencia,—evocación de los viejos portales mexicanos,—se comunica con la Plaza de Aragón, el palacio de la Diputación Provincial, el del Gobierno Civil, el Teatro Principal, el Banco de España, entrevistamos lo mejor de Zaragoza.

Concienzudamente honrado un yantar a la aragonesa, en el Hotel de Europa en que paramos. al Teatro Parisiana que, a las 10 en punto me brindó en función de gala la compañía cómico-dramática de Comendador-Montenegro, "El Genio Alegre" de los hermanos Quintero.

Hasta tres plateas ocupamos el alcalde y su esposa, el capitán general con sus hijos, y mis gentes y yo. El teatro, lleno de muy selecta concurrencia que galantemente nos recibió con aplausos, y más galantemente los repitió al concluir la función, después de escuchar en pie la marcha real y otra marcha anónima que ignoro por qué tocaría la orquesta.

7 DE MARZO—Comenzamos el programa de hoy con una visita relámpago a dos cuarteles; ambos exponentes de orden y disciplina, muy nutridos de tropa, al igual de los varios más que no visitamos porque, en el fondo, todos se parecen. Es Zaragoza uno de los centros militares de mayor importancia en la Península.

Luego, a la Seo **(sedes o cathedra)**, catedral y metropolitana como Nuestra Señora del Pilar, menos visitada que aquélla aunque desde el punto de vista artístico se lo merece harto más. Greco-romana la fachada de majestuosas proporciones, un tantico revueltas, y con una sola torre alta y esbelta. El conjunto, de estilo ojival, resulta imponente. Fué edificada en el propio sitio que ocupó una mezquita y otra iglesia además, anterior a la mezquita. Comenzada su fábrica en el siglo XII, hasta el XVI no le dieron término. y eso incompleto. Su mestizo origen lo ponen de manifiesto una interesante decoración mudéjar de ladrillos y blancos azulejos por el lado noreste, y unas preciosas fenestras románticas que acertó a apropiarse de uno de sus inmuebles predecesores. El exterior, sin embargo, no corresponde a la riqueza y grandiosidad de sus interiores.

Cinco naves ocupan el área casi cuadrada de la derruída mezquita; en ellas, el arte gótico despliega las nervaturas de sus ojivas sobre columnas con basa de mármol ocre. La cúpula soberbia que se yergue en la juntura de la nave con el coro, se construyó para substituir a la ejecutada a expensas del arzobispo de Zaragoza, cardenal de Luna,—el "Papa Luna", según familiarmente apodan por aquí a Benedicto XIII, causa del grave cisma de Occidente, por lo cual fué depuesto en el concilio de Constanza; deposición que no le significaría cosa mayor, supuesto que ni cuando se la notificaron, ni cuando se creyó exaltado a la silla de San Pedro, quiso renunciar a su amada me-

tropolitana de Aragón. En el recinto de la Seo hanse ungido varios reyes; D. Pedro III, D. Alfonso III, D. Jaime II, D. Pedro IV, D. Juan I, el **Honesto.** También en su recinto, de mortal puñalada asesinaron al crudelísimo e implacable inquisidor Pedro Arbués, a tiempo que se encaminaba al coro, comenzados ya los oficios divinos.

Igualmente pueden verse dentro del santuario, los dos sitiales de talla, acoplados, en que sentáronse los Reyes Católicos para la impresionante ceremonia de recibir el homenaje que el Justicia Mayor, personificación viviente de la ciudad, les rendía a cambio de su doble y regio juramento de respeto a los fueros y derechos de Aragón; aquellos fueros que Felipe II había de hacer cisco en la persona del integérrimo Juan de Lanuza, Justicia hereditario a la sazón, que pagó en el patíbulo su legítima resistencia a obedecer el vengativo y atentatorio mandado del "Prudente", y acompañado de la diputación aragonesa se lanzó a recorrer los Estados al patriotico propósito de organizar la resistencia, que, de no terciar la felonía del capitán Alonso de Vargas hubiesen llevado a puro y debido efecto, antes que consentir la entrega de Antonio Pérez, el habilidoso político preferido por la beldad seductora de la princesa de Eboli, tuerta de un ojo, a buen recaudo ya en la cárcel de "Los Manifestados", pero bajo el amparo de la justicia aragonesa, para que pasara a las prisiones del Santo Oficio, en que el Magnífico Señor habría aplicado sangriento y definitivo castigo a su atrevido y enamorado ex secretario, quien mientras el pueblo zaragozano peleaba furiosamente por sus ultrajados fueros contra aguerridos tercios castellanos, supo aprovechar la libertad que le dieron y bonitamente se puso a salvo en tierras de Francia.

Lo más admirable de la Seo, es, sin disputa, su altar mayor, que se destaca sobre sorprenden-

te fondo, un retablo de lo mejor que hay en España. Lo noble de su composición, la infinita perfección de los detalles, la encajería de su ornato, la gracia y la vida de sus personajes estatuarios en un cuadro de alabastro y mármol cincelado, cuyos oros, patinados por el tiempo se armonizan con el tono del damasco color de cereza que pende del muro, es sencillamente verdadera maravilla.

De ahí, la emprendimos al castillo moro de la Alfajería, donde el capitán general señor Huertas y el general señor Ruiz Rañoy tenían invitados a los periodistas, y se sirvieron hacernos a nosotros los honores del histórico monumento. A los acordes de la marcha anónima que escuché anoche en el Parisiana, la guardia en formación y presentando armas, penetramos en el viejo y lacrado edificio venerable, que es toda una página palpitante de la historia española. Conforme avanzábamos, los esclarecidos y bondadosos guías fueron poniéndome al cabo de cuanto esas piedras tan mal tratadas por los años y por los hombres, que cuando a ello se entregan son peores que los años, dijeron ayer y hoy todavía repiten en su doliente tartamudez de semirruinas.

Antes, se había registrado un chusco incidente: con tacto me preguntó uno de los generales por qué no me hacía mayor impresión escuchar el himno de mi país. Con moderada vehemencia repuse que precisamente me ocurría todo lo contrario, a tal extremo, que no podía oírlo en calma ni en mi propia tierra, y muchísimo menos en tierra extraña. ¿Podría yo saber a qué obedecía su pregunta?

—"A la circunstancia,—me contestó,—de que no se inmutó V. E. al entrar en el castillo y que la banda militar lo ejecutó".

—Pero es que no han tocado el himno mexicano, señor general.

El hombre me contempló atónito. ¿Que no lo habían tocado?... Ante mi insistencia negativa, habló aparte con algunos oficiales que a poco llevaron una hoja pautada a cuya cabeza leíase, en francés: "Himno nacional mexicano":

—"Vea V. E. lo que aquí se dice..."

—Créame el señor general, si esto tocaron, no es el himno ni cosa que se le parezca.

Pronto se descifró el logogrifo: Zaragoza pidió a una casa francesa,—nada escrupulosa seguramente,—la remisión a vuelta de correo de nuestro himno, y en respuesta fué remitida la tal marcha que también, anoche, tocaron en el Parisiana. Y para mis adentros recordé que chasco igualito le ocurrió al músico alemán que dirigía la banda marcial de Costa Rica, cuando mi visita oficial allá, con casa neoyorquina a la que acudió con parecida demanda. ¡Todo sea por Dios!

Asegúrase que la edificación del castillo se debió en el siglo IX, a Abén Alfaje, y que mide quién sabe cuántos metros de superficie; que de las quince columnas de mármol que lo adornaban, sólo restan las cinco que se nos mostraron, dichosamente conservando sus preciosos capiteles; así como aun quedan varios arcos miltílicos, bizantinos, y uno grande de herradura, bajo del cual mírase amplio vano coronado de linda concha, en el que emires y reyes oraban a diario. Los dibujos interiores de estuco, fondo azul, ya no se distinguen a las claras. Sobre los arcos supervivientes corren los restos de un friso, y encima, grupo de truncas tribunas. Se supone que el techo, alto de catorce metros, es del siglo XV. De la cúpula restan señales.

Contemporánea de la mezquita es la llamada Torreta del Trovador, de muy espesos muros, con cinco arcos primitivos y dos angustiosos calabozos. En tan lúgubre sitio ejerció sus "actividades" el primer inquisidor de Aragón nombrado por

los Reyes Católicos, Pedro de Arbués, hasta su airada muerte en la Seo; y Antonio Pérez, acusado del homicidio de D. Juan Escobedo, sufrió cautiverio. Aunque su existencia real es harto dudosa, la tradición quiere que el "Trovador" estuviera encerrado en la horrible mazmorra, y que en memoria suya lleve el nombre que lleva. La sala de acceso a las habitaciones reales,—hoy depósito de armas,—no luce sino un atractivo: que desde ella se otea la magnífica vega que se extiende a orillas del Ebro. La sala de Santa Isabel, en que nació la reina de Portugal de aquel nombre, el año de 1271, canonizada por Urbano VIII en 1625, tiene su suelo de baldosas blancas arrancadas al techo de la mezquita, y ostenta en sus medios el escudo regio. En angosto friso que circunda las alturas de la marchita estancia, se lee en latín la siguiente quilométrica inscripción:—"Fernando de las Españas, de Sicilia, Cerdeña, "Córcega y las Baleares; Rey de los Príncipes, "buenísimo, prudente, valiente, piadoso, constan-"te, justo, feliz.—Isabel Reina de gran religión y "grandeza de ánimo sobre las mujeres.—Insignes "esposos; con el auxilio de Cristo victoriosísimos: "después de libertada de los moros la Andalucía, "arrojado el antiguo y feroz enemigo, cuidaron "de que fuese construída esta obra. Año de la "Redención, 1492". Contiene el techo, riquísimo artesonado de talla, en cuadros y basto de oro, con fasces de flechas, yubos y el **Tanto-Monta**, armas de los Reyes Católicos. La alcoba luce techo de vigas labradas, pavimento de muy deteriorados azulejos del XII, y en una de las paredes, sencilla lápida contemporánea, con las fechas del nacimiento y muerte de Santa Isabel, noticias de su linajuda progenitura y la súplica de que "ruegue por nosotros".

La Antecámara, rectangular, piso de azulejos, techo artesonado con rombos y piñas doradas.

El despacho de D. Fernando, cuadrado, de pavimento primitivo, artesonado más rico en detalles que el anterior, muestra en su centro el escudo real con el lema histórico "Tanto-Monta". El Salón del trono, vasta pieza de grandioso aspecto, con hermoso arco gótico a su entrada en cuyo escudo resalta la granada, índice de la total Reconquista. La galería es un estrecho y largo pasillo que respira por 78 balconcillos, mal restaurada e incompleta; frisos e inscripciones como en las estancias ya recorridas. Cuéntase que ambos artesonados, el del salón y el de su galería, los doraron D. Fernando y Da. Isabel con el primer oro que el Almirante trajo de América. La guerra de independencia y las civiles que la han seguido, hicieron horrores aquí: faltan frisos, inscripciones, rosetones y piñas, y el ostentoso salón descendió hasta servir de cárcel a los prisioneros!... La sala de Deliberaciones debe de haber sido muy bien encarada; posee su arco gótico, su pavimento de azulejos y su techo no mal pintado. La escalera principal, anchísima, la constituyen dos largos tramos; en el techo, grandes vigos de 7 metros con algunos dorados y trazas de pintura en su bóveda, el "Tanto-Monta", los yubos, las encajerías y los infaltables fasces. En la dilatada meseta, 6 arcos góticos señoriales y primorosamente ejecutados, 4 tabicados lo mismo que la baranda de la escalera, por una de sus caras. Los arcos que dan paso a lo que hoy son dependencias del cuartel inquilino, conservan al exterior los balconcillos, los más con sus preciosos calados, sin honra hoy por culpa del jalbegue y de la mezcla que los tapa y agravia...

A los medios del pasadizo que conduce al cuartel de Santa Isabel, por donde se cree que estuvo la puerta del salón inexistente de los Mármoles, el escudo de los Reyes Católicos. Del salón difunto, salían camino de la iglesia de San Salvador,

para jurar sus fueros y ser coronados, los serenísimos reyes aragoneses. Y mis acompañantes obsequiáronme con la siguiente lista que merece su transcripción:

"Pedro III, **el Grande**; Alfonso III, **el Liberal**; "Jaime II, **el Justo**, (escritor); Alfonso IV, **el Be-** "**nigno**; Pedro IV **el Ceremonioso,** llamado **el del** "**Puñal**; Martín I, el **Humano** (orador); Fernan- "do I, **el Honesto**. y Fernando **el Católico,** II de Aragón y V de Castilla".

Atardecía cuando nos presentamos sucesivamente en el casino de Zaragoza y en el Mercantil, pues en ambos nos habían invitado a tomar el té. Muy bien puestos los dos centros sociales en su variedad de salas y dependencias, y con crecido número de socios; los dos evocan en más de un detalle, los acogedores y "confortables" clubes londinenses, no sin razón reputados como los primeros del mundo. Mucho abundan los socios militares, los retirados sobre todo, que de preferencia al resto de la Península vienen y se radican en Zaragoza por su clima, que goza fama de bueno sin serlo, por lo amable que dicen es aquí la vida, por la simpatía que rezuma la ciudad de "Los Innumerables Mártires" contemporáneos de Santa Engracia.

Y si desde la tarde de ayer en mi rápida ojeada a los lugares en que los dos implacables sitios de los franceses tuvieron su principal asiento, y donde las huestes napoleónicas causaron los espantosos estragos que perduran todavía, me siento muy cerca de Pérez Galdós, cuyas páginas consagradas a Zaragoza, todo el tomo V de la 1ra. serie de sus inigualados "Episodios Nacionales" describen asedios y horrores de mano maestra, sin contar las de algunas de sus deliciosas novelas en que vuelve a hablar de ella; al entrar ahora en la sala de juego de estos dos casinos atestadas de ajedrecistas meditabundos y de gárrulos

malilleros y tresilleros, he admirado más intensamente el privilegiado genio galdosiano que tan a maravilla supo captar la fisonomía espiritual y física de su amada España ¡qué pintorazo!

A vagar un rato por el Coso y la avenida de la Independencia, iluminados y concurridos. En cierta papelería pedí postales y un álbum con grabados en madera: "Los Sitios de Zaragoza". Con sorpresa mía, el dueño de la modesta tienda, sin vanos alardes, hospitalario y desprendido, no consintió que pagara yo su importe. En el hotel me desquité con la pareja de Seguridad puesta a mi custodia por el gobernador civil: al fin los forcé a que cenaran por mi cuenta.

Y en el rápido de Madrid, que nos recogió a la madrugada, acompañados por el presidente de la Cámara de Comercio de Barcelona y por Federico L. de la Barra, la emprendimos a Barcelona.

8 DE MARZO—A las 9 menos 1|4 de la mañana, descendimos del rápido en el Apeadero del Paseo de Gracia. Gran recibimiento: el gobernador militar D. Luis Mackenna, los generales Brandeis, Mora, Bonet y Moltó, el intendente D. Lutgardo de la Vega, el alcalde accidental señor Serraclara, los concejales Sans Cabré, Marcilla, Albó, Puig de Asprer, Soriano, Roig, Juncosa, y Nualart, el secretario también accidental, Jener, el jefe superior de Policía, Millán Astray, nuestro cónsul general D. Salvador Castelló y su esposa, el senador Rahola, nutridas representaciones de la Unión de Productores, de la asociación de Comerciantes, del Banco Hispanoamericano, de la Unión Mercantil, de la cámara oficial de Comercio, del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, de la Juventud Conservadora, del Fomento del Trabajo, de la Granja Agrícola, y periodistas, particulares, un mundo de gente. En el andén, formados algunos guardias de Seguridad,

y en el vestíbulo del apeadero, guardias municipales y urbanos. Frente a la escalinata, la afamada banda municipal que me regaló con mi himno auténtico. En la estación de Reus, se nos habían incorporado los representantes de la Casa de América de Barcelona, pendiente de ser solemnemente inaugurada; y en el vestíbulo me aguardaban el gobernador civil señor Portela, y el secretario de Gobierno señor Die. Discurso de Serraclara y respuesta mía. Con él y en su carruaje, mi mujer, mi hijo y yo, precedidos por una pareja de la guardia municipal montada, de otro coche con los maceros de la ciudad condal, y seguidos de numerosa escolta a caballo de batidores de la guardia, de gran gala, y de los demás carruajes, por todo el Paseo de Gracia al fin arribamos a nuestra hospedería ubicada en la espaciosa Plaza de Cataluña, el Hotel Colón, en cuyo principal teníamos reservada una serie de habitaciones y en cuyo ático se izó en honor nuestro la bandera mexicana. A las puertas del elegante inmueble mientras dure mi permanencia en la ciudad, dará guardia un piquete del cuerpo de Seguridad, así como por orden expresa de Millán Astray no me desampararán ni a sol ni a sombra un inspector y varios agentes de policía. Si a tan celosos custodios se suman los tres hábiles individuos que del Servicio secreto de Madrid han venido siguiéndome sin que yo me percatara, debo de estar más protegido que dentro de una urna. Tanta precaución, sin embargo, no deja de alarmarme intermitentemente. ¿Quién ni por qué, aunque se trate del anarquista más desorejado, atentaría contra mi humilde persona? ¿por puro placer homicida y sistemático odio al **burgués?** ¿por buscarle al gobierno de S. M. una seria dificultad con el mío, que no las tiene de ninguna clase con España, y cuando la dificultad que le acarreara sería bien sencilla en el fondo: **pésa-**

me cancilleresco por el sucedido y sepultura protocolar a mis despojos o el envío de éstos adonde fuí nacido, a bordo de enlutada nave de guerra?.. De todos modos, cuando en ello pienso se me amarga la boca, pues si he de ser franco prefiero ausentarme por mi pie y que los periódicos ilustrados no **exornen** sus páginas con "instantáneas" del **embajadorcidio** y su sepelio, que todavía no me resulta apetecible ni en el propio Panteón de los Reyes de San Lorenzo del Escorial.

Calderón de reposo, para cobrar aliento. Al mediodía, lleváronnos a las Casas Consitoriales donde con gran aparato se efectuó mi recepción oficial, diremos, en el amplio y suntuoso salón de Ciento. En su zaguán, el himno mexicano por la banda municipal; en las afueras, plaza de San Jaime, aplausos y vítores del pueblo que la colmaba; en el vestíbulo, en la preciosa galería gótica y en las señoriales escaleras, guardias municipales y guardias urbanos,—uniforme de gran gala,—formaban la valla; y al pie de la escalera, el alcalde y una comisión de concejales. Ocupé la presidencia del salón, alto sitial godo sobre la plataforma alfombrada; a mis lados, mi mujer y mi hijo, el obispo diocesano, el gobernador civil y el militar, el presidente de la 2a. sala de la Audiencia, el alcalde y otros funcionarios. Más discursos, muy afectuoso el del alcalde y muy agradecido el del embajador, que ya no sabe de dónde sacarlos... Luego, presentaciones, apretones de manos, personas y nombres que en la vida volverán a oirse ni a verse; el nutrido cuerpo consular extranjero **au grand complet**, funcionarios de primera fila, diputados provinciales, presidentes de asociaciones científicas, literarias, mercantiles. Después, superficial recorrido por los **negociados** del ayuntamiento, y a eso de la 1, retorno al hotel, con iguales honores que a la ida.

Almuerzo en familia, y descanso hasta las 5 de la tarde. ¡Dios me depare fuerzas para resistir tantos agasajos, y palabras de adecuado agradecimiento para corresponderlos!

A la noche, comida íntima en la casa de nuestro cónsul Castelló; y de ahí, a la recepción y vino de honor en los salones,—concurridísimos aun por numerosa representación del ejército y de la nobleza,—de la cámara de Comercio, la antigua Casa Lonja. Aproveché mi respuesta al discurso de Maristany su presidente, para deshacer un **canard** de fabricación francesa, que anunció grave enfermedad del General Díaz; leí el cablegrama de Porfirio Díaz hijo, que desmiente el tendencioso telegrama.

9 DE MARZO—Deliciosa mañana, bogando en las quietas aguas de la linda bahía barcelonesa a bordo de empavesada falúa gasolinera, y en compañía de las autoridades que nos fueron mostrando las muchas e importantes obras que se llevan a cabo en este soberbio puerto mediterráneo, abarrotado de barcos del mundo entero.

A la tarde, instructivas visitas al Museo Social, a los talleres automovilísticos de la "Hispano-Suiza" y a otros establecimientos industriales aquí abundantísimos. Es Barcelona, primorosa y dilatada urbe que respira prosperidad, en la que todo el mundo trabaja y acusa una sana alegría de vivir. ¿Cómo es posible que sea, a la vez, peligroso nido de anarquistas indígenas, generoso asilo de anarquistas y pillastres extranjeros que a ella acuden como a panal de miel, rabiosa separatista no obstante su bien ganada prosperidad que se la debe, principalmente, al resto de la Península, constante consumidora de lo que producen sus innúmeros talleres y fábricas?...

A las 9 de la noche, en la función de gala del "Novedades", apretado de concurrencia, en nues-

tra platea las banderas mexicana y española, y en el que nos regalaron con una "Verbena de la Paloma" admirablemente interpretada, con un acto de "El Conde de Luxemburgo", con "Modas" y "El País de las Hadas". En el segundo entreacto, comisión de periodistas a la que, con mis excusas por no haber asistido a la tómbola de la prensa hoy efectuada en el palacio de Bellas Artes, hice entrega de un modesto óbolo de cien pesetas para la misma.

Del teatro, al Centro Español de Barcelona, que ofrece a mi querido poeta laureado, Salvador Rueda, una preciosa velada en la que figuraban las autoridades, cuerpo consular, sociedades de cultura y lo mejorcito de la intelectualidad catalana. A los acordes de mi himno, escuchado de pie y muy aplaudido, escoltado yo por Rueda, Carreras Candi, Millán Astray y el presidente del círculo, penetré en el salón de actos, cuya presidencia, que me cedió el festejado vate, lucía bajo dosel tres banderas: la mexicana, la española y la catalana. De los discursos, harto significativos el de Carreras Candi, concejal del ayuntamiento, que en **nombre de Barcelona** se asoció al homenaje que se tributaba al **poeta castellano**. Mis palabras, que pusieron fin a la ceremonia, patentizaron mi alta estima al hombre y al artista, quien sin duda movida por espontánea generosidad irresistible ¡pues no me besó la mano, después que nos abrazamos, y a mí me conmovió con su rapto inesperado y afectuosísimo!...El público, claro, extremó sus aplausos para ambos.

En el **buffet** que puso fin a la galana fiesta, conocí, entre otros intelectuales, a Pompeyo Gener; y una corriente de mutua simpatía hizo que desde luego nos tratáramos cual dos viejos amigos que vuelven a encontrarse. Irá mañana a almorzar conmigo y se constituirá en mi piloto por

esta Barcelona que él ama tanto y que se sabe al dedillo.

10 DE MARZO—Visita tempranera hasta las bodegas que bastante lejos, en la barriada de San Andrés de Palomar, posee D. Pedro G. Maristany. Bodegas disformes y repletas de cascos y bocoyes que en sus rechonchos vientres aposentan miles de arrobas de vinos de todas clases, desde el que se cosechó hace un año hasta el que ostenta la fecha respetable de 1750. En el **lunch** inevitable, un detalle curioso: los emparedados y brioches que justificaron las libaciones del champagne y de los exquisitos caldos de la casa, eran de pescado por **ser hoy viernes de Cuaresma**! ¿En qué quedamos, aquí, donde se come de vigilia, se comió también cuando la fatídica Semana Roja, de fúnebre recordación, carne de monjas y de curas asados a fuego lento?...

Sin solución de continuidad, al palacio provincial, viejo domicilio de la Casa de las Generalidades de Cataluña, edificio vetusto que, aun en la parte que fuera audiencia, hoy en vías de reconstrucción, guarda y luce más de una belleza arquitectónica. Fueron nuestros benévolos conductores por las dependencias del inmueble histórico, nada menos que el vicepresidente señor Argemí,—el presidente señor Prat de la Riba guarda cama,—y los señores diputados provinciales Roca, Tona y Suñol, calificados expertos del terreno que pisábamos a su vera.

En seguida, eran las 12 y 1|2, nos trasladamos a la inauguración de la Casa de América, airoso **chalet** de tres pisos que se alza en la esquina de las calles de Aragón y de Lauria. El jardinillo que lo cerca, veíase pleno de distinguida concurrencia en la que dominaban las señoras; ahí estaba en primer término el numeroso cuerpo consular extranjero, personalidades destacadas en letras,

artes, política, industria, y comercio sobre todo, e incontables familias de la colonia hispanoamericana que en Barcelona han sentado sus reales. Al frente de la entrada, bajo dosel de paño galoneado, entre las banderas de México y España, los retratos en grandes medallones, del Presidente Porfirio Díaz y del Rey Alfonso XIII, a guisa de padrinos distantes de la inauguración solemne. La banda municipal me saludó con el himno nuestro y, en los intermedios, tocó lo mejor de su repertorio. En el patio interior ondeaban los pabellones de cada uno de los diversos Estados que integran nuestra América. Hube de presidir el acto, que dió principio con elocuente discurso de salutación muy bien dicho por el presidente de la casa, señor Viñas Muxí, y del que conviene conservar algunas parrafadas:

—"Desde dos años ha, un núcleo de españoles "y americanos no diré entusiastas, pues sería ba-"nal, pero sí tenaces decididos a sellar la frater-"nidad trasatlántica tan decantada por poetas y "prosistas y tan deseada por las clases mercanti-"les, venimos trabajando con ahinco para crear "un casal, para edificar una morada solariega que "encienda el ánimo, fecunde los amores y avive la "voluntad que ha menester el ideal referido, pa-"trimonio al parecer de muchos pueblos de esta "vieja y reverenciada Europa, dominio propio por "su historia, de la España inmortal".

—"Vais a ser el primer americano que atra-"viesa este umbral...".

—"Este acto, señor, es de un duplo carácter. "Un americano ilustre que por su misión recuer-"da a todos que la época de los enconos pasó, y la "paz y el amor imperarán sin interrupción en el "futuro, se pone a nuestro frente y abre, en este "hermoso día de sol, las puertas de una casa que

"españoles y americanos han levantado, podeis "creerlo, acarreando ellos mismos con sus propios "brazos todo el material. Nosotros entramos en pos "de él y, al hacerlo, nos conjuramos, contraemos "el sagrado compromiso de hacerla cada vez más "grande..."

—"El momento es decisivo. La Casa de Amé- "rica es ésta: está vacía. Alguien,—siempre exis- "te ese alguien,—sonreirá; muy bien, nosotros, "constructores y que conocemos el camino, abri- "mos un Mayor imaginario, escribimos con ver- "dadera unción y un raro espíritu mercantil, dos "conceptos: en el Debe, ponemos Porvenir; y en "el Haber, una fecha, la de hoy".

Hablaron, luego, el senador D. Fernando Rahola, distinguido escritor y más distinguido catalanista; Carreras Candi, y yo a lo último. Terminada la oratoria, pasamos a firmar en el álbum de la casa, y fueron las nuestras las primeras del libro. Después, el **luncheon**, en uno de los espaciosos salones aderazado al efecto.

Pompeyo Gener, que almorzó con nosotros en el hotel, es anecdotario viviente y chispeante de esta Ciudad de los Condes y de sus intelectuales en servicio activo. América, la nuestra, lo entusiasma; y como la mayoría de los literatos catalanes, no obstante sus largas temporadas en los Madriles (y lo que allá se le quiere y conoce, no acierta a disimular su preferencia por Francia, ni que a mucho tiene el ser miembro de la Sociedad de Antropología de París. Quizás explique tan generalizada preferencia la historia particular de Cataluña, aunque en contrario fuese de alegar que Navarra y Aragón también poseen la suya y siempre fueron españolísimas de dicho y hecho: Rousillon y Languedoc le quedan a tiro de beso. Pero ¿no es el dialecto catalán, lo mismo que el gascón y algunos otros, uno de los

derivados directos de aquella famosa **langue d'oc** que en lo antiguo bajó hasta aquí y subió hasta la Suiza **romanda**, o sea la Suiza que habla francés, y no Dante en su tratado "**De vulgari eloquio**", y durante el Medioevo todo el mundo, llamaron **langue d'oil** a los dialectos propiamente franceses, **langue de si**, al italiano y **langue d'oc** al que se hablaba en Gascuña, Cataluña, etc., es decir, el provenzal propiamente dicho? Luego, que los catalanes son hasta cierto punto provenzales de origen: ¿no a principios del siglo XII la Provenza francesa, por razones matrimoniales de Estado, pasó a ser propiedad de los Condes de Barcelona, quienes conferían el gobierno de varias de sus ciudades a sus lugartenientes vizcondes?

Por donde al catalán le resultan ligas profundas de lengua y de sangre con aquella muy importante porción de tierra francesa. Agréguese el continuo trato, la vecindad eterna, una civilización superior y una más grande importancia política e internacional, un mutuo comercio harto activo, y se tendrá la clave,—descartadas otras razones sin ninguna solidez—del racial desamor a España y de su marcada inclinación a Francia.

Fuera interesante poner en claro merced a qué influjo, o a qué influjos, el catalán, que puede ufanarse de su envidiable galería de sabios y artistas, santos y guerreros, navegantes y mercaderes, pues tiene de todo, ha ido despojándose de sus antiguos refinamientos hasta ponderados en la áurea prosa de Don Quijote, cuando el sin par caballero hace el ditirámbico elogio de esta ciudad de Barcelona. Excuso declarar, por de contado, que me refiero en estas apreciaciones de sincero hispanista, al tipo medio, al "hombre de la calle" como ahora se dice, y ni por un momento a la **élite** social, a sus espíritus y talentos de excepción conteporáneos y de todas las épo-

cas, que a cualquier país darían en porción de disciplinas honra y prez de bonísima ley. Es que el fenómeno salta a la vista, y ciego y embustero había uno de ser para negarlo o pasar por alto la característica principal del español, así haya nacido en el norte, en el centro o en el sur de la Península: ésa su nativa e incurable dureza de carácter, rayana a las veces en falta absoluta de urbanidad elemental (obsérvesele particularmente en sus modales, en su lenguaje común, salpicado de escatologías, voquibles arrabaleros y aun blasfemias, desde su infancia hasta su extrema ancianidad; aspecto desconcertante éste de los tres pueblos, por excelencia histórica y perpetuamente católicos, Italia, Francia, España, que son los más blasfemos en su hablar habitual).

¿Provendrá ello del temperamento del español, originalmente combativo, del hosco aislamiento en que de continuo vivió por su situación geográfica y no obstante sus conquistas, su dominio absoluto casi, que en distintos tiempos ejerció en el mundo? ¿Lo deberá a su individualismo agresivo del que no acierta a aliviarse; a su patriotismo hiperestesiado y ciego que tantas ocasiones lo ha llevado a la ejemplaridad y la epopeya; a su innegable coraje individual y colectivo que ha ido regando por el orbe entero, aunque empañado aquí y allá de excesos baldíos y de implacabilidades inconcebibles, lo mismo con indios, con amarillos y con negros, que con sus propios hermanos? ¿O será herencia de las tantas sangres que informan la suya, varias de las cuales fueron, por definición, crueles y bárbaras? Pudiera también atribuirse a su desmedido orgullo individual de siempre, que lo ha arrastrado a todas las osadías: increpar y combatir a reyes absolutos, inquisidores omnipotentes, prelados y validos, a tenerse por igual del más alto y poderoso si se tercia su interés y su propia honra

sobre todo; léanse las comedias de su siglo de oro, regístrense los blasones y divisas de sus castellanos feudales y de los titulares de su Grandeza altanera hasta en la miseria, la desgracia política, el destierro y los mismos peldaños del patíbulo:

"Al Rey, la hacienda y la vida
"se ha de dar, pero el honor
"es patrimonio del alma,
"y el alma sólo es de Dios".

Y el español de Cataluña, todavía acusa más esa característica nacional, que, cosa rara, no heredamos los hispanoamericanos, a pesar de sí haber heredado todos los restantes defectos y cualidades de nuestros férreos y audaces progenitores.

¿Intentar la psicología del español?... ¡Ahí es nada!, desentrañar lo que nadie logró llevar a feliz término, ni extranjeros amigos o enemigos; en nuestros días, Víctor Hugo, Teófilo Gautier, Maurice Barres, Edmundo De Amicis, Ricardo Palma, nuestro Juan de Dios Peza, etc.; ni sus hijos más esclarecidos, los místicos y confesores, los historiógrafos, novelistas, sociólogos, poetas, autores teatrales; ni el enorme Galdós, ni Joaquín Costa, ni el genial pensador Angel Ganivet: Cervantes casi dió de lleno en el blanco ¡pero era Cervantes!... Todos los demás, han contribuído con fragmentos mejor o peor logrados, con aproximaciones y semblanzas en que han querido pintarnos una España y un español convencionales y arbitrarios, conforme a los deseos, estudios o prejuicios de los pintores.

¿Acaso es humanamente hacedero pintar fielmente la psicología de país ninguno de la tierra?

A las 2 de la tarde, en copiosa comitiva de automóviles, fuimos hasta San Baudilio de Llobregat, donde el prócer progresista y acaudalado

conde de Güell posee floreciente colonia de obreros y magnífica fábrica de panas, con su iglesia, farmacia, escuelas y cuanto más reclama una empresa moderna de tamaña importancia.

Delicioso detalle de enternecedora coquetería femenina el que involuntariamente sorprendí: linda obrerita, dentro de un guardarropa de mujeres, prendía con mucho esmero entre las dos crenchas de su cabellera de azabache, mirándose frente a un pedazo de espejo roto que le cabía en la mano, una medio mustia rosa de invierno...

De la colonia Güell a la Unión de Productores, para visitar el interesante museo que ahí tiene instalado en su edificio Mundial Palace. Luego de recorrerlo, vino de honor y firma en el libro de oro de la corporación.

De ahí, al filo de las 8, a la regia morada plena de riquezas artísticas, cuya fachada exterior recuerda vagamente algún grabado del Puente de los Suspiros, en Venecia, residencia del conde de Güell y su familia. En sus salones me fué dable conocer de cerca a lo mejor de la aristocracia barcelonesa, muy señora mía, y donde me fué imposible lograr, no obstante mis reiteradas alabanzas, que el rumboso conde me obsequiara con una preciosa estatuilla en bronce admirablemente cincelada, del formidable pintor aragonés don Francisco de Goya y Lucientes. Sonriente secundaba su feliz poseedor mi copia de alabanzas, y conforme iba mostrándomela de frente, de perfil y de espaldas, la acariciaba, la acariciaba con entrambas manos cual si la defendiera de mis codicias.

A las 10, en el Fomento del Trabajo Nacional, pletórico de escogida concurrencia, a oir la importante conferencia de don Rafael Vehils sobre problemas americanos, particularmente al respecto de comunicaciones con Europa por la vía

de Panamá y de nuestro ferrocarril de Tehuantepec.

11 DE MARZO—Lograda la indispensable autorización que por "los conductos burocráticos debidos" se pidió al ministro de la Guerra en Madrid, esta mañana he recorrido en la inteligente compañía de don Ramón Segarra, capitán de estado mayor oriundo de Cuba, y de don Fernando Parga, general de brigada y gobernador de la tétrica fortaleza, el mentado castillo de Montjuich, que ambos se saben de memoria. Un horror las entrañas del monstruo de piedra que no puede negar su calidad de hermano mayor de nuestro San Juan de Ulúa y de El Morro y La Cabaña de la Habana. Los tres acusan el aire de familia, quizás Montjuich haya servido de modelo para la fábrica de sus hermanos ultramarinos. Aquí como allá, el pensamiento se ensombrece y da escalofrío pensar que uno también puede caer por azares del destino, dentro de sus ergástulas y mazmorras... A gran priesa pasé frente a ellas y crucé patios, poternas, barbacanas y caminos de ronda, y de prisa eché un vistazo a las honduras de sus fosos. No iba yo a eso, sino a conocer el preciso local que sirviera de cárcel al maestro de escuela anarquista Francisco Ferrer Guardia, y el en que lo fusilaron. Lo que fué su prisión es, por el momento, dormitorio de algunos de los reclutas destinados a Melilla, y el patizuelo triangular en que lo ajusticiaron sigue según estaba entonces. Cuéntame el capitán Segarra, testigo de la ejecución o muy al cabo de los sucesos, que Ferrer, quien desde los principios del proceso y durante su cautiverio conservara entereza extraordinaria, no bien se convenció el día de la ejecución de que ésta sería a puerta cerrada como quien dice, sin público, sin devotos ni alborotadores que aplaudieran el valor del "sa-

crificado por la idea libertaria", flaqueó a ojos vistas su ánimo y, demudado y sin chistar, con marcado esfuerzo y el semblante triste, llegó al suplicio...

De regreso, me apeo en las Ramblas, siempre animadísimas, para enterarme de cómo van las elecciones de hoy, y con gusto advierto que todo el mundo vota. Algún periodista infórmame de que, principalmente entre la clase trabajadora, cayó de perlas mi encarecimiento a las autoridades de que nuestra excursión a Montserrat, prefijada para hoy, se pospusiera al propósito de que por mi causa no dejaran de votar algunos ciudadanos; y de que el hecho lo publicarán todos los periódicos de la tarde. ¡Sea por Dios!

Después de mi visita al gobernador civil don Manuel Portela Valladares, a tomar el té, que deliciosamente se prolongó hasta la prima noche, en la casa del eximio cervantista don Isidoro Bonsoms, en cuya nutrida y selecta biblioteca figuran todas las ediciones que del "Quijote" se conocen hasta la fecha. Ahí presentáronme a otro cervantista de relieve, el canónigo don Clemente Cortejón, quien en persona me enseñó los seis tomos de las "Obras de Cervantes", que acaba de sacar a luz con muy eruditos comentarios suyos.

Y a las 8 y 1|2, en el suntuoso banquete de setenta y cinco cubiertos, sin señoras, que a la embajada se sirvió ofrecerle el importante Fomento del Trabajo Nacional. Himno mexicano, afuera, por la banda municipal, y concertado quinteto durante el ágape en el magno salón comedor. A mi derecha, el general gobernador Mackenna, el gobernador civil, Portela, y el presidente de la Cámara de Comercio, Maristany; a mi izquierda, el vicepresidente del Fomento, don

Eduardo Calvet, el magistrado Cereceda en representación de la Audiencia, el alcalde Serraclara, el comandante del "Temerario" surto en bahía, en representación de la Armada, y el delegado de Hacienda señor Eulate. En las otras dos largas mesas, los demás miembros de la embajada, nuestro cónsul general Castelló, y copia de representantes de entidades económicas y de las fuerzas vivas del país y de esta provincia que es toda ella comercio, industria y trabajo. A los postres, brindis de Calvet y mío. Con el **pousse-cafe**, una noticia de los **chicos de la prensa** que me llena de irrazonada indignación y que en voz alta me apresuro a desmentir, porque no puedo creerla: ¡que el Gral. Díaz ha abdicado (sic)!!!...

De malísimo talante, hasta el lindo Palacio de la Música Catalana, soberbio y ostentoso edificio, aunque del gusto sui géneris que aquí domina en las construcciones modernas. El bello aspecto del **Palau**, la distinción de su nutrida concurrencia, los honores que se nos dispensaron y lo muy selecto del programa ahuyentaron la murria que me causara el increíble notición de la renuncia del General Díaz.

Participaron en el soberbio concierto la orquesta sinfónica de Barcelona, dirigida por el maestro Lamote de Grignon, y el Orfeo Catalá que dirigió el maestro Millet. Y se tocó, Wagner (el "Idilio de Sigfrido"), Weber (la obertura de "Euryante"), Schubert (la "Sinfonía Inconclusa"), y "Les entremelladures d'en Till", de Strauss. Las selecciones de música catalana y de música española, nos encantaron. De aquélla: "Montanyes regalades" de Sancho Moroco; las "Canciones Populares" de Lambert, de Nadal Romeu, de Morera y de Nicolau. Y de la segunda, tres danzas españolas (1ra. audición de Granados: "Oriental", "Andaluza" y "Rondalla aragonesa". Cerró Dukas, con su "Aprendiz de brujo".

12 DE MARZO—Nuestra excursión automovilística hasta el afamado monasterio del Montserrat. Delicioso camino el que nos llevó al través o al soslayo de porción de poblados que convidan a radicarse en ellos, en una de sus "torres", así llamadas aquí y en Valencia las quintas y "villas" que mucho abundan: Valvidriera, Martorel, Tibidabo, Ulesa, qué sé yo cuántos más... Un regalo para los ojos, que, conforme va uno subiendo pueden espaciarse en la muda contemplación de los campos o en la del puerto y el Mediterráneo, y un alivio para los pulmones esta atmósfera embalsamada y pura de la terca ascensión rumbo a la sierra en la que se acaba por entrar de lleno, hasta no enfrentarse con la ciudadela de rocas disformes en que se asientan la escuela y el convento. Montserrat marca el crucero de tres ejes montañosos: hacia el oeste, Monsech y la sierra de Guara; hacia el norte, la de Cadi, y hacia el sureste y el noreste, las crestas litorales. La singular montaña del Montserrat, fórmala conglomerado de peñascos calcáreos y pizarras o esquistos de colores varios, bruno, gris, amarillo, cimentados sobre argamasa natural de arenas y arcilla roja. Las lluvias, al diluírlos poco a poco, han vuelto salientes sus partes sólidas, pirámides pétreas que meteoros han desgastado, y recortado, y esculpido en formas inesperadas. En la falda de la montaña, piedra y arena arrastradas por esas mismas lluvias, formaron abajo terreno propicio al cultivo, aunque un tanto recargado de cascote, donde vid y olivo se dan con ufanía.

Arriba, las crestas que semejan dientes de sierra monstruosa, se yerguen a modo de brigada de gigantes; de ahí su nombre: **Mont Serrat**, Monte Sierra. El tono general de la roca es gris con venas y zanjas rojizas, porque su arcilla está saturada de óxido de hierro. Algunas de las ci-

mas ofrecen desértica aridez, y cuenta la gente, que de noche, si hay luna, creeríaselas fantasmas, o columnatas extrañas y tocadas de capiteles tembloqueantes que condujesen a algún templo demoníaco. De ahí que leyendas maravillosas anden a sus anchas por la comarca extraordinaria; de ahí que se diga a quien llega y a oirlo se presta, que el abismo que taja a la montaña en un tercio de su altura, se abriera en el preciso instante en que Nuestro Señor expiraba en la cruz!...

En la diagonal del abismo, inmediatamente sobre la meseta, se fundó un monasterio, allá en la Edad Media, cerca de una capilla casi inaccesible de la que curaba un tal Juan Garin, ermitaño benedictino. En el paupérrimo monasterio se hallaba la estatua veneradísima de la Virgen, que año tras año atrae muchedumbre de romeros a la iglesia del convento actual; estatua que ya se veneraba en el templo barcelonés de San Justo y San Pastor, de donde el obispo de Barcelona, para preservarla de las profanaciones de las huestes arábigas, cuando la invasión, la substrajo y vino y la escondió entre las oquedades del Montserrat. Pasada aquella tormenta, se encontró la santa imagen y se le edificó aposta la iglesia en que a partir de entonces celosamente se la guarda y devotamente se la implora. De tiempos tan viejos arranca el culto que España íntegra le ha consagrado. A su iglesia afluyeron las peregrinaciones incontables; los reyes de Aragón y de Castilla vinieron ex profeso a visitar el santuario que colmaron de beneficios; y en los siglos XV y XVI, las peregrinaciones a Montserrat rivalizaron con las muy afamadas de Santiago de Compostela. Reyes, príncipes y ciudades representadas por sus ediles, de los cuatro ámbitos de Europa, humildes peregrinos, con sus joyas, oros, platas, pedrerías, con sus óbolos fastuosos, con sus óbolos ínfimos, le formaron inestimable tesoro

que consumió, en los albores del XIX, la desastrada guerra de independencia: una buena parte se entregó a la junta suprema de la Defensa Provincial, y del resto dieron cuenta el pillaje y el incendio!

Convento y montaña tienen en sus anales página inmortal de heroísmo: vencieron a los franceses en la primera intentona de ocupación armada que realizaron éstos; en cada repliegue de la rugosa epidermis roquera, había un defensor con puntería infalible, que diezmaban las filas invasoras, tanto, que el general Desvaux hubo de optar por la retirada. Envalentonados los españoles, convirtieron el Montserrat en vasta ciudadela que supusieron inexpugnable gracias a las muchas armas y municiones allí acumuladas, la montaña se erizó de defensas. El mariscal Suchet emprendió nueva campaña, y sus aguerridas columnas, después de escalar las primeras trincheras que empaparon con su sangre, al fin se apoderaron del monasterio sólo defendido por 300 hombres que les opusieron épica resistencia y que salvaron la bendita imagen!

Tres meses acamparon las tropas napoleónicas en la meseta gloriosa, y durante ellos arrasaron fortificaciones, incendiaron la mayor parte del monasterio, demolieron las pobres ermitas. Y creyendo haber puesto punto final a la denodada contienda, levantaron su campo en octubre de 1811. ¡Era no conocer el temple toledano de la raza!

Partidos los franceses, tornó Montserrat a ser cuartel general de la independencia. Bajo la dirección técnica de un coronel inglés, sir Edward Green, volvió a transformarse en fortaleza, y una división comandada por el general Maurice Mathieu, regresó a debelarla. Fué necesario asediar en toda forma, una a una, las ermitas transformadas en otros tantos fortines; aquí, escondidos

en las rocas, allá, al borde de precipicios de 800 y 1000 metros de hondura. La ermita de San Damas, en que Green se hizo fuerte, había sido guarida de facinerosos, cuya entrada abríase por medio de tosco puente levadizo que se echaba sobre sima insondable. Era preciso volar a cañonazos los fortines, con defensores y todo, pues ni quien pensara en echarles el guante por entre los inextricables desfiladeros. De cada rincón partían balas, los inmóviles gigantes de piedra eran cómplices de las sorpresas, las crestas despedían relámpagos asesinos, la muerte se aparecía dondequiera. Exasperados los franceses, decidieron aniquilar el foco de donde había brotado la chispa de aquella sin igual resistencia, y volaron la iglesia y el convento. La horrísona explosión no dejó sino escombros y ruinas.

La Virgen, librada por los monjes, la ocultaron en ermita distante, y al ser descubierta, los invasores la respetaron. En agreste morada de los religiosos paró luego, en espera de tiempos mejores. Pero la guerra civil, en 1822, sumó sus estragos a los de la guerra extranjera y la imagen fué a refugiarse a Barcelona, de donde, en triunfo, volvió a la iglesia del monasterio restaurado a medias, al cabo de dos años. En 1827, con motivo de visita especial a Montserrat, Fernando VII, el de los tristes recuerdos, hizo algo bueno: dejar gruesa suma para el restablecimiento de templo y cenobio. Nueva guerra civil atajó la reconstrucción en 1835, y la sagrada efigie tuvo que emigrar otra vez. Por último, desde 1841 se encuentra instalada en su sitio de honor, arriba del altar mayor de la iglesia nueva, a cuyas puertas truncaron mis amables y eruditos invitantes las interesantísimas noticias que quedan consignadas y con las que el largo camino me resultó grato y breve viaje de admiración y de enseñanza.

Recibiéronnos hospitalarios capellanes, dignos sucesores de los desaparecidos monjes y cenobitas, que nos franquearon la entrada en el santo recinto, quizá un tantico colmado de oros, pero de muy amplias y bellas proporciones. Instantes de piadoso recogimiento: se nos invitó a contemplar de cerca la escultura de Nuestra Señora de Montserrat, para lo cual se mandó abrir en nuestro obsequio el camarín en que mora. Hasta él subimos, y en los pies de la milagrosa Virgen negra, consoladora de regias agonías, la de Felipe II muy particularmente, después de callada contemplación se posaron, devotamente, nuestros labios de católicos y de caminantes.

De súbito, sin que nos percatáramos de su silencioso ingreso en la iglesia, alumnos de la "Escolaria" (escuela de música que dirigen los PP. y es dependencia del convento) entonaron al órgano dulces cantigas en loor de la Reina de los Cielos, con sus vocecitas infantiles, y por infantiles menos alejadas de la pureza que del pecado.

No quise averiguar por qué es negra la venerada imagen. ¿Así la soñaría el escultor, o sus muchos años, las intemperies, las huídas, los escondrijos en cuevas y breñales, entre zarzas y espinas, los besos quemantes de las llamas de los incendios, el humo de las pólvoras, el vaho de las sangres que se hayan prendido a sus vestiduras, la ascensión hasta su cuerpo sin ánima de las plegarias y de las lágrimas, habrán ido ennegreciéndola, enlutándola por las irreverencias de que la han hecho objeto, por los duelos que ha mitigado, por los horrores de que ha sido víctima y testigo?...

De la iglesia, al monasterio, enorme inmueble taladrado de ventanas innúmeras, que, por de fuera, lo mismo préstanle fisonomía de cuartel que de convento. Por de dentro, copia de celdas con modestos enseres, sin ornato alguno, mudas

y frías, distribuidas a lo largo de sus vastos tránsitos, en espera perpetua del arribo sucesivo de incesantes peregrinaciones, y en las que apenas si caben los que integran la más nutrida de todas, la del 8 de septiembre de cada año, día de la fiesta tutelar. Del monasterio primitivo, sólo recuerdos y vestigios escasos, una arcada que otra, lamentable y en pedazos.

En el colegio almorzamos un yantar sustancioso y castizo, regado con caldos de la comarca. El regreso a Barcelona, por ser casi todo cuesta abajo, harto más rápido que la ida mañanera.

Comió con nosotros Pompeyo Gener, y cediendo yo a sus reiterados empeños, nos fuimos los dos al tan traído y llevado "Paralelo", ancha vía urbana bordeada de cafés y restaurantes nocturnos de todas layas, para señoritos, para obreros, para hampones declarados. En concepto de los barceloneses, "El Paralelo" viene a ser el Montmartre de Barcelona, la cual de tiempo atrás goza fama, no usurpada a lo que se me alcanza, de cultivar en grande la gama íntegra de una prostitución harto acendrada. El parecido con Montmartre se me antoja algo metafísico, aunque mirando bien las cosas, todos estos sitios de esparcimiento más emparentado con el vicio que con la decencia y el buen gusto, luzcan perfiles cortados por una misma tijera. Los hombres, cuando por ahí nos pega la luna, no somos exquisitos precisamente y aceptamos sin mayores repugnancias lo que en ellos se nos sirve: espejos opacos y estucos marchitos; lujo de luces; carne de alquiler mejor o peor adobada; fingimientos de invariable cartabón; música mediana, comida mala y bebida pésima. La parroquia es siempre igual: mozas del partido, francas o recoletas; jaques y perdonavidas, de guardarropía si se les hace frente; agentes de policía en excelentes términos con hampones y daifas, que además beben

y comen gratis; "niños bien" que viven mal; alguna dama descarriada o histérica; camareros y mayordomos hercúleos "por lo que pueda ofrecerse"; y un patrón, generalmente francés, italiano o balkánico, con más olfato que perdiguero cazador, dotado de magnífica vista doble para adivinar cuánto lleva el cliente en sus bolsillos, y así normar crédito y fingidas sonrisas.

En tres establecimientos estuvimos, de categorías diferentes, y la verdad, en ninguno me divertí un momento, ni en el del "principal" ni en el del entresuelo, ni en el del sótano. La culpa fué mía, lo sé. ¿Quién me manda ya no tener juventud y sí, en cambio, investidura de embajador?... Antaño, ¡ah, en aquel antaño!, sin melindres ni filosofía barata, más de una ocasión hice de centinela en garitones peores. ¿Nostalgia? No, sentido de lo real, y metabolismo.

13 DE MARZO—A las 11 de la mañana y hasta pasado mediodía, dos visitas de interés. La primera, al palacio de Justicia, donde nos recibieron el presidente de la Audiencia, don Pascual del Río, el fiscal de Su Majestad, don Miguel María Rives, el secretario de gobierno, don Manuel Sierra, y don Enrique Montfort. Anduvimos casi todas las dependencias del hermoso edificio, las salas 1ra. y 2da. de lo civil, donde nos hicieron subir a la tribuna para presenciar su funcionamiento. A lo último, recorrimos las habitaciones presidenciales.

La segunda visita fué a la Universidad, en la que nos atendió muy cortésmente el barón de Bonet, quien tuvo a bien pedirme, en su despacho, mi firma y un autógrafo para el libro de la ilustre casa, que los luce valiosísimos. Recorrimos, luego, el paraninfo, la biblioteca, etc.

Había mar de fondo entre los alumnos agrupados en vociferantes corrillos, pero que se aquie-

taron no bien parecimos nosotros en lo alto de la escalera, y juntos todos, nos despidieron con aplausos atronadores y vivas a México.

Otra tarde de compras la de hoy, y de gustoso vagar a nuestras anchas por esta ciudad vibrante cual si fuerzas subterráneas en continua ebullición sorda, busquen sin descanso salida mansa o violenta de los gases explosivos que en su entraña se forman y acumulan desde hace siglos, y ahí finque la causa de sus esporádicas y sangrientas erupciones...

A las 8 de la noche, en el palacio del Gobierno Civil, vestido de gala para recibirnos y para que más luzca la gran recepción que con motivo de nuestra visita ofrece el gobernador a la flor y nata de Barcelona. Primero, fué la comida íntima con que don Manuel Portela Valladares, joven e inteligente abogado, soltero en estado de merecer, y oriundo de Galicia, distinguió al personal de la embajada (1)

De nuestro palique en la mesa saqué en limpio con no escaso regocijo, que a la embajada se debería el lucimiento que alcanzó la recepción, pues hacía años que la aristocracia barcelonesa se hallaba divorciada de las autoridades que le envía Madrid, y en jamás de los jamases había vuelto a poner los pies en fiestas oficiales. Mi regocijo estriba en que la misión mexicana, sin quererlo, ha pacificado en Madrid, a Maura y Canalejas, y aquí, a las autoridades y la aristocracia.

---

(1) Después de aquella gubernatura, Portela casó con rica heredera catalana y se convirtió en conde consorte de Bias; fué, luego, presidente del Consejo en el gobierno inmediato anterior al triunfo electoral del Frente Popular, en febrero de 1936. Escapó de ser fusilado gracias a su oportuna huída a Francia, de la que no hace mucho regresó ¡a Valencia nada menos! y en los mejores términos con los "leales".

(Nota comunicada al autor por el literato español D. Rafael Sánchez de Ocaña, en 1937.)

—"Hay tal entusiasmo para la recepción de "esta noche,—me dijo Portela,—que no sé si ca- "bremos, a pesar del tamaño de los salones en los "que V. E. verá, restauradas por artistas califi- "cados, viejas y preciosas pinturas murales".

Así sucedió, en efecto. No cabíamos los invitados, toda la Barcelona que algo cuenta y significa, y nosotros. El sarao resultó de los pocos en libra, y era opinión general que haría época en los anales de la altiva y linajuda "Ciudad de los Condes". De las personalidades que allí conocí, mucho llamó mi atención el capitán general don Valeriano Weyler. No obstante lo menguado de su estatura posee características que mucho lo singularizan. ¿Será por lo tanto y tanto como de él se ha dicho? Indudablemente sí. Su fama de soldado temerario, acrisolada en cien campañas empañadas y hasta ennegrecidas por las crueldades baldías y excesivas que en su pasivo le abonan malquerientes y víctimas,—entre otras, Cuba, por él diezmada y martirizada,—lo acreditan de legítimo heredero de aquel duque de Alba, inquisidor de los Países Bajos. Ya con esa sugestión en el pensamiento, uno cree descubrirle rasgos que afearían al propio Napoleón y a Julio César. Aparentemente, diríasele calmado, flemático casi; sus ademanes son moderados y denuncian muy buenos pañales, refinado trato social, habla más bien despacio y con entonaciones suavizadas adrede. Pero el rictus de la boca, el mirar acerado y penetrante de sus ojos claros le hacen traición; encendidos por el coraje o por la ira han de disparar rayos y de amedrentar a enemigos y desafectos. Barrunto yo, por lo que a su respecto tengo oído, que Barcelona lo tolera porque no puede menos, aunque no lo quiere ni un poquito. Y conversamos largo rato, y con insistencia se expresó en los mejores términos del General Díaz, no por merecidos menos de agradecer.

No puede decirse que la impresión que produzca sea de antipatía, ¡no señor!, a mí, por ejemplo, no me la produjo; fué, a lo sumo, el malestar y la vaga inquietud que con harta frecuencia nos provocan interlocutores de los que nada sabemos por adelantado. Y ya al recogerme, comparé esta impresión con la que, noches atrás, grabó en mi ánimo el muy alto ingenio y muy noble espíritu que es Angel Guimerá.

Nuestra conjunción se consumó en el Teatro Romea. Como estas gentilísimas autoridades que nada han omitido por halagarnos, me preguntaran si no querría yo asistir a representación teatral auténticamente catalana, sin titubeos repuse que me complacería fuera de medida ver representada en catalán la formidable "Tierra Baja"; y cometiendo adrede un positivo abuso, aun me permití añadir que el colmo de mi satisfacción sería verla al lado de su ilustre autor. De antemano me sabía que Guimerá, sin llegar a huraño sí es sobradamente retraído, pero me sabía también que es ¡y con cuánta justicia! el ídolo de Cataluña entera, no obstante haber nacido, lo mismo que Pérez Galdós, en las Islas Canarias. Quedaron en conquistarlo, y como buenos cumplieron. Hallábase el "Romea" de bote en bote; la temporada del año estaba a cargo de la compañía dramática que dirige el egregio artista catalán Pere Codina. Desde el programa, que conservo, se hallaba impreso en esta rica lengua mediterránea, hija del provenzal:

—"Gran funció de Gala, en obsequi y honor "del Ecm. Sr. Embaixador extraordinari de Méxic, D. Frederic Gamboa i del seu illustre acom- "panyment". La función dió principio con "L'Ase "del Hortolá", de Emili Vilanova", y siguió con "el grandioso drama de fama mundial, en tres "actes, original del eximi poeta dramaturg D.

"Angel Guimerá: TERRA BAIXA (amb assis-
"tencia del autor".)

Aisláronme a mí en un palco, donde la concurrencia me saludó con palmas efusivas. Pasó el sainete, muy gustado y reído; y momentos antes de que el drama comenzara, escoltado de autoridades y empresario que discretamente permaneciera en el pasillo, apareció el poeta. No nada más me puse en pie,—y conmigo todos los asistentes que llenaban la sala,—sino que le abrí los brazos y entre ellos lo retuve unos instantes sin que él ni yo nos dijéramos palabra ¡así estábamos de conmovidos! Y mientras el abrazo se prolongó, el entusiasmo del público rayó en delirio... Solos nos dejaron durante los tres actos, y al final de cada uno de ellos, la ovación al escritor insigne volvía a estallar. Mucho conversamos (Guimerá maneja el español con elegante soltura, como cualquier castellano culto) sobre su obra, sobre sus proyectos literarios, sobre su vida. Es parco en palabras y no sonríe a menudo; su mirar es triste, cual si prefiriese la callada evocación de quién sabe qué lejanías; el rostro, inteligente y ya surcado por las primeras arrugas, heraldos de la vejez que llega; la testa, dolicocéfala, regada de canas en alboroto; el pergeño, aliñado pero sin esmeros; los ademanes, más tardos que acompasados. Las ovaciones de su público y mis alabanzas cordiales a su talento, a las claras lo conmovían, ha de ser un gran emotivo que de balde trata de disimularlo... Quedamos en que me obsequiaría con su retrato, en que nos escribiríamos...

14 DE MARZO—Metida en nubes amaneció la mañana, seria amenaza para la ceremonia que, al fin, llevaremos a cabo esta tarde. Al concluir el almuerzo se desató un diluvio, llovía a cántaros; y menos mal que del hotel al palacio de Bellas Artes,—lugar de reunión,—fuimos en ca-

rruajes. En el palacio nos aguardaban, el ayuntamiento, elemento militar y elemento civil, corporaciones y sociedades. El personal de la embajada, de uniforme y condecoraciones. Reus, la tierra nativa de don Juan Prim y Prats, con cuyo alcalde había yo andado en expresiva correspondencia telegráfica, despachó especial y nutrida comisión, en cuenta seis hercúleos mocetones, vistiendo típico traje regional, que fueron los encargados de llevar a cuestas hasta el monumento ecuestre del general patricio la gran corona de laurel en bronce, que a nombre de México y no hallando yo medio mejor de exteriorizar a España entera nuestro agradecimiento por tantos honores y festejos con que generosamente se nos ha colmado, ofrecí a Barcelona en la persona de su ayuntamiento; corona no sólo aceptada desde luego con muy singular gratitud por lo que particularmente halaga a Cataluña, sino honrada con el acuerdo concejil de que será fijada a perpetuidad,—la perpetuidad relativa de las cosas humanas,—en el pétreo tablero posterior del pedestal en que se alza la estatua ecuestre del traicioneramente asesinado conde de Reus y marqués de los Castillejos.

A las 4 en punto, el enorme cortejo echó a andar por el paseo de la Industria adelante, bajo la lluvia. A la descubierta, batidores de la guardia municipal; banda, municipal también; voluntarios catalanes; centros y asociaciones, con sus estandartes, los que llegaron a la cifra de 50; concejales y personalidades, de entre éstas, don Pedro Corominas, Bastardas, y Valles y Ribot en nombre del consejo de U. F. N. R., Ambrosio Iglesias, Sans Cabré, Guñalons, Doménich, Puig de Asprer, Soriano, Canals, y Marcilla. A continuación, este cura, llevando a mi derecha a Serraclara y a mi izquierda a Weyler. Luego, el personal de la embajada y el cuerpo consular, de

uniforme y condecoraciones; y cerrando el cortejo, más batidores de la guardia municipal, a caballo.

En la plaza donde se alza el monumento, numeroso público desafiaba estoicamente el chubasco, a fuerza de paraguas abiertos que de lejos simulaban apretado enjambre de murciélagos a punto de tender el vuelo, y que mucho nos aplaudió a nuestro arribo. Encima de la escalinata del monumento y cubierta por las banderas de México y de España, descansaron la corona. Uno de los veteranos se acercó a separar las enseñas sagradas, redoblaron los aplausos y yo dije, esforzando la voz para que todos oyeran:

—En nombre de un pueblo libre y soberano de la América Española, como enviado especial de su Presidente don Porfirio Díaz, y en la imposibilidad material de hacer constar mi gratitud en inmensa demostración de cariño a la España toda, desde el Mar Cantábrico que representa el trabajo y la lucha, hasta el Mediterráneo que representa el Arte y la Belleza, pensé en honrar la memoria del general Prim, uno de sus héroes que en los momentos que México corría serios peligros de sucumbir, supo él, sin derramar una gota de sangre, alcanzar una victoria quizá mucho más gloriosa que las que alcanzara en los campos de batalla.

De ahí esta corona, señor alcalde de Barcelona, con la esperanza de que figure perdurablemente incrustada en este monumento que con ser tan bello y tan grande, no lo es tanto como el monumento de la gratitud que a la memoria del general Prim se ha levantado en el pecho de todos los mexicanos.

Con muy sentidas frases contestó el alcalde Serraclara, y al concluir yo dí vivas a España y a don Alfonso XIII, que en el acto retribuyó Weyles con vivas a México y al General Díaz.

Arreció la lluvia, y el público me aplaude y aclama.

Con este acto ha terminado la misión que traje a España. Mañana, por el expreso de las 6.40 de la tarde, nos partiremos rumbo a París. Pompeyo Gener, que nos acompañó a la mesa, amenizó con su ingenio nuestra "última cena" en esta arrogante y bella Ciudad Condal

15 DE MARZO—Congestionada de público curioso y anónimo, de autoridades, literatos, militares y casi todos los cónsules de Hispanoamérica, estaba la estación del Norte; y a las 6.40 en punto, en medio a mutuos vivas y aplausos, arrancó el expreso.

Hasta Malgrot, y después de haber pasado por Badalona, Mataró y Arenys de Mar, donde nuestro excelente cónsul general, Castelló, posee preciosa finca, el tren se desliza a orillas del Mediterráneo. Cuando se alejó de la costa, el sol comenzó a hundirse; por eso al detenernos en Gerona, la heroica ciudad envuelta en luz crepuscular, se me antojó hembra púdica que se recatara de extraños y viandantes. Y cuando de nuevo nos llegamos al mar, en Llansá, luego de otear la ciudad de Figueras, como era ya noche cerrada, apenas si se oía a la distancia, apagado rumor de los besos tercos de las ondas a la playa.

A poco, Port Bou, la línea divisoria; y al filo de la medianoche entramos, hambreados y soñolientos, en el Grand Hotel de Perpiñán.

16 DE MARZO—De vagancia con mis gentes por calles, plazas y tiendas de esta antigua capital del Rosellón venida a menos; hoy sólo llega a capital de departamento, el de los Pirineos Orientales, y escasamente contará unos 45.000 pobladores. Pero es igual. De reconocer tengo, que descontados los aires de mi tierra, son los aires

franceses los que mejor me sientan; me rejuvenecen, me limpian de las telarañas de "esplines" y morriñas; la lengua que escucho a música me suena, los alimentos que tomo, a gloria me saben, todo me es propicio. Digo mal, todo no, que la generalidad de sus hijos, tratados individualmente, harto dejan que desear, les sobra sordidez y avaricia, les sobra petulancia y otros lunares y aun lobanillos que le revuelven a uno la bilis. En conjunto, como pueblo, es enorme; pero muchos de sus vástagos, como individuos,—en términos generales se entiende,—resultan pequeños y de muy trabajoso comercio.

A bordo de un "lit-toilette", la emprendimos hasta París.

17 DE MARZO.—Arribo mañanero por la gare de Lyon. Niebla y, "comme de rigueur", altercado con aduanero, a propósito de los equipajes. Cual avanzada de gitanos cruzamos la estación: mi buen japonés Jayaci, a la descubierta, al hombro la espingarda marroquí y auténtica con que me obsequió Polavieja; luego, mi noble danés "Jack" y, a lo último, "Monsieur, Madame et Bebé".

Intenso júbilo al tomar posesión de nuestros cuartos con balcones sobre la avenida de la Opera, en mi acostumbrado paradero, el hotel austríaco de Belle Vue. Estamos completos, sanos y salvos, y otra vez en París!...

22 DE MARZO.—Seis días de descanso beato, de vuelta a la normalidad en comidas y sueño diario; descanso amenizado con teatros escogidos, conferencias que enseñan y entretienen, pocas visitas hechas y recibidas, y magnífico automóvil,—gracias a Eustaquio Escandón que otra vez ha puesto a nuestras órdenes uno de los suyos,—para paseos y caminatas.

En la legación y en el consulado me devolvie-

ron la tranquilidad: parece que sólo fué falsa alarma lo del retiro del General Díaz.

De Bruselas vino a saludarme Manuel Landa y Berriozábal, segundo secretario de mi próxima legación allá, y de mucho me han servido sus circunstanciadas informaciones.

Al cabo de dos días que tardé en escribirle, despaché ya larga carta-informe al General Díaz, acerca de mi embajada en España; y mañana, salvo tropiezo improbable, dormiremos en Bruselas. Almorzó con nosotros Rubén Darío.

También me ha servido el descanso para poner en mediano orden las muchas y varias impresiones que me ha causado España; pues dentro de ella, agasajado sin cesar, cuanto nuevo y ya algo conocido en lecturas y añoranzas veían mis ojos, cuantas gentes iba yo conociendo y tratando, ni seres ni cosas me era dable justipreciar debidamente. Caminaba de deslumbramiento en deslumbramiento y de desengaño en desengaño, que de todo hubo en la viña del Señor, sin vagar ni ánimo para captar y analizar tantas y tan diveras visiones que me esclavizaban voluntad y criterio, de antemano parciales porque desde muchacho,—la sangre y la herencia tendrían la culpa,—amé a España y España me atrajo con blando imán irresistible. Claro que ni entonces ni ahora ¡nunca tal vez! aventuraré juicio con pretensión de definitivo, sobre ella y sus hijos. Ello fuera petulancia e ignorancia y temeridad combinadas; pero sí quiero volcar en estas páginas lo que a su respecto pienso, y consignar ahora que durante mi permanencia gratísima, sólo un gran duelo tuve: no haber logrado apersonarme con Benito Pérez Galdós, y decirle de palabra mi vieja y encendida admiración por su obra inigualada. El azar se opuso; cuando yo pasé por Santander él se hallaba en Madrid, y cuando llegué a Madrid él estaba ausente.

Tengo por principales características del español, causa y génesis de muchas de las nuestras, antes que nada, un morboso orgullo individual; luego, un increíble desprecio a la muerte, clave de su valor sobradamente acreditado; una crueldad nata, sanguinaria e incurable que lo empuja a los peores excesos; patriotismo hiperestesiado, aunque defectuoso, pues la mayoría de las provincias, por causas históricas y raciales, ponen por encima de la patria grande a la patria chica, lo que explicaría por qué fracasó tinta en sangre (díganlo Sevilla, Málaga, Cartagena) la república del 73, a pesar de las egregias figuras que por arriba la regentearon; lo que lleva a presumir que cualquiera otra intentona futura por el estilo, no prosperará. ¡Unicamente la monarquía, así la persona del monarca sea abominable, es capaz de hacer de coagulador de tantos intereses encontrados, y hasta antagónicos porción de ellos!

De ahí sin duda, lo que el ilustre Oliveira Martins opina a este propósito en su magistral "Historia de Portugal":

—"La historia de la civilización castellana, "violenta en profundidad, apasionada, pero sin en-"trañas, capaz de invectivas, pero ajena a toda "ironía, amante sin dulzuras, magnánima sin ca-"ridad, más que humana muchas veces, otras por "debajo del hombre..."

Quizás por eso, las opiniones de tres grandes españoles que mucho amaron a su tierra. Unamuno, Joaquín Costa y Angel Ganivet en su "Epistolario" y su "Idearium español",—para no citar a Larra, al mismo D. Benito, etc.,—son amargas y desconsoladoras, más por lo que mira al porvenir que por lo que mira al presente. Dichosamente, la nación, merced a su glorioso pasado, a su influjo en el mundo, a la prole de pueblos que engendró allende los mares, no solamente es inmortal ab aeternum, es inmortal y admirable. Y que

le tire la primera piedra cualquiera de las que se crean sin pecado, por mucho que ahora se hallen en el pináculo y de reojo la contemplen y juzguen. ¡Ah! permita Dios que no obstante su combatividad y su constante inquietud interna; no obstante los manifiestos síntomas del inconsulto separatismo que la amenaza (¿qué haría Cataluña, la más abiertamente separatista de todas las provincias que suspiran por una independencia que las disminuiría material y políticamente, si lograda su separación del imperio que edificaron los Reyes Católicos, se le cerrase el productivo mercado de la Península, al que en primer lugar debe su existir, su progreso, su bienestar actual?...) ¡Permita Dios, repito, que nunca llegue España, por culpa de sus propios hijos, a ser lo que la Grecia de hoy: nación segundona y de ínfima pesadumbre en el desafinado "concierto de las naciones", aunque fuera ayer reina y señora del universo, su maestra y modelo, que arrinconada se consume, viviendo melancólica vida de recuerdos y saudades!

23 DE MARZO—Por la gare du Midi hicimos nuestra entrada sin aparato en la capital de la Bélgica bilingüe, que oficialmente no se llama ciudad, sino "agglomeration bruxeloise". La primera impresión ha sido muy grata, y conforme fuimos viendo más durante el largo trayecto que separa el apeadero de la calle Beliard, en cuyo número 152 queda frente por frente del Parque de Leopoldo nuestro provisional alojamiento, aquella impresión subió de punto. Desnudos todavía los grandes árboles del parque, son inequívoco testimonio de que estamos en país frío de veras.

La huéspeda, Mme. Tombeur, rubia jamona de no malas hechuras, que se dice viuda y nos presentó a su retoño, galopín pelirrojo y más o menos de la misma edad que mi hijo, nos recibió

amablemente, nos mostró las habitaciones que iban a ser nuestras, no mal amuebladas por cierto, y nos anunció que la comida nos esperaba en el comedor. Seremos, mientras aquí permanezcamos, los únicos ocupantes de la vivienda que también sirvió de domicilio permanente a mi antecesor Enrique Olarte.

Comimos muy bien y dormimos mejor.

31 DE MARZO—De manos del encargado de negocios interino, esta mañana recibí la legación.

Los ocho días transcurridos nos los hemos pasado yendo de aquí para allí, sin otro objeto que ir tomando posesión poco a poco y sin acompañantes ni guías, a pie y andando, de esta bella ciudad que será nuestro albergue el tiempo que Dios quiera. Las noches las he dedicado a enterarme de la historia del país, pues fuera mengua que me pillaran en un renuncio cuando empiece a moverme en el mundo oficial y en el mundo diplomático. Ya desde nuestra travesía de Veracruz a Saint Nazaire, mucho me interesó la lectura de "La Vie Belge", del gran novelista belga Camille Lemonnier. Las lecturas de estas noches después de andar y andar por calles y plazas, de entrever monumentos y edificios que conoceré a fondo cuando me halle en sus interiores, me han enseñado no poco y me han entretenido muy mucho. ¡Vaya tierrecita ésta que tanto ha peleado por sus privilegios comunales, por sus gremios de artesanos, por sus libertades y su comercio! Desde luego, hay que felicitarse de que su aspecto exterior y físico sea halagüeño, a pesar de su clima, lo más inhospitalario que puede darse. Después, a medida que vayamos conociéndola en sus interiores morales y materiales, veremos y diremos.

7 DE ABRIL.—A las 12.30 p. m. salimos rumbo a Holanda, y al cabo de dos horas de rodar a gran velocidad por primoroso camino todavía con rastros invernales, la frontera. A poco, Breda desde la estación, y en pensamiento el cuadro de Velázquez que representa su rendición y comunmente se le llama "Cuadro de las Lanzas". Sin detenernos, cruzamos la ciudad-puerto de Rotterdam, idéntico en su fisonomía general a los suburbios marineros de los grandes puertos del Este de los EE. UU. Pálpase que ésta es la tierra de los "Nickerbockers", antepasados de los yanquis linajudos. Es que cada país, aunque de ellos reniegue, guarda ad perpétuam el sello de sus orígenes. Díganlo, por ejemplo, México y España.

A las 5 de una tarde boreal nos apeamos en El Haya, ciudad capital de la monarquía holandesa (Amsterdam lo es de los Países Bajos). Nadie a cumplimentarnos en la estación (?...) Empaquetados en el reluciente ómnibus de la hospedería que me ha sido tan recomendada, el lujoso "Hotel des Indes", atravesamos porción de calles con sus tiendas ya encendidas; calles que respiran soledad, silencio y frío. El hotel, edificio alto de cinco pisos, ocupa uno de los ángulos de la hermosa plaza,—**square** mejor dicho,—del **Lange Voorhout**, tiene por vecinos encopetados edificios: el palacio de S. M. Emma., princesa de Waldeck y Prymont, Regente del Reino desde su viudez hasta 1898, y en la actualidad Reina madre; la Biblioteca Real, que atesora 500,000 volúmenes; las residencias de varios ministros de la Corona, y la **Mauritshuis**, una de las más famosas pinacotecas de Europa. No le quedan lejos el Parlamento (**Binnenhof**), y otros palacios reales.

Estábamos apenas quitándonos el polvo del camino, cuando me anunciaron la presencia, aba-

jo, del **jonkheer** J. C. von Bühlen, edecán de la Reina Guillermina, afectado a mi servicio. Deshácese en excusas por no haberme recibido en el paradero.

Rápido paseo por las calles menos desiertas; luego, comida a la francesa en el restaurante del hotel, que ameniza muy pasable orquesta. Temprano nos recogimos porque, afuera, el cierzo azota y se queja a un tiempo mismo, y porque las camas, monumentales y liberalmente provistas de edredones de pluma, prometen, y cumplen, un regalado descanso.

8 DE ABRIL—De visita mañanera en la **Mauritshuis**, construída por Johan Maurits Nassau, gobernador del Brasil, y que posee importante galería de cuadros reunidos aquí por los príncipes de Orange. Sin ser comparable,—me aseguran,—al rico museo de Amsterdam, encierra sin embargo obras maestras, a la cabeza, el "Toro", de Potter, y la "Lección de Anatomía", de Rembrandt.

Luego, al ministerio de Negocios Extranjeros, donde a guisa de bienvenida me espetan pésimas noticias de México, que a mí no me han comunicado oficialmente, pero que me dejan sin habla: independencia de Yucatán y salida al exterior, del General Díaz! ¿Será posible?

Por la tarde, al bosque de El Haya (Haagsche bosch), bellísima floresta de hayas y encinas, a cuyos fondos se alza la casa del Bosque (**Huis ten bosch**), magnífica residencia campestre edificada por Amalia van Solms en recuerdo de su esposo, y que luce muchas curiosidades: cuadros en relieve, porcelanas chinescas y de Delft, una cámara china y una sala de Orange. De regreso, nos colamos unos instantes a admirar las antigüedades y otros primores que vende el Gran Bazar Real de la **Zeestrat**, número 82.

A la noche, solemne presentación sucesiva de las dobles credenciales de que soy portador, de la misión especial de agradecimiento y de la misión permanente. Carroza, que ni de lejos se parece a las madrileñas; chambelanes de uniforme en el palacio real (**Het Paleis**). Todo modesto, sin asomos de boato, sólo decoroso. La Reina Guillermina, coronada a los 18 años,—en la actualidad cuenta 31,—con tendencias a la obesidad que está borrándole su belleza de joven, recíbeme en su trono y rodeada de la corte. El príncipe consorte, Enrique de Mecklemburgo-Schwerin, rubio y corpulento teutón inexpresivo.

La comida de gala, de 27 cubiertos, que presiden juntos la Reina y S. A. R. el Príncipe de los Países Bajos; a la izquierda de éste, mi mujer, y a la diestra de S. M., este pobre monago, el personal de la misión y altos funcionarios palatinos. Nos alabaron a los postres una **delicatessen** que sólo se sirve cuando repican recio: unos diminutos huevos de **vanneau (frailecillo)**, muy inferiores en sabor a los elogios de los cortesanos. La orquesta, invisible, nos regaló los oídos con música cosmopolita: Massenet, Leoncavallo, Malvorsen, Grieg, Handel, Berger, Ganne y Bouwman.

Después del festín, presentación de mis segundas credenciales, y como **mot de la fin**, retratos al magnesio.

9 DE ABRIL—En la Fundación Carnegie, céntrico y bello edificio amueblado a la yanqui, vale decir, con muebles sobrios y cómodos. Su presidente, un jurisconsulto de nota, perfecto **gentleman** y muy hospitalario.

En la misa mayor, hoy es domingo, de una de las pocas iglesias católicas que por acá se estilan. No nos olvidemos de que esta tierra es reformista de origen y por temperamento de sus pobladores, a pesar de la libertad que le concedió la

regencia de Margarita, bajo Carlos V; pues desde un principio la Reforma, precisamente, contó con innúmeros sectarios, incremento que no podía tolerar España. De ahí el bárbaro edicto de la dicha Regente, que condenó a muerte a todos los herejes, aunque por **gracioso favor,** los arrepentidos, si eran hombres, serían decapitados, y si eran mujeres, enterradas vivas. Para los impenitentes, la hoguera. A fin de que el edicto resultase más eficaz, el propio Emperador trató de implantar la Inquisición en estos Países Bajos, de antaño tan torturados por su historia, por tantos yugos extranjeros como tenían padecidos, pero acabó por dejar la realización de semejante medida a su hijo y heredero Felipe II. Por lo que se produjo la rebelión del príncipe Guillermo de Orange, seguida de los **humanitarismos y dulzuras** del sin entrañas duque de Alba, etc., etc. No pretendo hacer la historia de las naciones que he venido conociendo, mas sí gusto de aludir a lo que de ellas es menester que se mencione para medio entenderlas en la actualidad.

Tampoco es de olvidar que Baruch Spinoza, el célebre panteísta y cartesiano extremista, es oriundo de estos rumbos; nació en Amsterdam el año de 1632 y porción de otros, hasta el de su muerte, 1677, los pasó en esta ciudad que en holandés se llama **den Haag** o **s'Gravenhage** (Haya del Conde); fué hijo de acaudalada parentela judía, y la sinagoga lo extrañó de Amsterdam por las dudas que emitió acerca de la autenticidad de los textos sagrados. Primero, vivió en los alrededores de El Haya y aquí después sin interrupción, donde se ganó el sustento puliendo cristales para microscopios, sin dejar a un lado su principal consagración a la meditación y la escritura de sus obras, no obstante su pésima salud (tuberculoso?...) La pureza de sus costumbres y la amenidad de sus sentimientos fueron

la edificación de sus amigos y los movió a costear, a raíz de su muerte, su más notable libro, la "Etica". La ciudad ha honrado su memoria con broncínea estatua en el **Paviljoensgracht**, lindo rinconcito bajo los árboles y cercado de agua.

Por último, menos es de olvidar que la religión del Estado es la de la iglesia reformada neerlandesa, que los luteranos predominan y el país se halla mechado de israelitas. Con eso y todo, según su Constitución y según la realidad de los hechos que saltan a la vista, todos los cultos disfrutan de iguales libertades para su ejercicio, dentro de los límites de la ley. De entre la pluralidad de aquellos existe uno que yo no conocía ni de nombre: los "Viejos Católicos" o "Vieja Iglesia Episcopal", a menudo confundida con los jansenistas, aunque sea harto más antigua que la secta de Jansenio, el teólogo, holandés también, combatido por los jesuítas y defendido, principalmente, por Pascal en sus "Cartas provinciales", y por Arnauld y los teólogos de Port Royal, (consúltese a Sainte-Beuve). Tal confusión se ha de deber a que cuando los jansenistas se vieron perseguidos por Luis XIV, muchos de ellos se refugiaron en Holanda, perpetuo asilo de perseguidos, en materia religiosa sobre todo. Muy original es esta rama desprendida del roble fuerte y eterno del Catolicismo, si he de creer lo que se me puntualiza: fué fundado en tiempos de la Reforma por razones más administrativas que dogmáticas. El Capítulo de Utrecht, que había gozado del priviligio de nombrar a su obispo, no quiso renunciar a su derecho; el Papa temió que de mantenérselo, la Iglesia romana tomase en Holanda un color nacional, y por medio de una bula desposeyó a todas las iglesias holandesas de sus viejas franquicias. El Capítulo rehusó la obediencia y nombró un arzobispo, cuya elección fué anulada por el Pontífice. El Capítulo se encogió de hom-

bros, y al objeto de asegurar para lo futuro la sucesión regular apostólica, designó obispos para Haarlem y Devénter. A partir de entonces, a cada sede vacante somete sus nombramientos a la aprobación pontificia, y el Papa, con invariable regularidad, responde con una excomunión después que los titulares han entrado en el ejercicio de sus funciones. Ahora todavía, los "Viejos Católicos" tienen un arzobispo en Utrecht, dos obispos en Haarlem y en Devénter, un seminario en Amsterdam, veintiséis parroquias y veintisiete Padres para casi 8.000 fieles. En Utrecht y en Amersfoort poseen ricas bibliotecas que encierran los libros y documentos más preciosos para la historia del Jansenismo.

Por la tarde, excursión automovilística de 70 kilométros hasta Buskoop, donde está celebrándose una exposición de flores, bajo la grata temperatura de 8 grados Centígrado. Entrevista Leiden, al cruzarla. Ciudad que en el siglo XVI, durante la guerra de la independencia, fué liberada del bloqueo de los españoles por la flota de los Estados, que, a velas desplegadas pudo atravesar los campos y sementeras, patrióticamente inundados adrede. Ciudad cuyos orígenes remóntanse a los medios del siglo IX en que los escandinavos eran omnipotentes por la comarca, y cuyos progresos se deben seguramente a su situación privilegiada, el viejo Rhin la cruza y baña. Se dice de ella que es una de las que con mayor fidelidad y devoción, ufana presenta un carácter castizo de "holandenismo" puro. Me mostraron precioso paseo, "La Ruina". así denominado porque a principios del XIX un barco abarrotado de pólvora hizo explosión en canal inmediato y arrasó los inmuebles que dentro de su area se levantaban. La joya leidenense, sin embargo, es su universidad, costeada por el príncipe de Orange después del asedio memorable, para recompensar la indómita re-

sistencia de los habitantes, quienes puestos a escoger entre una universidad y una exención de impuestos, sin titubeos optaron por la universidad, hoy en día nido de 1000 estudiantes y en cuyas aulas han profesado y profesan los sabios más renombrados del mundo entero.

En la pintoresca barriada de **Koudekerke,** nació Rembrandt.

Doblada una curva y desandado un trecho de carretera, surgió Boskoop, pueblo en plena prosperidad y vida plena, que se ocupa, principalmente, en cultivar plantas ornamentales que exporta de preferencia a los EE. UU. y Alemania. Los campos de Boskoop, al pronto, me evocaron muy fugazmente mis lejanas "chinampas" en una época, allá cuando Dios quería, también florecidas. Los sembrados de aquí, todos en flor a pesar del clima; jacintos, narcisos, cebollas, los clásicos tulipanes neerlandeses; diriáseles otras tantas alfombras damasquinas. ¡Qué orgía de colores, qué esmero y qué buen gusto se advierte en los dilatados cultivos! ¡cómo se echa de ver que ésta es industria productiva que ha dado el pan a incontables generaciones! A mí el concierto de colores se me antojó la sonrisa de estos campos, tristes de suyo y de continuo trabajados y defendidos del mar, su eterno e implacable enemigo.

10 DE ABRIL—Camino de Amsterdam, no me apee en Haarlem, capital de la provincia, y de la que se cuentan primores, ya vendré alguna otra vez. Sí me dí cuenta en los minutos que el tren se detuvo en la estación, de su importancia real, aun me fué dable contemplar a distancia algo de sus alrededores, los que me prometen ser como se me aseguró que eran: encantadores. En ellos, descontado su caserío simpático y risueño, se multiplican las amplias alfombras de narcisos, jacin-

tos y tulipanes de estos campos cortados de canales, de tan grande longitud algunos, que se pierden en el horizonte y, a lo lejos, tomaríaselos por tersas y anchas cintas de plata oxidada. Lo único que envilece tan amable cuadro es la ventrude y circular penitenciaría, que tiene la desvergüenza de destacarse y solicitar los mirares de quienes vamos de pasada.

Gala de estas planicies sin montañas, sin una pequeña eminencia que realce el paisaje "estompado" en medias tintas de neblina casi constante, son los cientos y cientos, miles diría yo, de molinos de viento, en quietud unos, en movimiento otros; un movimiento despacioso y quejumbroso que suena a graznar de gaviota. Y su principal adorno fórmanlo las vacadas no muy numerosas cada una, pero sí muy frecuentes, con los testuces inclinados sobre los pastos verdes y grasos, o echadas a la vera de los canales, bajo los árboles, a la fecha todavía huérfanos de hojas por este abril norteño, rumiando, rumiando, o bien sus ojos semihumanos, mirando con desdén olímpico los trenes desbocados, las barcas colmadas de fletes que cubren burdas telas impermeables y que majestuosamente lentas se deslizan por encima de los espejos de plata oxidada, esmalte de las llanuras, al empuje de sus velas que un viento helado hincha y azota.

Estas barcas,—impagable ilusión de óptica,—cuando se las mira desde muy lejos, o si bogan por canales de travesía, dan una impresión de embrujamiento o de maravilla. ¿Cómo es posible que por entre molinos, por entre sementeras, por entre tulipanes en flor, por entre poblados, una vela marina deambule y oscile?

En la **Centraal Station** nos aguardaba Manuel Alvarado, hijo de médico estimadísimo que por algún tiempo fué director de nuestro hospital del Divino Salvador para mujeres dementes, (en el

vulgo, "la Canoa", porque en esa calle lo establecieron desde el año 1700), y actualmente cónsul de México aquí. Antiguo amigo mío, entendido anticuario y pintor de talento. Nos llevó al consulado, donde vive con su esposa, y luego, ellos, mi mujer y mi hijo salimos a recorrer la ciudad, hormiguero de judíos. Yo no veía la hora de conocer, sobre todo, el **Rikmuseum** (Museo Real) de quien no hay que no se haga lenguas; construído por Guypers, afamado escultor indígena, y que en realidad data del efímero reinado de cuatro años (1806-1810) del tercer hermano de Napoleón el Grande, Luis Napoleón, casado a fuerza con Hortensia de Beauharnais.

Anduvimos a pie largo trecho de la mentada **Kalverstraat,** que es la más frecuentada y animada. Es la calle de los cafés de lujo, de los restaurantes mejores, de las grandes tiendas, las de objetos caros principalmente; en la que los extranjeros se dan cita, e instalados tras los cristales de cafés y fondas se hacen cargo de las curiosidades y particularidades de Amsterdam: los rezanderos a voces que escoltan los entierros, las criaditas de bonete blanco y saya clara, los huérfanos uniformados, mitad de rojo y mitad de negro. A los pocos pasos de la ruidosa arteria, después de cruzado el Patio de las Beguinas, se sigue el **Heillingenweg** y se llega a los canales máximos, el **Heerengracht,** el **Keyzersgracht** y el **Prinsengracht** bordeados de soberbias residencias, verdaderos palacios muchas de ellas, testimonios irrecusables de los opulentos días de antaño. Los muelles, a lo largo de los canales, bajan en suave pendiente hasta las aguas y aseguran la limpieza, y ringleras de árboles seculares préstanles un aspecto a la vez risueño y majestuoso. En cambio, rúas y muelles son el reverso del **Dam** y la **Kalverstraat**, saturadas de movimiento y ruido, aquí imperan soledad y silencio. Uno se siente en otra

ciudad, casi en otro mundo; raros transeúntes, un carruaje que otro; los **stores** de ventanas y balcones, siempre tirados hacia abajo. Se desprende del barrio patricio contagiosa melancolía. Las bellas fachadas, los suntuosos interiores que al decir de la gente encierran maravillas del siglo de oro holandés, rechazan al curioso, lo empujan fuera de su recinto, entra la tentación de huírlas a gran prisa.

Así se me figura que ha de ser toda Holanda, una tierra llena de originalidad en pobladores, indumentaria y edificios; llena de color no obstante su clima ingrato y su media luz, un color sui géneris; laboriosa y pintoresca como pocas; con paisajes y vistas que no se hallan dondequiera, pero que no convida a habitarla permanentemente. Dígolo por mí, me ha gustado muchísimo, conforme voy conociéndola convengo en que tiene un grandioso pasado, un presente envidiable y un aspecto general que cautiva de pronto; que posee rincones deleitosos lo mismo agrestes que urbanos, mas dentro de mí, experimento indecible regocijo por que sé que sólo he de venir a ella de tarde en tarde. Comprendo, asimismo, que sea predilecta de los turistas, los yanquis muy particularmente.

Esa su originalidad, donde más se marca e interesa es en su populoso "barrio judío", un hervidero de pequeños comercios que venden cuanto de imaginable existe: baratijas, ropa vieja, objetos de hierro, hojalata, porcelana, mutilados y empalidecidos, harapos, cosas al parecer inservibles. En sus angostas callejas, todas las ventanas colgadas de guiñapos multicolores, sus veredas recorridas por vendedores que a voz en cuello pregonan su mercancía: peras, ciruelas, naranjas, arenques ahumados, pepinos en vinagre.

Al oeste de ese conglomerado humano se han edificado las barriadas hermosas; y en la pro-

pia dirección, sobre el **Stathouderkude,** se alza el soberbio museo real que es en su arquitectura edificio de transición entre dos estilos, el gótico y el del Renacimiento. Por sus vastas proporciones, lo concertado de la colocación de sus cuadros, su adecuada distribución y agrupamiento por épocas, escuelas y nacionalidades, la devoción y esmero con que se cuida y conserva tanto tesoro, el aseo exagerado de los **parquets** espejeantes, de los cristales de ventanas y tragaluces, de muros, puertas, marcos, banquetas y caloríferos, la casa es digna de los maestros que custodia. Desde su amplia sala de "los pasos perdidos", abajo, cuyos ventanales representan en sus vidrios a los artistas y poetas de la antigüedad y de éste nuestro tiempo, se palpa que aquello es un templo de arte.

¡Dios me preserve de la ociosa tentación de enumerar lo que allí se encuentra! Para eso están los **Bedecker** impresos y baratos. Luego, que,—ya lo tengo dicho y repetido en estas mismas páginas,—visitar un museo de tamaña magnitud, y aun más reducido e inferior, y asegurar que **todo** se vió con igual atención y deleite, es impúdica y presuntuosa soflama en la que nadie cree. No toda pintura ni toda escultura hieren y cautivan nuestra sensibilidad por modo idéntico. Nuestro temperamento y nuestro gusto son los que nos detienen ¡querámoslo o no! frente a una tela, frente a una estatua, frente a una ánfora, hasta que no se nos graban en el espíritu y en la memoria, al través de nuestra retina preeducada o ignorante de tales exquisiteces, y nos provocan la espontánea y pasmosa emoción,—susceptible de repetirse luego y siempre, cerrando nuestros ojos y abriendo de par en par nuestra memoria,—cada vez que el pensamiento y la voluntad van y sacuden nuestros recuerdos en los desvanes del cerebro. A los museos ha de irse en pos de objeto

determinado, y si se va solo, miel sobre hojuelas. La emoción de arte es solitaria por definición, abomina de sabios y expertos que con sus bienintencionadas exégesis la echan a perder; y a solas frente a ella, en silencio, una vez, muchas veces, deglutirla, saborearla, rumiarla y más rumiarla en deliquio interior e inefable.

A mí, principalmente me llevaba la contemplación de "La Ronda Nocturna" de Rembrandt. Antes de llegar hasta sus dominios hubimos de ojear muy por encima, asesorados del amable y competente director, en el piso bajo, el **Prenten Kabinet**, colección de grabados; un pequeño museo de historia y arte holandeses cuyo caudal intégranlo la cesión hecha por la Real Sociedad de Historia, de plantillas antiguas para la construcción de buques, documentos preciosos para este pueblo de nautas estupendos que ha vivido del mar, contra el mar y sobre el mar; el relicario que poseía la vieja cámara de Curiosidades de la Comuna, que lo son en efecto, y un copioso acervo de monedas de Holanda y de sus Colonias ultramarinas, muy curiosa, lo mismo que una gran cantidad de monedas antiquísimas. En el piso alto empezó el vértigo, anda y anda sala tras sala, colgadas de las principales obras pictóricas de la escuela holandesa tan abundante en nombres enrevesados: Van der Velde, Van der Neer, Backhuizen, Koninck, Van der Eeckhout, Karl du Jardin, etc. Unos instantes, nos detuvo el lindo cuadro de Van der Heist, "Banquete de la Guardia Cívica", que presenta no menos de 27 figuras humanas en traje de época, y admirables de color y vida.

Y al fin, en su capilla exclusiva diríase, la encantadora y célebre "Ronda de Noche", calificada por la crítica mundial de "obra única". Es cuadro mural de nobles proporciones que llena el testero íntegro de la saleta especial que ocupa y en

el que hasta la luz adecuada ha sido materia de estudio por peritos. Defiéndenlo de aproximaciones ignaras o posiblemente atentatorias, grueso cordón de terciopelo que va del uno al otro muro, y una pareja de atléticos guardianes uniformados, a cada lado del marco, que ni en broma apartan la vista de las visitas incesantes: artistas, turistas, curiosos que algo se les alcanza de pintura, y francos "filisteos" que no entienden palotada, pero que por instinto gregario van a contemplarlo para que no se diga que no lo hicieron...

Como todo lo grande y supremamente bello, lo que primero produce "La Ronda de Noche" es el estupor y el silencio. Desvanecido el deslumbramiento de que nos hizo su presa el conjunto extraordinario, comienza el examen de figuras y detalles más eminentes; y luego, siempre en voz baja, los comentarios y preguntas. El director del museo, artista de cierto renombre, no truncó nuestro mutismo, y no bien me permití interrogarlo, bondadoso púsose a ilustrarme con sus respuestas técnicas. A lo último, en dolida entonación me mostró la cicatriz del cuadro, muy hábilmente restaurado en la bárbara herida de navaja cavernaria, que hace ya algún tiempo le infirió por despecho un salvaje expulsado de la marina de guerra holandesa; herejía que explica, "después del niño ahogado...", la presencia de los guardianes con cara de pocos amigos, y la del cordón que con ellos protege la pintura sin par. La herida es horrible, dos o tres cortaduras feroces, en la rodilla diestra del tamborilero que marcha al lado del abanderado!

—"¿Qué opina el señor ministro de tamaña desgracia?..."

—Que he de opinar, señor director, sino que en todas las tierras, aun las más civilizadas como Holanda, existen degenerados capaces de cometer estos horrores. Y para mi sayo, casi le agra-

decí a ese marino criminal su sacrílega herida a la obra maestra; con ella nos limpió a los americanos una buena parte del entredicho en que sistemáticamente nos tienen estas Europas, por nuestros ¡ay! endémicos tropiezos y caídas, no peores muchos de ellos que el de este incalificable atentado a Rembrandt.

Almorzamos en el restaurante del propio museo, cuyas ventanas dan a uno de los incontables canales de la urbe linajuda. Y no obstante la terca llovizna que empapaba las calles, a pie llegamos a la casa del pintor egregio, enclavada en el corazón del barrio judío, al fondo de plazoleta que luce el nombre inmortal, y a la que engalana a sus medios el monumento y la estatua de aquel genio holandés. Un primor la vivienda, transmutada a su vez en pequeño museo exclusivamente rembrandtiano. Muebles, cuadros y grabados, meticulosamente limpios y defendidos de aproximaciones y manoseos. Sin el menor escrúpulo, yo habría cargado con un **bahut** de época, tallado a maravilla. Anduvimos la morada íntegra, en sus varios pisos, y desde el más alto nos asomamos al jardín interior, mustia sonrisa del inmueble, que sin piedad la vuelve mueca melancólica este clima inhumano.

Llevamos con nosotros un canario legítimo neerlandés, que no desmiente la fama de que gozan sus congéneres por el tesoro musical que guardan en la garganta. No cesó de cantar el muy desvergonzado, en el trayecto de aquí a El Haya.

11 DE ABRIL—De vuelta en Bruselas, encuéntrome copia de cartas y periódicos de México que me enteran de lo ocurrido allá, que me fuerzan a temer que aquello sea el principio del fin de la beneficiosa y larga presidenciada del General Díaz, hasta la fecha el **único** paréntesis de auténtica civilización que el país ha disfrutado des-

de su independencia. Ha habido componendas que casi llegan a claudicaciones, desde luego un cambio de gabinete ¡malísimo síntoma! Las dictaduras, cuando empiezan a contemporizar es que empiezan a morir, para que vivan tienen que ser de una pieza.

La tormenta ya venía anunciándose, y con signos inequívocos; pero si el Caudillo, a pesar de sus talentos y experiencia no atina a deshacerla, caso que ella se abata sobre nuestra tierra que comenzaba a creer que las revoluciones, las muchas que la han destrozado en su crédito como nación y en su cuerpo de patria torturada por sus hijos, no volverían nunca, ¿qué nos traerá la nueva tempestad dentro de sus negros nubarrones enigmáticos?... El mundo entero anda preocupado, los vientos huracanados del socialismo han vuelto a soplar dondequiera y nada bueno presagian. La resistencia de los pueblos más amenazados es, con mucho, harto superior en todos los órdenes a la que nosotros podríamos oponerle. Es la ocasión, pues, de que digamos con los ingleses: "**God save the King!**"; y desde mi punto de vista individual, que me felicite porque no cuajó lo que los diarios y cartas me revelan. Parece que en el flamante gabinete,—cáusticamente bautizado por mi querido Pancho Bulnes, de "gabinete del do de pecho",—hubo sus pequeñas probabilidades de que se me honrara con la cartera de las relaciones exteriores.

12 DE ABRIL—Al fin doblé las manos ante los climas distintos y endiantrados que he ido probando, ante comidas y comelitones de palacios reales, fondas caras, ferrocarriles y barcos, y al atardecer de hoy dí con mis huesos en la cama, bien enfiebrado; fiebre que me hizo reconstruir por modo descabellado un dramón que impresionó a mi infancia: "El abate Lepée o la huérfana

de Bruselas". ¿Se habrá enterado mi subconciencia de que en Bruselas me hallo?...

15 DE ABRIL—La **influenza** de que voy saliendo apenas, me ha hecho pasar muy arruinado estos días santos, y hoy que ya pude leer la prensa trájome fúnebre nueva **"Le Journal"** de París: "en la paz del Golfo-Juan" murió Ana Judic,—ilusión de mis años mozos cuando estuvo en México,—a los 61 años de edad. Había ido a tan tibia región en busca de salud. Oh, mi **"Mamz'lle Nitouche"**!...

16 DE ABRIL—Con el de hoy, son dos amaneceres en que gratamente me despiertan a la del alba, los gorjeos de centenares de pájaros huéspedes de las ramazones aun con ruines brotes verdes en la arboleda del parque Leopoldo, frontero a la ventana de mi alcoba. Brotes y gorjeos prometedores del próximo advenimiento de la anhelada primavera, tan destemplada y desigual a sus comienzos en estas latitudes inclementes. También en El Haya me la prometieron los gorriones que descaradamente se recogían delante de mí a la hora del crepúsculo, en los árboles desnudos de la plaza donde impasible resiste las despiadadas intemperies neerlandesas el broncíneo monumento de Guillermo el Taciturno, con razón así apellidado por su característico reconcentramiento, que no le estorbó para consumar porción de hazañas libertarias en pro de su tierra, y porque en ella, no obstante kermesses y otras sensuales alegrías ¿qué otra cosa sino taciturno puede uno ser gracias a sus brumas y sus hielos?... Los gorjeos de allá y los de acá, música al fin y al cabo, cantan el mismo himno alado con que me despertaban de un quebradizo sueño de convaleciente, los gorriones mexicanos de la plaza del Carmen en San Angel.

Conjugadas las noticias leídas anoche en periódicos de México con las telegráficas de esta mañana en la prensa bruselense, veo claro en nuestra situación política del momento y preveo lo que nos aguarda, si Dios no lo remedia. El persistente estado de alarma que sin asomos de inmediato alivio acusan los papeles, es seguro signo de que vamos que volamos a un desastre nacional, el gran desastre que era de prever a la zaga de la sabia y patriótica presidenciada de treinta años. Pancho Bulnes da en el clavo, lo que no es raro en él, cuando opina en "El Tiempo" sobre el nuevo ministerio, del que es Limantour autor y responsable, que resultó un fiasco porque no ofrece cambio alguno de orientación, que era lo que hacía falta.

18 DE ABRIL—Hasta hoy no quedé oficialmente reconocido por este Gobierno en mi carácter de ministro de México. La ceremonia se efectuó en el edificio que ocupa el ministerio de Relaciones Extranjeras, plaza de la Nación y al otro extremo del parque que debiera llamarse Central, pues se halla en el centro de la ciudad y porque separado por la arboleda del mismo y la calle de la Ley, frontero le queda el del Rey. Varios ministerios se encuentran lado a lado, en fila. Hallábanse en el salón, el ministro, Mr. Davignon y el subsecretario; ambos acogedores y cordiales hasta donde el protocolo lo consiente. Espero que haremos buenas amistades... diplomáticas.

19 DE ABRIL—Para ahuyentar las negruras que me acarrearon las malas, las abominables noticias de México, parece,—según los cables,—que el General Díaz se halla a punto de dimitir!...—fuimos esta noche al Teatro Real del Parque, a ver la "Sapho" de Daudet.

20 DE ABRIL—En la matinée del propio teatro a oír una sarta de joyas, de viejos labios que aun saben **decir** artística y bellamente: Ivette Guilbert y las tiernas alumnas de su escuela de chiquillas cantan la historia de la Canción francesa; las hay de la época de los trovadores, con vestimenta del XVI, desde la Edad Media hasta el Renacimiento; pastoriles del XVII y populares del XVIII; fábulas del mismo XVIII con música de época y modernidades poéticas, letra de Daudet, de Richepin, de Francis Jammes y de Laforgue. Hubo un villancico (**Noel** del XVI), **"Jesu-Christs' habille en pauvre"**, capaz de enternecer a la Columna del Congreso.

22 DE ABRIL.—En el Teatro de "Moliére", a repasar **"La Fille de Mme. Angot"**. Pobrecilla, y qué encanecida está!

28 DE ABRIL—En papel de "Mundial Magazine",—nueva revista parisina-bonaerense de los hermanos Guido y cuya dirección literaria corre a cargo de Rubén Darío,—me escribe éste:

—"Mi querido Federico: Tan leí el libro, que "ya va por el mar mi artículo para LA NACION. "Encantado. Ud. no sabe lo que tiene Ud. por "dentro. Y esto lo confirmo con la lectura de su "DIARIO"—segunda parte.

"Ud. es un grande y puro, y ve el mundo hon- "da y admirablemente. Cosa que me pasa con "pocos: he llorado con muchas de sus páginas, "drama y DIARIO.

"Y qué bondad hay en Ud., mi querido Fede- "rico, experimentado de existencia, de todas ma- "neras **hombre** completo, y dulcificado y cristia- "nizado por esa maravillosa señora, y por el na- "cimiento de ese niño... Es una vida que es un "poema.

"Yo iré a Bruselas, a pasar con Ud. algunas "horas, quizá próximamente.

"Mándeme algo para esta revista, que procu-"ro sea bella y buena. Y dígame antes el título de "lo que me mande—cualquier cosa inédita—pa-"ra publicarlo anunciado. Valle Inclán y Baroja "irán anunciados con Ud. Buena compañía.

"Mis respetos a Mme. y mis cariños al joven "caballero. Suyo. — R u b é n ".

Le remití, en respuesta, la última escena del acto I de mi drama A BUENA CUENTA.

Antes de llegar a la cancillería visité la tarde de hoy el museo de Historia Natural, del parque Leopoldo. Mi hijo hizo de **cicerone**, pues a cada día le crece su amor a los animales, que yo le fomento sin decírselo.

A la noche, a oír el Werther" de Massenet, en el teatro real de la Moneda, lindo monumento cuyo frente tiene mucho de la Magdalena de París, y que goza de merecida fama, porque de unos veinticinco años a la fecha en él se han estrenado porción de obras que luego han logrado la celebridad. Hoy por hoy, no existe en el mundo musical obra ninguna interesante y nueva que no se represente en su escena, una de las principales escenas líricas de Europa. Y es que si se atiende a la extensión y población de Bélgica, en la actualidad ha llegado a ser el país que produce más cantantes e instrumentistas, no hay rincón del mundo en que no se tropiece con músicos belgas, muy bien quistos por añadidura. El pueblo posee por la música un gusto innato. El nombre del teatro débese a que antaño le quedaba frontera la casa de moneda, ya demolida.

1o. DE MAYO—Si ponemos aparte que esta nación está fundamentalmente dividida en dos razas de pobladores, los wâlones y los flamencos,

que entre sí no se aman mucho que digamos, Bruselas, capital del Reino, se subdivide nada menos que en diez Comunas, de donde le viene su feo título de Conglomeración. Ellas son: Bruselas, Ixelles, Etterbeeck, Saint Gilles, Saint Josse ten Noode, Schaerbeek, Molenbeek Saint Jean, Anderlecht, Curghem y Laeken. La Conglomeración cuenta algo más de 1,000.000 de habitantes, Bruselas sólo abriga 190.000. Son las Comunas tan formalistas y celosas de sus respectivos privilegios municipales, que cuando el reciente incendio de una exposición universal aquí celebrada, fué preciso apelar a componendas y trámites enojosos y dilatorios para que las bombas de todas las Comunas acudieran al lugar del siniestro, ya reducido a pavesas por culpa de la prolongada espera... Hay casas de habitación que pagan impuestos dobles, porque una mitad pertenece a Ixelles y la otra a Saint Gilles. El burgomaestre de una de ellas se rompió una pierna a media calle, y aunque había a un paso inspección de policía, ambulancias, etc., como no pertenecía a su jurisdicción hubo que aguardar demasiado tiempo y el burgomaestre por poco no cuenta el cuento. Hace unos días quise averiguar si la Conglomeración es flamenca, y resultó que de cada millar de sus nativos, 700 y tantos ni hablan ni entienden el flamenco.

En cambio, y descontadas muchas otras virtudes de sus hijos, a la cabeza la generalizada laboriosidad en todos los órdenes, goza de una bendición que es, a mi juicio, la clave principal de su envidiable prosperidad y de su intensiva civilización: según el anuario estadístico recién publicado, presenta 253 habitantes por kilómetro cuadrado. Los dos idiomas que aquí se hablan tienen validez idéntica hasta en lo oficial, el diario del Gobierno se imprime en ambos, en walón (que viene a ser un bajo alemán) y en francés.

así no sea precisamente el que Francia depuró e impuso en el glorioso siglo de Luis XIV.

A propósito del predominio de la lengua francesa, ahí están los escudos nacionales de distintos países que lo atestiguan por elocuente manera. El de Inglaterra, la orgullosa, la aislada Inglaterra, dice: "**Dieu et mon Droit**", todavía reforzado por el lema de la orden de caballería de la Jarretera: "**Honni soit qui mal y pense**", instituída en 1348 por el rey Eduardo III para atajar las libidinosas sonrisas de los cortesanos encandilados de sólo imaginar cómo serían las piernas de la condesa de Salisbury, a quien, bailando con el monarca, se le desprendió una de sus ligas que levantó su augusto compañero y la ató a su propia rodilla no sin agregar: "Habrá quien se ría hoy y que mañana se honrará en portarla." Ahí está, asimismo, el escudo de Holanda, que reza: **"Je Maintiendrai"**, y el de esta Bélgica, **"L'Union fait la Force."**

La tarjeta que deja en casa un nuevo secretario de la legación de China, me ha dejado perplejo. ¿Será un timo de la antigüedad y de la prosapia, o el **récord** más estupendo que de genealogía se conoce?... La tarjeta dice: "**Kong Hien Ho — 72iéme descendant de Confucius — Deuxiéme Secrétaire á la Légation Imperiale de Chine — Bruxelles.**" Si yo la llevara bien con los números, con los logaritmos mejor dicho, quizá averiguara en qué grado vengo a ser descendiente de Adán y Eva.

3 DE MAYO—Como de costumbre, muy de mañana llevé a mi hijo a su colegio de Saint Michel, algo más allá del palacio del Cincuentenario, y el regreso lo hice a pie y andando, para disfrutar de este día de sol que aquí no se dan muy a menudo. En banco del parque del Palacio me senté a saturarme de calor primaveral, perdido

entre árboles y gorriones ¿flamencos? ¿walones? ...gorriones de cualquier modo, que a carcajadas de gorjeos se ríen aquí y en todas partes de los climas. Media hora en la que mis pensamientos se alegran al parejo de los valientes gorriones que saltan y se pasean casi en mis barbas.

4 DE MAYO—Primera excursión a Waterloo, en automóvil, los campos vestidos ya de verdores. Desde que se mete uno en la dilatada **foret** de Soignes, continuación y ensanche del **bois** de la Cambre—serio rival del de Bolonia—empiezan los parajes históricos; un precioso camino. La tibieza de la tarde mucho que contribuye a que la llanura homicida se embellezca hasta borrársele su vulgaridad de poblado sin carácter, pues materialmente, el forastero va levantando con sus pisadas, tanto aquí como en **Mont-Saint-Jean** polvo de historia: el drama de 1815 lo invade a uno por entero. Y cosa rara, entre la gente de la comarca, desde Ligny a **Quatre bras**, que Napoleón recorrió victorioso, no se habla sino de él, cuyo prestigio de sublime vencido perdura todavía. En cambio Blücher. a pesar de su hazañosa marcha durante veinticuatro horas, y con toda su artillería. es francamente impopular.

La iglesita de Waterloo,—muy fea de lejos y de cerca,—es un relicario de recuerdos: a su vera subsiste el jardincillo en que lord Uxbridge sepultó su pierna, y a su frente se levanta la antigua casa de correos, hoy convertida en cabaret walón que quiere dárselas de bar inglés, donde Wellington redactó el boletín de su victoria. Por poco sensible que uno sea a la poesía del pasado. ésta se exalta magníficamente en el llano de Mont-Saint Jean. Es que ahí se encuentran, la **Haie-Sainte** (el Haya Santa), perdida y reconquistada varias veces, y ante cuyos muros quiere la fama que 3.000 hombres hallaran la muerte:

ahí la **Belle-Alliance**, donde el Emperador instaló su cuartel general; ahí el monumento al teniente coronel Gordon; el otro, costeado por la oficialidad del regimiento prusiano de Hannóver para honrar la memoria de sus muertos; y más lejos, del lado en que estuvieron los franceses, el **Aguila Herida**, del escultor Gérome, desgarrador monumento erigido en 1904 por la sociedad de historia militar "**La Sabretache**", sobre el sitio preciso en que fué aniquilado el último cuadro de la Vieja Guardia...

Para mejor contemplar el conjunto, hay que echarse entre pecho y espalda 226 escalones de la pirámide que se levanta en la loma, y que fué construída a expensas de los Aliados para conmemorar su trascendental y resonante triunfo. ¡Lástima que la corone un león de bronce ruin y ridículo, que más se antoja perro de aguas, y que no simboliza, no obstante sus fauces entreabiertas y su actitud desafiante, lo que los ejércitos coligados quisieron que simbolizara: el heroísmo! La fatigosa ascensión se consuma en la compañía de un sargento británico uniformado, que la realiza fumando su pipa, quién sabe cuántas veces todos los días, que explica historia a su modo, que cobra dos francos por su conferencia (?) y su ejercicio físico. Desde la cima de la pirámide, la llanura con sus hondonadas, su amplio panorama de bosques y sementeras, se despliega ante los ojos de los curiosos como una carta geográfica en relieve y de fácil lectura. Todo cobra cuerpo: la granja de la **Haie-Sainte**, los monumentos, la barda del pastor de Hougoumont, el pozo y la capilla del mismo Hougoumont, la granja de Rossomme, la capilla de San Lamberto, la **Belle-Alliance**, la morada del notario Hollaert "desde donde se oía el cañoneo", todo...

Lo más interesante es el castillo-granja de Hougoumont, centro de la tragedia de aquel te-

rrible mes de junio. A diferencia de las demás granjas, todas restauradas o transformadas, Hougoumont se halla tal cual la habitaron los condes de Nauville, a quienes pertenecía en 1915 y que jamás quisieron volver a verlo. Algunas parejas campesinas se instalaron en sus dependencias, y por eso sin duda, el pequeño castillo que en el siglo XV edificara Hugo de Somerel, perdió para siempre su continente señorial. En el centro del patio se destaca el brocal arruinado de un hondo pozo en cuyas honduras se divisan ladrillos quebrados y maderos podridos. Los guardianes cuentan, que debajo de tales desechos yacen doscientos cadáveres,—yo supongo que ahora han de ser osamentas,—amontonados uno sobre otro, que no llegaron a disfrutar de sepultura decente. Y agregan, que de creer a los granjeros colindantes y vecinos, cuando arrojaron aquellos cuerpos no todos eran cuerpos muertos, pues en el apresuramiento por escombrar el campo de batalla, cayeron juntos agonizantes y cadáveres. Por lo cual, aun varias noches después, desesperadas lamentaciones sembraron el espanto entre los pobladores pávidos...

No lejos del pozo se encuentra la capilla: cuatro paredes lisas y cubiertas de nombres e inscripciones; un altar burdo y embadurnado con restos de pintura, sustenta a una Virgen sedente, de madera, que tiene sobre sus rodillas a un niño Jesús descabezado, mediocre escultura brabanzona del siglo XVI. Sin embargo, esa capila sirvió durante el asedio, de refugio para los heridos; sus muros fueron acribillados de balas, pulverizados sus vitrales, y vió en un día tantos dolores, que por lo mismo en el de hoy adviértesele ese aspecto extraño de indiferencia que suelen conservar las cosas demasiados antiguas.

El huerto aledaño es, quizá, más conmovedor

todavía. Guardan las paredes, las troneras que a gran priesa improvisaron los ingleses, los ladrillos están aún como mosqueados por las huellas incontables de los proyectiles que los desmigajaron.

Más de un siglo ha transcurrido después del drama,—dice un anónimo escritor francés,—la paz de las sementeras ha mucho tiempo que borró de la memoria de esos campos fértiles las congojas de aquellos días espantosos, pero las ruinas de Hougoumont permanecen como un testigo trágico del pasado guerrero...

Regresamos a la media luz de un dulce crepúsculo de país norteño, el lago de Genval nos obliga a detener el automóvil unos instantes, para mejor admirar su belleza que la hora comienza a esfumar. Tan impresionado volví a casa, que a la noche, acostado ya, torné a Waterloo en la lírica compañía del viejo Hugo, cuya descripción en "Los Miserables" de la memorable batalla, a mi juicio supera, por bien documentada y mejor escrita, a la magnífica que del mismo hecho de armas dejó Stendhal en su delicioso **"Le Rouge et le Noir"**.

5 DE MAYO—Terminé mi breve discurso de mañana, en que seré recibido por el Rey.

Algunos mexicanos, muy pocos, nos reunimos a almorzar en el restaurante del **"Palace"**. Las noticias de México, se pasan de amargas; creeríase que la ola revolucionaria amaga a la mismísima capital.

6 DE MAYO—A las 11 de la mañana, Alberto I, Rey de los Belgas, me recibe en su palacio, de elegante arquitectura aunque sin gran estilo, como que el inmueble carece de antigüedad. No hubo aparatoso ceremonial previo: en carrozas palaciegas se presentó a recogernos en mi provi-

sional domicilio, el introductor de embajadores. Llegados a palacio, guardia y centinelas, abajo, nos presentaron armas; pausadamente ascendimos por la escalera marmórea hasta no detenernos en uno de los grandes salones. Anunciado nuestro arribo, se presentó el Monarca en compañía del personal palatino de rigor; permanecimos de pie ellos, el personal de la legación y yo; dí lectura a mis palabras escritas, que fueron contestadas por S. M. en los términos de estilo. Y con idéntica sencillez a la observada al llegar, salimos de la regia morada.

Franca simpatía la que engendra este rey de sólo 36 años, corpulento, ultrarrubio y miope, tímido, que habla en bajísima voz y sólo por instantes posa al través de los cristales de su binoclo, la mirada de sus ojos azules en su interlocutor. Respira bondad, salud y decencia.

A las 7 de la noche volvimos a Palacio, ahora también con mi mujer, a la comida de gala que los Reyes se dignan ofrecernos en el salón de mármol ya iluminado, no obstante que afuera hay todavía plena luz; los pesados cortinajes del comedor, tirados totalmente, se han encargado de interceptarla.

S. M. la Reina Elizabeth. Figura frágil, de apariencia enfermiza. No es la princesa de estatura aventajada, ni metida en carnes, ni su rostro luce buenos colores. Su palidez y el brillo penetrante de sus ojos obscuros, aunque harto menos que su cabello, préstanle sello de sensibilidad y distinción. Es amable, de fácil acceso y pronta a la sonrisa, una sonrisa que medio ilumina el rostro de marfil. Se cuentan primores de ella, de su caridad sobre todo; ha fundado, entre otros, un asilo para niños pre-tuberculosos que a cada verano son enviados a alguno de los puertos del litoral del norte, desde Ostende el mundano y vanidoso, hasta Furnes el silente y fronterizo.

Ayuda a la merecida popularidad de que goza la augusta pareja, su casamiento por amor,—tan anticuado y en desuso por estas latitudes, y aun por otras ... Hija, ella, de afamado oculista alemán, no parecía destinada a un trono; ni él tampoco, a pesar de ser hijo de los condes de Flandes (la anciana condesa, hermana de Leopoldo II, vive todavía). Se lo estorbaba la primogenitura del presunto heredero, el príncipe Baudouin. De ahí sin duda la afición de Alberto a las ciencias, su predilección bien marcada por el oficio de las armas. Muerto Baudouin, Alberto pasó a ocupar su sitio; pero de la fecha de esa designación a la de la ascención, viajó mucho, hasta en el Congo y en los EE. UU., contrajo nupcias idílicas y procreó tres hijos, dos varones Leopoldo y Carlos y una niña, María José, en la paz familiar y casi burguesa de su hotel de la calle de la Ciencia. En 1909, a raíz del fallecimiento de Leopoldo II, ciñó la corona que porta muy dignamente.

En poco tiempo me ha sido dable conocer tres cortes: la majestuosa y linajuda de España; la de Holanda, que se distingue por su continua y denodada lucha contra el mar, y esta de Bélgica, no de tantos puntos como la española, pero seria y decorosa.

7 DE MAYO—¡Pues no me enternecí de oir **"Mamz'lle Nitouche"**, que sin indemnización ni previa licencia de Albert Millaud, su padre, yo vertí al castellano bajo el nombre de la "Señorita Inocencia!"... ¡Cuántas añoranzas de hace más de cuatro lustros las que se me revolvieron por dentro, mientras en la sala a obscuras del teatrucho de Moliére, iba devanándose, y mal representada por cierto, la espiritual trama del cuento galo!...

Todas las ciudades del mundo, a las viejas me refiero ¿cuál de las de Europa no lo es? tienen

una fisonomía mixta: de un lado, las huellas de su legítima prosapia que aun perdura con más o menos brillo y más o menos elegancia,—adrede no incluye a las francamente degeneradas por los tres corrosivos máximos, el tiempo, la miseria y los vicios,—en sus monumentos, obras de arte, imperecederos recuerdos de mentadas proezas o sucedidos extraordinarios, casas blasonadas, familias distinguidísimas, muebles, usos y costumbres que subsisten gracias a un enorme esfuerzo de la voluntad.

Y del otro lado, fisonomía plebeya, vulgar y hasta ordinaria, que no en balde "también la gente del pueblo tiene su corazoncito", y en todas partes la clase popular, superior en cantidad a las otras, es dueña de una más honda raigambre muy difícil de arrancar de cuajo, precisamente a causa de aquella misma hondura. Bruselas no escapa a la regla. Sus orígenes, en buena porción artesanos y mercaderes, revélanse en los nombres prosaicos de muchas de sus calles: de los Traperos, de la Manteca, de las Coles, del Mercado de las Hierbas, del Mercado de los Pollos, del Mercado de los Cerdos, del Mercado de los Pescadores, etc., etc. Nada digo de las costumbres ancestrales que han de persistir entre trabajadores y humildes, porque hasta el momento las ignoro del todo, y no es conocerlas el mirarlas fragmentariamente y a distancia, ni el rozarlas una vez que otra en plazas y paseos. Ya procuraré echarles más de un vistazo.

Enhorabuena que se conserven en las calles, como signo de gratitud y como factor educativo, los nombres memorables de hechos y personas que evoquen algo que valga la pena. Yo soy tradicionalista por temperamento, y por ello duéleme que en nuestra vetusta ciudad de virreyes, hayamos substituído el nombre de poquísimas calles con el de sujetos y acaecimientos

que no lo merecen. ¡Ojalá que en lo futuro no nos salga a la cara el lobanillo de un cuerpo de ediles ignaros, ni alguna de nuestras salvajes y fratricidas revoluciones tenga el mal pensamiento de acabar con los que nos quedan!

A espaldas del maravilloso **Hotel de Ville** bruselense, se encuentra la prevención de policía, en calle apellidada del "Amigo" (sic); de su nombre viene un flamenquismo en uso todavía (flamenquismo de Flandes y no de Andalucía o de los Madriles);—"Si haces algo malo, irás al **Amigó**". Esta calle y la de Pacheco, huelen que apestan al duque de Alba y sus secuaces.

En cambio, en Bélgica entera, imperan dos ideales: la libertad y la justicia.

10 DE MAYO—Huésped de Bélgica el Presidente de la República Francesa, Mr. Falliéres, la noche de hoy fué recibido con gran aparato por la ciudad de Bruselas en el **Hotel de Ville**, después de haberlo sido ayer en el palacio del Rey, con asistencia ayer y hoy del cuerpo diplomático extranjero que le formó "círculo" al ilustre visitante. Muy grata impresión la que produce este gascón afable, viejo y sencillo, aburguesado en sus maneras, tánto, que hizo que mi colega el doctor Zayas, ministro de Cuba, me dijese después que habíamos cruzado con el alto mandatario unas cuantas frases de cortesía protocolar:

—"Será lo que quiera, pero yo prefiero los presidentes a los reyes".

¿Tendrá razón mi colega?... En mi sentir, todo depende de quién sea el presidente y de quién sea el rey, porque hay algunos que ya, ya...

La recepción de esta noche, encantadora. Al **Hotel de Ville** que es de suyo algo sin desperdicio, le subraya sus hechizos el sitio en que se ha fabricado, esta Gran Plaza de maravilla que carece de rivales. La plebe belga, al paso de nuestros **ca-**

rruajes, igual a todas las plebes, ineducada en palabras y ademanes.

Como digno aperitivo habíamos tenido a la tarde, siempre en obsequio de Mr. Falliéres, un lucido **garden-party** en los frondosos jardines del palacio real de Laeken; palacio construído a fines del XVIII por la archiduquesa de Austria, María Cristina; vendido bajo la Revolución francesa como bien nacional, y rescatado por Napoleón cuando el Consulado. Es Laeken importante Comuna semi-urbana y semi-rural, y en ella, en medio a hermoso parque se alza el castillo en que de preferencia reside el Rey durante el verano; en el parque, Leopoldo II edificó a guisa de pabellón, una curiosa torre japonesa y una reproducción de la famosa fuente de Juan de Bolonia. Construído el palacio para residencia estival de María Cristina y de su consorte Alberto de Sajonia Teschen,—en aquel entonces gobernadores de los Países Bajos,—acabo yo de apuntar sus vicisitudes posteriores. Su salvador, el Primer Cónsul, lo habitó corto tiempo, pero ahí firmó en 1812 su declaración de guerra a Rusia. Luego, fué propiedad del Estado belga; Leopoldo I lo amó con delirio, y en sus interiores falleció en 1865; Leopoldo II, que fué gran constructor, mucho lo embelleció, pero en 1890 un voraz incendio lo destruyó en parte y hubo que reconstruirlo con toda la magnificencia que luce ahora. En julio de 1867, la Emperatriz Carlota, ya enloquecida, vivió aquí el espacio de una semana, del 31 de julio al 6 de agosto, en que la trasladaron al castillo de Tervueren,—en la actualidad museo del Congo, —donde ocupó el hermoso departamento del antiguo sitio de reunión de caza del príncipe de los Países Bajos, hasta el 3 de marzo de 1879, en que una ala del castillo se incendió, incendio atribuído por unos a la propia Emperatriz, y por los más, a un descuido de las planchadoras. Volvió a Lae-

ken, un mes y dos días, pues el 5 de abril siguiente fué instalada en el castillo de Bouchout, donde hasta la fecha se encuentra. Un escritor francés ha bautizado Bouchout con el nombre simbólico de "castillo de **la Belle au bois dormant**", aunque la desventurada princesa, ya en la ancianidad, corre el seguro riesgo, salvo un milagro, de no volver a despertarse nunca.

Laeken posee, además, unos soberanos invernaderos con plantas y flores del mundo entero, y al que se permite entrar al público, sólo una vez al año; una iglesia de estilo gótico, construída en 1875 por Poelaet, aunque más parece romántico-fantástico, como la nueva iglesia de Barcelona, inconclusa aún; no carece, justo es decirlo, de cierta grandeza. En la cripta se sepulta a los miembros de la familia real, y está coronada al exterior, por el monumento de Leopoldo I.

Cuentan los sabidores de estas cosas que el **Hotel de Ville,** célebre y admirable, principió a construírse a los comienzos del siglo XV por Santiago Thienen, y que su primera porción la terminaron hacia 1408. Era, entonces, un edificio de mediano tamaño, que, de un lado, caía a la plaza, y del otro a la calle actual de Carlos Buls. Esa primera porción es hoy el ala oriental del inmueble y apenas si le han hecho cambios. Cuarenta años más tarde se quiso adornarlo con una torre que vino a hacer en cierto modo un **beffroi** parecido al que ostenta la inmensa mayoría de las ciudades flamencas y que sirve para proclamar desde lejos, la grandeza y la prosperidad de la Comuna. Esa segunda construcción se encomendó al arquitecto Juan Van Ruysbroeck, un profesional de los más sabios y de mayor talento de su época. En una década elevó hasta el cielo la preciosa flecha que remata el **beffroi**, sin que la riqueza de su ornamentación perjudique a su elegancia y ligereza. Afírmase que el primitivo pro-

yecto del arquitecto era levantar una segunda torre en el otro extremo de la fachada; pero probablemente por escasez de recursos se renunció a esa idea, y en las agonías del mismo XV, el ala occidental quedó concluída, la que bastante difiere de su hermana la oriental, en extensión y figura, tanto, que todavía hoy corre muy válida la leyenda de que el arquitecto, convicto de que había sufrido un error de cálculo, desesperado se precipitó de cabeza desde lo alto de la torre... Es lo extraño, que no obstante esa anomalía, la desigualdad no choca ni desafina; en su variante feliz, el edificio resulta armonioso y de excelente estilo, al extremo de que los críticos opinen que, en todos los Países Bajos y quizá en la Europa íntegra, no se conoce mejor ejemplo de la arquitectura civil en la décimaquinta centuria.

Tal cual se conserva, frente a la también muy antigua y muy bella Casa del Rey, a la fecha apodada Casa del Pan (**Brodhuys** en flamenco),—que pronto me prometo conocer por sus adentros,—en el centro de esta gran plaza en que se agrupan las casas de las Corporaciones, cuyos frentes recargados de oros, de suntuosidad un poco pesada, pero amplias, sólidas, sanas, y que según ha dicho alguien mucho consuelan de la ausencia del sol durante los días grises en que aquí abundan los años, el **Hotel** se halla dentro del digno marco que se merece, pues el conjunto constituye un maravilloso cuadro urbano y evocador de toda la vida bruselesa de antaño. El **Hotel de Ville**, con su flecha en que se apoya el arcángel San Miguel, en oro puro, a los medios de una plaza encerrada por las lindas casas corporativas en que rutilan los oros, en las que se han amontonado estatuas, columnas, balcones, cornisas, en las que se ha hecho gala de ostentación, el **Hotel** es símbolo de la actividad comunal, corazón de la ciu-

dad y testimonio artístico de su prosperidad de ayer, de la de hoy y de la de mañana.

Desde allí, desde el gran balcón, con asistencia de la corte, del gobierno, del cuerpo diplomático, etc., presenció Falliéres la **retraite aux flambeaux**; firmó en el despacho del burgomaestre el Libro de Oro, y cruzando con los demás concurrentes la sala del Colegio, el gabinete del Regidor de Obras Públicas, llegó a la sala Maximiliana, en que se sirvió el **buffet**. Y la salida nuestra fué por la galería de los Retratos, la Antecámara, la sala Gótica, la de Matrimonios y la escalera de los Leones. Preciosa noche.

22 DE MAYO—Las noticias de México, de peor en peor. Cartas particulares, periódicos de allá o de aquí, la esencia es una misma. ¿Qué irá a ocurrir, qué no habrá ocurrido y qué estará ocurriendo?...

Amargado del ánimo, sin mayores ganas de hacer nada, esta tarde me encaminé solo a la Gran Plaza con el exclusivo fin de copiar una inscripción en bronce, entallada sobre la losa de mármol yacente en la acera frontal de la Casa del Pan:

"A la mémoire — des Comtes d'Egmont et "de Hornes — decapités en ce lieu par ordre de "Philippe II — en 1568 — pour avoir défendu la li- "berté de conscience — ce marble — leur fut dédié "par le Comité International — institué pour com- "mémorer la mort héroique — de Francisco Fe- "rrer fusilé á Monjuich — pour la meme cause — "en 1909".

La placa tiene su miga: mucho de bueno y de malo no menos. Desde luego, los dos condes decapitados uno tras otro, en la misma fecha y en el mismo patíbulo, no defendían precisamente la libertad de conciencia aunque ésta fuese la medula

de las persecuciones españolas; su actitud más tuvo de política y de patriotismo, puesto que rehusaron marchar contra los protestantes y los inconformes—la inmensa mayoría de los pobladores de los Países Bajos,—con que en su tierra se hubiese implantado el tenebroso tribunal del Santo Oficio. Eso bastó para que la hiena que palpitaba en la entraña del duque de Alba, siniestro fanático, no bien llegado a las Flandes (de las que había de ser implacable verdugo) su primer acto fuera una refinada crueldad: confinar, a Egmont por lo pronto, y so pretexto de que conspiraba contra el Rey de España, guardarlo nueve meses en la ciudadela de Gante, y someter luego a los dos, a un fanástico tribunal "de Trastornos"! por el duque inventado, que los sentenció a la decapitación, no obstante la notoria inocencia de los acusados, que no eran cualquier cosa.

Egmont, príncipe de Gavre y flamenco puro, había acompañado a Carlos V en su malhadada expedición a Africa, con tal comportamiento, que aquel emperador lo premió, entre otras mercedes, con el grado de general de su caballería; fué, luego, negociador habilísimo del matrimonio del infante Felipe con María Tudor de Inglaterra, llamada por sus súbditos "la reina sanguinaria"; en las guerras de España contra Francia se distinguió por su valor y su pericia, principalmente en las fieras batallas de San Quintín y de Gravelines, lo que le valió el nombramiento de capitán general de Flandes. Pero cuando Margarita de Parma era gobernadora de los Países Bajos, se enfrentó al cardenal Granvelle, incondicional de la dominación española.

Por su parte, Hornes, o Hoorn, general holandés y pariente consanguíneo de Egmont, también participó con brillantez en lo de San Quintín y lo de Gravelines, en la caída del cardenal Granvelle; y después del fracaso de la misión de

Egmont en España, adonde fué a defender el pleito de los hugonotes ante el propio Felipe, hizo causa común con su pariente, aunque ambos separaronse de los extremistas acaudillados por el príncipe de Orange y en vano se esforzaron por lograr un acomodamiento. Tan inocentes sentíanse, que ni huyeron ni se ocultaron a la llegada del feroz duque de Alba, precedido de negra y no calumniosa fama. Este mandó aprehender a Hornes cuando salía de una comida con la que vilmente lo agasajó su victimario, quien atropelló fueros y privilegios; pues siendo Egmont y Hornes caballeros del Toisón de Oro ¡la mayor de las órdenes de caballería de España y de Austria! no debieron ser juzgados sino por el capítulo de dicha orden. De sobra se merecen la tal placa, los singulares honores que, arrostrando las iras del de Alba, les prodigaron sus conterráneos a raíz de su sacrificio, y el soberbio monumento en que figuran sus estatuas en bronce, que la gratitud nacional les tiene levantado en esta ciudad de Bruselas.

Es lo malo, que ese "comité internacional —léase los comunistas—**"instituído para conme-"morar la muerte heroica**—que no lo fué tanto—**"de Francisco Ferrer**. . .", manchara con su placa el conjunto bellamente artístico de la gran plaza; y digo manchara, porque el Comunismo, dondequiera que pone la mano, deja mancha difícil de borrar.

Lo bueno de la losa recordatoria, lo buenísimo a pesar de su tendenciosa inscripción, es el hecho patente de que el Gobierno, no obstante su filiación católica desde hace unos treinta años consecutivos, haya consentido su postura en sitio tan céntrico y frecuentado, a los pies nada menos que de la antigua Casa del Rey. Hecho semejante es la mejor demostración de la plena libertad de con-

ciencia, y de otras muchas libertades esenciales, que ahora sí imperan sin cortapisas en el país.

26 DE MAYO—El servicio telegráfico de la prensa de aquí, me da la noticia: anteayer presentó el General Díaz su renuncia ante la cámara de Diputados, que se la admitió, menos un solo voto, por inverosímil mayoría absoluta!!!... ¡Parece mentira lo uno y lo otro!

En la misma noche, después de manifestaciones callejeras befatorias y canallescas, la salida rumbo a Veracruz del gran patriota y su familia, una salida con vagos perfiles de fuga, la ciudad en tumulto, las turbas plebeyas, escandalizando impunemente. Y en la vía del ferrocarril, el asalto a mano armada al tren que se lleva al caído... ¡Triste fin de presidenciada tan grande! ¿Nos amenazará la anarquía, la intervención yanqui tal vez, lo negro, lo pavoroso, lo horrible?...

¡Ah! las Siete Vacas Flacas de la Escritura se acercan bramando, a la zaga de las Siete Vacas Gordas que huyen despavoridas a hundirse en el vacío y en el recuerdo. Es la ley, la ley inmutable de la acción y la reacción, que por igual visita a los individuos que a los pueblos. ¿Qué será del país?... Y de tejas muy abajo ¿qué será de mí?...

28 DE MAYO—En la calle Ducal, frontera al Parque, en la fachada del domicilio de un renombrado jurisconsulto, Edmond Picard, "profesor de hombres", según autorizado calificativo del maestro novelista belga Camilo Lemonnier, vese lápida de mármol que perpetúa el sucedido de que allí, corriendo el año de 1816, vivió y escribió lord Byron, el voluntario desterrado de su patria inglesa:

—"Au printemps de MDCCCXVI—cette mai-
"son abrita quelques jours lord Byron—délaissant

"sa patrie qui méconnaissait—son génie—et qu'il "ne devait plus révoir—Il y composa—les strophes "du III chant de CHILDE HAROLD—sur la ba-"taille de Waterloo".

En contraposición, no se descubre ni un humilde azulejo en la casa de la plaza de las Barricadas que habitó Víctor Hugo cuando huía de su Francia amada, por culpa de las ferocidades con que en ella se estableció el imperio de Napoleón III, a raíz del sangriento golpe de estado, del 2 de diciembre de 1851. ¿Tamaña omisión tendrá por causa un tardío remordimiento? En esa casa, durante más de una media noche, hasta el amanecer, hubo incalificable lapidación y tentativas de incendio por turbas que la policía **no quiso** evitar. El poeta y una de sus nietecillas, a la que tenía en brazos, corrieron serio peligro de ser muertos. Y cuenta que su delito era, **precisamente,** el ejercicio de la libertad de pensamiento que aquí en tanto se tiene por pueblo y autoridades. Sin embargo, se prefirió la perpetración de esa monstruosidad, antes que incurrir en el desagrado de **Napoleón el Pequeño,** a quien Víctor Hugo flagelaba con su pluma en una tierra libre y civilizada, que todavía lo expulsó a poco de su territorio y aun expidió la ley circunstancial de Faider (nombre de su inventor), que declaraba sagrados e inviolables en Bélgica a todos los príncipes!... Víctor Hugo hubo de salir y de buscar nuevo asilo en Inglaterra.

Peores las noticias de México, en mala hora discurrí conocer el museo de Hal, instalado en la Puerta del mismo nombre, y que era una de las que daban acceso a esta ciudad, allá por los años de 1300 y tantos. Ahora es museo militar de armaduras y artillería. Curioseaba yo su interesante contenido, cuando descubrí, desplegada, una bandera mexicana a guisa de recuerdo y trofeo de la época de la intervención francesa allá. Para

curar mi estado de ánimo, la emprendí en tranvía a Tervueren, y en su bosque soberano permanecí solo, reconcentrado y melancólico hasta cerca de las 8, en que la tarde pasó a mejor vida. Todavía la suave luz de las palpitaciones postrimeras de un crepúsculo sin igual, fueron alumbrando mi regreso. ¡Qué bien dijo aquel: la tarde es un suspiro!

29 DE MAYO—En el palacio de Bellas Artes, lindo edificio ideado y construído por el arquitecto Balat, en que hoy se encuentra instalado el antiguo museo de pinturas, ya rico de suyo, puesto que atesoraba los más célebres cuadros de la escuela flamenca del siglo XV. De las salas de los Primitivos, hubo momentos en que casi me horrorizaron ciertas fealdades del dibujo y del color. En cambio, qué fiesta para los ojos la contemplación, grávida de admiración y deleite, frente a los Rembrandt, los Rubens y los Van Dyks. . .

Las salas de escultura, fueron otro regalo. Sobre todo Meunier, que sin prostituir su arte logró con su cincel hacer socialismo que conmueve; un temperamento de tan exquisita sensibilidad, que murió de pena, roto su corazón que no pudo sobrevivir a la muerte de sus hijos ya logrados. . . Pues aun me gustó más un grupo de no sé qué autor, y titulado "El Perdón", sin complicaciones ni muchas figuras: una pobre mujer, ya en las lindes de la vejez, y besando a su hijo arrodillado. Eso es todo, pero ¡qué grande!

A la noche, de banquete oficial que el ministro de Relaciones Extranjeras, Davignon, da en honor del ministro de España, Merry del Val, y de este servidor de ustedes.

Treinta y dos comensales, suculenta **chére**, añejos caldos y grandes **crus**, charla poliglota y

sin enjundia. Lo de siempre en estos ágapes de protocolo.

1ro. DE JUNIO—Sin duda porque ya se adueñó de mí el convencimiento de una permanencia indefinida (salvo error u omisión del nuevo régimen de mi tierra) en país extraño y distante del mío, mi neurastenia,—llamémosla así,—reviste la forma agresiva de nostalgia superaguda, y todos mis alifafes se han exacerbado. Son los nuevos síntomas, amén de los otros recrudecidos: considerar inmensos los días, fantásticamente inmensos; una desgana invencible y profunda hasta para contestar una carta insípida y breve; tendencias congestivas que me acobardan, los oídos zumban, el cerebro deja sentir extrañas palpitaciones... Circulación defectuosa de todos modos.

Sin pronto remedio a mi alcance, sigamos tirando, sigamos agradeciendo a Creel que me sacara de México **porque sí**, rincón del mundo al que estaba yo adherido con todas mis potencias; sigamos devanando en esta perniciosa ociosidad que es la característica de nuestras legaciones en Europa, las horas y los minutos que, cuando no se gozan, como que se multiplicaran; sigamos en la infructuosa espera de la orden de liberación, del telegrama que rompa las cadenas y me devuelva a mis penates. Por ahora, sólo dispongo de dos alivios: el sueño, que no es malo, y los baños tibios que, por momentos me reaniman, y ahuyentan los nubarrones del horizonte.

5 DE JUNIO—Qué soberbio soneto de Rostand, a propósito de la bendición del Papa, desde el Vaticano, bajo el cielo de Roma, al aviador francés Beaumont:

"Au Vainquer:
"Tout fut beau: la Victoire, et le cri que la nomme,
"Et la Ville Eternelle, et la jeune saison,
"Et le Captif sacré quittant son oraison
"Pour voir l'Aile franchir les collines de Rome!

"La minute est sublime oú le Pape, comme
"Pour laisser pénétrer le siécle et l'horizon,
"Fait ouvrir la fenetre, et veut, de sa prison,
"Bénir l'oiseau lointain qu'on le dit étre un homme!

"O le plus pur effet du plus grand des exploits!
"Elle vient de monter pour la premiére fois,
"La benediction qui dut toujours descendre!

"Pulvis es...., dit l'Eglise au fragile mortel...
"Mais il s'est envolé si haut, ce grain de cendre,
"Qu'il faut, pour le bénir, le chercher dans le ciel!"

9 DE JUNIO—Estuve a visitar el concurso de caballos reproductores que se celebra en el palacio del "Cincuentenario de la Independencia Nacional", la majestuosa construcción en que figuran, además de amplia pista donde anualmente se registra la fiesta de gran tono con asistencia de los Reyes,—unas carreras militares de obstáculos—, otras dependencias tan vastas algunas de ellas, que sirven para exposiciones de distintos géneros. También posee interesante museo retrospectivo de arte monumental e industrial, y afuera, parques, "piezas" de agua, y una arcada monumental de tres arcos espaciosos, estatuas alegóricas en sus cuatro ángulos superiores y una cuadriga en su ápice.

El tipo del chalán belga, tiene mucho del andaluz, y los sementales que muestran y cuidan, son hermosísimas bestias enormes, peludas y mansas.

Cable familiar: mis gentes de México, sin novedad después del formidable temblor de tierra con que la ciudad virreinal, inconforme o anunciando cosas peores, recibió anteayer a Francisco I. Madero, derrocador del General Díaz y futuro Presidente de la República.

Lo que no entiendo es cómo se compadecen la triunfal recepción que "México entero y enloquecido de entusiasmo" (sic), dispensó a Madero con la no menos que en el puerto de Veracruz se dispensó el mismo día al general Reyes, en el momento en que desembarcaba.

15 DE JUNIO.—Mal grado mis múltiples y prolongadas ausencias de México, es ésta la primera vez que voy a confesar en tierra extranjera. Fué a la noche, en el templo anexo al colegio viejo de San Miguel, ubicado en las calles del Punzón y de las Ursulinas de la antigua Bruselas, con un P. Boon, de la Compañía de Jesús. De sus labios recogí estas palabras incontrovertibles y hondas:

—"No está el pecado en nuestro pensamiento, sino en nuestra voluntad".

16 DE JUNIO—Junto a mi mujer y a mi hijo, que también lo hicieron, comulgué esta mañana en la misa de 8.

Por la tarde, mi primera visita al puerto de Amberes, de tan grande importancia que habrá que recorrerlo despacio varias veces. Viaje de negocio,—a la noche he de estar de vuelta en Bruselas,—me conformo con mirarlo a vista de pájaro, desde coche alquilón; miro de paso la casa de Rubens, cuyo exterior clama al cielo: toda la fachada luce prosaicos comercios. El vicecónsul de México, que nos acampaña, asegúrame que el patio no ha sufrido deterioro. ¡Menos mal!

Larga visita al Jardín Zoológico que, se dice, es el segundo del mundo.

17 DE JUNIO—Desde que supe del viaje del General Díaz rumbo a Europa, propuse ir a encontrarlo si desembarcaba en puerto francés. Y ahora que me entero de su inminente arribo al Havre, dentro de dos o tres días saldré con mis gentes para París, en el rápido de la 1 y 15 de la tarde. Quiero que cuando pise tierra extraña, donde va a comenzar su destierro voluntario pero forzoso por razones de decoro,—destierro en el cual, atenta su edad, ha de apagarse su larga vida luminosa y limpia,—divise en su derredor el mayor número posible de rostros amigos, el mío inclusive, ya que tanto le debo como mexicano y como individuo.

Al hotelito de **Belle Vue,** donde siempre paro solo o con mi familia, vino a verme Amado Nervo, que mañana se parte a Londres como miembro de la misión mexicana que ha de concurrir a la coronación de Jorge V. Se nos van las horas, charlando en términos de pena y azoro sobre el inesperado derrumbamiento que ha llamado la atención del mundo. Temerosos de que en nuestra tierra le siga sabe Dios qué, hasta esbozamos planes para contrarrestar nuestra probable cesantía. Y después de pasar en revista distintas ciudades, optamos por luchar en este París que aloja y da de comer a tantos escritores hispanoamericanos desde tiempo inmemorial...

18 DE JUNIO.—Va a encaminarme hasta la **gare Saint Lazare** Amado Nervo. Poco antes de las 7, **arret** de cinco minutos en Ruán, y transbordo de los que se dirigen a Dieppe. Estirando mis piernas por el andén, pienso en Flaubert, en su morada de Croisset, a unos pasos de aquí, y compro ¡por 95 céntimos! el número 5 de la 2da.

serie de "**Les Maitres Humoristes**", consagrado a Gavarni y a sus dibujos.

Advierto con gran contentamiento que voy solo en el tren, lo que me permite extasiarme a mis anchas ante el dilatado crepúsculo acariciante de esta poética y nutricia Normandía. A las 8, con sobra de luz, arribamos al Havre, en que estuve hace 21 años. Me alojé en el "**Frascati**", hoy magnífico hotel moderno levantado en los terrenos que ocupara su antecesor, aquella vieja hospedería a la francesa que me cobijó entonces...

Me acuesto temprano en un cuarto que da al mar; y como llevo mucho tiempo de no viajar sin mis gentes, libro descomunal combate con mi neurastenia, solos ella y yo dentro de este enorme inmueble sin pasajeros. Logré dominarla al fin, y al arrullo de los mugidos del viento y los tumbos del corajudo Mar del Norte, cuyas aguas se estrellaban bajo mi ventana trémula y quejumbrosa, cual si también ella tuviese miedo, concilié el sueño.

Cuando el mar no se halla seriamente irritado, suena en las playas como el agua que las mujeres hacendosas arrojan al suelo, para limpiarlo; las flamencas y las holandesas, verbigracia, que así, con grandes baldes plenos asean y aliñan los frentes de sus viviendas.

19 DE JUNIO—A pie y en tranvía anduve calles y calles. Estuve en el correo y en nuestro consulado, el número 18 de la calle de Emilio Zola, después de recorrer largo trecho de la de Víctor Hugo: aplaudo la nomenclatura havresa.

En el casino del Havre, por la noche. ¡Vaya colección de tipos masculinos y femeninos! Una interesante **cocodette** porteña, de mirar sucio y provocativo, que nos clava sus ojos felinos, por nuestra apariencia de metecos probablemente. Muchos juegos de azar: "**la Boule**", los Caballi-

tos, etc. Atmósfera oliente a alcohol, a tabaco **scaferlati,** a lascivia y a baja prostitución.

Noto, ya recogido, que el mar se ha enronquecido la noche de hoy. Suena a cosas grandes, y endebles al mismo tiempo, que se hicieran trizas. El viento huracanado, la noche entera silba y llora de remordimiento por los innúmeros naufragios de que es el único responsable.

20 DE JUNIO—Invasión del **"Frascati"**. Vinieron de París, además de algunos que no conozco, el ministro Sebastián Mier, su esposa, su hijo y su nuera; el ministro Miguel de Béistegui; Olarte y Castañeda, secretarios de legación; el comandante González Salas, el capitán **Frank** y el teniente Zárate; Miguel Iturbe y su esposa; Luis Riba y la suya; nuestro cónsul en el Havre... Todos nos hablamos y escudriñamos, tratando de que labios y rostros extraños nos den la clave de por qué ha sucedido esto. Hay tristeza y desorientación...

A las 4 nos reunimos en el muelle de la Plata, dársena de Bellot, donde atracará el "Ipiranga", de la **Hamburg-Amerika Linie,** y donde nos alcanzan M. Mesley, representante del gobierno francés, M. Genetal, primer magistrado de la ciudad del Havre, y otros funcionarios menores. Llueve tercamente.

De súbito, divísase el barco, en nubosa lejanía. Conforme avanza, retardando su bogar cabeceante, aumenta en proporciones y se precisan sus perfiles. Cuando acaba de salir de la bruma y que su airosa silueta se dibuja a las claras, vemos que viene empavesado y que, a pesar de la lluvia, nuestra bandera se retuerce y ondea en el mástil de mesana. Mientras lo acoderan en su fondeadero, golpe de viajeros se apretuja contra la barandilla de cubierta, en sus semblantes pin-

tada el ansia irresistible del desembarco en tierra firme al cabo de prolongada travesía, que aun los marinos profesionales experimentan.

Nosotros, la cara en alto, buscamos a los desterrados. La enérgica y viril figura del General Díaz se destaca en el acto, enhiesto, firme, digno como siempre. Rodéanlo sus deudos y Fernando González, Manuel Escandón, Lorenzo Elízaga, Roberto Núñez. Saludó a nuestro grupo, con su mano tendida y cordial, cruzáronse en el aire las primeras palabras a voces que, en instantes como éste, se dicen por decir algo.... El momento ha adquirido una intensa solemnidad. A poco, puesto el buque a libre plática, tras las autoridades francesas trepamos los demás. La emoción con que yo lo he abrazado me lo amargaron las palabras que dentro de su gravedad habitual me dirigió:

—"No esperaba verlo a usted aquí".

A la cara ha de habérseme salido la contrariedad, pues muy risueño, Fernando González, previa mirada de consulta a él, me devolvió la calma:

—"Al contrario, hombre, envanécete. Desde que salimos de Santander, el señor Presidente nos dijo: el primero que estará en el Havre ha de ser Gamboa".

El Caudillo, sonreía, con esa su sonrisa característica que casi no llega a sonrisa.

En el gran salón del paquebote, la parte oficial del acto: Mier presenta a los funcionarios franceses, quienes en su propio nombre, en el del Gobierno y en el de las autoridades del puerto dan al Caudillo una bienvenida protocolar. A su zaga, acércanse los compatriotas, y muy emocionado, Pepe Vega Limón, que lleva porción de años de no verlo, pierde los bártulos al escuchar que el General le dice solamente:

—"¿Cómo está usted, señor?..."

Tercié en su auxilio, seguro de que, de pronto, no lo había identificado por no portar ya el bigote que antes portara:

—Es Pepe Vega Limón,—exclamé.

—"¿Y porque es Pepe Vega Limón ha dejado de ser señor?..."

Y tendiéndole los brazos con cariño manifiesto, borró mi oficiosidad con esa frase típicamente suya.

La lluvia, afuera, no escampa. Las autoridades lo invitan a desembarcar. El, antes de hacerlo, va y se despide del capitán del "Ipiranga", que lo escolta hasta el portalón y ahí se le cuadra militarmente, en tanto la marinería de a bordo, alineada y agitando al aire sus gorras blancas, lanza a su paso los tres ¡hurras! de ordenanza. Los hombres nos hemos descubierto, el General el primero, quien continúa avanzando con su imponente majestad característica, sin que asome a su rostro,—de bronce en todos sentidos,—la emoción que ha de haber ido estrujándole por dentro su noble pecho de anciano y de guerrero, reedificador de su patria. Erecto, sereno, fuerte, pisó el peldaño inicial de la escala fija, a tiempo que arriaban del mesana, con las lentitudes rituales, nuestra bandera, y que la banda del transatlántico tocaba, divinamente, nuestro himno nacional... Todos, menos él, ahogados de emoción, no acertamos a estorbar que algunas lágrimas mal reprimidas temblaran en nuestras pestañas.

¡Ah, descenso inolvidable el de este gran caído, descubierto bajo la lluvia, a la gris claridad de un cielo ingrato, por la escala de buque extranjero, que viene a vivir sus últimos años en tierras tan distantes de la suya que tanto amó siempre, que enalteció y prestigió con su gobierno probo y sabio, a la que consagró desde su

primera adolescencia hasta su extrema ancianidad, sus energías y su cerebro, su patriotismo sin mancha y su acrisolada honradez, la sangre de sus venas y todos los latidos de su corazón!...

A tu alteza integral ¡oh ilustre mexicano! esto hacíale falta: que la ingratitud de tus hermanos, adrede cerrando sus ojos para no ver lo mucho que te deben, te forzaran a despedirte para siempre de tus lares idolatrados; a recorrer, agobiado por tu edad y el desengaño, muchas y muchas calles de Amargura en demanda de un postrer asilo donde tus canas inmaculadas y tus huesos cansados de cargar la pesadumbre de tus glorias, descansen en paz y, al fin, se vuelvan polvo en algún camposanto extraño. Al verte bajar así esa escala simbólica, te hallé gran parecido con el Rey Lear; pues como a él Cordelia, a ti tu dulce Carmelita, que a modo de enredadera de azucenas poetiza el tramonto de tu vida, y que siendo tu esposa pudo haber sido tu hija, a partir de hoy suavizará los abrojos de los caminos hoscos, y habrán de creerla hermana de Cordelia o émula de Antígona, en esto del amor y la piedad suprema. Y pensé en Cuauhtémoc, porque como aquél, también a ti las posteridades, que son las justicieras, han de llamarte: "Aguila que cae".

¡Que Dios quiera prolongar tu existencia sólo lo indispensable para que refrendes ante el mundo el excepcional y altísimo ejemplo de los grandes de veras, que igualmente lo son en la prosperidad y en el infortunio!

Por el rápido de las 8.45 de la noche, y distribuídos en varios carros, la emprendimos a París, adonde llegaremos antes de la medianoche.

Voyme con la gente menuda, para averiguar cosas de allá, mientras el expreso rueda furiosamente. Rompe nuestra cháchara un llamado del Caudillo, a quien Hedeman, de parte de "Le Ma-

tin", quiere interrogar, y el General pide que yo haga de dragomán y, además, le traduzca, palabra por palabra, la versión del reportero, que aparecerá mañana. Como la interviú tiene que ser histórica por venir de quien viene; como en las circunstancias actuales quizá nadie en México se atreva a reproducir sin mutilaciones lo que ahora se diga, aquí lo consigno al pie de la letra, conforme sus autorizados labios fueron vertiendo los conceptos memorables, lenta y cautamente, según inveterado hábito en el prudente estadista que siempre se cuidó de pensar y pesar el alcance y trascendencia de sus palabras, en esta ocasión conceptos memorables, lenta y cautamente, según vadía a intervalos:

—"En este ocaso de mi vida, sólo un deseo "me queda: la dicha de mi país y la dicha de los "míos.

"Sincera y vivamente anhelo que el gobierno "que ha de suceder al mío, salga avante en todos "sus proyectos de afianzar la calma en el interior "y mantener el crédito en el exterior.

"Mi vida política ha concluído, se acaba a mis "ochenta y un años.

"Hace ya muchos que yo quería retirarme, "pero mis compatriotas no lo quisieron.

"En la última elección presidencial, una con-"vención nacional de todos los Estados estuvo en "la capital a pedirme que aceptara de nuevo la "presidencia de la República, y yo accedí; pero al "ceder, hice presente que, a mis años, mi activi-"dad y mis energías no eran ya las de antes. Di-"chas razones no valieron, mis compatriotas se "opusieron a que me retirara.

"Por causas que expuse al parlamento mexi-"cano, tomé la resolución de renunciar a mis fun-"ciones. Por causas que no me explico, importan-"tes grupos de ciudadanos se levantaron contra "mi administración; y a fin de evitar que mis

"compatriotas se maten entre sí, a fin de evitar "que se derrame sangre mexicana, y a fin de evi- "tar la eventualidad de una intervención extran- "jera, me dije, que si la lucha podía desaparecer "gracias a mi partida, partía yo, voluntariamen- "te, para dejar a la nueva administración toda "su libertad de acción, a fin de que mi presencia "en manera alguna la perturbara. Voluntaria- "mente he abandonado mi país.

"Sólo un acontecimiento podría decidirme a "reanudar una vida activa: que mi país se viera "amenazado por el extranjero.

"En ese caso, pero en ese caso únicamente, "actuaría yo como un simple ciudadano y como "soldado mexicano.

"No creo en ese peligro.

"Deseo, que con prudencia y sabiduría los go- "bernantes nuevos logren hacer a un lado todos "los sucesos graves, lo mismo dentro que fuera.

"A este propósito, ruego a usted (dirigiéndose "al periodista) que desmienta la especie que se "me atribuye de que yo habría dicho que los Es- "tados Unidos ministraron fondos para fomentar "la revolución en México. Nunca dije cosa seme- "jante. Yo solamente hablo de lo que sé a ciencia "cierta o de lo que he visto con mis ojos.

"Breves son los días que me restan de vida, "y deseo consagrarlos nada más a mi familia.

"En Francia permaneceré algún tiempo. Aun- "que es éste mi primer viaje a Europa, algo co- "nocía yo a Francia, por haber conocido primero "a sus ejércitos. Cuando Napoleón envió sus tro- "pas a México, en beneficio de Maximiliano, me "opuse a la intervención extranjera, y fuí prisio- "nero de los oficiales de ustedes. A su merced "durante nueve meses, puedo declarar con toda "franqueza que en tan largo plazo, no fuí en rea- "lidad jamás un prisionero suyo, sino constante- "mente su amigo. Y he conservado esa amistad.

"Después que se retiraron de México, y cuando "se me eligió Presidente de la República, recibí "felicitaciones de cuantos me conocieron. En "aquella época, ¡hace 45 años! era yo lo que hoy: "un adversario apasionado de cualquier tentativa "de intervención extranjera. Era yo republicano "y patriota. Lo fuí entonces, lo soy ahora, y lo "seré por todo el resto de mi vida.

"Cuanto de bueno había dentro de mí, en in- "teligencia, actividad y trabajo, se lo dí a mi país. "Durante treinta años he dirigido los destinos "de México, movido yo de una sola idea y de un "solo deseo: procurarle con todas mis facultades "morales y físicas el mayor bienestar posible.

"Hoy, ése es también mi único anhelo, y ha- "brá de ser, mañana, mi único pensamiento".

Cuando el Caudillo puso punto a la entrevista con esas palabras de amor a su patria, de perdón y de esperanza, que Marco Aurelio hubiera rubricado, hasta en el semblante de Hedeman,—el extraño que acababa de conocerlo,—se dibujó la honda impresión que en harto mayor grado a nosotros nos embargaba.

Aparentemente, él permaneció impasible y estoico, había vuelto a ser la esfinge que fuera siempre. Sus ojos de águila, apenas abrillantados por tenue vaho, hundíanse en quién sabe qué lontananzas colgadas ya de crespones, de su dilatada vida de mexicano sin mancha y sin reproche.

En la estación de París, porción de gente en espera de los viajeros: más autoridades, Lefaivre, ministro de Francia en México, más compatriotas... Escabúllome en busca de un fiacre.

21 DE JUNIO—Con Rubén Darío, en la residencia de "Mundial", donde muéstranme las ilustraciones que saldrán con el fragmento de mi drama "A Buena Cuenta", ajustado en 100 francos. Todas las hallo inadecuadas, pero ya no ha-

rán otras. Me informa Rubén, de que en teatro ninguno parisiense se representará "La Venganza de la Gleba", salvo que yo costee gastos. Tal es aquí la censurable práctica hasta cuando se trata de libros con firmas de primer orden: Gabriel d'Annunzio, Larreta, ministro de la Argentina, etc.

—"Es una carcoma,—agrega Rubén,—este "mercantilismo descarado que todo lo invade y co"rrompe; hasta para presentaciones a determina"dos **gros bonnets** del arte y de la literatura, el "que presenta le cobra al presentado!"

Que es lo que cuenta Julio Nombela en sus "Memorias".

A despedirnos del General Díaz y su familia, digna y lujosamente intalados en el número 30 de la avenida Víctor Hugo, palacio-residencia del mexicano Eustaquio Escandón.

Lo que pude colegir respecto a la conducta observada en México, en el momento del desastre, y después, por ciertas personas que todo se lo deben al Caudillo: "Si quieres ver un ruin,—dijo Cervantes,—dale un puesto..." La morada, afuera, congestionada de carruajes, y adentro, de personalidades y de casi toda la colonia mexicana aquí radicada, o sólo de paso. Con el señorío en ella peculiar, hacía los honores doña Dolores Barron de Rincón, tía del dueño de la casa. Si no hubiese flotado en el ambiente un velo de melancolía, la reunión habría parecido una recepción de gala en Chapultepec...

A las 7.45, rumbo a nuestros penates de Bruselas.

22 DE JUNIO—Reanudo en la legación mi vida incolora desde hace tres meses. Un prodigio, sin embargo: escribí unos renglones de mi novela próxima, "La Llaga", interrumpida en México el mes de abril del año pasado.

23 DE JUNIO—Sigo sobre "La Llaga", muy poco a poco; pero si así continuara, con método y constancia, quizá le pondría término antes de un año y trataría de dar comienzo a los tres tomos de que habrá de componerse, si Dios me ayuda, mi ensayo sobre historia nacional: "La Confesión de un Palacio", que de mucho tiempo atrás viene atenaceándome por dentro. Y ahuyentaría las murrias de la ausencia y el destierro. Aquí que ni de molde lo que Alfredo de Vigny, soldado primero, embajador de Napoleón III luego, y escritor y poeta de fuste siempre, escribía al ministro Turgot:

—"Les diplomates ne savent pas tout. Ce "sont des brillants exilés. Les affaires étrangé"res les rendent étrangéres. Assurément, c'est "une chose utile et belle qu'un pont suspendu, "mais en touchant les deux rives il n'habite ni sa "terre ni la rive opposée. Il n'a des fondations et "des racines ni dans l'une ni dans l'autre nation "et voit éternellement passer des indifférents "qu'il me reverra plus..."

27 DE JUNIO—Como si firmara mi propio cautiverio, así firmé hoy el contrato de arrendamiento de la casa que fué legación de Suecia, número 38 de la calle de José II, y que a partir del 15 de agosto venidero será la legación de México. El contrato es por ¡9 años! salvo caso de salir de ella antes, en que dejaré la camisa inclusive. Hay que ver estos contratos, no son leoninos nada más, no, son toda una casa de fieras.

2 DE JULIO—Llegáronme de París los 100 francos que me paga "Mundial" por mi colaboración literaria. A pesar de que no me hacen falta ninguna, me recreo mirándolos. ¡No hay dinero más sabroso que el que se gana con el cerebro!

También me llegó carta que me acarrea auras de vanidad. Los libreros Boyveau y Chevillet, establecidos en la calle de la Bolsa, número 22, "para complacer a un su cliente" pídenme les indique dónde podrán hacerse con sendos ejemplares de MI DIARIO, SANTA, METAMORFOSIS y RECONQUISTA...

Mientras más voy conociendo Bélgica, **le paradis des diplomates** al decir de los componentes de "la Carrera", más le descubro los defectos e imperfecciones que la adornan como a cualquier país del mundo. Y mientras más vivo en Europa ¡ay, con cuánto esfuerzo lo confieso! mayor inferioridad le encuentro, en lo material de la vida exclusivamente, si se la compara a los Estados Unidos.

4 DE JULIO—Ayer en la tarde puse punto final al primer capítulo de LA LLAGA. Puedo decir que lo escribí en nueve días de labor continua. Si esto no me alivia de mis males físicos, será que carecen de humano remedio.

Una "Compañía Mexicana de Publicidad", de la que allá nunca tuve noticia, me pide uno o varios libros míos, LA LLAGA entre otros, prometiéndome un tiro no menor de 10,000 ejemplares para cada uno, y ganancias en relación con dicho tiro. Rehusé desde luego, pues la escritura pública que me liga a Eusebio Gómez de la Puente me lo impide. Les indiqué, en respuesta, que con él se entiendan.

5 DE JULIO—De banquete en la legación de los Estados Unidos, a las 8 de la noche. Más de cuarenta comensales. Estas comidas diplomáticas son todavía más aburridas que los tés ídem, porque el fatal aburrimiento se prolonga más. Todas, mutatis mutandis, están cortadas por la misma tijera y han de haber sido las inspirado-

ras del título que dió Eduardo Pailleron a una de sus comedias, "**Le monde oú l'on s'ennuie**", triunfalmente estrenada en la Comedia Francesa. El verdadero mundo en que el fastidio abunda lo representan estas reuniones cosmopolitas en que hay que hacer madrigales poliglotas y manidos, comer peor o mejor, estar mucho de pie y no sacar en definitiva cosa alguna que valga la pena.

Entre los invitados, esta vez, Mrs. Schwab, cónyuge del "rey del acero", una vulgaridad endiamantada. Con mi vecina de la derecha, en la mesa, hablamos de la doctrina Monroe (¡¡¡), y con la de mi izquierda, de condecoraciones. Conocí al nuevo ministro chileno que va a México y que viene del Japón.

Salí de la comida, igual que siempre salgo de ellas y de los tés: cual si hubiese caminado leguas en páramo sin término.

9 DE JULIO—"**Le Figaro**" de ayer, y algún otro cotidiano de aquí, traen la estupenda noticia de haberse comprobado plena y materialmente al poner a flote lo que queda del acorazado trágico, que la voladura en la Habana de aquel "**Maine**" de funesta recordación, la noche del 15 de febrero de 1898, determinante de la guerra hispano-yanqui, y causa de que los Estados Unidos se recetaran para su regalo Cuba, Puerto Rico y las Filipinas, fué voladura exclusivamente accidental..., debida—reza el informe técnico del general Bixby—a la combustión **espontánea** de los explosivos a bordo. Catástrofe que el propio técnico iguala a la del buque japonés "Mikado", en 1905, a la del brasileño "Aquidaban", en 1906, a la del francés "Iéna", en 1907, y a la del otro japonés "Matsushima", en 1908. Y agrega "**Le Figaro**", que tanto se señaló con sus alabanzas a Roosevelt: "Probado hoy que la guerra hispanoamericana **(sic)** fué declarada sin causa, ¿irán a des-

hacerse las resultas, o a indemnizar a España cuando menos? Es dudoso".

¿Cuándo los yanquis, esto lo pregunto yo, en eso dignos hijos de tales padres, los ingleses, devolvieron nunca lo mal habido, así demuéstreseles que lo mal hubieron?... Para responder, henos aquí a nosotros en 1847, a Colombia en 1904-5, y en el orden individual, averigüe Vargas cuántos no serán los desposeídos y quejosos. No, no es dudoso sino indudable que seguirán en posesión del botín, que más bien se antoja bota federica, y de que el universo mundo persistirá en alabarlos y prosternarse ante sus biceps y sus dólares.

10 DE JULIO—Despaché a Angel Guimerá, en Barcelona, "La Venganza de la Gleba", que bondadosamente me ofreció traducirla, si la hallaba apropiada para el público de Cataluña, que algo difiere del gusto español.

Estuvo a visitarnos, en casa, un buen amigo de Guatemala, el general don Salvador Toledo, a los diez años de habernos visto en su país. Los centroamericanos, igual que nosotros en tiempos ya remotos, en términos generales tienen el virus de la conspiración y la rebeldía en la masa de la sangre. Justo es reconocerles, sin embargo, que en la mayoría de los casos les asiste la razón. ¡Así de intolerables han sido sus gobernantes!

16 DE JULIO—A Amberes, como delegado de mi gobierno al Congreso Internacional de Obras de Patronato. Somos pocos los que viajamos en primera clase. En Europa, excepto rastacueros, millonarios o títulos nobiliarios con posibles, nadie viaja sino en segunda y en tercera, en Alemania hasta en cuarta. Nos distrajo a todos, la presencia de linda criatura con aspecto de actriz y unos "bajos" admirables que mostraba como quien no quiere la cosa.

Vagabundeo la tarde entera por esta ciudad suntuosa y francamente flamenca. ¡Lástima grande que el aire que se respira en ella, en algunos rumbos más que en otros, huela y no a ámbar! Dicen que es defecto de sus cloacas. De pronto, no recuerdo en qué calle, me sorprendió el nombre de honrado mercader en vinos y licores: "Tiberghien"... Así era el nombre del autor de la lógica que cursé en la Preparatoria con don José Ma. Vigil como catedrático insigne. Y pensé para mí, frente a la coincidencia de los dos nombres y de que aquél y éste sean conterráneos, que tal es la lógica de la vida: unos, escriben acerca de ella, y otros, aunque se llaman lo mismo, venden licores y vinos al mayoreo.

Tachan a Amberes de opulenta y desdeñosa. Algo se nota, en efecto, de ese desdén, mediado de orgullo; pero es lo cierto que sus hijos no carecen de razón. Este gran puerto del Escalda goza de situación geográfica privilegiada de veras; aprovechándola e intensificándola a fuerza de trabajo y de cerebro, compite ventajosamente y en determinados aspectos los supera, con sus rivales y competidores, Hamburgo y el propio Londres, Rotterdam y Marsella. Génova y otros menores. Amberes está considerado como el muelle de Europa, por donde le viene el título de "puerto amado de Neptuno" y de metrópoli comercial del Reino, que mucho escuece a los de las demás provincias, que le ha valido un **calembour** malo: **"L'Anversois est bon envers soi"**, y este otro no mejor: **"Anvers et contre tous"**. Amberes, sin embargo, se encoge de hombros ante esa reputación de egoísmo local y no protesta ni se amohina. Vale la pena estampar aquí la leyenda de un extremo simbolismo, acerca de sus orígenes:

En tiempos muy remotos, un tremendo gigante, Druon Antigon, sentó sus reales a las ori-

llas del Escalda, un pie sobre cada una de ellas, donde atisbaba el paso de las embarcaciones que remontaban el curso del río, y a las que apresaba entre sus manos enormes. Si los desventurados viajantes pagaban el rescate que les imponía, sin estropearlo demasiado ponía de nuevo al esquife sobre las aguas. Pero si el patrón era muy pobre o muy avaro, le cortaba la mano derecha después de haberle destrozado su navío. El cruel gigante estaba despoblando la rica comarca cuando Dios suscitó un héroe que lo combatiera, un tal Salvio Brabo, esposo de Juliana, la hermana de Octavio, y prima de Julio César. A singular combate provocó Salvio a Antigon, y habiéndolo vencido lo hizo sufrir la pena del talión, le cortó su mano derecha y la arrojó al Escalda. Libertado el río por la proeza de Salvio, el castillo de Antigon se convirtió en el núcleo de la villa.

La peregrina historia está perpetuada en el monumento un tanto confuso y desconcertante, pero lleno de vida, que se levanta a los medios de la plaza en que se yergue el **Hotel de Ville**, y que se debe al escultor Jef Lambaux. Y de la leyenda preténdese que viene el nombre de la ciudad-puerto: **Antwerpen**, **Handwerpen**, que en flamenco significa, arrojar la mano. Por eso yace en el suelo y separada del monumento conmemorativo, una mano derecha que empapan los hilos de agua que del propio monumento se derraman sobre las anchuras de la plaza.

La gran época de Amberes, fué bajo Carlos V; y según opinión de Alberto Durero y de Francisco Guicciardini, que por aquel entonces la visitaron, era una de las más bellas ciudades de la cristiandad, el centro más rico y más activo. Bastaron algunos años de guerras y de revoluciones (¡mucho ojo, México mío y sus hermanas de América, mucho ojo con las malditas revoluciones a que somos tan afectos!) para dar al traste con

aquella prosperidad maravillosa. La Reforma, hizo en Amberes rápidos progresos; Lutero, Calvino y demás gente ordinaria, tuvieron muchos partidarios; los iconoclastas allí principiaron con sus excesos, su horrenda destrucción. Mediaba el XVI cuando una turba de energúmenos penetró en su catedral y derribó las imágenes de sus solios y hornacinas, rompió vitrales, laceró pinturas y se entregó a todas las profanaciones imaginables. Fué esa la señal de una despiadada represión y el comienzo de una era de perturbaciones religiosas que habían de prolongarse hasta los primeros años del XVII.

Y con las guerras que aniquilaron, como es sabido, la prosperidad y la civilización de los florecientes Países Bajos, Amberes fué, quizás. la ciudad más implacablemente castigada. A raíz de los iconoclastas, los horrores de la represión; luego, el pillaje y el incendio, que todavía hoy llaman la "furia española": las huestes del siniestro duque de Alba, cansadas de esperar su soldada, se pagaron a lo chino con el saqueo de la ciudad más rica que poseía su moroso deudor el Rey de España. A los pocos años, las bandas voraces del duque de Alenzón, soberano efímero de la tierra neerlandesa en rebeldía, se entregaron también a nuevos saqueos que llamaron "furia francesa", así bautizada por los italianos. igualmente sus víctimas. Luego, caída la ciudad en manos de los rebeldes, sobrevinieron el cerco y la toma por Farnesio, después de la resistencia heroica encabezada por Marnix de Santa Aldegunda. El último golpe, que la dejó despoblada. en ruinas, medio muerta. Así entraron en ella los archiduques Alberto e Isabel que, como soberanos les despachó a los Países Bajos Felipe II. Para remate, el tratado de Wesfalia, subscrito por Alemania, Francia y Suecia para poner término a la guerra de Treinta Años, y que consagró la

clausura del Escalda, la nulificó por completo durante largos tres siglos. El brillo de su fama, no obstante, lo conservaron sus grandes hijos de principios del XVII: Rubens, Van Dyck, Jordaens. ¡Benditos sean los artistas, amén!

La prosperidad de la nueva Amberes, es obra exclusiva de Napoleón, que quiso hacer del puerto flamenco un arma contra Inglaterra.

....

Amparado en la noche, después de buena comida en mi hospedería, me aventuré solo y mi alma por el barrio de lidia de reses bravas, cuyos principales baluartes se llaman hipócritamente cafés de variedades. Estuve en el **Winter Garten** y en el **Palatino.** ¡Qué manada de rubias, que carnaciones, qué manera sobre todo de trasegar **lambic** y otras bebidas de mayor postín!... Deben de ser temibles en el ejercicio de su non sancta profesión.

Me habían agobiado la apertura del congreso, efectuada a las 3 de la tarde, en la sala de fiestas del jardín zoológico, y el banquete suntuoso y kermessiano con que nos regaló a los congresistas el caballero de Koch, filántropo acaudalado y alma de estos patronatos. Su nuera, un Rubens puro, fué el mejor ornato del ágape. La inauguración, concurridísima por gente de calidad, abogados, médicos, altos funcionarios, muchas damas, en cuenta, la princesa de Liéven, la de Urusoff, la señorita de Duazas, dama de honor de la emperatriz de Rusia. El ministro de Justicia, Carton de Wiart,—que es, además, uno de los mejores literatos belgas, autor de **"La Cité ardente"** y de la **"Novela de la vida burguesa",**— pronunció un brillante discurso de apertura de este 5o. Congreso Internacional de Licenciados de Presidio y de Niños Abandonados", cuyos orígenes hay que ir a buscarlos hasta Filadelfia, donde se iniciaron estos patronatos el año de 1776.

Después, Honnorat, delegado de Francia, propuso al afamado criminologista y sociólogo, Ad. Prins, para presidente del actual congreso, candidatura aprobada por unanimidad; y este sabio pronunció muy importante discurso. Al concluir, propuso a su vez que se nombraran dos presidentes honorarios: Carton de Wiart y De Lantsheere, su antecesor en el ministerio de Justicia. Y por último, resultamos vicepresidentes la friolera de dieciséis o dieciocho delegados extranjeros, o sea, casi toda Europa, los Estados Unidos, México y Suramérica.

17 DE JULIO—Sin quehacer en el congreso, despaché por la mañana visitas de interés: la Bolsa, que estaba animadísima; la catedral, que es un monumento por dentro y por fuera. Es, sin disputa, la mayor y más bella iglesia gótica de la Bélgica íntegra; una basílica de siete naves, con ambulatorio. A pesar de la riqueza de su ornamentación, de las telas soberanas de Rubens: la Crucifixión y el formidable Descendimiento, en que diríase que el genial pintor agotó la suntuosidad de su pincel; a pesar de la sencillez de sus elevadas naves, el conjunto resulta de una severidad imponente. La torre exterior, de 125 metros de altura, creeríasela pieza de orfebre antes que de albañiles. Requiere esfuerzo imaginar la riqueza y la esbeltez de esa flecha que se pierde en el azul del cielo, y que rivaliza con la encantadora torre de la Casa de Ayuntamiento de Bruselas. Esta joya arquitectónica es hija de varios padres y fué comenzada a mediados del XVI por Juan Appelmans, de Boulogne, continuada por su hijo, hasta 1434, y seguida a su muerte por Herman de Waghmaekere y Rombout Keldermans, que substituyeron con su iniciativa el pensamiento original del creador del monumento. Los que entienden del gótico, censuran tal innovación, los

profanos como yo aplaudimos el cambio, que va de los cimientos hasta la galería del cuadrante, y el gótico florido del coronamiento, obra de los innovadores. Esa sucesión de estilos se armoniza al punto de prestar a Nuestra Señora de Amberes la vida profunda que respira, en el preciso corazón de la ciudad vieja, nido de apacibles callejas flamencas. Da Nuestra Señora protectora sombra al mentado "Pozo" de Quentin Metsys, que se carga su leyenda: perdidamente enamorado de la hija de un rico burgués que se perecía por el arte, se opuso a las nupcias que aquél anhelaba:—"Con un artista, pase, pero darle mi hija a un herrero!..." Picado en su amor propio y aguijoneado por los lindos ojos de la doncella, Metsys le propuso como precio a su consentimiento, la ejecución de una legítima obra de arte, una obra maestra por medio del fuego. Consintió el burgués, y el artista, inspirado por la pasión, forjó el pozo que se alza en la calle del Mercado de los Guantes, que es, en efecto, pura obra de arte, del arte de la herrería.

Las calles del Amberes viejo abundan en pequeños monumentos votivos, religiosos y hasta satíricos. Así una cierta estatuilla, ornato de la del Mercado de los Huevos, que el pueblo ha bautizado de **Teune** (Antonio) **Koekeloer**, que viene a ser el Pasquino de estos rumbos. Lo que predomina son las madonas, unas, lindamente esculpidas, otras, muñecas bastas revestidas a la manera española y flamenca, a las que el pueblo profesa particular devoción; pues aunque en términos generales el pueblo es levantisco, zumbón, rudo y sensual, según lo afirman sus conocedores y según se echa de ver a las primeras de cambio, finca su orgullo en que su culto religioso se subraye con lujo y con riqueza. Nuestra Señora, por ejemplo, que con los estupendos lienzos de Rubens, sus altares, sus tallas, sus vitrales, da la impre-

sión de suntuosidad, resulta sobria si se la compara a San Pablo, a San Andrés o a San Carlos Borromeo, que le dicen iglesia de los jesuítas. Sin pormenorizar los interiores de cada una de ellas, lo de admirar en las afueras de San Pablo, es su Calvario, colmado de figuras de piedra, tamaño natural, en posturas y actitudes que llegan al amaneramiento...

Al fin llegué a lo que tanto anhelaba conocer, el Museo Plantin, que con sincera devoción recorrí paso a paso en esta mi primer visita, pues propongo repetirla cada vez que vuelva yo a Amberes. Desde luego, contrasta con la ostentación de templos y otros monumentos, la atmósfera de estudio y recogimiento que en él se respira. Aquí estuvieron la vivienda y la famosísima imprenta de Cristóbal Plantin, uno de los grandes impresores del XVI, y no obstante las adaptaciones que a su zaga llevaron a cabo sus yernos y sucesores, los Moretus, la casa venerable guarda la disposición original que le diera en 1576 aquel turenés talentoso que a los Países Bajos importó su amor por las ediciones bellas, los libros preciosos, y que dió impulsión extraordinario al arte del grabado. A él se le debe la escuela de grabadores que dirigió el mismo Rubens. Cedido el inmueble a la ciudad por un descendiente de la familia Moretu, la casa conserva el mobilario del fundador, su material de imprenta, sus vitrinas henchidas de admirables ediciones y grabados muy raros, sus tallados lambrines y, a lo largo de los muros, retratos de los viejos impresores, de los correctores célebres que corrigieron las ediciones filosóficas, y aun de varios de los autores que prestaron brillo al establecimiento. De ellos, muchos son hechos por Rubens, y otros por de Vos, de Govaert y de Pourbus. Opiniones autorizadas aseguran que, al parecer, nada ha cambiado ahí, y que el Museo Plantin es probablemente la evo-

cación más conmovedora del pasado burgués que puede verse en Europa.

Lo único moderno es la fachada, pero desde que se traspone el zaguán decorado con la brújula heráldica, se da un salto atrás de unos trescientos años. El patio, es sencillamente un encanto: vasto y cuadrado, bordeánlo los edificios de la librería y de la imprenta, cubiertos de vid, que les imprime inolvidable impresión de paz y de sosiego. Las cuatro fachadas, las taladran infinidad de ventanas, unas con persianas de encino, otras, bebiendo con sus vidrios emplomados y convexos, la amarillenta transparencia del ambiente. Mezclan las vides sus pámpanos verdegueantes al color de rosa de los ladrillos, para luego trepar por las columnas, abrazarse a los salientes y dejar que se vea, por instantes, conforme el aire las acerca o las distancia, los "cartuchos" historiados que ostentan la divisa de la casa: **Labor et constancia.**

En el interior, luz apacible y suave tiñe las cosas. En la biblioteca míranse los libros alineados en sus plúteos, incontables volúmenes empastados en pergamino amarillento. Luego, la cámara obscura, que atesora, hasta la fecha, grabados de maravilla ejecutados bajo la dirección del mismísimo Rubens, y la **única** plancha que supo del punzón del maestro.

En otras vitrinas, se destacan las afamadas Biblias plantinianas cuyas páginas, una a una, son otras tantas obras de arte, realzadas con los magníficos dibujos de sus frontispicios y de sus ilustraciones. Muy apartado y tapizado con cuero de Córdoba, enano y estrecho, el gabinete de Justo Lipso, reputado filósofo y literato belga del XVI. Y lo que en opinión de un escritor francés más vivamente impresiona a los hombres de letras, así muchos seamos medianías **ad perpetuam,** es el taller de la imprenta, amplia sala en-

jalbegada en que se yerguen las vetustas prensas de brazo, de donde salieron las nunca superadas ediciones del XVI y del XVII. A la derecha, las "cajas", todavía llenas de tipos de entonces y, algunas, aun con sus respetables "compositores" supervivientes a pesar del tiempo y sus estragos, que manejaron los tipógrafos de antaño. Todo, inmutable y viviente.

El conservador encargado de su custodia, ha tenido el plausible acuerdo de no alterar nada, se ha rehusado a modernizar, a clasificar, a reconstituir principalmente. Al despedirnos, me dice:

—"Si una noche de estas se le ocurriese a "Christophe Plantin, o a cualquiera de los More-"tus venir en espíritu, volverían a sentirse **en su "casa."**

Contra mi deseo, salí volado de ese templo de la tipografía, pues tengo invitados a almorzar en otro templo, pero gastronómico, el **"Rocher de Cancale,"** al ministro de Chile, Hunneus, y al de Cuba.

Vespertino y encantador **garden-party**, en el castillo del gobernador de la Provincia. Persiste la rubia y deliciosa hija del señor Koch, en ser el punto de mira de todos los masculinos. ¡Vaya un Rubens!...

18 DE JULIO—Primera visita al museo de Bellas Artes de la localidad. ¡Cómo lo esmaltan y magnifican los Rubens y los Van Dycks! A la salida, adquirí una auténtica lámpara Renacimiento, de cobre.

Al medio día, memorable paseo ofrecido a los congresistas por esta inagotable fuente de riqueza para Amberes, que se llama el Escalda, río anchuroso y gigantesco de Francia y de Bélgica, largo de 400 kilómetros, que en Bélgica riega a Tournai, Oudenarde cerca de Gante, Termonde,

Rupelmonde y Amberes, y cuya actividad ha ido en aumento a partir de 1863, en que definitivamente se declaró de libre curso por las Potencias interesadas en su correr. Aquí, en Amberes, alcanza una profundidad media de 10 metros, lo que le hace accesible a los navíos de alto tonelaje. Declarados nosotros huéspedes del Estado, nos embarcaron a bordo de la **mala** "Princesa Clementina", uno de los barcos que van y vienen de Bélgica a Inglaterra. Salimos a las 12.30, del pontón del Canal del Azúcar y, a todo vapor, llegamos hasta más allá de Hansweert, por un lado, y hasta Hoboken por el otro.

Exquisito paseo favorecido con un tiempo delicioso, bajo un cielo manchado de azul y de gris, que a dúo pusieron de resalto todo el encanto meláncolico del gran río. Se nos obsequió con abundante **luncheon** muy acompañado de caldos sin defecto, y el señor Koch, en términos impregnados de cordial cortesía mencionó al presidente del consejo, M. Broque, y nos ofreció el ágape a las damas y a nosotros los extranjeros. Por mis negras desdichas, se me designó a mí para agradecer el homenaje que se nos dispensaba y ¡Dios y mi mujer me lo perdonen! mi respuesta se inspiró en la rubensiana hija de tan gentil anfitrión, que iba con nosotros.

La excursión se prolongó hasta las 6 de una tarde imperial, en que la "Princesa Clementina" nos depositó sanos, salvos y harto agradecidos, en el pontón de donde habíamos salido.

Decididamente, tienen razón los que opinan que este pueblo es sensual por esencia, y por herencia añadiría yo. Dígalo, si no, y entre otros mil artistas, el altísimo Juan Pablo Rubens, que en tantas de sus telas dió eterna vida a las rubias bellezas, sus conterráneas inspiradoras, cuyas carnaciones,—algunas por desgracia exúberas en demasía,—son hoy aún, pasmo y asombro de quie-

nes las contemplan; pintor genial que produjo con sus pinceles privilegiados, "los grandes dramas del Gólgota, obsesionado por los esplendores del Olimpo."

Esta sensualidad característica, de muy antiguo le viene al belga en su comer, en su beber y en sus etcéteras. Georges Eekhoud, escritor de mucho talento, en su bien documentado libro: "Los Libertinos de Amberes — Leyenda e Historia de los Loístas", apoda a Amberes "centro de libertinaje, de anarquismo erótico"; nos afirma que su catolicismo es sólo de aparato, pues "nunca cesó de fomentar las heterodoxias", y su historia,—que él conoce al dedillo,—"es cadena casi continua de agitadores, heresiarcas, sacerdotes renegados que predican las libertades de la carne al mismo tiempo que las del espíritu, la reconciliación de los cuerpos y de las almas, la cruzada en contra de las declaraciones bíblicas; unos verdaderos profetas libertinos."

De su curioso libro reproduciré aquí, nada más, lo que nos cuenta de la **Joyeuse Entrée de** Carlos V como emperador, el 25 de septiembre de 1521. Y que Eekhoud se quede con sus cargos y sus juicios, y los "amberesianos" se encarguen de protestar y desmentirlo. La narración que sigue, no es precisamente original suya, la tomó en la "Memoranda" del célebre pintor alemán Alberto Durero, testigo presencial del sucedido:

—"...de lo alto de una tribuna, Durero vió "cómo avanzaba el soberano escoltado por qui- "nientos caballeros, todos uniformemente vesti- "dos de terciopelos y sedas, todos jóvenes de al- "tanero semblante, que representaban lo mejor- "cito de la población..." Lo culminante del fes- "tejo imperial consistió en: "una exhibición inau- "dita y sin ejemplo desde la poco vergonzosa an- "tigüedad. Una teoría de doncellas casi desnudas

"se acercó al encuentro del nuevo César, rodeán-
"dolo y puede decirse que divinizándolo, al modo
"de ninfas y nereidas de un Triunfo mitológi-
"co..."

Las crónicas comadreras se ocupan apenas en esa apoteosis de fisonomía excepcional, y menos las creeríamos si la narración viniese de labios indígenas; pero nos la proporciona un espectador eminentemente veraz, de grave carácter y más bien inclinado a cierto rigorismo sectario. Alberto Durero presenció esa "soberbia floración de carne femenina rosada y blonda" que debió de ser espléndida puesto que, lejos de escandalizarlo o de alarmarlo siquiera, lo fascinó en su temperamento artístico y no quiso dispensarse ¡al contrario!, de puntualizársela a su corresponsal, todavía más casto que él mismo, un protestante puro, aquel profundo teólogo Melanchton, **alter ego** de **Lutero**: "...las más bellas doncellas, muy parca-
"mente ceñida la cadera con gasa transparente
"acudieron, pues, a dar la bienvenida a su joven
"emperador, (quien, al decir un mucho irónico de
"Durero), bajó púdicamente los ojos al pasar fren-
"te a ellas..."

Tal inauguración de Carlos V,—continúa Eekhoud,—fué la última apoteosis de la carne. Con aquel cortejo de vírgenes desnudas, patricias y plebeyas, que en ondas lácteas como el propio elemento de Afrodita cercaron al imperial caballero, acabó en Amberes el Renacimiento pagano. La suprema pompa mitológica encerraba, a la vez, una sorda fermentación protestante y una sombría reacción católica. La era de la intolerancia iba a comenzar entre los sensuales "Hijos de Priapo". En lugar de que la carne torne a ser exaltada, los **reformados** la flagelarán, y la abrasarán los católicos. Y concluye Eekhoud:

—"¡Ah! no sin razón el Habsburgo bajó sus "ojos ante el desfile de la belleza en flor. Más que "pudor era remordimiento. Esa carne deslumbra- "dora no asoció en su pensamiento las voluptuo- "sidades de la fecundidad o del deleite, antes le "reprochó no únicamente su continencia feroz, si- "no, asimismo, atroces hecatombes próximas. En "el príncipe pudibundo iba a predominar el ver- "dugo sobre el libertino... Aquel propio año de "1521, el hijo de Juana la Loca había iniciado su "advenimiento al Sacro Imperio con un edicto "contra la herejía, desde Worms, asiento de la "Dieta. Decreto imperial en que se incluía a los "Países Bajos..."

Yo me pregunté, en la soledad de mi cuarto inexpresivo de hotel a la moda, a punto de extinguir el foquillo de la mesa de noche, si el recuerdo de esas esplendorosas desnudeces de tentación y maravilla, no perturbarían más de una vez la memoria del magnate, ya en la vejez, circundado de austeridad y sepultado vivo en el monasterio de Yuste, donde acabó sus días?

19 DE JULIO—Volví al museo de Bellas Artes, a extasiarme sobre todo en dos o tres cuadros; y a la salida, segunda visita a la catedral que es, en su género, otro museo dignísimo de admiración por de fuera, por de dentro y por lo que encierra. Me aguardaba ahí un desengaño: de las 12 a las 4 de la tarde, el soberbio templo se cierra al culto y se abre al tráfico; un flamenco mal encarado me ofreció ¡en inglés!: **"Tickets..."**.

Y hasta que hube pagado el importe, me franqueó el ingreso. Ya dentro, al pronto creí que predicaban a voces en alguno de los púlpitos; y no, era un fementido **cicerone** que explicaba a boquiabierto grupo de turistas anglosajones, los cuadros de Rubens!...

Por último, estuve luego a conocer el **Steen**, siniestra fortaleza que data del siglo XII, y que

por milagro escapó a la devastación universal de las guerras en que ha sido más actor que testigo. Vecino al Escalda se alza su airosa silueta sobre diminuta eminencia del terreno que lo aisla y eleva. Ahí era donde,—según lo pormenoriza el gran novelista belga Camilo Lemonnier en su monumental obra **"La Belgique"**,—bajo los duques de Brabante, y sus sucesores los duques de Borgoña se encerraba a los criminales de orden común. Más tarde, Carlos V, y sobre todo Felipe II su hijo, representado éste por el duque de Alba, lo destinaron a cárcel de los herejes, los iconoclastas, los famosos **gueux** levantados en armas contra el "Rey prudente", en todos los Países Bajos, y en general, los patriotas enemigos irreconciliables de Roma y de Madrid. Epoca sombría, aquella, durante la cual resonaron dentro de sus calabozos, continuamente, los lamentos de los prisioneros sin ventura a quienes antes de librarlos al "brazo secular" se les aplicaba el tormento.

El **Steen** ha sido objeto, no de una restauración de sobra bien merecida, sino de remiendos inconsultos que le han alterado su carácter original y primitivo. Hásele añadido una construcción lateral de pésimo gusto, y una rampa decorada con dos leones dudosos. Lejos de evocar lo que fuera, terrible inquisición, su señorial fachada, su viviendilla exornada de deshilados en la piedra que aspiran a gótico florido, deberían despertar "pensamientos azules y risueños, si el testimonio de la historia no desmintiera este engañoso prestigio."

Para que resulte irrecusable aquel testimonio, a unos cuantos pasos veíase un Calvario de piedra, a cuyo frente el condenado a la hoguera,—que en procesión era llevado al suplicio,—borbotaba sus preces postreras antes de que lo arrastraran a la Gran Plaza en que se llevaba a cabo "el auto de fe".

En la actualidad es un museo de horrores, y sus subterráneos ponen de punta los pelos.

A las 8 de la noche, regresé a Bruselas.

20 DE JUNIO—Germán Bülle, nombrado aquí primer secretario de la legación, acaba de llegar de Wáshington, donde era segundo de embajada. En nuestra charla de hoy lo acoso a preguntas, por venir de los EE. UU., país que en términos generales está mejor informado que nosotros mismos de lo que nos ocurre, y me contó varias cosas de importancia suma. De entre ellas, tres sensacionales:

I.—Que Creel me sacó de la subsecretaría de Relaciones, porque con esa medida "dió un martillazo" (sic.), a la conspiración urdida en su contra y sin duda por mí acaudillada!... Que así se lo dijo Creel a Carlos Pereyra, de quien Germán tiene la noticia.

II—Que en la opinión pública de Wáshington corre muy válido el rumor de que para el logro de la revolución de Madero, terció dinero yanqui, unos 600.000 dólares; y que en Nueva York, los vales de los rebeldes se cotizaban a vil precio.

III—Que Guatemala coadyuvó al derrocamiento del General Díaz, pues un cargamento de ametralladoras, rotulado en sus envases para aquella república centroamericana, fué desembarcado en Acapulco.

De otra parte, mucho me desazona un telegrama de "Le Matin" de París, según el cual mi hermano José María habría lanzado una acusación contra Pancho de la Barra y su gabinete, por ciertos asesinatos de extranjeros en la ciudad de Puebla... Voy a estar sobre ascuas mientras me llega la confirmación o la rectificación.

Y para remate del día, una prueba incontrastable de la infinita blague yanqui: soy miembro años ha de la Sociedad Geográfica Nacional, de

Wáshington; le comuniqué por escrito mi dirección actual, y hoy llegó a mis manos el número 5 del tomo XXII de su **magazine**, correspondiente al pasado mes de mayo, con la dirección así concebida:

"Mr. Federico Gamboa.
"rue de Toulouse, 36,
"Bruxelles, Mexico City, México."

Despampanante, para ser de una asociación **geográfica.**

24 DE JULIO—En audiencia privada mi mujer y yo, con S. M. la Reina de los Belgas. Gratísima la impresión que producen su sencillez y su modestia. Su satisfacción al descubrir en el ojal de mi levita la flor que ella ha adoptado y que se vende al público por unos cuantos céntimos, que, sumados, aumentan el fondo de la institución fundada en beneficio de la niñez desvalida y pretuberculosa, que la princesa patrocina.

Hace tres días, que estuvimos de **Te Deum** oficial y solemne en la basílica de Santa Gudule, me ocurrió preguntar a mi colega español Merry del Val,—hermano del cardenal del propio apellido,—si cuando entrase el Rey entraría por la puerta principal del templo, pues a nosotros nos hicieron entrar por puerta lateral, donde tropa formada nos presentó armas y sus tambores redoblaron.

"No,—me dijo Merry,—después que se la abrieron a Carlos V, ni Napoleón quiso entrar por ella."

26 DE JULIO—La Reina Guillermina, llegada hoy de Holanda, nos recibe a los jefes de misión en el palacio de Bruselas, con ceremonial idéntico al empleado hace poco para el Presidente Falliéres.

Buenos fisonomistas son los reyes: sin titubeos me identificaron S. M. neerlandesa y S. A. R. el Príncipe de los Países Bajos.

Hace un calor congoliano.

27 DE JULIO—Con 30 grados centígrado a la sombra, fiesta en el **Hotel de Ville** para obsequiar a los regios visitantes. Asistieron los Reyes. Conmovedor desfile bajo los balcones, de las escuelas de niñas que presentaron a la Reina Guillermina y a la reina Elizabeth, sendas canastas de flores. Luego, brillantísima procesión de los soberanos, sus séquitos y la cauda de invitados, por esta plaza sin par, enjoyada con banderas, tropas, músicas militares y densa muchedumbre de pueblo que los aclamó.

Y a la noche, recepción y círculo de corte en Palacio, a cuyo frente y coronada de antorchas hubo lucida **retraite aux flambeaux**. La Reina Guillermina volverá a sus dominios mañana por la tarde.

A pesar de los esfuerzos oficiales, no ha podido disimularse la muy poca voluntad que mutuamente se tienen belgas y holandeses. Es el recuerdo del viejo y no suave yugo que al fin rompió Bélgica en 1830. Esas cosas no hay nada ni nadie que las borre de la memoria de los pueblos.

29 DE JULIO—Cumplió mi hijo su primera docena de años en este bajo mundo.

Me pasé una hora larga con el Nuncio, en su linda residencia. Es un deleite el trato con estos prelados romanos.

En busca de menos calor nos partimos esta tarde por el ferrocarril hasta Blankenberghe, viejo y primoroso balneario en la actualidad destronado por el mundano y cosmopolita puerto de Ostende. De Blankenberghe, en tranvía eléctri-

co, a Wenduyne-sur-Mer, balneario modesto que sube año tras año, donde probablemente veranearemos nosotros, es viaje de prueba, y por lo pronto tenemos que reclamar sillas para nuestros dos cuartos!... En tranvía también, tiramos hasta Ostende, unos 16 kilómetros.

30 DE JULIO—Al ritmo marcial de tambor acatarrado, presenciamos nosotros desde los balcones de la hostería, la marcha de los asilados de "**La Grand Air**", una de las muchas sociedades caritativas con que se honra esta tierra. Son los asilados niños desvalidos y de salud menguada, a los que gratis se alimenta, viste y educa, y que verano a verano despachan a la playa para que se bañen y respiren ozonos. A la zaga de los hombrecitos, marchan las niñas, y a lo último los estropeados, los inválidos, en pequeños carruajes. La gente se detiene a verlos, flota en la atmósfera un aura de ternura.

Fuimos a misa hasta Ostende, en la catedral (¡) de San Pedro y San Pablo. Paseamos, luego, por la "**digue**" atestada de concurrentes adinerados. Se escuchan lenguas extranjeras. Dejamos atrás **Mariakerke** y no paramos hasta **Middelkerke-Bains**, donde se halla un hospital marítimo. Es de saber que en flamenco **kerke** quiere decir iglesia, y que en esta región playera del Mar del Norte, las **kerkes** abundan algo más que las **capelles** (capillas), nada escasas por cierto.

De regreso en Wenduyne, hemos tomado el aperitivo en el **Cabaret Artistique**, del cual mucho se ufana el pueblecito, aunque no haya de qué.

En busca de casa nos sorprende la noche sin encontrar nada que nos decida, pues en la mayoría de los hoteles la comida es pésima (fenómeno extraordinario en un país en que la gula priva y en que se come a pedir de boca), y sus condiciones sanitarias muy atrasadas.

31 DE JULIO—Furioso temporal de chubasco y rayos el que nos despierta a las 4 de esta madrugada, son las bromas que un día sí y otro también se gasta este mar de cuidado.

Serenado el tiempo, a las 11 nos hemos trasladado a la playa, mi hijo nos ha exigido que presenciemos su baño.

Después de almorzar, en automóvil a Brujas, mi primera visita formal aunque apresurada, a esta vieja ciudad importante y bellísima donde, si Dios me lo concede, habré de dar punto y término a mi novela en preparación LA LLAGA; deseo nacido en Guatemala con la lectura de "El Santo" de Fogazzaro. Divisamos, desde uno de los muchísimos puentes que lo adornan, el poético "Lago de Amor" (el **Minnewater**); echamos un vistazo a los interiores de Nuestra Señora y de la parroquia de San Salvador, y por el camino de hierro regresamos a Bruselas.

5 DE AGOSTO—Porque de pronto no acierto a normar mi conducta en asunto intrascendente en su apariencia, leo y releo la tarjeta—signo de visita de cortesía que en principio hay que corresponder por las propias consonantes,—que en persona dejó en la cancillería un funcionario belga.

"Le Baron Goffinet — Envoyé Extraordinaire "et Ministre Plénipotentiaire — Grand Maitre "de la Maison de — Sa Majesté l'Imperatrice "Douairiére du Mexique".

Consulta telegráfica a México, sería **trop de zéle**; consulta postal, la respuesta mucho tardaría y la correspondencia de la tarjeta es perentoria conforme a los cánones, digo, el protocolo—¡ay, el Protocolo!... Si no devuelvo la visita, aquí incurriré en censuras; y si la pago, allá en mi tierra no bien se enteren, y de enterarse tienen al llegar mi nota relativa a la Secretaría, la jauría jacobina,—no el señor Mariscal cuyo alto criterio y cu-

ya larga experiencia diplomática no han menester de encomio,- alborotará con sus destemplados y artificiales aullidos el cotarro de la prensa, se armará menudo tole tole en el público ocioso, y aun en el Congreso, y lo que es en sí grano de arena se tornará montaña y aun cordillera de escandalito...

¡A Roma por todo! No pagaré la inoportuna tarjeta, y cuando en la corte me tope con Goffinet, si alude a su visita, que es en el fondo una **gaffe**, le afirmaré ¡mentira blanca! que nunca paró en mis manos su cartulina. Y que Relaciones diga la última palabra cuando yo la entere de oficio.

8 DE AGOSTO—Levantados a las 6 de la mañana, la tiramos hasta Ixelles, al convento en que una hermana de Claudio Limón Seguí, amigo de infancia, hoy toma el velo, y mi mujer y yo representaremos a la familia de la profesa. El convento radicaba en París, pero a consecuencia de las recientes dificultades galo-vaticanas, hubo de venir a refugiarse en esta tolerante y civilizada Aglomeración Bruselesa, en severo inmueble ubicado en la calzada de Waterloo, número 412, en Ixelles, muy lejos del centro. La translación aquí de este convento, así como la abundancia de curas, frailes, monjas y órdenes religiosas que se advierte en toda Bélgica, son argumento de peso para nuestros jacobinos que calificarían tal abundancia de signo inequívoco de retroceso y obscurantismo. Sin embargo, este pequeño Reino progresa a ojos vistas y su prosperidad y libertades aumentan incesantemente.

Nos instalan a entrambos lados de la nave, sitio designado para deudos y familiares de las 19 novicias que hoy se desposarán con Jesucristo. Las que ayer lo hicieron llegaban a 20. La dulce e imponente ceremonia celébrase en la capilla del

tercer piso, abrasada de cirios y colgada de flores. Ofició el coadjutor del cardenal de Malinas, primado de Bélgica, pues S. E. el cardenal Mercier, por enfermedad no pudo hacerlo en persona. Acompañan y asisten al oficiante golpe de sacerdotes, de sacristanes y de acólitos. La comunidad, íntegra, está presente. La alocución del coadjutor tuvo sus repetidas alusiones acerbas a la política persecutoria de Francia y de... otros países. Luego, misa de tres PP., y en seguida, la comunión que distribuyeron en dos grupos: las profesas, primero, y la de los fieles, luego; de los segundos, hubo algunos que comulgaron con tal unción y reverencia, que evocaron la de los cristianos de las Catacumbas. Alineadas de hinojos frente al comulgatorio y sosteniendo sendos cirios, el racimo de vírgenes ratificaron en voz alta los tres votos de castidad, obediencia y pobreza ya formulados antes de la misa. Tras de cada novicia había una monja que sostuvo el grueso cirio, para que sin tropiezos las profesas recibieran el anillo de sus místicas nupcias con Nuestro Señor. A una por una fué interrogando el coadjutor:

—"¿Promete usted obediencia, castidad y pobreza?..."

Y en el solemne silencio del templo henchido de fieles, en que sollozos maternales volaban con suavidades de colibríes, la voz cristalina de las adolescentes arrodilladas, resonó firme y clara:

—**"De tout mon coeur, Monseigneur!"**

Y las cabecitas ya engalanadas con blancas tocas, ya mutiladas sus cabelleras sedeñas, fueron doblándose como espigas de trigal cuando la brisa las orea. Y sus labios, nidos de pureza empalidecidos por la honda emoción que las embargaba en aquel instante enternecedor en que para siempre ofrecieron a Dios el holocausto de sus vidas, tempranera y voluntariamente divorciadas del mundo y sus tentaciones, besaron sin ruido el pas-

toral del obispo que iba bendiciéndolas. Al incorporarse, pudimos ver por encima del hábito, que sobre la castidad de su seno, palpitante más que de costumbre, reposaba la Cruz recién impuesta, y que hasta después de muertas ha de ampararlas. Demudadas desfilaron con lentitudes rituales, para ir y besar a toda la comunidad ¡es la Caridad! y al fin, ocuparon sus asientos, de monjas ya, en la sillería sobriamente tallada que luce la capilla. La ceremonia religiosa era concluída.

Acto continuo, al refectorio, donde las Madres nos obsequiaron a los visitantes. Y por último, al locutorio, en que las jóvenes profesas ¡postrer despedida! fueron a reunirse y charlar con sus allegados; ellas, sin mojigaterías ni falsos pudores, radiantes de dicha innegable y sana que había devuelto sus colores a los rostros adolescentes. Ellos, los allegados, conmovidos, con lágrimas rebeldes asomando en muchos ojos viejos, palpándolas y acariciándolas con cierto respeto, con el distanciamiento que las ropas sacerdotales y monjiles establecen entre la gente de iglesia y sus familias. Había un apuesto mozo que portaba uniforme de oficial austriaco, que besaba y besaba las manos de su hermana... Carmen Limón se fué a nosotros, que representábamos a sus parientes del otro lado del mar.

1o. DE AGOSTO—Toda la semana, con terquedad insoportable, temperaturas a la sombra no menores de 38 grados Centígrado. Felizmente, en la grata compañía de Lorenzo Elízaga, de Sofía su esposa y de su hijo "el Chatito", salimos a la tarde para Wenduyne, **villa Chantecler,** a la que llegamos a las 8 de la noche.

Nuestro inquilinato de la rue Belliard llegó a su término, pues a los principios del entrante septiembre, Deo volente, comenzaremos a habitar un **hotel** de la calle de José II, donde quedarán esta-

blecidos la cancillería de la legación y nuestro domicilio particular. Una casa comodísima y nada fea.

15 DE AGOSTO—A misa hasta Ostende. Paseo después por la **digue** congestionada de concurrentes, y en la que saludamos a varios mexicanos, entre ellos, Rafael Chousal, a quien dejé muy grave del corazón en México y que ahora viene de una cura en Nauheim bastante recuperado.

Frío y aburrimiento. Regresamos tarde a nuestra **villa**, en la que es de todo punto indispensable que siquiera termine el capítulo II de LA LLAGA.

16 DE AGOSTO—El mentir de las estrellas, o consuelo para los que anhelamos vivir lo más que se pueda. En **"Le Figaro"** de anteayer, un señor Alphonse Berget asegura que la ancianidad de esta tierra empecatada apenas si llega a 1.000.000,000 de años, y que su supervivencia **probable** será de 6.000.000.000 de años, unos 60,000 siglos como quien dice. Hay, pues, paño de que cortar, vivamos tranquilos.

18 DE AGOSTO—Todas las mañanas, al despertar y abrir la ventana de mi cuarto, diviso en la azul lejanía del horizonte las torres de Brujas, su célebre y airoso **beffroi** principalmente.

19 DE AGOSTO—Segunda caminata esta tarde, por la playa. Fuí a pie, de Wenduyne a Blankenberghe, un poco más de 3 kilómetros. Lindo ejercicio y saludable saturación de ozonos.

23 DE AGOSTO—-No se han interrumpido mis cotidianas y vespertinas caminatas playeras a Le Coq o Blankerberghe, indistintamente.

24 DE AGOSTO—Estuve en Bruselas, a despachar el correo para Relaciones, y me enteré de que el lunes 21 desapareció del Louvre, nada menos que la magistral "Gioconda" de Leonardo!.. ¡Llorad latinos! No tanto por la substracción o momentánea pérdida de joya tan valiosa que de aparecer tiene,—pues si la destruyen, el troglodítico ladrón no obtiene un céntimo, o adondequiera que vaya, será identificada y rescatada,—cuanto por lo que el incalificable latrocinio significa: un descuido sin nombre que resulta en desdoro de mi amado París ¡último baluarte de la raza!, y de la pobre Francia íntegra, de algún tiempo acá en manos de autoridades que tan poco valen y de politicastros que valen menos todavía... Y conste que el afamado cuadro que he visto y revisto porción de veces, nunca me entusiasmó mayormente.

25 DE AGOSTO—Engreído con mi mejoría progresiva, hoy me propasé en mi diario ejercicio: a pie realicé la ida y vuelta a Blankenberghe. Hoffmannesca silueta la de un cojo que a la orilla del mar iba precediéndome unos 200 metros, con movimientos tan descompasados, que a la distancia parecía un disforme crustáceo que no pudiera volver a su elemento, a pesar de sus desesperados esfuerzos que el crepúsculo mortecino, a gran priesa echándose sobre el agua y la costa, constribuía a esfumarle su fisonomía de humano.

26 DE AGOSTO—Tengo que confesarlo: Brujas, me atrae lo indecible. Allá me fuí, a solazarme en su aspecto exterior. Me recree un buen espacio, apoyado al barandal de uno de los puentes que lo cercan, en su hechicero Lago de Amor, estremecido de frio bajo la neblina; entré y salí de su **Beguinage**, cuando las beguinas con su uniforme de semi monjas, salían de sus oraciones de la tarde; pisé su **beffroi**, sin subir sus empinadas escaleras; y todavía me alcanzó el crepúsculo para

ir en automóvil hasta Nieuport, en cuya vetusta iglesia pude copiar esta inscripción tumular sin escultura yacente:

Bajo un escudo de armas borroso, se lee:—
"Sepultura — Iaze baxo esta losa fría — Don An-
"tonio de Briñas — Natural de Salinillas — Pro-
"vincia de Alaba Caualllero de la Orden de Santia-
"go — que haviendo seruido a Su Magd. Cató-
"lica el espacio de XXV años — con grande apro-
"bación — pagó la común pensión de la mortali-
"dad siendo Sargento — Mayor desta villa y puer-
"to — de Nieuporte en VI de julio de M. D. C. L.
"XXXXII (sigue algo ilegible) — R. I. P."

¡Ah, España, la vieja dominadora del mundo, que por doquiera dejaste el sello de tu brazo!

29 DE AGOSTO—Al atardecer terminé el capítulo II de LA LLAGA, con el parto de una rata que, de fijo, me acarreará diatribas.

31 DE AGOSTO—Regresamos a Bruselas, y hoy hemos inaugurado nuestra instalación en la casa de la calle de Joeph II, número 38. De la playa trajimos un dato familiar de exclusiva importancia para nosotros únicamente: nuestras alturas respectivas. Mi hijo mide, 1. m. 40 cm.; mi mujer 1 m. 60, y este cura, 1 m.68

3 DE SEPTBRE.—Quise asistir a la misa que domingo a domingo se dice a la tropa en nuestro vecino templo de San José, Plaza de Frére-Orban, y el espectáculo me recompensó con largueza mi diminuta desmañanada. Los soldados, con armas, casi llenaban la iglesia; el Prefacio, lo entonaron ellos en muy correcto orfeón, y cuando la Elevación, puesta una rodilla en tierra, humilladas sus armas, las cornetas dejaron oir la marcha de honor.

Por el tren de las 12.33 partí solo hacia El Haya, como delegado de mi gobierno a la 13a. sesión del Congreso Internacional de Estadística, cuya solemne apertura será al medio día de mañana.

Curioso el hecho, dado lo flemático del carácter holandés: en el teatro Apolo, donde esta noche había cinematógrafo y variedades, los espectadores, entusiasmados con las películas, se entregaron a grandes y ruidosas manifestaciones.

En la soledad de mi cuarto, junto al calorífero, mis pensamientos se me fueron a México, del que me llegan menos noticias de las que yo quisiera tener. Y no sé lo que preferiría, si estar allá o que aquí me dejen, lejos de lo que esté ocurriendo y de lo que pueda ocurrir luego...

4 DE SEPTBRE.—Solemne apertura del congreso bajo la presidencia honoraria del Príncipe Enrique, quien por cierto truncó la sesión, levantándose cuando aun faltaba un discurso.

A la tarde, recepción en la **kurhaus** de Scheveningue que a los congresistas nos ofrecieron el alcalde y los concejales de El Haya. La alocución del alcalde, que no iba mal, me la echó a perder el oprobioso pantalón a cuadros que portaba. Le contesto el senador romano Bodio, celebridad mundial en estadística y presidente del congreso. Contra lo que prometía su origen y su no usurpada celebridad, resultó pobre de conceptos y más pobre en la dicción.

Y a la noche, de las 9 a las 11, otra recepción en el palacio real de El Haya, ofrecida por S. A. el Príncipe Consorte. Estos congresos internacionales presentan dos características: que más o menos todos son idénticos cuanto a la forma de sus sesiones y obsequios, y perfectamente negativos o contraproducentes cuanto a sus resultados.

5 DE SEPTBRE.—Concierto y banquete nocturnos en la **kurhaus** de Scheveningue. El burgomaestre, a cuya diestra sentáronme en la concurrídisima y bien servida mesa, a la hora comunicativa de los postres, **sotto voce** confíame sus temores frente a los negros nubarrones que se acumulan en el cielo internacional como siniestros presagios de una guerra europea, y tiembla por lo que a su Holanda pueda ocurrirle con "esa Alemania preparada y armada hasta los dientes" (sic)

6 DE SEPTBRE.—Nos llevaron a Rotterdam y nos regalaron a bordo de navecilla de vapor empavesada y rápida, con esplendoroso paseo náutico por el río Mosa y el río Rotter, cuya confluencia se consuma en este magnífico puerto, patria de Erasmo, que cuenta con medio millón de habitantes, segunda ciudad de los Países Bajos y uno de los primeros puertos de la Europa occidental. ¿Su historia?... Que responda por mí el bondadoso funcionario que fragmentariamente fué narrándomela. Arranca del siglo IV, en que un puñado de pescadores y agricultores vino a establecerse al borde ribereño de las estancadas aguas del Rotter, muy cerca del Mosa; con lo que nació un villorrio, a poco andar villa del Dam (esclusa) del Rotter, la Rotterdam del siglo XIII. Continuos y regulares eran sus progresos económicos, y cuando en 1573, después de la invasión española, se pasó a la Reforma de Juan Hus, que acaudilló Lutero, Rotterdam se convirtió en el puerto de la insurrección y en centro de muy importante tráfico, donde imperaron entrambas libertades esenciales: la comercial y la religiosa: doble imán que atrajo a golpe de mercaderes y perseguidos de otras regiones próximas y aun relativamente remotas.

De entonces acá, ha sufrido porción de altas y bajas, hasta que a partir de 1870 las primeras han

determinado su desenvolvimiento económico, hoy manifiesto e indudable. Es terminal del Rhin, fácil salida de la Westfalia, de las Provincias Rhenanas, del Palatinado, de Alsacia y del Gran Ducado de Baden...

Hasta Vlaardingen se extendió nuestra travesía, y, antes del regreso, aun tuvimos que agradecer excelente y gargantuesco almuerzo servido a bordo de la alígera nave, encargada de mostrarnos el primoroso panorama de esta progresista ciudad de navegación y de comercio, que semanariamente recibe la visita productiva de unas 200 embarcaciones extranjeras de alto bordo, amén de las nacionales; movimiento que desde 1904 es mayor que el de Amberes y que los de Bremen, el Havre, Hull y Glasgow. En la Europa occidental, sólo déjanlo atrás Londres, Liverpool, Cardiff y Hamburgo.

A la noche, nos congregaron ¡oh, una reunión francamente insulta! en la típica **Ridderzaal** (Sala de los Caballeros), iluminada a giorno, y, en la actualidad sala del Trono, donde hace cuatro años se efectuó la, hasta la fecha, última Conferencia de la Paz. El edificio está enclavado en el **Binenhof,** la porción más antigua de la ciudad, donde edificaron el castillo del Conde, residencia, luego, de los **stadhouders.** En el día, dicho **Binenhof** es solamente un grupo de inmuebles irregulares que circundan amplia plaza en cuyo centro mírase una fuente rematada por el busto del conde Guillermo II. A un lado de la plaza se halla un sitio de veras deleitoso, el **Vijver** (vivero), dilatada extensión de agua quieta y limpísima, en uno de cuyos extremos se levanta vieja casona de mediados del siglo XVII, cobijo oficial, entonces, de los Estados de Holanda, y sede ahora, de la primera cámara del parlamento. En la banda frontera se encuentra el **Koninklijk Penningskabinet** (gabinete

real de medallas) ; antiquísima sala, que fué de bailes, y hoy es la segunda cámara del poder legislativo.

7 DE SEPTBRE.—Prófugo del congreso, me escapé a Amsterdam; quería conocer la casa israelita ¡tenía que serlo! en que se talla el diamante, y repetir mi visita a la morada de Rembrandt.

El taller de los brillantes, no me interesó mayormente, ni menos tentó mi codicia el complacer al director que mucho insistió por que tuviera yo en mis manos una piedra tallada, de valor fantástico, unos 700,000 dólares.

Escaso de tiempo, el burgomaestre de El Haya nos tenía invitados para un té a las 5 de la tarde, no volví a la casa de Rembrandt. Vagué por distintas calles, y en todas palpó mi olfato que estos Países Bajos huelen harto menos que a ámbar. Dicen que la pestilencia que impregna la atmósfera no daña, puede que así sea, pero ¡cómo disgusta y estomaga! Amberes, aunque en grado menor, también la padece.

En Amsterdam, y en la mayoría de las ciudades holandesas, los muebles de sus inquilinos entran por las ventanas, pues la exigüidad de las puertas es increíble; todas están provistas en los remates de sus techos, de gruesas poleas. ¡Ah! y antes de que vaya a olvidárseme: la decantada limpieza de "estos reynos" es leyenda pura.

8 DE SEPTBRE.—El congreso de Estadística llegó hoy a su fin, con un banquete monstruo de doscientos y tantos cubiertos, en el hermoso balneario de Scheveningue.

9 DE SEPTBRE.—Mi apreciación acerca de la mentida limpieza de Holanda, que no la asenté a humo de pajas, sino después de haberlo sabido de diversos labios sobradamente autorizados, tuvo hoy incontestable confirmación; en los incontables

canales que en todas direcciones perforan las ciudades neerlandesas, es de práctica consuetudinaria arrojarles cuantas inmundicias son arrojables. Y esta mañana he visto, mientras en coche de punto hacia mi **tournée** de despedida a funcionarios y colegas aquí residentes, un perro muerto, ya inflado por la descomposición, flotando sobre las aguas verdosas y mal olientes de uno de los tantos canales de esta capital del Reino.

Es la rehabilitación de nuestros peores hedores aztecas, que junto a éstos resultan esencia delicadísima. Y a nosotros, sin calumniarnos, se nos tacha de poco aseados e incuriosos en higiene, en tanto que a los holandeses, hasta en las guías de viajeros se les tiene por modelo de limpieza.

13 DE SEPTBRE.—Con mi mujer y mi hijo torné hoy a Amsterdam, con el objeto exclusivo de volver a ver la casa de Rembrandt, número 4 de la calle de **Joden Bree,** ahora restaurada y puesta según se hallaba en el siglo XVII. Vivienda encantadora, plena de reliquias de todos órdenes. Cuídanla con devoción, no cesan de visitarla nacionales y extraños, pero con qué recogimiento, con cuánto interés, hasta con libros abiertos en los que se habla de la azarosa vida del maestro genial. Con esfuerzo grandísimo la compró el pintor y, sin embargo, no pudo conservarla: sus ganancias, que no fueron pocas, sistemáticamente las empleó en comprar cosas de arte, grabados en cobre, sobre todo.

15 DE SEPTBRE.—Regresamos de Amsterdam ayer por la noche, y esta mañana me dan la noticia lacónica, ayer mismo llegada, de que mi hermano José María ha muerto en México!.. La vieja nidada prolífica,—éramos 13 hermanos —se reduce a lo mínimo, sólo sobrevivimos mi hermana Soledad y yo. La distancia, la falta de

detalles y esta ausencia condenada, mucho ahondan mi duelo. Invádeme el resto del día una melancolía colgada de crespones, viénenme ráfagas de hogar, de niñez, de dicha...

18 DE SEPTBRE.—A las 10 de la mañana, en la vecina iglesia de San José, misa rezada que mandé a decir por el alma de mi hermano. En el templo, escasamente concurrido, somos cuatro los dolientes ¡nada más! Mi mujer, mi hijo, el mensajero de la legación, Benoit, y yo.

¡Es el destierro!

Por la tarde, hay que ahuyentar las mariposas enlutadas, me fuí con Bülle a Malinas, so pretexto de ver si compro algo en su actual exposición de Arte Antiguo. Excusado añadir que poco vi y que no compré nada... no obstante lo interesante del certamen.

Malinas es espantosamente triste, una tumba, ni tranvías tiene en sus calles. A pie anduvimos por la monacal ciudad, en ella habita el cardenal primado de Bélgica. Tiramos hasta la arcaica Puerta de Bruselas; algo nos detuvimos en la catedral que es vasta y severa, abarrotada de lápidas con borrosas inscripciones, bajo las cuales duermen difuntos cardenales y nobles de los siglos XVII, XVIII y XIX. El púlpito es portento de talla, y su nave central mucho evoca la de Santa Gudula de Bruselas.

La tristura que se respira, apenas si la turban dos **spinters** yanquis, **doing Belgium,** a las que un sacristán impreciso entre las sombras que el atardecer vierte en el templo por sus altos vitrales, les susurra historias y cuentos, sonriendo de antemano a la obligatoria propina.

25 DE SEPTBRE.—Para que el fallecimiento de mi hermano José María me resulte aun más

impresionante de lo que ya me resultaba por culpa de la distancia y de la ausencia, acaba de llegarme carta fecha el 13, en la que nuestro cónsul general en Nueva York, D. Cayetano Romero, me da con su pésame personal, la noticia de que Pepe murió en alta mar, a bordo de vapor yanqui... Nada más me dice, y yo quedo en la incertidumbre: ¿arrojarían su cuerpo al mar, o lo habrán sepultado decorosa y cristianamente en Nueva York?...

30 DE SEPTBRE.—Noticias complementarias que me traen periódicos de México: mi hermano murió súbitamente a bordo del vapor "México", 48 horas antes de su llegada a Nueva York, la noche del día 12. Su cuerpo, debidamente embalsamado, lo transportarán a la ciudad de México, para su definitiva inhumación. ¡Bendito sea Dios!

4 DE OCTUBRE—Con su abuso de fuerza en contra de Turquía, para arrebatarle la Tripolitania, Italia me ha dado un desengaño... Las Potencias, no han despegado los labios. Me parece que el templo de la Paz de El Haya, se clausurará antes de su inauguración, por falta de culto y ausencia de fieles. ¡Ah! insoportable y eterna comedia humana.

10 DE OCTUBRE—Hasta hoy no me fué dable realizar mi primera visita al Palacio de Justicia de este próspero Reino. Enorme edificio construído por Poelaert sobre la cima que domina a Bruselas. Diríase que su masa babilónica aplastara a la ciudad entera. Las terrazas se echan sobre más terrazas, las columnatas se multiplican, abundan los frontones, y el todo lo soporta una inmensa linterna rematada por cúpula de bronce. Los peritos en la materia mucho que lo censuran por sus proporciones y sus mezcolanzas de estilo; llegan a tacharlo, desde un punto de vista orto-

doxo para con las reglas de la estética arquitectónica, de falso y pecador.

Para mí, profano, el edificio es hermosísimo y aun habla a la imaginación de quien lo contempla y recorre, sin prejuicios profesionales. Sí reconozco que peca por exceso de tamaño; tal cual es, apenas si una gran ciudad como Londres, París, Nueva York, pudiera darse el lujo de poseerlo, Pero, con permiso de los señores críticos, no me parece mal, a pesar de que la megalomanía que lo caracteriza persiste en sus interiores, en el soberbio peristilo y en la escalera principal, verbigracia, en cuya cuarta grada se miran dos estatuas colosales, la de Cicerón y la de Ulpiano. ¿Será tanta grandeza un símbolo del culto que esta nación nutre por la Justicia? De ser así, ya pueden perdonársele a este palacio cuantos defectos de veras tenga y cuantos más le cuelguen sus censores especializados. Agrégase a guisa de atenuante, que su autor, Poelaert, fué gran artista, pero un visionario de la arquitectura; y que en la iglesia de Laeken, también obra suya, **parecería** que quiso edificar una de esas catedrales quiméricas que Víctor Hugo gustaba de dibujar en los márgenes de sus manuscritos. Lo que colocaría a Poelaert en el mismo plano de ese otro visionario que en Barcelona está terminando templo por el estilo.

12 DE OCTUBRE—Muertes por dondequiera. "Le Figaro" de anteayer, me anunció la de Victoriano Agüeros, registrada en París; y hoy, "El Foro" de San José de Costarrica me entera de la del dulce y erótico poeta cubano José Joaquín Palma, enfermo de cáncer en la lengua y mudo sus últimos días, ocurrida en la ciudad de Guatemala donde vivió porción de años y donde compuso la letra del himno nacional de aquella república centroamericana. Fuimos excelentes amigos.

17 DE OCTUBRE—Conocí anoche una sala de luenga y multicolor historia en los anales bruselenses: la "Gran Harmonía", sede, víctima y testigo de incontables ágapes, bailes, conferencias, juntas de sociedades, etc., hoy en vías de desaparecer. Un médico brasileño, I. A. de Oliveira-Botelho, de la Academia de Río de Janeiro, patrocinado por los respectivos comités de la Sociedad Belga de los Estudios Coloniales y del Círculo Poliglota de Bruselas, sustentó una larga conferencia sobre la América Latina en este mal encarado siglo XX. Principalmente, habló de Chile, el Brasil y Guatemala, y ¡¡¡alabó a Estrada Cabrera!!!.

20 DE OCTUBRE—A París, en compañía de mis gentes, para concurrir mañana en Amboise, a una de las sesiones periódicas de la Comisión Internacional de Congresos de Educación Familiar, en la que el ministro de México es delegado permanente.

21 DE OCTUBRE—A las 7 y 15 de una mañana deliciosa y ligeramente fresca, fuíme a pie hasta el paradero del **quai d'Orsay**, de mi hotel "Bellevue" en la avenida de la Opera. Compañeros de viaje, el señor De Vuyst, alto funcionario del ministerio belga de Relaciones Extranjeras; un diputado a la Duma de San Petersburgo, y su esposa, ambos especialistas en esto de infancias y acción social, todos mis co-delegados. Minutos antes de las 8 partimos rumbo a la antigua Ambatia, hoy Amboise, a la vera de los ríos Masse y Loire, que ahí tienen su confluencia, y cuya historia confúndese con la del magnífico y centenario castillo de origen romano, que la domina desde sus alturas, edificado en el siglo VI y propiedad por aquellos tiempos y aún después, del obispado de Tours. Su construcción actual, ya no es ni sombra de la primitiva. En el siglo IX,

los normandos lo arruinaron y un conde de Anjou lo reedificó cien años más tarde. Los reyes de Francia gustaban de habitarlo a menudo. Luis Onceno ¡el terrible Luis Onceno! en sus interiores instituyó, al mediar el siglo XI, la orden místico-nobiliaria de San Miguel; en una de sus estancias nació Carlos VIII, y en otra murió a sus 28 años de edad, de un tremendo testarazo que pegó contra el dintel de cierta puerta baja, por ir corriendo desaforadamente tras una pelota; testarazo éste que deja muy atrás al doloroso que en la plaza de la villa de Escalona sufriera el amo ciego del pícaro y avispado Lazarillo. El malogrado jugador de pelota, Luis XII y Francisco I, también le metieron mano a la vieja fortaleza, y en ella se refugió Francisco II para escapar de las iras de los calvinistas alzados en armas.

Por lo que a la ciudad toca, en algunas de sus casas meciéronse las cunas del propio Carlos VIII, de Francisca de Amboise, duquesa de Bretaña, del poeta latino Commire, y la de San Martín, "el filósofo desconocido."

En la estación nos aguardaba M. Georges Goyau, de la Academia Francesa, aplaudido historiador católico y autor, entre otras cosas, de "Alemania Religiosa", "Bismarck y la Iglesia", "Catolicismo y Protestantismo". Es el esposo de la presidenta de nuestra comisión internacional, Lucía Félix-Faure-Goyau, hija del ex Presidente de la República Francesa Félix Faure, y a su vez escritora y psicóloga religiosa de aquilatados méritos, autora de "Newman, su vida y sus obras" y "Cristianismo y Cultura Femenina".

En la simpática propiedad campestre que dichos esposos poseen en el pueblecillo de Chanteloup, a unos cuantos pasos de Amboise, celebramos la sesión. Aunque la llaman castillo, para castillo resulta pequeña, y para residencia veraniega resulta desmedida. Fuimos obsequiados con un al-

muerzo típicamente familiar y suculento, castizamente francés; éramos diez comensales: los anfitriones, unos sus parientes próximos, una señorita **intelectual**, el matrimonio ruso que ya mencioné, M. De Vuyst y yo. Después del café pasamos a **sesionar** en el gabinete de trabajo de la presidenta.

Previa la aprobación de un programa discutido apenas, piloteados por la gentil pareja salimos de excursión a campo traviesa, en un Clément-Bayard de siete asientos y en un **landeau** del que tiraban dos caballos normandos. En la misma Amboise conocimos la iglesia de San Dionisio, que guarda célebre grupo escultórico de siete grandes figuras, "El amortajamiento de Cristo", atribuído a Leonardo da Vinci, y a la izquierda del grupo, más al fondo, en lo obscuro, sobre losa sepulcral, una escultura anónima y ultrarrealista, llamada de **la Femme noyée.** Visitamos el histórico castillo, dominador de esos contornos, y otro que no se queda atrás, el antiguo **chateau du Cloux,** hoy de **Clos-Luce,** donde Leonardo vivió sus últimos años y que pertenecía a los condes de Saint-Bris.

Al trote largo de los normandos, divisamos envueltas en la llovizna melancólica que nos acompañó tercamente, las mustias ruinas del castillo que edificara la princesa de los Ursinos, donde el duque de Choiseul, reinando el libertino Luis XV, sufrió destierro; y que, bajo el Primer Imperio hubo de padecer, al igual de la mayoría de sus congéneres, los agravios de la sacrosanta Democracia: el conde Chaptal, su nuevo adquirente, en sus mutiladas anchuras estableció insolente y prosaica refinería de azúcar de remolacha. Luego, en 1823, lo demolieron, y sólo quedaron a salvo el parque y la Pagoda a que llegábamos, construída a todo costo por el prócer desterrado, en grato recuerdo de las atenciones y bondades de que lo hi-

cieron objeto el vecindario de Amboise y sus amigos y parciales parisienses. Torre chinesca de aventajada altura es la tal pagoda, con salones y cámaras menores en cada uno de sus varios pisos. Lo que mejor la explica es la inscripción tallada en lápida de mármol, que luce a sus puertas:

—"Etienne Francois — duc de Choiseul — Pe-"netré des Temoignages — d'Amitié, de Bonté, "d'Attention — dont il fut honoré — pendant son "exil, — par un grand nombre — de personnes "empressées — á se rendre en ces lieux, — a fait "elever ce monument — pour eterniser — sa re-"connoissance."

Con leve sonrisa maliciosa, M. Goyau nos declara que, de creer a maldicientes, esas innúmeras personas frecuentaban el encantador retiro atraídas, principalmente, por la hospitalidad "del todo dieciochesca" que dispensaba el duque: saraos, banquetes y, en el lago de la parte posterior de la torre, memorables fiestas neptunianas en que a la luz temblorosa de las antorchas, náyades linajudas y juveniles lucieron sus tentadoras desnudeces dentro de las ondas quietas y delatoras. y dentro de las empenumbradas embarcaciones en que, después, iban a enjugar su belleza. Pobre duque de Choiseul que se olvidó, no obstante sus incontables victorias en lides femeniles, de que la hembra es nuestra perpetua vencedora. Ministro predilecto de Luis XV, quiso poder más que Mme. Dubarry, mujer de cuidado por sus hechizos y por su ciencia en secretos de alcoba. En carta severa, Luis XV agradeció al duque sus servicios eminentes, y lo desterró a Chanteloup; castigo regio que para el castigado se trocó en ovación popular: Villa y Corte fuéronse resueltas del lado de la víctima de la favorita, al grado de que, en calles y mercados, la gente dió en gritar:

—"Para purificarse del aire pestilencial que

"en Versalles se respira, hay que ir a Chanteloup!"

De la Pagoda, siempre azotados por la lluvia y cruzando por bajo el antiguo arco de la Torre del Reloj, el **beffroi** ciudadano, fuimos al famoso castillo de Amboise, viejo de siglos, donde nació y murió Carlos VIII; donde Catalina de Médicis y los Guisas, cuando en 1560 el gran Condé y los hugonotes fracasaron en su conjuración urdida contra Francisco II, mandaron a colgar del balcón de hierro que circunda uno de los costados de la torre del homenaje, las cabezas de los conjurados. Es tan ancha la torre, que Francisco I solía subirla a caballo; en 1653, allí también, se proclamó aquel edicto que permitió a los protestantes el libre ejercicio de su culto; allí asimismo, ayer, como quien dice, padeció cautiverio el romántico y valeroso Abd-el-Kader; y allí, hoy, sus actuales dueños, las casas nobiliarias de Enghien y de Orleans, asilan a sus más ancianos servidores, a quienes atienden y cuidan santas hermanas de San Vicente de Paul.

Depués de recorrer cuanto más pudimos: la sala de los Estados, los caminos de ronda, etc., recalamos en la capilla del jardín, una joyita gótica de contemporánea factura, donde, mezclados a otras osamentas,—lo que imposibilitaría su identificación,—están los restos de Leonardo. . . ¡Oh, posteridad! ¡Oh, vida humana, tan fugitiva e insensible, que lo mismo te importan los despojos de los grandes que los despojos de los pequeños!... Puede que tengas razón.

Salimos por un extremo del parque, y nos muestran una cisterna-escalera que permitía a los defensores de la fortaleza comunicarse entre sí, y a sus moradores huír en los desastres incontrastables de entonces. El parque colinda con el bosque, un bosque del que no se alcanza a ver el fin... Intempestivamente, me explico toda la trabazón

de las óperas de época y de las obras literarias de los románticos. Por fuerza han de haberse inspirado en sitios como éstos, de los que me alejo con positiva pena, cual si me despertaran de una fantasmagoría...

Reclamé el asiento vecino del chauffeur, para que nadie me hablara, para que la lluvia me mojara la ropa y me empañara los lentes, y me resultó hacedero ver entre brumas, la de mis lentes y la de mis reminiscencias históricas, esta tierra de la Turena, amada de Leonardo y cantada por el Tasso. Así está bien, así...

Coronamos el día, yendo a tomar el té a Clos-Luce, propiedad de los condes de Saint-Bris, y en la que Leonardo vivió sus días postrimeros y rindió su espíritu el año de 1519 ¡hace la miseria de cinco siglos! Señoril acogida la que nos dispensaron los castellanos. En el salón de la morada, que es toda ella un primor de arcaísmo bien entendido, nos sirvieron el brebaje chinesco, en torno a la chimenea encendida. Había algunos visitantes: damas distinguidas de la localidad, una de las cuales, entre veras y bromas, nos prometió para luego, descifrar nuestro carácter y fisonomía moral, con nuestra propia escritura. Apuramos una copa de vino turenés, con dejos de tisana de champagne, y guíados por la hija de los condes pasamos a conocer la casa entera. ¡Qué tapicerías las del salón! ¡qué muebles y qué pinturas de las demás habitaciones! en el oratorio, frescos atribuídos al inmortal florentino; la condesa en persona, que revela estar muy versada en la historia de aquellos tiempos, y en la de su casa sobre todo, explica y comenta. Nos llevaron hasta el jardín arrebujado en niebla por culpa de la lluvia que no para, y nos hicieron trepar hasta las troneras defensivas de la torre.

—"La Revolución,—nos dijo, refiriéndose a la del 93,—no trató mal a Amboise..."

Cuando el crepúsculo boqueaba, aun vagaban lampos de tristeza por entre árboles y casas, nos condujeron a la mismísima cámara en que Leonardo alentó, ya desahuciado y muy doliente, en la que frente a la muerte dictó su testamento, y desde la que, después que su diestra portentosa se paralizó por poco tiempo, su alma luminosa tendió el vuelo final. Esa estancia es hoy la alcoba conyugal de los Saint-Bris. Ya estaba alumbrada, con lo que más lucían los muebles vetustos, la chimenea disforme y devoradora de gruesos leños aromáticos y quejumbrosos por las quemaduras de las llamas, los tapices espesos y sombríos. Con muda reverencia heráldica, levantando pesada **portiére** de obscuro terciopelo, un lacayo de librea nos franqueó la entrada. Ya era noche cerrada, la condesa ordenó que se corrieran las cortinas de la ventana:

—"Desde esta cama, que fué suya, Leonardo podía contemplar el castillo y la iglesia; desde aquí clamaba, por el amor que desde un principio alimentó por la Turena, que se los dejaran ver. . ."

A la ventana abierta nos acercamos todos, por la que entraban efluvios de tierra mojada, de flores otoñales en agonía, y adivinamos, entre las brumas, al través del movedizo telón de lluvia, el castillo y el templo cuya visión había reclamado Leonardo.

—"¿Querrían ustedes,—propone la condesa, —escuchar la lectura de su testamento?". . .

Ante nuestra aquiescencia, cerraron la ventana, nos llevaron asientos, y calándose el conde redondos quevedos de carey, nos regaló con la lectura de la última voluntad del artista. Fué tan intenso el poder evocador de la estancia y de la hora, del contenido de aquellas páginas conservadas de milagro, que por un brevísimo instante vi, materialmente vi en una alucinación, que el de

Vinci estaba inmediato a mi silla, encamado en el magno lecho renacentista, de columnas salomónicas, ancho como mausoleo medieval, colgado de brocados oscilantes... Un escalofrío que pronto me pasó, ahuyentado por las entonaciones solemnes del conde de Saint-Bris, quien con voz de ermitaño seguía leyendo... Mi emoción se metió muy adentro.

Leonardo recomendó, principalmente, que después de muerto se dijeran en su intención las treinta misas rituales de San Gregorio, que, para los creyentes, procuran la salvación de las almas...

Cuanto sucedió depués, me resultó sin importancia: el camino de hierro, el wagón en que regresábamos el matrimonio ruso, De Vuyst y yo, la inquietante tos de la consorte del diputado a la Duma. En Blois se nos quedaron los eslavos, que pernoctarían en la ciudad para visitar mañana ese otro castillo en el que proditoriamente asesinaron de orden de Enrique III, el homosexual prendado de sus meninos, al sin miedo duque de Guisa, "el Acuchillado" (por el chirlo que le deformó una mejilla), rival del **Vert Galant.** De Vuyst y yo matamos la hora de espera forzosa mientras transbordábamos trenes, comiendo juntos en el **buffet** de la estación. Y a las 11 menos 1|4, el **quai d'Orsay**, sin que la lluvia se haya permitido un minuto de descanso. Un modesto fiacre me devolvió a mi hotel austríaco de la avenida de la Opera.

22 DE OCTUBRE—Larga charla íntima de más de media hora, con el General Díaz y su esposa. Lo encuentro muchísimo mejor de cerebro que a su llegada a Europa. Con alteza de miras y su característico conocimiento de los hombres, noble el ademán y reposada su voz de viejo que a tantos hizo temblar, descuenta años futuros cual

si su propia vida aun se hallase muy lejos de su término.

23 DE OCTUBRE—Invitados mi mujer y yo a **"La Cigale"**. Sin quererlo, hube de penetrar en un escenario parisiense dos veces, por hallarse en Montmartre y porque la estrella a que me presentaron en su camerino, es la Polaire.

24 DE OCTUBRE—Por uno de los últimos expresos nocturnos, regresamos a Bruselas.

30 DE OCTUBRE—A la conferencia del médico brasileño Oliveira-Botelho, sustentada ésta en la Casa de los Médicos, número 17 de la Gran Plaza.

10 DE NOVIEMBRE—En el teatro real del Parque, a verle a Marta Regnier **"Le gout du vice"**, de Henri Lavedan.

10 DE NOVIEMBRE—Acostumbra S. A. R. la condesa de Flandes, todos los años por estas fechas en que la aburrida **estación** comienza a entrar en su apogeo, obsequiar por grupos al cuerpo diplomático extranjero,—aquí muy copioso,—con muy buenas viandas y muy rancios vinos en su elegante palacio vecino del museo de Bellas Artes, una vez por semana. La noche de hoy nos tocó ese honor a mi mujer y a mí juntamente con el ministro de Austria-Hungría y su esposa,—los niños mimados de la alta sociedad bruselesa y de la corte,—con el nuncio apostólico y con el ministro de Inglaterra y su consorte, más el personal cortesano de servicio.

Después de la comida admirablemente servida, pasamos al salón de música, colgado de cuadros de mérito y con lindo piano de concierto, donde se sirven el café y los licores y donde la conversación o se generaliza bajo la atinada batuta de

la condesa, que es mujer de vasta cultura, en arte muy particularmente, o se fragmenta por grupos de "afinidades electivas" conforme a la clasificación de Goethe. Ya habíamos escuchado en el piano a un "virtuoso" distinguido, ya se había charlado de esto y de aquello, cuando el nuncio, el de Austria, el de Inglaterra y yo formamos rancho aparte y la plática fué subiendo de punto. Por mis negras desdichas, en uno de los muros veíanse las efigies, al óleo, de Maximiliano de Habsburgo y de Carlota de Bélgica. No sabría decir cuál de mis interlocutores se fijaría en esos retratos, pero sí digo que me corrió un escalofrío al escuchar que el inglés, me parece, evocó la suerte de tan desdichados personajes y, sin mala intención, lamentó su trágico fin con palabras más o menos como éstas:

—"¡Pobres príncipes, Maximiliano no era acreedor a que se le asesinara!"

Al darse cuenta de mi nacionalidad y de mi investidura, hubo un silencio embarazoso y breve, y para salir del atolladero a que involuntariamente, supongo, se me había llevado, no encontré otra salida sino afirmar que no se le había asesinado. Frente a negativa tan rotunda, con manifiesto estupor se me repuso en forma interrogativa si no era un hecho que lo habían matado en Querétaro?

—Así es, en efecto, pero su muerte no fué un asesinato, sino un ajusticiamiento.

Pues aunque como individuo, mi criterio quizás no se halle lejos de calificar con dureza aquella ejecución innecesaria y jacobina, como ministro de México republicano no me era dable consentir que el suceso se calificara en tan descomedidos conceptos.

Amargada la boca con la gaffe de mis chers collegues acudí al llamado de la condesa, que me hizo sentar a su lado para preguntarme algo re-

lativo a la civilización de los mayas, y por sus pasos contados paramos en las diferencias idiomáticas. Y ahí resbalé, pues en mala hora se me ocurrió citar aquella clasificación que de los idioma se atribuye a Carlos V: el italiano se inventó para hablar con los ángeles; el francés para esto, el inglés para aquello; y al llegar al alemán, entré en muda, al recordar que la condesa es prusiana... Samaritanamente vino en mi auxilio, y con benévola sonrisa de muy buen tono, remató mi cita:

—"Se le olvidó a usted el final, Monsieur "Gamboa, Carlos V dijo que el alemán era idioma para hablar con los caballos".

14 DE NOVIEMBRE—Todas las tardes al regresar de mi caminata vespertina, paso, ya anochecido, por la plaza de Sainte Gudule, la vieja y linda catedral gótica. Apostada en uno de los varios vanos que forman los entrantes y salientes del católico monumento, ora en compañía de un golfillo que va y viene en su derredor no obstante estos cierzos que pelan las carnes, ora sola del todo, una infeliz anciana vestida de luto y con menguado abrigo, encorvada y ronca, vocea los periódicos de la noche.

Y cuando grita: **"La Derniére Heure"**, parece que anunciara la suya propia.

15 DE NOVIEMBRE—Con harto mayor esfuerzo que para los otros, hoy terminé el capítulo III de la primera parte de LA LLAGA.

Con mi hijo, hasta la plaza de Santa Catarina, arcaico rincón arrabalero de la vieja Bruselas, detrás de los mercados centrales, en el riñón de los expendios de tripas, pescados y mariscos, a un costado del templo patinado de negro subido.

Allí se yergue el monumento a Francisco Ferrer, costeado por suscripción internacional, a ini-

ciativa y propaganda de los socialistas belgas, e inaugurado con pompa grandísima el 6 del mes en curso. El monumento, obra de los escultores Puttemans y Puissant, es gallardo y bello; de su basa de piedra "asperón", arranca un obelisco de granito escocés, rematado por estatua de bronce: un mancebo musculado y completamente desnudo que levanta por cima de su cabeza, empinado él sobre las puntas de los pies, una antorcha que sostiene con ambas manos y que ningún huracán ha de apagar porque es el pensamiento humano.

Su erección mereció la sanción municipal, el ayuntamiento de un país monárquico cedió el sitio. Hay dos inscripciones dignas de mención, la de la cara principal del obelisco, dice en letras de bronce: **"A Francisco Ferrer—fusillé á Monjuich—le 13 octobre 1919—martyr—de la—liberté de conscience"**. Y en una de las caras laterales se lee este pasaje de la defensa pronunciada en el consejo de guerra que lo juzgó y condenó, por el capitán defensor Galcerán: "...**et je me trouve "en face d'un procés terminé,—sans que l'instruc-"tion,—en quéte seulement de charges... ait—un "seul moment—recherché la vérité"**.

Sin meterme a dilucidar si Ferrer mereció o no la pena de muerte, sí estoy en el caso de afirmar que la erección del monumento, más que a la abstracción socialista de sus iniciadores, se debió a la legítima libertad de que goza toda Bélgica, y muy especialmente al odio inacabable y profundo que siente por España, que la dominó y aterrorizó por medio del déspota y sanguinario duque de Alba.

17 DE NOVIEMBRE—Imposible substraerse a la infinita tristeza de estos otoños del Norte. Poco antes de las 3 y 1 2 de la tarde fuí por mi hijo hasta su colegio de Saint Michel, y ya prin-

cipiaban a encender los faroles de sus calles empapadas por la lluvia tenaz y menuda que en todo el día ha cesado de caer de un cielo bajo, opaco, despiadadamente gris. ¡Cómo se ven sus parques y avenidas, la gente apresurada que va por las calles, los vehículos y bestias que destilan hilos de agua, los granujas que corretean tan contentos y los gorriones que se esfuman en la perezosa niebla que se echa sobre los empedrados bruñidos de lluvia, que de paso deforma, y quiebra, los rayos amarillentos de los reverberos parpadeantes!... Donde la desolación llega a su máximo de intensidad es en los jardines y los parques, dondequiera que hay árboles con sus ramas ya desnudas, los **november boughs** de Walt Whitman, acongojadas, retorcidas, implorantes.

Camino de casa, sin decírnoslo, mi hijo y yo vamos pensando en el sol y el cielo de nuestro México.

21 DE NOVIEMBRE—En la mañana, a ver el Monte de Piedad por de fuera; su fachada le presta aspecto de cuartel o de hospicio. Y a la tarde, en la cámara de los Diputados, por de dentro.

A la noche, a ver a Novelli en el Real del Parque, el truculento "Luis Onceno", de Casimiro Delavigne.

Formidable actor, y yo encantado de no haber perdido palabra de la pieza representada en italiano, que es idioma que mucho me tira.

Según nuestros cálculos familiares, dentro de una semana tendremos con nosotros a mi hermana Soledad, con la única hija que le ha dejado la muerte. Vienen en pleno mar y, Deo volente, el 28 arribarán a Saint Nazaire.

Los periódicos de la noche, como los de la mañana, con pésimas noticias de México: **parece** que amenaza nueva revolución, **parece** que la parcialidad de los Estados Unidos para con Madero, es

innegable: prisión del general Reyes, descaradas moralejas verbales de Knox, "los Estados Unidos quieren dar un ejemplo a Centroamérica de que en el territorio de la Unión ni se incuban ni prosperan las revoluciones!!!..." ¡Qué desfachatez!

26 DE NOVIEMBRE—Han caído esta mañana las primeras nieves, y aprieta el frío. Leo en los periódicos de mi tierra que apuntan probabilidades de mi traslado a España. ¡Qué lástima! Era ésa, una de las muy pocas ilusiones que aun me restan: vivir en Madrid... Y creeríase que se halla a punto de realizarse.

De Te Deum en Sainte Gudule, a las 2.30 de la tarde; hoy es el santo del Rey de los Belgas, y conforme a práctica protocolar, esta noche a las 8, para conmemorar el augusto onomástico, el ministro de Relaciones Exteriores nos ofrece a los diplomáticos extranjeros banquete de tiros largos en su residencia oficial, al que seguirá gran recepción.

Eramos a la mesa, 65 comensales. Detalle democrático: el presidente y el vicepresidente de la cámara de Representantes, así como el burgomaestre de Bruselas, vestían traje de frac, aquí, donde todo el mundo de las esferas gubernativas gasta uniforme.

—"Es igual que en América (por equivocada alusión a los Estados Unidos), me dice mi vecino de la derecha, M. Devolde, ministro de Estado sin cartera (recompensa honorífica), y senador del Reino.

28 DE NOVIEMBRE—Después de una noche toledana en el camino de hierro de París a Saint-Nazaire ¡oh, tierras civilizadas! algunos de cuyos trenes carecen de camas, me instalo por veinticuatro horas en el Grand Hotel en que, hoy hace diez meses cabales, paramos a nuestro arri-

bo a Europa. El barco que trae a mi hermana y a su hija, retrasado, no llegara hasta mañana. El trayecto de Bruselas a París, alfombrado de nieve, y aquí una temperatura bajo de cero.

29 DE NOVIEMBRE—El júbilo de volver a vernos mi hermana y yo, nos lo acibara la evocación de tanto duelo y tanta vicisitud ocurridos en México.

Un grandísimo gusto: compañeros de mi hermana en la dilatada travesía lo han sido Antonio de la Peña y Reyes, que en unión de su esposa, viene a reunirse con Pancho de la Barra, de quien fué secretario particular durante su interinidad presidencial. De lo mucho que mutuamente nos comunicamos, aunque yo me lleve la palma como preguntón acerca de personas y sucedidos de allá, pongo en claro que **Fulánez**, maderista de hueso colorado que hoy por hoy disfruta de enorme influjo en la nueva situación política, intentó algo en mi contra; y que las probabilidades de mi traslado a Madrid, se las llevó el viento.

30 DE NOVIEMBRE—De **cicerone** todo el día, mostrándoles a mi hermana y a Antonio lo más saliente de este París sin igual, en cuenta, la prisión de La Conserjería, para siempre purificada por el martirio que la Revolución aplicó a María Antonieta.

Persona que lo sabe nos cuenta que Sorolla, por encargo de unos yanquis, está pintando un retrato del General Díaz.

1ro. DE OCTUBRE—Regresé a Bruselas, con mis gentes aumentadas.

8 DE DICIEMBRE—Recibí de Barcelona la siguiente carta que echa por tierra mi esperanza de que, traducida por él, "La venganza de la gleba", me la representaran allá:

—"Respetado señor mío y amigo:—Antes de "todo debo pedir a usted mil perdones por tanta "tardanza en escribirle.—A su llegada, empecé a "leer inmediatamente su hermoso drama de us- "ted, **"La Venganza de la Gleba"**; y he de confe- "sarle que cuanto más avanzaba en la lectura, "tanto más insuperable me iba pareciendo la ver- "sión acertada de la obra, en su letra y en su "espíritu, a la lengua y a la manera de ser de "Cataluña. Aplacé la carta de contestación a la "de usted, para después de otra lectura, y he de "manifestarle ahora con todo el dolor de mi alma "que no me veo con fuerzas para llevar a las ta- "blas de casa ese trozo especial de la vida mexi- "cana, que, aunque de pronto no lo parezca tanto, "es en realidad muy diferente de la nuestra vi- "da.—Trasladar sus escenas a Cataluña, como si "pasaran en Cataluña, no siéndolo, resultaría en "grave perjuicio del éxito grande que merece la "obra, y lo comprometería. Y dejar la escena "en México no es posible tampoco, hablándola en "catalán, porque la traducción exacta de las pa- "labras no sería la traducción misma, ya que que- "daría sin traducir el color y la vida propia, o "mejor dicho, el alma de la obra, que no es posi- "ble hacerla pasar de un cuerpo a otro cuerpo.— "Y otro inconveniente de orden más material se "presenta aquí este año para que se represente **"La Venganza de la Gleba"**. A causa de una "desatención del empresario del Teatro Principal "a un autor dramático, el señor Iglesias, todos los "autores de obras originales hemos retirado "nuestro repertorio de ese teatro, el único en que "representan obras en nuestra lengua. Y si bien "se trata de abrir otro teatro subvencionado por "el Ayuntamiento, será sólo para representar "obras originales.—Todo lo que he dicho no es, "mi distinguido amigo, en desmérito (sic) de **"La "Venganza de la Gleba"**, que es un drama de mu-

"cha fuerza, y mucho sentimiento, y grandes ca-
"racteres. ¡Cuánto quisiera yo que la representa-
"ran como es, sin quitar ni poner una coma, "María Guerrero y Díaz de Mendoza! Yo tengo "mucha amistad con ellos, y si usted me lo permi-
"te, cuando vaya a Madrid a estrenar "**La Reina "Joven**", les presentaré la obra de usted, recomen-
"dándola con el entusiasmo que siento por ella". "—Siempre su amigo y admirador afmo.—(f) An-
"gel Guimerá.—Barcelona, 5 dbre., 1911.—Calle "Petritxol, principal".

15 DE DICIEMBRE.—A El Haya, a la junta anual de aprobación de los presupuestos para 1912, de esa máquina que se oxida por culpa de la maldad incurable de los hombres, y que se llama pomposa y ociosamente: "Tribunal Permanente de Arbitramento".

En el tren nos hemos juntado el ministro de Chile, Jorge Hunneus y yo. Me amenizó el camino su charla autorizada sobre la vieja cuestión de Tacna y Arica, causa de la guerra del Pacífico, en 1879, entre su país y el Perú. Según Hunneus, aquella guerra fué asunto de estómago, el Perú que quería monopolizar el salitre, y Chile que lo había menester. Su opinión sobre un segundo encuentro armado entre ambas repúblicas limítrofes: Chile lo aniquilaría, pues la decadencia peruana es progresiva, y por añadidura, se lo repartiría con el Ecuador y con Bolivia, la ex aliada de aquel entonces, porque compraron a su presidente.

Una sorpresa en el salón de juntas del tribunal, cuyos muros están colgados con grandes retratos al óleo de los jefes de los Estados que lo integran. Suponía yo que el del Presidente Madero ocuparía ya el lugar que el del General Díaz ocupó por varios años. Y no, sigue la efigie del Caudillo, en gran uniforme, y de Madero, ni asomos.

Los sillones continúan como siempre: en el respaldo de cada uno de ellos, preciosamente bordado en oro, el escudo nacional de cada país.

Regresé a Bruselas enteramente solo, digo, no, en la grata compañía de José Martí, de quien me leí íntegra su "Amistad funesta". Ya era anochecido cuando cruzamos Rotterdam; las riberas del Rotter y del Mosa, iluminadas. A tales horas acentúase el parecido entre esta patria de Erasmo y el puerto gigantesco de Nueva York, en sus barrios bajos sobre todo.

Al llegar a casa, cartas y periódicos de México; según éstos, no puede ser peor la situación política, aquello sería la dictadura de la impreparación y del huarache, sazonada con copia de malas pasiones en libertad; y según alguna de las cartas, que Madero por poco no me destituye. Por su puritanismo o lo que sea, siéntese herido con mis libros, que, por otra parte, no ha leído, según lo presume mi corresponsal. Sin embargo, aconsejado por tercera persona, o por impulso propio y espontáneo, me declaró "autor de novelas inmorales que a mí me perjudican y, además, me incapacitan para continuar representando a mi país en tierras extrañas". Si el hecho resulta exacto, hay para privarse.

17 DE DICIEMBRE—Igual que a cuantos conocen esta gran pequeña Bélgica, por años de años el campo de batalla de Europa, Bruselas por lo pronto va realizando la conquista de mi hermana Soledad. Cual si de álbum se tratara, hemos ido mostrándosela poco a poco, más a pie y despacio, a pesar del frío que muerde con ganas, que en carruaje y de prisa, en lo mucho que posee de interesante y bello; y para no borrarle la grata y merecida impresión, a dosis mínimas la hemos llevado también a que se asome a sus lunares y

verrugas, hasta donde las conveniencias lo permiten. Mientras los libros la enteran,—es mujer de mucha lectura—de la lenta y cruel formación de esta nación mixta y bilingüe porque la pueblan dos razas distintas, ella y mi esposa me cuentan por las noches lo que han visto, pues los quehaceres de la legación, con ser pocos, no me consienten acompañarlas a diario. Desde luego, los templos le han ganado la voluntad, fué lo primero que pidió conocer para buscar en ellos alivio a la honda herida que la muerte sucesiva en el espacio de un año de dos de sus hijos en flor de juventud, los dos mayores, le abrió en su entraña de madre. Lo que no ha de ver por sí misma, se lo describo yo, al propósito de que se forme cabal juicio acerca de esta ciudad en que al lado nuestro ha venido a refugiar su dolor y a buscar la salud de Guadalupe, la única hija que le queda.

Cuando le describía el célebre **Manneken-pis**, impúdica estatuilla que cuenta 292 años de esculpida por el cincel de Duquesnoy, que aquí le dicen cariñosamente "el burgués más anciano de Bruselas", que es más popular que reyes, príncipes y héroes belgas, cuya sola mención goza el raro privilegio de dibujar una sonrisa de simpatía en todos los labios, que en postales, dibujos y cuadros se ha echado a correr mundo sin velos ni tapujos, **in naturalibus**, haciendo ostentación de su cándida impudicia, mi hermana resistíase a creer que yo le hablaba en serio.

En un rinconcito de lo que fuera primitivo núcleo de Bruselas, una isleta que ya no existe, la **Saint-Géry**, hoy denominada la "ciudad baja" donde aun suele tropezarse con verdaderos pobladores autóctonos, los **Kiekefretters** (comedores de pollo),—remoquete de antiguo aplicado a todos los bruseleses para no apellidarlos a las claras devotos de la sensualidad y de la gula,—en ese rinconcito, dédalo de callejuelas y de calles

sin salida, a espaldas de la maravillosa Gran Plaza, hay una fuente semicircular defendida por verja de hierro, a cuyo fondo se levanta una especie de medallón de piedra y, sobre el reborde superior de éste, un rapaz de bronce, gordinflón y risueño, totalmente desnudo, que desde el siglo XVII en que ahí lo encaramaron los ediles, no ha cesado un minuto de orinar a la vista del público un hilillo de agua cristalina que viene a ser constante surtidor de la fuente. En fechas determinadas, para celebrar sonados festejos populares, las mentadas kermesses flamencas,—en romance fiesta de aldea,—inmortalizadas por Teniers en sus cuadros, y en las que se come y bebe, se baila y canta (en ocasiones llégase a extremos peores) hasta más no poder, entonces se reviste al **Manneken-pis** de uniforme galoneado, con banda y todo, se le encasqueta emplumado bicornio con escarapela nacional, pero no se le ataja la orina, que ahora chorrea vino en vez de agua, para mayor regocijo del pueblo, que, en las ondas de la fuente va y se abreva sin tasa y sin que le cueste un céntimo.

Sin embargo, la intencionada estatuilla, y lo que desvergonzadamente está haciendo a ciencia y paciencia de los transeúntes, más grosero y deshonesto resulta descrito que contemplado. Es que el **Manneken** representa un granuja no mayor de cinco años, y su sonrisa, aunque pasaderamente maliciosa, esa malicia suavízala el candor de su infancia. No ríe de la inconveniente exhibición, sino de que realiza acto tan natural sin importarle que asustadizos y fariseos pongan el grito en el cielo, y los chicos vayan y lo acusen con la mamá que, de fijo, habrá de castigarlos con un tirón de orejas y un resonante par de cachetes. ¿Quién no ha visto a un niño en los parques, en plena calle, hacer a sus anchas lo que **Mannenken** está haciendo de continuo, y quién

ha censurado aquel niño de carne y hueso, ni quién ha tenido un mal pensamiento?...

Y como "el burgués más anciano de Bruselas" nunca termina su operación, tampoco nunca cesa de reír; y con él, los muchos muchísimos que lo ven y seguirán viéndolo, las damas más recatadas, las doncellas más inocentes, los niños sus iguales que ya saben de esa ocurrencia, porque también la han practicado a menudo, sin que ni los guardianes del orden en los países más cultos, frunzan el ceño.

21 DE DICIEMBRE.—Según un recorte de "El Imparcial" correspondiente al día 9 del mes en curso, que hoy llegó triplicado a mis manos dentro de tres cartas diversas, "los ex revolucionarios, no satisfechos, piden que la cartera de Relaciones quede a cargo del licenciado de la Barra" o al cargo mío!!!...

Un gran regocijo interior me sacude al pronto, pero luego, la reflexión tercia y me diseña porción de inconvenientes y riesgos. ¿Qué tengo yo que ver con "los ex revolucionarios", satisfechos o insatisfechos con lo que por allá esté ocurriendo, ni qué vinculaciones o afinidades tuve nunca con el maderismo hoy en el poder, a sus principios cacareado como un movimiento renovador y de cansancio frente a la luminosa y larga presidenciada del General Díaz, y calificado de locura insigne, según así me lo dijo el propio padre del actual Presidente, en la "**Maison Dorée**", delante de Carlos Sánchez Navarro? Luego, que si es cierto que por culpa de mis libros Madero me declaró inhabilitado para representar a México en el exterior ¿cómo va ahora a tenerme en su gabinete?... ¡Bah!, todo ello no ha de ser sino algarada inconsciente de los periódicos Si fuese verdad y a tiempo me consultaran mi parecer, sin titubeos preferiría mi translación a España.

El resto de la noche ¡qué mala amiga es la vanidad! ráfagas de alegría se me pasean por el cuerpo, y mi Sancho Panza se me queda los cepos quedos.

22 DE DICIEMBRE—Cumplí 47 años, y no me desagradaría llegar a ver invertida esta cifra. ¡Qué cerca me siento del medio siglo, y cuán breve se me hace, mirando hacia atrás, mi vida muerta!

24 DE DICIEMBRE—Menos bravíos y revoltosos que los de Wáshington, los gorriones de Bruselas, muy abundantes en arboledas y jardines, cuentan aquí con innúmeros protectores que los regalan con migas de pan sobre las que, hambrientos, se abaten aquellos en forma de racimos alados.

Al cruzar después de medio día el parque real, vi hoy a un Juan de buena alma que los alimentaba a manos llenas de... migas, que los animalitos despachaban a grandísima priesa, píando su dicha, esponjado su plumaje color de polvo viejo. Antojáronseme, a la distancia, extraños frutos movedizos que se desprendieran de los altos árboles sin hojas, que, del tanto mirar este cielo continuamente pálido y hondamente triste, retuercen sus brazos desnudos y sarmentosos.

De anteayer, día del solsticio de invierno, a hoy, aunque tardo y diminuto, ya se advierte el aumento de luz. Son las 4 menos 1/4 y todavía hay claridad, en tierras como Bélgica, nebulosas y grises de suyo, más amada y bendecida que en nuestro trópico.

A puerta cerrada, sin invitados ni visitas pendientes, celebramos en familia la Navidad. Mi hermana y su hija, mi mujer, nuestro hijo y yo ¡nada más!

Afuera, la ciudad íntegra se halla de fiesta, muchas mesas estarán de manteles largos, y en

ellas y hasta en las de manteles cortos el júbilo que la fecha sagrada vuelca en el mundo entero, ha de desbordarse muy ayudado del pavo tradicional y de los caldos caros o baratos con que lo rieguen. Nosotros, la chimenea atestada de leños que al consumirse gimen, rociamos nuestra cena familiar con más saudades que vinos y viandas; presentes nuestros muertos de tanto mencionarlos, borrada la distancia enorme que de México nos separa, con el recuerdo de otras Navidades allá celebradas, con la terca evocación de amigos y deudos que no han de pensar en nosotros con igual intensidad, o que nos supondrán contentos y enfiestados. Resueltamente", **"partir, c'est mourir un peu"**...

27 DE DICIEMBRE—Terminé, anoche, la lectura de la "Correspondencia" de Gerardo de Nerval, el trágico suicida o el vilmente asesinado de la horrenda calle parisiense de la **Vieille Lanterne.** Esas páginas, dolorosas casi todas, lleváronme a pensar en mis viejos vértigos ya un tanto desaparecidos.—ahora visítanme en forma intermitente,—y de paso me dictaron esta reflexión:

—Dos prodigios se realizan de continuo, sobre los que apenas si nos fijamos: el vulgar prodigio de andar (piénsese en el infinitamente pequeño punto de apoyo en que, por un instante, descansa la total pesadumbre de nuestro cuerpo), y el prodigio sorprendente de que no perdamos el juicio (piénsese en el incalculable número de choques nerviosos y de otras varias especies, de los que hemos salido indemnes, y que a los menos resistentes o más predispuestos, los precipitaron en la tiniebla, morbosamente iluminada, de la locura.)

29 DE DICIEMBRE.—Llegaron de París Antonio de la Peña y Reyes y Lupe Villada su esposa, a darnos el gustazo de pasar unos días con

nosotros antes de su ida a Italia, adonde Antonio va como secretario de la misión de agradecimiento por la que Italia nos mandó cuando el Centenario, y que encabeza Pancho de la Barra

30 DE DICIEMBRE—Las peculiaridades que por lo pronto han llamado la atención de Antonio en su primer contacto callejero con la vida belga, son: la cantidad de ciclistas que circulan en la vía pública (¿qué opinaría de las calles y caminos holandeses donde el número de bicicletas montadas por hembras y varones raya en exageración?); los carritos repartidores de leche a domicilio, tirados por uno o dos mastines corpulentos,—el de repuesto marcha por debajo del mismo carro, en espera de su turno,—y guíados por recias mujeres rubias, algunas jóvenes y nada feas, de cofia almidonada, bastas ropas de invierno y resonantes suecos puntiagudos; y el hervidero de **estaminets** y **cabarets** lujosos en los barrios de lujo y paupérrimos en los barrios pobres, que devotamente frecuentan noche a noche los nativos de este Reino laborioso y progresista, principalmente cimentado sobre las fuertes espaldas de su clase media, de la burguesía vamos al decir, en otras partes zarandeada y ridiculizada sin razón ni justicia!

Ante la perspicacia y claro talento de Antonio, procuro que desfilen en forma verbal e intrascendente, las excelencias e imperfecciones que hacen del auténtico y castizo burgués belga un tipo de hombre útil y constructivo en cualquier latitud. Es excesivamente laborioso, a pesar, o a causa quizá, del ingrato clima en que nace y crece; creyente y probo en su gran mayoría; tradicionalista y patriota; de temperamento artístico y devoto sincero de los célebres maestros que el terruño lleva producidos; celoso guardián de los privilegios que desde siglos ha se le otorgaron. No es casto

ni abstinente ¡al contrario! es sensual, bebedor y comelón; se perece por la "hembra placentera" cantada por el Arcipreste, por buena y copiosa mesa y por el buen vino que guarda en su propia bodega; es rabioso partidario de la solidaridad, de ahí la divisa de su escudo nacional, **"L'Union fait la Force"**, y de ahí que se diga de él que no bien se juntan tres ciudadanos belgas, cuando ya constituyen una sociedad de tambor y estandarte. Gastador y económico, según caen las pesas, sabe ahorrar y sabe vivir.

Demócrata convencido y practicante, tolera y respeta, sin embargo, su aristocracia en manifiesta minoría, y su dinastía reinante, la que él mismo se ha dado. Por eso vió con prevención y hasta con odio a los gobernadores generales que antaño tuvo, procuró entonces acomodarse a la vida española y a la vida austríaca porque no podía menos, pero lo que anhelaba de corazón, con todas las veras de su alma, era vivir a su guisa, vivir la vida belga que es la que al fin vive desde el triunfo de su revolución nacionalista de 1830 en que sacudió para siempre el yugo neerlandés que lo asfixió muchos años. Por donde se explica, en términos generales, la carencia de refinamiento que lo caracteriza.

Cifra su ambición en ser dueño de la casa que habita, siempre alhajada a la antigua usanza y de distribución común a casi todas; y por realizar ese anhelo, a la vez que desplazado del centro, (pues Bruselas, al igual de todas las grandes ciudades ha echado abajo las casonas de historia y de leyenda, se despuebla de residentes en su centro para que ahí se alcen bancos, tiendas amplias, oficinas particulares, locales administrativos), el buen burgués bruselense ha ido a instalarse en los nuevos barrios, los limpios, aireados y sin carácter, en que abundan las metrópolis contemporáneas, por los aledaños de la linda avenida

Luisa, en los claros y flamantes distritos, y por las comunas de Ixelles y **Saint-Gilles.**

De los hábitos que el burgués heredara desde su infancia, el dominante y más arraigado que arranca de las costumbres ancestrales, es la frecuencia obligatoria y diaria del café, el **estaminet** o el **cabaret** de su barrio, (aunque su fortuna ya acumulada y a buen recaudo le consienta invernar en Niza y veranear en Ostende), donde con perfecta regularidad juega su partida de dominó en compañía del abacero de la esquina y el patrón del establecimiento que lo tutean como a viejo camarada, con quienes fuma más de una pipa y apura vasos y vasos de sus amadas cervezas nativas: el **"faro"** y la "lambic".

31 DE DICIEMBRE—Fuimos a dar gracias en la vecina iglesia de San José, comimos sin que nadie nos interrumpiera, charlamos luego los dos matrimonios sobre seres y cosas de México, y a eso de las 11 resolvimos recogernos.

¡Un año más y un año menos! Frase socorrida que pronto se dice, y sin embargo, qué inmensa hondura esconde entre sus letras.

FIN DEL TOMO V

INDICE ALFABETICO

A

B

C

CH

D

E

F

G

H

I

J

K

L

M

N

O

P

Q

R

S

T

U

V

W

X

Y

Z

INDICE

Págs.

—

